



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

**“LA NOVELA DEL QUIJOTE COMO RESULTADO DE LOS
FENÓMENOS SOCIALES PREDOMINANTES EN LA
ESPAÑA DE LOS SIGLOS XVI Y XVII”**

TESIS
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN PSICOLOGÍA

PRESENTA

DELGADO ACOSTA ROBERTO XAVIER

ASESOR:
DR.PABLO FERNANDO FERNÁNDEZ CHRISTLIEB

MÉXICO, D.F.

2007



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A.: L.: G.: D.: G.: A.: D.: U.:

Cuquita:

Con todo mi cariño y agradecimiento para ti mamita, y porque gracias a tu apoyo. . . ¡Lo hicimos nuevamente!

A ti Papá: †

Con mi eterno recuerdo por todo lo que vivimos juntos, agradeciéndote lo mucho que me enseñaste.

Con todo mi amor. . .

A Paola:

Para ti hijita, esperando que no olvides que solamente el estudio te permitirá superarte y ser mejor cada día.

A Claudia Liliana:

Para que recuerdes hijita que siempre estarás presente en mis pensamientos y en mi corazón, sobre todo en los momentos más importantes de mi vida.

A Rebeca Carolina:

Hijita, porque tu ternura me ayuda a seguir adelante, y para que no olvides que aun tenemos un largo camino por andar juntos, hasta que puedas ver materializados todos tus sueños.

A mi nieta Valeria:

Por su temprano interés en la lectura y las ganas que muestra por saberlo todo y por desarrollar sus habilidades.

Con todo cariño. . .

A mis hermanos y sobrinos:

Para que las alegrías y las experiencias que hemos pasado juntos, sigan siendo el fuerte lazo que compense la distancia.

Con un agradecimiento especial. . .

A mis profesores:

Margarita Lagarde L.

y

Francisco Lara f

De quienes aprendí la dignidad y la ética con las que debe conducirse todo Catedrático universitario y los verdaderos profesionales de la Psicología; y porque además siempre tuvieron para mí el consejo y el estímulo adecuados, que me ayudaron a culminar satisfactoriamente esta nueva empresa académica.

Al Dr. Pablo Fernández Christlieb:

Quien aceptó ser el Director de este osado trabajo para la Psicología Social, dándome la libertad de investigación y redacción, pero sobre todo por su estímulo al confiar en mí, respetando mi opinión.

Al Dr. Adrián Medina Liberty:

De quien aprendí desde los momentos en clase, que las palabras nunca serán suficientes para poder expresar las ideas y los sentimientos, y que los textos encierran grandes secretos e intenciones precisamente en la parte “no ocupada por las palabras”.

A la Maestra María de la Luz Javiedes R.

Quien amablemente aceptó ser Revisora de este trabajo y a quien además agradezco las observaciones hechas, mostrándome con su análisis que siempre se puede hacer más de lo que se cree necesario, y que toda empresa siempre es perfectible.

A la Lic. Patricia Paz de Buen Rodríguez:

Por el apoyo que me ha brindado para la culminación de este trabajo.

Al Dr. Francisco Fernández Díaz:

Por sus orientaciones y consejos como sinodal de esta tesis.

A mis amigas y excompañeras:

Lucero, Belén, Miriam, Nitzia, Carmenza, Marimar, Sole, Natalia, Paloma, Sara, Mónica y Kimm, quienes además de haberme obsequiado con su amistad, me ayudaron a buscar la gran cantidad de información que requerí para este trabajo.

A un moderno Quijote. . .

*El Dr. José J. Christen Florencia, a quien le agradezco todos sus consejos,
la ayuda desinteresada que me ha brindado durante toda mi vida
estudiantil y haberme hecho comprender el verdadero sentido de la
medicina en beneficio de los demás.*

*Y como un tributo a su altruismo profesional, quiero dejar en el presente
trabajo una constancia de sus sentimientos, con uno de los más emotivos
poemas de su autoría:*

Violencia.

*¿Qué son los celos que aniquilan?
¿Que son las furias más violentas,
sino sombras que fastidian,
sino nubes que sangrientas
acechan la calma y la ternura?*

*¿Qué son las dudas que interrogan?
¿Qué son las penas que atormentan,
sino verdugos que perpetran,
destruyen, deshacen y ahogan el amor,
la confianza y la dulzura?*

*¿Qué son, que buscan, que pretenden?
¿Venir violentos a violar la vida
que añora la calma y la libertad perdidas?
Y por amor, ¿Qué fingimiento entienden?*

*¿Qué no sienten que unos momentos, no son nada?
¿Que la pena infringida por la violencia incontrolada,
se hace llaga y ulcera la bondad
tantas veces herida e ignorada?*

*¿Qué no sienten que el golpe furibundo
deshace la estructura del alma y la fastidia,
y que el recuerdo procaz y nauseabundo
arroja a un lado la calma y la desidia,
y torna violento y despiadado
a quien antes todo amor,
paz, bondad y tolerancia era?*

22 de noviembre de 1967.

Dr. José J. Christen Florencia.

INDICE

TEMA	
INTRODUCCION	1
CAPITULO 1. CONCEPTOS	11
1.1 <i>HISTORIA E HISTORIOGRAFIA</i>	11
1.2 <i>LIBROS DE CABALLERIAS</i>	14
1.3 <i>LITERATURA</i>	21
1.4 <i>CONCLUSIONES</i>	26
CAPITULO 2. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA	27
2.1 <i>BIOGRAFIA</i>	27
2.2 <i>LA EXTRAÑA FIGURA DE MIGUEL DE CERVANTES</i>	31
2.3 <i>LA OBRA DE CERVANTES</i>	34
2.4 <i>EL PENSAMIENTO DE CERVANTES</i>	38
2.5 <i>CONCLUSIONES</i>	44
CAPITULO 3. EL QUIJOTE	46
3.1 <i>LA LITERATURA EN LA EDAD MEDIA</i>	46
3.2 <i>LA LITERATURA EN EL RENACIMIENTO Y EL SIGLO DE ORO</i>	48
3.3 <i>PARA EL MEJOR ANALISIS LITERARIO DEL QUIJOTE</i>	52
3.4 <i>CONCLUSIONES</i>	91
CAPITULO 4. LA VIDA EN LA ESPAÑA DE CERVANTES	93
4.1 <i>LA SITUACION POLITICA DE ESPAÑA</i>	103
4.2 <i>CERVANTES Y EL QUIJOTE EN LA VIDA DE LOS SIGLOS XVI Y XVII</i>	115
4.3 <i>LA VIDA DIARIA</i>	126
4.4 <i>CONCLUSIONES</i>	149
A MANERA DE EPILOGO	151
ANEXO	157
BIBLIOGRAFIA	158

INTRODUCCION

En la actualidad podemos afirmar que existen fenómenos sociales distintivos, que resultan típicamente humanos, por lo que es lógico suponer que los hechos distintivos de la sociedad humana implican una Psicología subyacente también distintiva, y que la vida social determina aspectos de nuestro funcionamiento psicológico.

La Psicología Social adopta el supuesto de que existen procesos psicológicos que determinan la forma en que funciona la sociedad y la forma en la que tiene lugar la interacción social. Los procesos sociales, a su vez, determinan las características de la Psicología humana.

Es esta determinación mutua entre el individuo y su entorno social lo que estudian los psicólogos sociales. Los conceptos, principios, explicaciones y teorías son siempre psicológicos, si bien en un sentido especial, suponiendo y dando siempre por supuesto que existe una interacción con la actividad social y con los procesos y productos sociales.

Como se desprende de una definición general de la Psicología, esta rama se encarga del estudio de los aspectos sociales del comportamiento y el funcionamiento mental, incluso algunos autores postulan la existencia de un 'comportamiento social', sin embargo, existen diferentes posiciones que ofrecen abordajes distintos, incluso opuestos, empero todas tienen como elemento común establecer una interacción entre individuo y sociedad.

A partir de la idea de que la Psicología Social estudia los aspectos variables de las conductas manifiestas y encubiertas, tanto en individuos como en grupos, es decir las manifestaciones concretas de la conducta en cada época y circunstancia histórica, podemos inferir que este punto le otorga un acercamiento importante con la Historia en tanto ciencia social ocupada de las producciones humanas. Es decir, ambas disciplinas utilizan coordenadas de tiempo y espacio que son imprescindibles para el conocimiento del comportamiento de los hombres y la posible interpretación de sus hechos.

La Historia considera al hombre como protagonista en tanto individuo en relación con otros hombres, productores de la trama social en la que se desenvuelven. Por su parte, la Psicología Social estudia al sujeto en su relación vincular con los otros sujetos; y en función de esa relación (interacción y vínculos), emergen las conductas que lo llevan a modificar la realidad, en tanto sujeto activo, protagonista, hacedor de la realidad social.

Este viene a ser el sustento para la investigación en el presente trabajo de tesis, pues el enfoque psicosocial permite investigar el significado de esa acción transformadora. A su vez los sujetos modifican, actúan sobre la base de un encuadre contenedor y plataforma de despegue para el cambio, ya sea coyuntural o estructural; y aquí hay otro punto en común con la ciencia histórica, pues no hay historia sin significación, y significado es sinónimo de apuntar a algo que está más allá del simple lenguaje, o sea que para que exista desarrollo de la ciencia histórica debe haber, no sólo los hechos y su conexión

entre sí y con los hombres, sino también una mente comprensiva que perciba el significado, no sólo como propósito sino como forma, lo cual implica que los acontecimientos tienen significado para alguien que los comprenda, alguien que pueda leer los datos diversos y que revele la conexión que late entre ellos. Ambas ciencias consideran que en el proceso de la vida el sujeto y el objeto se invaden mutuamente, interactúan en un continuo producirse, por lo que hay una interdependencia compleja entre las variables tiempo, espacio y conciencia humana; de tal manera que el poder interpretarla en el aquí y ahora es a la Psicología Social lo que el pasado y presente es a la Historia.

Así pues, podemos inferir que el estudio histórico y el análisis psicológico social, empiezan en el hombre con el hombre, en la esfera de lo supraindividual, en el nivel de los grupos, instituciones, comunidades, pueblos, y se desenvuelve en la búsqueda de significación, de expansión de la conciencia sobre la identidad colectiva a través del tiempo, pero desde luego que guardando cada una de ellos sus propios fines y objetivos.

Desde cualquier concepción historiográfica, desde el lugar en el que se desee detenerse un instante para ver la vida, se podrán apreciar diversas constantes tanto en situaciones, como en intencionalidades, en grupos y en comunicación.

Cuando operamos en y con el campo grupal, estamos metiéndonos en la historia de otros (de nos-otros); cómo desconocer entonces el recorrido que ha seguido ese grupo, cómo operar en el hoy sin conocer los "ayeres" que hacen a ese hoy y al proyecto. El tiempo es un continuo y también es cambio permanente. En este par dialéctico nos introducimos cuando ilusoriamente pretendemos detener el tiempo para operar en un grupo como si estuviese sumergido en una burbuja.

Gran parte de las veces, el obstáculo fundamental que impide comprender el presente nace de la ignorancia del pasado, como al mismo tiempo es vano el intento de comprender el pasado si no se sabe nada del presente. El punto de vista histórico puede resultarnos útil para nuestra operación en el campo y conocer la Historia nos ayuda a vivirla sin quedarnos al borde del camino aunque éste tenga "sillas peligrosas que nos inviten a parar" como dice Silvio Rodríguez.

Es imposible el regreso a ninguna etapa anterior, entonces, ubicados en nuestro hoy, donde mucha información y toda creencia están trastocadas, donde las condiciones cambian vertiginosamente y nuevas ideas y proyectos tienen que derivar en situaciones diversas; estudiar la historia implica "estudiar-nos" en nuestro tiempo, ya que toda la historia es acontecimiento, un acontecer peculiar y sus múltiples significaciones.

No hay acontecimiento aislado (como no hay conducta individual aislada), la conexión de los acontecimientos tiene algún sustrato (conocido o no conscientemente) y alguien a quien acontezca, esto es lo que otorga una coherencia actual que a su vez lo convierte en historia.

Así también es necesaria una mente que conciba y que comprenda dicha coherencia. He aquí una función del psicólogo social, operando sobre la comunidad, que es recreada como un concepto, como un significado. La ausencia de significado, lo sin sentido empieza en una falla de la comprensión, allí donde un obstáculo epistemológico produce confusión.

En el contexto psicosocial, es “El Otro” quien otorga significantes y significados a cada individuo, a cada comunidad, a cada grupo, y sólo inmersos en él podremos comprenderlo, de tal manera que nos podremos explicar el porqué los hombres siguen nutriendo y transformando al “Gran Otro Social”, en un proceso de mutua creación y sociabilización, pues el individuo actúa sobre la base de la memoria colectiva, de la cultura que lo atraviesa y lo "hace". Su identidad personal es producto de esta “historia contexto que se hace texto” en todos los grupos, en cada hombre.

Cuando trabajamos en, con y desde la Psicología Social, lo hacemos con las redes vinculares, tratando de captar lo singular en lo colectivo, lo colectivo desde las constantes de las singularidades y ambas esferas tienen el denominador común de la historicidad, ambas representan el imaginario social que va siendo, "... el conjunto de significaciones por las cuales un colectivo, un grupo, una sociedad, se instituye como tal, inventando no sólo sus formas de relación social y sus formas contractuales, sino también sus figuraciones subjetivas... ", estableciendo la escala de valores en las que se forma y se mueve el individuo.

Cuando desde la Psicología Social abordamos lo grupal, deberíamos tomar cabal conciencia de que se está mirando un sector recortado artificialmente en función de una tarea pero que no se está recortando la realidad. Estos hombres que forman un determinado grupo para realizar una tarea que los convoca son seres con múltiples atravesamientos, portadores del imaginario social, seres con historicidad que en esa situación grupal son la historia y hacen la historia.

La cuestión histórica es intentar aprehender el cómo acontecen las cosas, porque si se preguntara sólo el por qué, limitaría su campo interpretativo en tanto comenzaría a enlazar suceso-causa-efecto, situación que la empobrecería como ciencia.

El pensamiento en los seres humanos, supone la facultad de escoger y el sentimiento de libertad de elección. Es cierto que en los acontecimientos se juegan y participan factores hereditarios, psicológicos, ambientales, tradicionales, sociales, inconscientes, etcétera, es decir, que están influyendo estos factores en el razonamiento tanto individual como colectivo, y por lo tanto vienen a ser las fuerzas impulsoras de la historia individual articulada con la historia comunitaria.

Haciendo un parangón con la Psicología Social vemos que ambas disciplinas son compatibles en tanto que las dos se apoyan mutuamente. Desde la metodología vemos que podemos utilizar el punto de vista histórico para ampliar la mirada psico-social, realimentando a esta con la información que aquella le proporciona, para poder entender la realidad, ver la realidad, el cómo y el por qué de las tramas vinculares en este momento histórico.

De esta forma, creo que podemos entender que desde el punto de vista de la Psicología Social, lo que fue, es imposible de cambiarlo, pero sin embargo, bien podemos modificar la mirada sobre lo ocurrido y podemos instalarnos en una posición crítica frente al pasado, porque eso supone también echar una mirada crítica al presente, en tanto que el proceso histórico lo tenemos incorporado.

Mientras no nutramos a la Psicología Social de la Historia y del punto de vista histórico, la privamos de cierta verdad y de cierto sentido porque el sentido y el significado de la historia pasada se reconstruye en el presente, a medida que el desenvolvimiento del presente lo requiere. Por eso, la Historia está presente en todas las redes vinculares porque también está presente en cada individuo.

Revisar, analizar, cuestionar, indagar, ampliar, modificar, etcétera, constituyen el arte de entender; la necesidad de leer en los pliegues de la realidad requiere tanta amplitud de criterios como movimientos y cambios tiene la propia realidad. Aceptar lo dogmático puede resultar cómodo pero también es aceptar que el crecimiento y la evolución son rígidos y limitados.

La Psicología Social en la actualidad está incorporando conceptos como globalización, postmodernidad, capitalismo tardío, etcétera, y esos conceptos se desarrollan a partir de la observación y análisis de los cambios en una realidad que está construida por el ayer, por el hoy y por el mañana, por lo que también cualquier intento de lectura sobre ella requiere conocimientos de esas instancias temporales.

Ahora bien, el recuento histórico de la Psicología Clínica y el análisis de las ideas y de los sistemas de pensamiento vigentes en épocas pasadas, son sin lugar a duda necesarios para estudiar fenómenos de tan señalada significación humana como los relativos a las enfermedades de la mente que revisten alta trascendencia no sólo en el campo de lo psicológico y lo social, sino también en el de la cultura. De esta forma, lo que parecería ser cierto en el campo de la Historia de la Psicología, lo es también en el campo de la literatura y de la narrativa. Pienso por ello que las ideas que se formó la gente del siglo XVI y el XVII acerca del significado de la cordura y la locura, sirvieron ciertamente a Cervantes para edificar su espléndida ficción literaria: la epopeya de Don Quijote de la Mancha.

En “El Quijote”, se encuentran los elementos necesarios para el estudio de la cordura, la prudencia y el buen juicio que en algún momento caracterizaron al ingenioso hidalgo (a pesar de su notoria conducta calificada de locura), a la vez que los que sirven para analizar las perturbaciones psicológicas que llevaron a don Alonso Quijano el Bueno a convertirse en un caballero andante de otra época, en un personaje heroico, si se quiere, seguro de sí mismo, que buscaba imitar las hazañas de sus predecesores, sin renunciar por ello a indagar hondamente sobre su propia identidad. “Entiende con tus cinco sentidos, dice con certidumbre Don Quijote a Sancho, que todo cuanto yo he hecho, hago e hiciere, va muy puesto en razón y muy conforme a las reglas de caballería, que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo”.

En la novela de Cervantes, este ejercicio intelectual permite destacar sin ambages la agudeza de entendimiento del genial escritor, pues la identidad de Alonso Quijano fue trazada borrosamente por Cervantes en la primera parte de su magistral novela. Tan sólo representa la imagen de uno de tantos hidalgos de una aldea española del siglo XVI, pero es desde luego más compleja y se va consolidando paso a paso a medida que avanza la novela.

La realidad cotidiana existe desde luego y permanece invariable en toda la novela; y es en este momento, en el que gracias al ejercicio de la Literatura, podemos encontrar la fusión de la Historia con la Psicología Social, ya que resulta evidente que la novela Don Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes

viene a ser el reflejo tangible de la situación histórica, cultural, psicológica y social de la época de su autor. Cervantes, a través de las aventuras de su protagonista, nos presenta el mundo contemporáneo y las consecuencias de hechos históricos, ocurridos entre la reconquista de Granada en 1492 y la publicación de la novela. (La Primera Parte en 1605 y, después la Segunda Parte en 1615).

Por eso el libro es un documento que analiza la vida y la Psicología Social de la España del llamado “Siglo de Oro”, pero, lo que es más interesante, es que el escritor incluye en su novela las observaciones y los hechos de su propia experiencia; hechos tan curiosos que bien podrían servir como trama de muchas novelas por separado.

La vida del autor (seguramente el escritor español más grande que se ha conocido), transcurrió entre los años 1547 y 1616, los cuales estuvieron marcados por una organización burocrática del estado que funcionaba muy deficientemente; así como por el declive de la hegemonía europea y la abierta necesidad de la defensa de catolicismo. Con estos problemas se vincula la cuestión morisca dentro de las fronteras del país y el conflicto económico y militar con el Imperio Otomano en el mar Mediterráneo. Cervantes creció dentro de la atmósfera de las ideas de la España grande, unida y triunfante después de la victoria de los reconquistadores en la Península y la de los conquistadores en América del Sur.

Pero no podemos olvidar tampoco, que escribir sobre los asuntos políticos y sociales contemporáneos en la época de Cervantes, no era nada fácil debido a la existencia de la institución de la censura y la política represiva de la monarquía. Además, los censores del Consejo de Castilla y las autoridades del Santo Oficio ejecutaron un control absoluto sobre cada texto escrito en la misma época de Cervantes, razón por la cual los escritores trataban de ocultar sus opiniones diciendo una cosa y sugiriendo cierta ambigüedad para decir algo contrario. De esta forma también Cervantes adoptó esta estrategia basada en la ironía a través de la cual expone continuamente en su obra muchos de los problemas existentes en la actualidad que le tocó vivir, y que aun siguen siendo objeto de distintas interpretaciones. Es por ello que en la mayor parte de los ensayos críticos sobre la novela de Don Quijote se hace un análisis del sentido doble del pensamiento de Cervantes y se busca un mensaje verdadero escondido dentro la ironía y la ambigüedad.

Al incluir Miguel de Cervantes en la novela del Quijote múltiples elementos que corresponden a la tradición del tema morisco, podemos entender que esto se deriva de la convivencia, durante más de ocho siglos, entre dos comunidades las cuales además tenían una visión muy diferente del mundo. Parece que poco antes de la expulsión de los moriscos de España en 1609, los dos grupos eran un mismo pueblo políticamente hablando, pero sus costumbres y creencias, a pesar de ser todos cristianos, diferían de manera notable.

Es en este punto en donde destaca la importancia de las narraciones, las cuales según nos menciona Jerome Bruner (2006), se diferencian de otras formas de discurso y otros modos de organizar la experiencia ya que ejercen un cierto poder de atracción sobre la imaginación del hombre, lo cual es necesario comprender para poder captar la naturaleza y el poderío de lo que él llama Psicología popular.

Así, se puede señalar que algunas de las propiedades que hacen destacables las narraciones, son:

Una narración consta de una secuencia singular de sucesos, estados mentales y acontecimientos en los que participan seres humanos como personajes y actores; “. . . tenemos que captar la trama que configura la narración para poder dar sentido a sus componentes, que hemos de poner en relación con la trama”.

Las narraciones pueden ser reales o imaginarias, sin menoscabo de su poder como relatos. El hecho de que la descripción empírica del historiador y el relato imaginario del novelista compartan la forma narrativa, resulta si lo pensamos detenidamente, bastante sorprendente. La Psicología popular recurre a la narración y la interpretación narrativa para lograr identificar los “significados negociados”, que según los antropólogos sociales y los críticos culturales, son esenciales para la conducta de una cultura.

El elemento base para el desarrollo del presente trabajo, viene a ser precisamente el punto de contacto que existe entre la Psicología, la Historia, la cultura, las estructuras sociales, la Literatura y la narración, todos los cuales convergen en el texto de la novela del Quijote.

Por esta razón, calificar la obra de Miguel de Cervantes Saavedra como la precursora de la novela psicológica es decir la verdad, pero sólo una parte de la verdad, y bien podemos afirmar que ni de su vida militar, ni de su adoración por Italia, ni de su prolongada prisión en Argel, ni de su matrimonio con Catalina de Salazar y Palacios, ni siquiera de sus incursiones teatrales podía suponerse que escribiría una de las obras capitales de la humanidad. Pero él tampoco supo, ni de lejos, que su destino lo estaba llevando irremediablemente para que escribiera aquel prodigio inexplicable de la literatura universal “El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha”.

Esta obra cumple una tarea histórica diversa: por una parte Cervantes sepulta en ella las certezas de un mundo que destruye de un plumazo, y que es el de los libros de caballería, que narraban las andanzas de peculiares caballeros surgidos en el fragor de la vida diaria de la Edad Media; por otra parte, instauro el signo fundamental de la modernidad que asoma promisorio para la condición humana en la fusión de los siglos XVI y XVII. Además, maneja diestramente en sus personajes la incertidumbre, y a partir de ella, pasa alternadamente de la fantasía a la realidad, las cuales en muchos momentos, no se sabe en dónde empiezan y en dónde terminan. Así pues, la obra del Quijote lleva en hombros al nacer (primera parte, 1605), el cadáver del mundo del ayer, mientras que al concluirse (segunda parte, 1615), viene a ser la promotora del nacimiento del futuro.

Del Cervantes que redacta la primera parte del Quijote en 1605, al Cervantes de 1615, ha habido un cambio sustancial, ya que evidentemente ha madurado vital y literariamente: es ya un hombre muy viejo, cansado, y sin ganas de jugar con ensayos; ha triunfado en la literatura y ha visto su gran novela criticada y aun imitada. Se propone que la Segunda parte del Quijote tiene que ser necesariamente diferente de la primera, máxime cuando aquella ni siquiera estaba concebida como tal, ya que simplemente, dejaba entrever la posibilidad de una continuación (“pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia

ha buscado los hechos que don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellas, a lo menos por escrituras auténticas; sólo la fama ha guardado, en las memorias de la Mancha, que don Quijote, la tercera vez que salió de su casa, fue a Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento”, El Quijote parte I, capítulo 52).

Claro está que las diferencias entre ambas partes son numerosas: la primera está compuesta en varios impulsos, mientras que la segunda responde a un diseño unitario; aquélla ofrece varias novelas intercaladas, ésta las suprime de raíz (“Y así, en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece”, El Quijote parte II, capítulo 44); allí don Quijote sale al encuentro de las aventuras y suele idealizar caballerescamente la realidad, aquí son las aventuras las que le salen al paso y percibe las cosas tal y como se le ofrecen; así como algunas otras diferencias que se verán más adelante.

En la maravillosa obra del Quijote, Cervantes nos presenta a una muy particular pareja desaliñada de protagonistas, uno de los cuales tiene conciencia de su pobreza material, mientras que el otro está convencido de ser un caballero andante; pero el secreto magistral del autor estriba en el hecho de poder hacernos sentir a sus lectores, que en aquella pareja vamos todos.

En su devastadora fuerza humorística, en su desacralización, en su lacerante y hermosa parodia, allí nos encontramos todos; montados a caballo flaco o en mula quejosa. Pero también en algún momento (y hemos de reconocer que ello se encuentra dentro de nuestra condición humana), estamos como “blancos o disparadores” de la burla sangrienta de los ociosos, a quienes les nace la sorna hacia Don Quijote, y no les brota la comprensión ni la misericordia.

Pero también nos encontramos todos en el episodio en el que Sancho gobierna su ínsula, como cualquier político demagogo de nuestros tiempos, y se deja llevar por las mieles del poder, cometiendo todos los desafueros posibles. Estamos igualmente todos en uno de los descubrimientos capitales dentro del texto de la novela (y que se refiere necesariamente a nuestro “Juicio de Realidad”): el mundo que sale a explorar el caballero de la triste figura, es muy diferente al universo interior de Don Quijote, lo cual le representa una gran dificultad para poder manejar.

En aquella circunstancia brilla uno de los dilemas fundamentales del hombre: lo exterior y lo interior; el sueño y la realidad; la imaginación y las cosas crudas y reales. Así pues, en aquella aventura que emprende el dueto vamos todos: entre la cordura y la locura. Después de todo, uno de los trámites más complejos que enfrenta el hombre es el de su relación con el mundo exterior.

Pero aún más compleja es la negociación permanente que el individuo entabla consigo mismo, es por ello que la obra se muestra ante nuestros ojos como un campo ambivalente: la gran dificultad para enfrentar la circunstancia externa, y la forma cómo aquella noticia es trabajada interiormente.

Esto también admite otro ángulo de visión: el trabajo interior de Don Quijote, fruto del universo personalísimo que le han tallado las novelas de caballería, se proyecta con tal fuerza sobre el mundo real, que éste comienza a ofrecer una

perfecta correspondencia con las ideas que Don Quijote se ha hecho de las cosas, aunque no observen ninguna verdadera relación. Así, se produce un acontecimiento prácticamente divino, “obra del Dios interior que nos gobierna (diría Sócrates), como lo es la adecuación de los datos reales, a la naturaleza y estructura de nuestros sueños.

Pero quizás siga siendo insuficiente afirmar que el poder del Quijote reside en sus fuerzas simbólicas, incluso podría seguir siendo insuficiente afirmar que su permanencia emana de su vocación mítica. ¿Pero a qué más puede aspirar una obra de arte, más allá de convertirse indiscutiblemente en patrimonio colectivo y de sobrevivir con creces la existencia del autor? La gloria del “manco de Lepanto”, tristemente ha pasado a un segundo plano, conformándose con haber dado vida (como un Dios), a unos personajes que encarnan los dilemas esenciales del género humano.

Como Alonso Quijano, que confundía un mundo con otro, Don Quijote y Sancho son tan verosímiles que ya nadie puede afirmar que no existieron.

Es más, son tanto o más comprobables hasta físicamente que el resto de los mortales. Y la razón es simple: son inmortales (“aquella condición que Borges temía padecer a medida que avanzaba en su vejez”). Renacen en cada lector a lo largo de los casi cuatrocientos años de ediciones. De hecho, Don Miguel de Unamuno, en su obra “Vida de Don Quijote y Sancho”, afirma, hablándole al Caballero de la Triste Figura: “No puede contar tu vida, ni puede explicarla ni comentarla, señor mío Don Quijote, sino quien esté tocado de tu misma locura de no morir”.

Unamuno fue víctima de uno de los embrujos del Quijote: no pudo sustraerse a su carácter inagotable. Se detuvo innumerables veces en la aventura quijotesca y sanchesca, y cada vez que lo hacía sentía que se quedaba corto, que los episodios eran como las muñecas rusas (matriuskas): una contiene a otra y a otra y a otra, y así hasta más allá de lo previsible.

En verdad, para Don Miguel de Cervantes la Mancha es el mundo, y los personajes que entran y salen en la obra cervantina son la humanidad entera y verdadera. Es por ello que el Quijote es un libro de vida, que puede y debe leerse varias veces a lo largo de nuestro propio viaje. Cada vez que lo abordemos será distinto: es un espejo donde nos podremos mirar momento a momento.

Pero tristemente se debe reconocer una gran verdad, la cual en mucho se aleja de las más optimistas suposiciones y deseos de conocimiento literario: a pesar de que en el siglo XVII el Quijote fue muy popular, en la actualidad no lo es tanto, y destaca el hecho de que aun se llega a leer más en diversos países de habla castellana, que en la propia España.

Asimismo, fácilmente se puede detectar que la sociedad en general sabe de la existencia de un libro con la “Historia de Don Quijote de la Mancha”, aunque es común que las personas creen que se trata de un personaje real más bien que fantástico; pero a Miguel de Cervantes se le desconoce, siendo solo una muy pequeña parte de la población estudiantil la que salva en algo este desconocimiento, debido a los libros de texto, los cuales contemplan algunos datos biográficos del autor, y citan dos o tres de las aventuras más conocidas del Quijote.

Este desconocimiento de la obra, desde luego que nada tiene que ver con su publicación, pues las librerías cuentan con una infinidad de ediciones cuyo costo esta al alcance de todos los presupuestos. Tratando de ver el asunto con buen juicio, y sin soslayar el hecho de una falta de cultura generalizada en la sociedad actual (en todos los niveles), y el poco interés y deficiente hábito de la lectura, hay que considerar que esta obra no cuenta con un texto accesible para todos los entendimientos de hoy, ni se puede exigir a nadie que se enamore de bellezas literarias que no acierta a ver claramente, y en ocasiones a columbrar siquiera.

En tales términos, el lector del Quijote queda vagando a su suerte, limitado a intuir las emociones que inspira el sentido musical del texto, el cual se encuentra cuajado de vocablos y giros anticuados, mismos que al entrar en expresiones que carecen de vida y uso actuales, pierden con su significación conceptual (que resulta incomprensible para el lector moderno), una buena parte del valor eufónico del idioma.

Hemos de admitir también, que la medida de la comprensión de una obra literaria la da, aparte del acierto con que el autor alcance a manejar en la estructura de la misma, los elementos formales de ella, el vigor con que de su contenido trasciende alguno de los valores decisivos que se agitan en las vicisitudes de la época y del país en que se sitúa la obra en cuestión. Y lo cierto es que la época en que se escribió el Quijote, representa un período de transición entre la Edad Media y la Edad Moderna, cuyos problemas candentes se evocan de modo constante en situaciones y aventuras del protagonista, ya sea en el tono humorístico y peculiar que lo caracteriza, o con la zumba socarrona de Sancho, o bien con la reacción y comportamiento específicos de cada uno de los personajes representativos de los diversos sectores sociales de la época, los cuales desfilan por las páginas del libro.

A través de unos y otros personajes, episodios y aventuras del Quijote, Cervantes fija su posición respecto a la caballería medieval y a los libros de caballería, a la nobleza de la Iglesia, a las instituciones de la monarquía absoluta de la época y a los problemas culturales del Renacimiento, con tal alarde de conocimientos y de talento poético, que hace de su obra un compendio enciclopédico solo comprensible una vez que se aclara la situación real de cada uno de los aspectos de la vida y de la cultura de su época y de su país.

Dicho de otra forma, Cervantes trata la cruda realidad de la España renacentista, narrándola de una forma ilusionista, prismática, como si estuviera contagiado de la misma locura del personaje, de modo que el pobre hidalgo, aquejado de su delirio caballeresco, es una permanente víctima, que no se muestra más loco que cualquiera de nosotros mismos. Por eso, ante una realidad tan oscilante, no tiene por menos que engañarse, como lo hacemos nosotros mismos en ocasiones, y como lo hace sistemáticamente Sancho. De esta manera, la locura viene a ser una estrategia de acercamiento a la realidad: un modo originalísimo de realismo que sutura perfectamente lo más prosaico a lo más disparatado, otorgando a lo segundo una identidad de naturaleza novelesca, en un juego de espejos, entre paródico, cómico, irónico e irresoluble.

Ahora bien, la otra parte de la verdad a que me he referido en el principio, corresponde al hecho de que Don Miguel de Cervantes Saavedra, parapetado a la sombra de la grandeza de su obra, se muestra como poseedor de una gran cantidad de atributos que bien podemos adivinar en el contenido de las dos

partes del Quijote, destacando sus profundos conocimientos en Filología; los principios Filosóficos; el minucioso análisis de su actualidad, sustentado en la Sociología monárquica; Política; pero sobre todo, hace patente su narrativa histórica, erigiéndose innegablemente como el historiógrafo que deja constancia en su obra, de los elementos destacables de la vida diaria de una España que le brindó las constancias sociales predominantes en la transición de los siglos XVI y XVII, en los cuales, por añadidura, recae la importancia del cambio y fusión de las corrientes culturales surgidas entre la Edad Media y la Edad Moderna, los cuales se fueron esquematizando y definiendo en el período del Renacimiento, en el que se desarrolló una mentalidad erudita, crítica y apasionada por las ciencias y las artes, la cual se centró en el hombre y sobrestimó los valores humanos, mismos que aunados a los descubrimientos geográficos y técnicos, crearon el orgullo y el individualismo del hombre renacentista.

El Renacimiento tuvo sobre todo un carácter literario, y desde luego no fue una simple exhumación de las artes antiguas, pues el interés por el arte grecorromano fue una consecuencia.

En principio, se aspiró a una renovación en todas las parcelas de la cultura humana, filosofía, ética, moral, ciencia, etc., encaminada a la hechura de un hombre que fuera comprendido y resumen de todas las perfecciones físicas e intelectuales. El hombre integral, el genio múltiple, en el que se concilian todas las ramas del saber en una actitud fecunda, fue la gran creación del Renacimiento, que cristalizó en figuras que mantienen viva la admiración a través de los tiempos.

Así pues, tomando en consideración todos los razonamientos anteriores, es mi intención la de exponer de manera general en el presente trabajo, cuales pudieron haber sido los elementos cotidianos destacables de que echó mano Cervantes en su obra del Quijote, para darnos a conocer aspectos de la vida diaria que sirvieron a su talento literario y a su óptica historiográfica, para hacer de esta novela el testigo intemporal del cambio entre los períodos mencionados. De la misma forma, dar a entender a los curiosos y a los interesados en el tema, cual ha sido el magistral manejo del lenguaje que hace Cervantes en la obra del Quijote, permitiéndonos, desde su óptica, introducirnos en verdades de la época, que fueron diestramente “vestidas” con el conveniente traje de la “parodia mentirosa”, o vernos atrapados en el ojo del huracán que se forma en nuestro entorno (y de cualquier lector bien intencionado), al tratar de comprender y explicarnos quien fue el verdadero autor de la obra, su traductor y sus varios narradores.

CAPITULO 1

CONCEPTOS

1.1 HISTORIA E HISTORIOGRAFIA

1.1.1 Definición y objeto de estudio de la Historia

En su sentido más amplio, la historia es la totalidad de los sucesos humanos acaecidos en el pasado, aunque una definición más realista la limitaría “al pasado conocido mediante cualesquiera que sean las fuentes documentales”.

El término “Historia”, en general significa investigación, información o informe, el cual ya en la Grecia antigua era usado para indicar la información o narración de los hechos humanos. De esta forma, la historia viene a ser en su concepción más integral, el conocimiento de la vida humana anterior, comprendida dentro de los significados atribuidos a la realidad histórica vigente en un determinado momento del tiempo, siendo tales significados:

- a) *La Historia como pasado;*
- b) *La Historia como tradición;*
- c) *La Historia como mundo histórico, y*
- d) *La Historia como objeto de la Historiografía.¹*

*a) El hecho de que la Historia haya sido interpretada como **pasado**, puede ser considerado a buen juicio como una tautología, pero en el sentido en que Heidegger ha entendido esta interpretación,² resulta meramente tautológico. Cuando se dice “Esto pertenece a la Historia”, se entiende, en efecto, que pertenece al pasado y a un pasado que tiene poca eficacia sobre el presente. Por otro lado, cuando se dice: “No nos podemos sustraer a la Historia”, se afirma que se tiene un pasado, y que por lo tanto, se es el fruto de ese pasado. En esta y en similares expresiones, el significado del término sigue siendo estrictamente genérico; lleva a una dimensión del tiempo y a las relaciones que pueden establecerse entre ella y las otras dimensiones.*

*b) En segundo lugar, la Historia puede ser entendida como **tradición**, o sea como transmisión y conservación, a través del tiempo, de creencias y de técnicas, sea que tal transmisión pueda ser controlada por la Historiografía, sea considerada “evidente”, aunque permanezca oscura e incontrolable. Con el concepto de tradición puede relacionarse el concepto que Heidegger tiene de la historicidad propia, que implica la intencionalidad de precisar fácticamente el destino individual, el colectivo y la Historia del mundo.³ Pero a veces se entiende por tradición, la conservación infalible y progresiva de todo resultado o conquista humana y en tal caso su concepto se identifica con el de la Historia como un plan que se irá cumpliendo sucesivamente.*

*c) En tercer lugar se encuentra la Historia como **mundo histórico**, en el que se incluye la totalidad de los modos de ser y de las creaciones humanas, así como las*

¹ **ABBAGNANO**, Nicola.- *Diccionario de Filosofía*.- Fondo de Cultura Económica.- México, 2003.

² Citado por Nicola ABBAGNANO.- *Diccionario de Filosofía*.- Traducción del F.C.E. a “El ser y el tiempo”.- México, 1962.

³ *Idem.*

diversas manifestaciones de la vida espiritual y la existencia de todas las culturas. La Historia en este sentido, se opone a la “naturaleza”, que es la totalidad de lo independiente del hombre, o que no puede ser considerado como su producción o creación, aunque de alguna manera también aparece comprendida dentro de la concepción de la Historia, por haber formado y seguir formando parte de la totalidad del mundo. A este respecto, cabe puntualizar que si bien es cierto que la historia es en concreto la narración de hechos pasados del hombre, también es cierto que muchos de esos hechos pudieron ser posibles gracias a determinadas condiciones que fueron “aportadas” por la propia Naturaleza.

d) Por último, tenemos a la Historia como “objeto de la Historiografía”, lo cual implica que no se habla de una totalidad absoluta de los acontecimientos humanos, pues la noción de un mundo histórico como totalidad y la noción misma de mundo generalmente considerado, quedan fuera de las capacidades efectivas de investigación y de la inteligencia indagatoria de que dispone el hombre; de esta forma, la Historiografía, pone en análisis un momento histórico y una sociedad determinados, a fin de estudiarlos al extremo y considerar y consignar aquellos elementos verídicos que sustenten la Historia de un determinado momento de la humanidad, diferenciando los elementos dudosos o complementarios como leyendas, mitos, etc., que serán colocados en un apartado distinto de la Historiografía.

1.1.2 Definición y objeto de estudio de la Historiografía

La Historiografía es el registro escrito de lo que se conoce sobre las vidas y sociedades humanas del pasado y la forma en que los historiadores han intentado estudiarlas. De todos los campos de la investigación, la Historia quizá sea la más difícil de definir con precisión, puesto que, al intentar desvelar los hechos y formular un relato inteligible de éstos, implica el uso y la influencia de muchas disciplinas auxiliares. El objetivo de todos los historiadores ha consistido en recopilar, registrar e intentar analizar todos los hechos del pasado del hombre y, en ocasiones, descubrir nuevos acontecimientos. Todos ellos reconocen lo incompleta que es la información de que se dispone, parcialmente incorrecta o sesgada y que requiere un cuidadoso tratamiento.

El término Historiografía, fue acuñado por Tommaso Campanella,⁴ (Filósofo y dominico italiano “1568-1639” que fue procesado por herejía en 1591, por haber defendido la Filosofía de Telesio, y condenado a prisión perpetua. Recibió toda la influencia filosófica de Platón, centrando su propia Filosofía en el problema del conocimiento, a partir del cual afirmó que de lo único que tenía certeza era de su propia existencia, la cual se basaba en la metafísica y en la Filosofía racional.), para indicar “el arte de escribir correctamente la Historia”, el cual debía sustentarse en la Filosofía racional, misma que se auxilia de la Gramática, la Dialéctica, la Retórica, la Poética y los métodos que le son propios a la Historiografía, para llegar a la verdad en el conocimiento de la Historia.

Así, en italiano como en español, la Historiografía ha pasado a significar tanto el conocimiento histórico en general, como el conjunto de las ciencias que coadyuvan a la integración de la ciencia Histórica. (Dada la ambigüedad reconocida del término “historia”, ha sido oportuno disponer de un término

⁴ Biografía tomada del “Diccionario Enciclopédico Salvat”, tomo V.- Barcelona 1998.

adecuado para indicar tanto la realidad histórica dada en una cultura, una sociedad y un momento / época determinados, como el conocimiento histórico que de todo ello se puede obtener).

Así pues, es posible hablar de dos momentos históricos estudiados por la Historiografía, y que consisten el primero de ellos, en el momento real y material que ha vivido un determinado grupo de hombres, y cuya evidencia de su existencia, ha dejado grabada en los elementos materiales propios de su tiempo de vida, en la convivencia diaria, su lenguaje, sus hábitos, su interactuar en las diversas circunstancias de su realidad; mientras que el segundo momento, se refiere a la actividad que a posteriori realiza el historiador, al “interpretar” en base a la razón los significados que se desprenden de aquel tiempo que no le es propio, y observar los hechos no con los ojos físicos, sino con la mirada del entendimiento, de tal manera que fácilmente se presenta el fenómeno de la elección arbitraria de hechos, elementos y circunstancias que se quieren estudiar, y se omiten otros que lamentablemente se dejan de considerar, pero que no por insignificantes dejaron de estar vigentes y de tener una validez real en su tiempo.

*Reforzando lo anterior, y de acuerdo con los múltiples elementos con que cuenta el historiador en su labor integradora de la Historiografía, se considera que el conocimiento histórico es **perspectivista**, pues aleja de sí el pasado y quiere entenderlo en su tiempo y lugar, pero no asimilarlo o remitirlo al presente; del mismo modo, el conocimiento histórico es **individualizante**, pues está individualizado por dos parámetros, que son el cronológico y el geográfico, los cuales hacen que un hecho histórico se considere como individual, de acuerdo a los instrumentos historiográficos utilizados y que lo hacen único (un documento, una moneda, una inscripción, etc.); además se considera que el conocimiento histórico es **selectivo**, en cuanto que el historiador debe elegir, de entre la infinita variedad de las relaciones que los hechos pasados revelan, aquello que es importante o fundamental para “su historia particular”. Si la selección no debe ser sólo de aquello que al historiador le parece importante, y si no debe ser subjetiva y arbitraria, debe tener sin embargo, un “centro objetivo” de tal importancia, que le permita realizar su labor investigadora siguiendo los lineamientos de un trabajo que deba concretarse; el conocimiento histórico se dirige a la **explicación condicional** de un hecho, basado en la determinación de la posibilidad del objeto; y por último, el conocimiento histórico se dirige a la determinación de **posibilidades retrospectivas**, lo cual se sustenta en la actividad del historiador, que al dar una forma lógica a las prácticas pasadas del hombre común, no deja de preguntarse lo que “podría haber sido” en aquel momento, y que bien lo podría llevar al descubrimiento de elementos no conocidos.⁵*

1.1.3 Los elementos de la labor investigadora del historiador

Los hechos históricos son conocidos, salvo en casos excepcionales en los que el historiador es testigo de los propios acontecimientos, a través de diversos elementos llamados “Fuentes Intermedias”. Entre éstas se incluyen: el testimonio de los testigos contemporáneos de los sucesos; relatos escritos como memorias, cartas, literatura, etc.; archivos de Tribunales, Asambleas Legislativas, instituciones religiosas o mercantiles y la información no escrita que se obtiene de restos materiales de civilizaciones desaparecidas, tales como los elementos

⁵ **ABBAGNANO**, Nicola.- Obra citada.

arquitectónicos, artes menores o decorativas, ajuares funerarios, etc. Todas éstas y muchas otras fuentes proporcionan las pruebas con las que el historiador descifra los hechos históricos. Sin embargo, la relación entre hecho y evidencia raramente es simple y directa. Las evidencias pueden estar sesgadas o ser erróneas, fragmentarias o prácticamente ininteligibles tras un gran intervalo temporal que hubiese causado grandes cambios culturales o lingüísticos. Por tanto, el historiador ha de enjuiciar críticamente los testimonios y elementos de que disponga.

1.1.4 Interpretación y forma

Por otro lado, el objetivo de la historia, como serio esfuerzo por entender la vida del hombre, no se cumple por completo con el mero relato de los acontecimientos. Éstos sólo constituyen los cimientos sobre los que se elabora la interpretación histórica. El proceso de interpretación afecta todos los aspectos de la investigación histórica, iniciada con la selección del tema que se pretende estudiar, porque la elección de un hecho, en una determinada sociedad o institución particular, es en sí misma un juicio que manifiesta la importancia de la cuestión. Una vez elegido, el objeto de estudio sugiere una hipótesis o modelo teórico provisional que guía la investigación y ayuda al historiador a valorar y clasificar los testimonios disponibles y a presentar un relato detallado y coherente del elemento analizado. El historiador debe respetar los hechos, evitar la ignorancia y los errores cuanto sea posible y aportar una interpretación convincente e intelectualmente satisfactoria.

Hasta tiempos relativamente recientes, la historia fue considerada fundamentalmente como una variante literaria, que compartía muchas técnicas y efectos con la narrativa de ficción. Los historiadores estaban sometidos a los materiales factuales⁶ (El término *Factual* es derivado del latín “*factum*”, y corresponde al adjetivo “*Fáctico*”, utilizado para referirse a todo lo perteneciente o relativo a hechos), y a la veracidad personal, pero como los novelistas escribían detallados relatos de los acontecimientos, vivos retratos de los personajes involucrados, y prestaban gran atención al lenguaje y al estilo literario, las complejas relaciones entre literatura e historiografía han sido y continúan siendo objeto de serios debates, al grado de contemplarse inclusive una “*Literatura Histórica*” en occidente.

La *Historiografía* occidental, como actividad integradora y de investigación, se inicia en el mundo griego (pues como ya mencioné anteriormente, el término *Historiografía* fue acuñado por el filósofo Tommaso Campanella hasta el siglo XVI), y los criterios e intereses de los historiadores griegos dominaron el estudio histórico durante siglos.

1.2 LIBROS DE CABALLERIAS

De esta forma se conoció el género literario en prosa, de gran éxito y popularidad en España y Portugal durante los siglos XV y XVI, el cual fue víctima de la parodia de Miguel de Cervantes en el libro *Don Quijote de la Mancha*. Gran cantidad de estos libros se escribieron desde fines del siglo XV hasta 1602, y

⁶ Diccionario Enciclopédico Sopena.- Barcelona, 1982.

empezaron a perder su popularidad hacia 1550. A pesar de que el último libro original, "Policisne de Boecia", se publicó en 1602, muchos de los libros de caballerías siguieron reeditándose durante todo el siglo XVII.

1.2.1 Características

Este tipo de novelas, celebran las hazañas de los caballeros andantes: Amadís, Palmerín, el rey Arturo y los caballeros de la tabla redonda, los doce pares de Carlomagno, Romancero, etc.

Como contrapunto a la fiereza y violencia guerrera, está el masoquismo amoroso inspirado en el amor cortés. En España, los libros de caballerías se presentan como crónicas verdaderas, pero su ficción no tiene ninguna conexión, por débil que sea, con la verdad histórica. Esta es una de las principales objeciones de los críticos: que son libros ficticios o mentirosos y que no obstante, se presentan como historia verdadera y real. Los caballeros andantes españoles, como Amadís, son nuevos héroes con dinastías inventadas. Gozan de una inmensa popularidad en España en grandes ciclos o familias (Amadíses, Palmerines, Clarianes, Febos, etc.); sus características esenciales son:⁷

- Se trata de **ficciones de primer grado**: importan más los hechos que los personajes, los cuales suelen ser arquetípicos y planos y son traídos y llevados por la acción, sin que esta los cambie o los transforme y sin que importe demasiado la psicología de los personajes.
- Tienen una **estructura abierta**: inacabables aventuras, infinitas continuaciones posibles; la necesidad de hipérbole o exageración, la amplificación (cada generación tiene que superar las hazañas, hechos de armas o fama de su padre). Los héroes no mueren, siempre existe un camino abierto para una nueva salida. Total falta de verosimilitud geográfica y lógica. Los relatos se contenían en libros larguísimos, de aventuras entrelazadas.
- **Búsqueda de honra, valor y aventura a través de diferentes pruebas**. Es una estructura episódica donde el héroe pasa por distintas pruebas (como, por ejemplo, el paso del "Arco de los fieles amadores" en el Amadís), para merecer a su dama, desencantar a un palacio, o conseguir alguna honra reservada para el mejor caballero de su tiempo. Casi siempre la motivación principal del caballero es fama y amor.
- **Idealización del amor del caballero por su dama**: amor cortesano, servicio de la dama, idolatría masoquista; relaciones sexuales fuera del matrimonio con hijos ilegítimos, pero siempre terminan por casarse.
- **Violencia glorificada**. Valor personal ganado por hechos de armas; combate individual para conseguir la fama; el valor superior implica moralidad superior excepto jayanes (soberbios); torneos, ordalías, duelos, batallas con monstruos y gigantes. Como contrapunto, masoquismo amoroso.

⁷ MARIN Piña, Ma. Carmen.- Tesis doctoral "Edición y Estudio del ciclo español de los Palmerines".- Universidad de Zaragoza.- España, 1988.

- **Nacimiento extraordinario del héroe.** Hijo ilegítimo, pero de padres nobles desconocidos, muchas veces reyes; tiene que hacerse héroe, ganar fama y merecer su nombre; muchas veces tiene una espada mágica u otros poderes sobrehumanos, y goza de la ayuda de algún mago o hechicero amigo.
- **Ideal cristiano de una Guerra Sagrada contra los turcos.** Cruzada para defender Constantinopla (pérdida de verdad en 1453). Evocación nostálgica de la Reconquista (terminada en 1492).
- **Geografía totalmente fantástica;** viajes a nuevas tierras; monstruos como el Endriago, gigantes, pueblos paganos con ritos extraños; barcos encantados que pueden navegar distancias enormes en una hora; palacios mágicos, lagos encantados, selvas misteriosas.
- **Tiempos históricos remotos, míticos,** sin referencias a circunstancias históricas sociales contemporáneas.
- **Tópico de la falsa traducción,** los libros se presentan como traducidos de originales escritos en griego, alemán, inglés, toscano, árabe u otras lenguas, o como “manuscritos encontrados” después de haber estado largo tiempo ocultos o enterrados.

1.2.2 Series o ciclos de libros de caballerías

Los sesenta y tres libros de caballerías, de los cuales hubo innumerables ediciones y traducciones, suelen clasificarse como pertenecientes a ciclos o sueltos.⁸ Entre los primeros, los ciclos principales (que pueden contener otros subciclos), son los siguientes:

- Ciclo de Amadís de Gaula
- Ciclo de Belianís de Grecia
- Ciclo de Clarián de Landanís
- Ciclo de la Demanda del Santo Grial
- Ciclo de Espejo de caballerías
- Ciclo de Espejo de príncipes y caballeros o El caballero del Febo
- Ciclo de Felixmagno
- Ciclo de Florambel de Lucea (Francisco de Enciso Zárate)
- Ciclo de Florando de Inglaterra
- Ciclo de Floriseo
- Ciclo de Lepolemo o el Caballero de la Cruz
- Ciclo de Morgante (Traductor-autor: Jerónimo Aunés)
- Palmerín de Inglaterra (Traductor-autor: Miguel Ferrel)
- Ciclo de Palmerín de Olivia
- Ciclo de Renaldos de Montalbán
- Ciclo de Tristán de Leonís

Entre los sueltos figuran Arderique (del bachiller Juan de Molina), la antigua Crónica del caballero Cifar, Cirongilio de Tracia (de Bernardo de Vargas), Claribalte (de Gonzalo Fernández de Oviedo), Cristalián de España (de Beatriz

⁸ PEREZ Pastor, Cristóbal.- “La Imprenta en Toledo (Descripción bibliográfica de las obras impresas en la Imperial ciudad, desde 1483 hasta 1887).- Imprenta y Fundición de Manuel Tello.- Madrid, 1943, 3ª. Ed.

Bernal), *Febo el troyano* (de Esteban Corbera), *Felixmarte de Hircania* (de Melchor Ortega), *Florindo* (de Fernando Basurto), el anónimo *Guarino Mesquino*, *Lidamor de Escocia* (de Juan de Córdoba), *Olivante de Laura* (de Antonio de Torquemada), los anónimos *Oliveros de Castilla* y *Philesbián de Candaria*, *Policisne de Boecia* (de Juan de Silva y de Toledo), *Polindo*, el famoso *Tirante el Blanco* de Joanot Martorell y Martí Joan de Galba, y *Valerián de Hungría* (de Dionís Clemente).

1.2.3 Los ciclos mayores

La obra más representativa de este género fue la conocida con el título de “*Los cuatro libros de Amadís de Gaula*”, escrita al parecer en tres libros el siglo XIV, pero cuya primera edición conocida es la de Zaragoza de 1508, en la versión refundida de Garci Rodríguez de Montalvo, quien añadió el cuarto libro y además la continuó en “*Las sergas de Esplandián*”. A éste siguieron “*Florisando*”, de Ruy Páez de Ribera; el “*Lisuarte de Grecia*”, de Feliciano de Silva; el “*Lisuarte de Grecia*”, de Juan Díaz; “*Amadís de Grecia*”, “*Florisel de Niquea*” y “*Rogel de Grecia*”, los tres escritos por Feliciano de Silva; “*Silves de la Selva*”, de Pedro de Luján y la “*Cuarta Parte de Don Florisel de Niquea*”, de Feliciano de Silva.

Varias de estas obras fueron traducidas a otros idiomas europeos, y con ello surgieron nuevas continuaciones, como la francesa de “*Flores de Grecia*” y varias obras amadisianas en italiano, debidas a Mambrino Roseo.

Aparte del ciclo de *Amadís de Gaula*, el más popular en España y Portugal fue el de los *Palmerines*, iniciado con la obra “*Palmerín de Oliva*” (Olivia según la primera edición), atribuida a Francisco Vázquez y continuada en español por el mismo Vázquez en “*Primaleón*”, y al parecer por Francisco de Enciso Zárate en “*Platir*”. En portugués, el “*Primaleón*” fue continuado por Francisco de Moraes en el célebre “*Palmerín de Inglaterra*”, éste por Diogo Fernández en “*Duardos de Bretaña*” y éste a su vez por Baltasar Goncalves Lobato en “*Clarisol de Bretaña*”. En Italia también se publicó una serie de obras que continuaba el ciclo de los *Palmerines*.

Otros ciclos populares fueron los de *Clarián de Landanís*, del que se conservan cinco libros impresos, aunque aparentemente fueron siete; y el del *Espejo de Príncipes y Caballeros* o *El Caballero del Febo*, del que subsisten cuatro libros impresos y uno manuscrito.

1.2.4 Ciclos menores, obras independientes y traducciones

Además de estos grandes ciclos, a lo largo del siglo XVI se publicaron en España numerosos libros de caballerías pertenecientes a ciclos menores o que eran obras independientes. Entre ellos cabe mencionar *Arderique*, *Belianís de Grecia*, *Cirongilio de Tracia*, *Claribalte*, *Cristalián de España*, *El caballero del Febo el troyano*, *Félix Magno*, *Felixmarte de Hircania*, *Florambel de Lucea*, *Florando de Inglaterra*, *Florindo*, *Floriseo* y su continuación *Reymundo de Grecia*, *Lepolemo* o *El Caballero de la Cruz*, *Lidamor de Escocia*, *Olivante de Laura*, *Philesbián de Candaria*, *Polindo*, *Rosián de Castilla* y *Valerián de Hungría*.

En español, la última obra de este género fue *Policisne de Boecia*, publicada en 1602. Otras, como *Adramón*, *Bencimarte de Lusitania*, *Claridoro de España*,

Clarisel de las Flores y su reelaboración parcial Filorante, El Caballero de la Luna, Flor de caballerías, León Flos de Tracia, Marsindo, Polismán de Nápoles y Lidamarte de Armenia, quedaron inéditas, mientras que del manuscrito de Clarís de Trapisonda solamente se conservan dos folios. También se sabe de la existencia de varios de los que no se conserva ningún ejemplar, como Leoneo de Hungría, Leonís de Grecia, Lucidante de Tracia y Taurismundo.

En Portugal tuvo una especial popularidad la obra Clarimundo, la cual llegó a reimprimirse frecuentemente, incluso hasta fines del siglo XVIII.

En algunos estudios sobre los libros españoles de caballerías, se incluyen también la obra medieval “El Caballero Zifar” y especialmente la famosa novela valenciana “Tirant lo Blanch”, de Joanot Martorell, que fue publicada por primera vez en 1490 e impresa en castellano en 1511. También se han estudiado como parte del género diversas obras francesas e italianas, traducidas al castellano, y que relatan aventuras legendarias de los caballeros del Rey Arturo, como “El Baladro del sabio Merlín, La demanda del Santo Grial, Tablante de Ricamonte y Jofre y Tristán de Leonís”, o de los legendarios paladines de la corte de Carlomagno, como “La historia del emperador Carlomagno y de los doce pares de Francia, Reinaldos de Montalbán, Guarino Mezquino, Morgante y Espejo de caballerías”.

La versión española del Tristán francés, fue continuada en España en una obra conocida como Tristán el joven; y los dos libros del Espejo de caballerías, refundición y arreglo de obras italianas, fueron continuados en español en un tercer volumen. Otra obra francesa cuya traducción fue muy popular en España fue Oliveros de Castilla. En Portugal, los continuadores del ciclo artúrico produjeron la obra Triunfos de Sagamor, y los del carolingio prosiguieron La historia del emperador Carlomagno y de los doce pares de Francia en varias obras más.

1.2.5 Cronología de las primeras ediciones

*Catálogo Descriptivo:*⁹

- *Los cuatro libros del virtuoso caballero Amadís de Gaula. (La primera edición conocida es de Zaragoza, Jorge Coci, 1508, pero hay indicios de que hubo una anterior, quizá de Sevilla, hacia 1496).*
- *Garci Rodríguez de Montalvo Las sergas de Esplandián. (Edición príncipe, anterior a 1510, quizá de Sevilla, hacia 1496).*
- *Baladro del sabio Merlín con sus profecías. (Burgos: Juan de Burgos, 1498).*
- *Oliveros de Castilla y Artús Dalgarbe. (Burgos: Fadrique Biel de Basilea, 1499).*
- *Adramón (manuscrito de principios del siglo XVI).*
- *Tristán de Leonís. (Valladolid: Juan de Burgos, 1501).*
- *Ruy Páez de Ribera, El sexto libro del [...] rey Amadís de Gaula [...] [y] Florisando [...] príncipe de Cantaría su sobrino fijo del rey don Florestán. (Salamanca: Juan de Porras, 1510).*

⁹ **GAYANGOS** y Arce, Pascual.- “Libros de Caballerías” (Catálogo cronológico razonado de los libros de caballerías que hay en la lengua castellana o portuguesa, hasta el año 1800).- 5ª. Edición.- Rivadeneyra.- Madrid, 1857 – 1957.

- *Francisco Vázquez, Palmerín de Oliva. (Salamanca, Juan de Porras, 1511).*
- *Joanot Martorell, Tirante el Blanco. (Valladolid: Diego de Gumiel, 1511).*
- *Francisco Vázquez, Primaleón. (Salamanca, Juan de Porras, 1512).*
- *La crónica de los nobles cavalleros Tablante de Ricamonte & Jofre hijo del conde Donasón. (Toledo: Juan de Varela de Salamanca, 1513).*
- *Feliciano de Silva, Lisuarte de Grecia. (Sétimo libro de Amadís, 1514).*
- *Demanda del Santo Grial. (Toledo, Juan de Villaquirán, 1515).*
- *Fernando Bernal, Floriseo. (Valencia, Diego de Gumiel, 1516).*
- *Gabriel Velázquez del Castillo, Clarián de Landanís (1518).*
- *Jerónimo López, Clarián de Landanís (libro II, Floramante de Colonia) (Edición perdida, impresa entre 1518 y 1524).*
- *Gonzalo Fernández de Oviedo, Claribalte (Valencia: Juan Viñao, 1519).*
- *Leoneo de Hungría, (Toledo, 1520).*
- *Alonso de Salazar, Lepolemo, (El caballero de la cruz). (Valencia, Juan Jofre, 1521).*
- *Álvaro de Castro, El segundo libro del muy valiente y esforçado cavallero don Clarián de Landanís (Libro segundo de la Parte I) (Toledo: Juan de Villaquirán, 1522).*
- *Libro del noble y esforçado cavallero Renaldos de Montalbán. (Toledo: Juan de Villaquirán, 1523).*
- *Jerónimo López, Clarián de Landanís (Libro III, El Caballero de la Triste Figura) (Toledo: Juan de Villaquirán, 1524).*
- *Fernando Bernal, Reymundo de Grecia. Libro tercero de la historia del rey Floriseo. (Salamanca: Alfonso de Porras y Lorenzo Liondedei, 1524).*
- *Pedro López de Santa Catalina, Espejo de caballerías (libro I) (Toledo, 1525).*
- *Juan Díaz, Lisuarte de Grecia, El octavo libro de Amadís que trata de las estrañas aventuras y grandes proezas de su nieto Lisuarte y de la muerte del ínclito rey Amadís. (Sevilla: Juan y Jacobo Cromberger, 1526).*
- *Primer libro de don Polindo. Historia del invencible cavallero don Polindo, hijo del rey Paciano rey de Numidia & de las maravillosas fazañas y estrañas aventuras que andando por el mundo acabó por amores de la princesa Belisia, fija del rey Naupilio rey de Macedonia. (Toledo: Miguel de Eguía (?), 1526).*
- *Pedro López de Santa Catalina, Espejo de caballerías (libro II) (Toledo, 1527).*
- *Jerónimo López, Clarián de Landanís (Libro IV, Lidamán de Ganail). (Toledo, Gaspar de Ávila, 1528).*
- *Feliciano de Silva, Amadís de Grecia. (Noveno libro de Amadís) (Cuenca, Cristóbal Francés, 1530).*
- *Fernando Basurto, Florindo. (Zaragoza, Pierre Hardouin, 1530).*
- *Félix Magno, (Barcelona, Carles Amorós, 1531).*
- *Francisco de Enciso Zárate, Florambel de Lucea. (Partes I-III) (Valladolid, Nicolás Tierry, 1532).*
- *Feliciano de Silva, Florisel de Niquea. (Décimo libro de Amadís) (Valladolid, Nicolás Tierry, 1532).*
- *Platir, (Valladolid, Nicolás Tierry, 1532).*
- *La Trapesonda que es tercero libro de don Renaldos. (Sevilla: Juan Cromberger, 1533).*
- *Juan de Córdoba, Lidamor de Escocia. (Salamanca, Juan de Junta (?), 1534).*
- *Lucidante de Tracia. (Salamanca, Juan de Junta (?), 1534).*
- *Tristán de Leonís el joven. (Sevilla, Dominico de Robertis, 1534).*

- *La demanda del Sancto Grial con los maravillosos fechos de Lançarote y de Galaz su hijo. El primero libro. El baladro del famosísimo profecta & nigromante Merlín con sus profecías.* (Sevilla 1535).
- *Feliciano de Silva, Rogel de Grecia.* (Undécimo libro de Amadís) (Medina del Campo, Pierres Tovans (?), 1535).
- *Dionís Clemente, Valerián de Hungría.* (Valencia, Francisco Díaz Romano, 1530).
- *Philesbián de Candaria,* (Medina del campo, 1542).
- *Jerónimo Fernández, Libro primero de don Belianís de Grecia.* (Sevilla, 1545).
- *Feliciano de Silva, Florisel de Niquea.* (Décimo libro de Amadís) (Valladolid, Nicolás Thierry, 1532).
- *Bernardo de Vargas, Cirongilio de Tracia,* (Sevilla, Jacobor Cromberger, 1545).
- *Beatriz Bernal, Cristalián de España.* (Valladolid, Juan de Villaquirán, 1545).
- *Philesbián de Candaria,* (Medina del Campo, 1542).
- *Florando de Inglaterra* (Lisboa, Germán Gallarde, 1545).
- *Jerónimo Fernández, Libro primero de don Belianís de Grecia.* (Sevilla, 1545).
- *Pedro de Luján, Silves de la Selva.* (Duodécimo libro de Amadís) (Sevilla, Dominico de Robertis, 1546).
- *Pedro de Reinosa, Espejo de caballerías (Libro III, Roselao de Grecia)* (Toledo, Juan de Ayala, 1547).
- *Feliciano de Silva, Cuarta Parte de Don Florisel de Niquea.* (Libro XIII de Amadís) (Salamanca, Andrea de Portonaris, 1551).
- *Diego Ortúñez de Calahorra, Espejo de Príncipes y Caballeros (libro I)* (Zaragoza, Esteban de Nájera, 1555).
- *Melchor Ortega, Felixmarte de Hircania* (Valladolid, Francisco Fernández de Córdonba, 1556).
- *Antonio de Torquemada, Olivante de Laura* (Barcelona, Claude Bornat, 1564).
- *Jerónimo de Contreras, Polismán de Nápoles* (manuscrito, 1573).
- *Esteban Corbera, El caballero del Febo el troyano.* (Barcelona, Pedro Malo, 1576).
- *Jerónimo Fernández, Belianís de Grecia (partes III-IV)* (Burgos, Pedro de Santillana, 1579).
- *Pedro de la Sierra, Espejo de Príncipes y Caballeros (libro II)* (Alcalá de Henares, Juan Iñíguez de Lequerica, 1580).
- *Joaquín Romero de Cepeda, Rosián de Castilla* (Lisboa, Marcos Borges, 1586) (Zaragoza, Esteban de Nájera, 1555).
- *Marcos Martínez, Espejo de Príncipes y Caballeros (libros III-IV)* (Alcalá de Henares, Juan Iñíguez de Lequerica, 1587).
- *Francisco de Enciso Zárate, Florambel de Lucea (parte III)* (manuscrito, fines del siglo XVI).
- *Pedro Guiral de Verrio, Belianís de Grecia (parte V)* (manuscrito, fines del siglo XVI).
- *Francisco de Barahona, Flor de caballerías* (manuscrito, fines del siglo XVI).
- *Dámaso de Frías y Balboa, Lidamarte de Armenia* (manuscrito, fines del siglo XVI).
- *Juan de Silva y Toledo, Policisne de Boecia* (Valladolid, herederos de Juan Iñíguez de Lequerica, 1602).

- *Espejo de Príncipes y Caballeros (parte V) (manuscrito, siglo XVII).*¹⁰

1.2.6 Adversarios y partidarios de los libros de caballerías

Los libros de caballerías fueron severamente censurados por teólogos y moralistas, que incluso intentaron combatir su popularidad mediante obras llamadas “libros de caballerías a lo divino”, como “La Caballería celestial”, “El caballero del sol” y “Mexiano de la Esperanza”, que presentaban a los lectores alegorías morales con características del género caballeresco. Sin embargo, eran muy apreciados por diversas clases sociales, y entre los aficionados a su lectura estuvieron el emperador Carlos V, Santa Teresa de Jesús y San Ignacio de Loyola, y sin duda, el propio Cervantes, que tenía con ellos una extraordinaria familiaridad.

Los libros de caballerías, que en los últimos decenios del siglo XVI tuvieron un notable resurgimiento, perdieron gradualmente su popularidad con motivo de la publicación del Quijote, al extremo de que el Amadís de Gaula no volvió a ser impreso en España sino hasta 1837. La crítica del siglo XIX les fue en general hostil y los calificó de absurdos, tediosos e inverosímiles. Hoy sin embargo (a partir de 1970 aproximadamente), hay una corriente favorable a su estudio e interpretación, considerados de gran importancia para la comprensión del Quijote, y varios de ellos han sido publicados en ediciones anotadas.

El primer estudio antiguo general sobre los libros españoles de caballerías, fue “El Discurso preliminar” de Pascual de Gayangos y Arce (1857). Otra obra pionera sobre la materia fue la de Henry Thomas “Las novelas de caballerías españolas y portuguesas” (1920, publicada en español en 1952). En años recientes destacan los valiosos trabajos de Daniel Eisenberg, María Carmen Marín Pina, José Manuel Lucía Megías y otros eruditos.

1.3 LITERATURA

Se conoce con el nombre de Literatura, al conocimiento y ciencias de las letras. La etimología viene de la palabra latina *Litteratura*, que significa letras. En el siglo dieciséis en España se le designaba genéricamente con este nombre, a los manuscritos legales, a las artes y letras. En el Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, se asigna el nombre de Literatura al arte que emplea como instrumento la palabra, y que comprende las obras literarias en las que caben elementos estéticos. Una segunda denominación habla de una teoría sobre las composiciones literarias. Así mismo, Literatura es el arte que emplea como medio de expresión la palabra hablada o escrita. Por último, en Gramática y Filosofía, la Literatura se refiere a los escritos imaginativos o de creación de autores que han hecho de la escritura una forma excelente, para expresar ideas de interés general o permanente.¹¹

Puede considerarse a la Literatura no tanto como una cualidad o un conjunto de cualidades inherentes que quedan de manifiesto en cierto tipo de obras, sino

¹⁰ Nota del Autor de la Tesis.- La ortografía que corresponde a esta parte del Catálogo de “Libros de Caballerías”, fue debidamente revisada, y es la misma que se contiene en dicho catálogo.

¹¹ Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua.- 22^a. Edición.- Editorial Ricardo Soca.- Madrid, 2004.

como las diferentes formas en que la gente se relaciona con lo escrito. No es fácil separar, de todo lo que en una u otra forma se ha denominado "Literatura", un conjunto fijo de características intrínsecas. No hay absolutamente nada que constituya la esencia misma de la Literatura, ya que esta comprende cualquier texto que, por una razón u otra, alguien considera de mucho valor, ya sea en contenido o en forma. Éste término se refiere de manera específica, al papel que desempeña un texto en un determinado contexto social, a todo aquello que lo relaciona con su entorno y a lo que lo diferencia de él, así como a su comportamiento, a los fines a los que se puede destinar y a las actividades humanas que lo rodean.

1.3.1 Los Géneros Literarios

Los géneros literarios son técnicas expositivas singulares, ligadas a ciertas leyes de forma y contenido, ya sea de carácter histórico o no, a las que se someten las obras literarias. La primera clasificación de los géneros literarios pertenece a Aristóteles, quien los redujo a tres: épica, lírica y dramática. El primero ha extendido su significado, al incluir la novela en la noción más amplia de narrativa. Pero el género se va conformando históricamente. Por tanto, resulta muchas veces difícil fijar rígidamente los límites entre lo propiamente narrativo o épico-narrativo, lo lírico o poético y lo dramático o teatral. Dentro de cada género surgen sub-géneros o géneros menores, algunos de ellos sólo válidos en ciertos momentos históricos.¹²

1.3.1.1 Género Narrativo

La obra narrativa es aquella en la que un narrador, a través de un discurso oral o escrito, relata una historia, destinada a oyentes (como en la epopeya griega o en los cantares de gesta medievales), o lectores (como en la novela moderna).

Sub-géneros Narrativos:

a) El cuento: Narración de una acción ficticia, de carácter sencillo y breve extensión, de muy variadas tendencias a través de una rica tradición literaria y popular. En general, el desarrollo narrativo del cuento es rectilíneo, presenta pocos personajes y el proceso del relato privilegia el desenlace.

b) La novela: Obra en que se narra una acción fingida o solo en parte, y cuyo fin es causar placer estético a los lectores por medio de la descripción o "pintura gramatical" de sucesos o lances interesantes, de caracteres, de pasiones y de costumbres. Salvo excepciones, la novela propiamente dicha usa la prosa, y a diferencia del cuento, nunca es muy breve. La acción es necesaria en esta obra, pero lo fundamental son los personajes y el mundo ficticio en que ellos viven.

c) La novela corta (o "nouvelle"): La novela corta se define fundamentalmente, como la representación de un acontecimiento, pero sin la amplitud de la novela normal, en cuanto al tratamiento de los personajes y de la trama. La acción, el tiempo y el espacio, aparecen de una forma condensada, y presenta un ritmo acelerado en el desarrollo de su trama. Las largas digresiones y descripciones propias de la novela, desaparecen en la novela corta, así como los exhaustivos análisis psicológicos de los personajes.

¹² **FOURNIER** Marcos, Celinda.- *"Análisis Literario"*.- Thomson Learning Ibero.- Buenos Aires, 2002.

Otros sub-géneros:

a) Los que por su contenido o por su origen, se relacionan con lo histórico o con lo heroico: **la epopeya** (narración poética de una acción memorable para un pueblo entero, o para la especie humana); **el cantar de gesta** (manifestación literaria de las leyendas heroicas de un pueblo, compuestas básicamente para ser escuchadas más que leídas y consideradas también épico-líricas); **la leyenda** (manifestación literaria de una tradición oral, apoyada a veces en hechos históricos ciertos); **la balada** (sucesos tradicionales, leyendas, etc., contados con sencillez y emoción), y **el romance** (composición épico-lírica de origen anónimo-popular, con temas procedentes de los cantares de gesta, o que expresa sentimientos de índole lírico).

b) Los que por su intención se relacionan con lo didáctico: **el apólogo** (narración breve perteneciente al ámbito de la literatura gnómica -es decir, sentenciosa y de carácter didáctico-moral- en la que los personajes son a menudo seres irracionales); **la fábula** (narración breve, cuyas figuras animales-representan condiciones humanas, presentando vicios y virtudes que aportan una enseñanza con censuras de carácter moral); **la parábola** (se propone dar, mediante el relato de algún hecho, una lección moral, pero a diferencia de la fábula, no recurre a la personificación de animales, ni utiliza su estilo generalmente festivo).¹³

1.3.1.2 Género Dramático

Obra dramática es aquella destinada a ser representada ante espectadores, y que consiste en una acción dialogada representada por personajes (actores), en un espacio (escenario). Como palabra técnica de la literatura, el concepto de "drama" (del griego drao, obrar, actuar), agrupa todas las manifestaciones de obras teatrales, y no debe limitarse a aquellas obras cuyo desenlace es de carácter catastrófico.

El drama está destinado a la representación ante un público; no puede tener una extensión desmesurada; debe servirse de un vocabulario inteligible; el autor, debe considerar los efectos escénicos que armonizan diálogo y movimiento; debe poner en tensión el ánimo del público, y debe representarse de una sola vez.

Sub-géneros Dramáticos:

a) La tragedia: es la imitación de una acción elevada y completa, de cierta magnitud, en un lenguaje distintamente matizado según sus diversas partes, y efectuada por los personajes en una acción y no por medio de un relato, y que suscitando compasión y temor lleva a cabo la purgación de tales emociones. La historia trágica imita acciones humanas en torno al sufrimiento de los personajes y mueve a la piedad, hasta el momento del reconocimiento de los personajes entre sí o de la toma de conciencia del origen del mal.

b) La comedia: Es la imitación de las personas más vulgares; pero no vulgares de cualquier clase, de cualquier fealdad física o moral, sino de aquella única especie que supone lo ridículo. Describe, intelectualmente deformados, los aspectos concretos y risibles de la vida cotidiana. Los personajes son de condición

¹³ Idem.

inferior, el desenlace es feliz y optimista, su finalidad es provocar la risa del espectador.

c) La comedia española barroca: Se designa así a una obra de teatro, que no deberá tener obligatoriamente un carácter cómico. Este género se produce en España en los siglos XVI y XVII, y es una obra dramática en tres jornadas.

Principales características: eliminación de las unidades de lugar, tiempo y espacio clásicos; la acomodación de la estrofa al asunto tratado; la mezcla de lo cómico y lo trágico, y la búsqueda de los temas de la tradición española. Sus finalidades son: imitar acciones humanas, pintar las costumbres y dar gusto al público.

d) La farsa: Obra teatral cómica que se escribe y se representa con el único fin de hacer reír al público, mediante la muestra de situaciones y personajes ridículos. Es un tipo de obras en las que la realidad se deforma estilizándola, haciéndola grotesca o carnavalizándola.

e) Sainete: Pieza breve, generalmente de índole cómica, con personajes que casi siempre representan tipos populares. Por lo común, relatan la vida de vecindad.

Otros sub-géneros:

a) Obras de breve extensión y carácter cómico: el paso (episodios cómicos puestos entre situaciones dramáticas para alargar la acción); **el entremés** (pasaje en tono preferentemente cómico, que aparece al principio, en medio, o al final de una obra de carácter serio, sin conexión argumental necesaria con ella).

b) Obras de contenido religioso, históricamente situados en la Edad Media y hasta el siglo XVII: el misterio (representación dramática donde se escenificaban los cuadros del Nacimiento, Vida, Pasión y Muerte de Jesucristo); **el milagro** (obra que relata la vida de la Virgen, de santos o de héroes de caballería, para ilustrar los principios cristianos); **la moralidad** (obra de intención didáctica y moralizante, con alegorías del vicio y de la virtud, y un combate incesante entre el bien y el mal); **el auto sacramental** (obras con personajes alegóricos, que centraban sus argumentos en el dogma de la Sagrada Eucaristía).

c) Los que -además de la comedia española barroca- se marginan de la rigurosa separación entre lo trágico y lo cómico: la tragicomedia (obra dramática en que se combinan el elemento trágico y el factor cómico, y que presenta personajes populares y aristocráticos, acción que no culmina en catástrofe y estilo que experimenta altibajos); **el “drama” burgués y romántico** (género literario realista, intermedio entre la tragedia y la comedia, de carácter burgués y centrado en los problemas del hombre contemporáneo -familia, profesión, relaciones sociales-); **el grotesco** (presenta una exageración premeditada, una reconstrucción desfigurada de la naturaleza, una unión de objetos imposible en un principio; se fusiona lo trágico con lo cómico, tratando personajes y situaciones trágicas desde una óptica humorística).¹⁴

¹⁴ Idem.

1.3.1.3 Género Lírico

Es la forma poética que expresa los sentimientos, imaginaciones y pensamientos del autor; es la manifestación de su mundo interno y, por tanto, el género poético más subjetivo y personal. El poeta se inspira frecuentemente en la emoción que han provocado en su alma objetos y hechos externos, y también puede interpretar sentimientos colectivos.

Sub-géneros líricos:

a) Oda e Himno: *Se vincula a la Oda con los sentimientos de admiración y entusiasmo. Suele tener un carácter solemne y un lenguaje de gran admiración. La palabra Himno se aplica a los cantos litúrgicos de la Iglesia y a las canciones con música que tienen un sentido nacionalista, político o de ideología.*

b) La poesía bucólica: *Canta la serenidad y la belleza del campo, y la vida de pastores, más ideales que reales.*

c) Elegía, Endecha, Lamento y Epitafio: *La elegía es una composición que denota lamentación por diversas causas. Las hay amorosas, religiosas, patrióticas, y fundamentalmente funerales. La endecha revela sentimientos tristes. Cuando se refiere a la muerte, es grande su proximidad a la elegía.*

El lamento es una composición poética que expresa dolor, arrepentimiento o preocupación por una persona. Su principal característica -que la aproxima a lo elegíaco- es el sentimiento de haber perdido algo a nivel emocional.

El epitafio es un poema breve que se supone colocado sobre la tumba de una persona. Es un ruego al “pasajero” para una meditación sobre la persona sepultada, o bien un recuerdo de las calidades de la persona sepultada.

d) Canción y Madrigal. (El Epitalamio): *Estos sub-géneros tienen en común la expresión del sentimiento amoroso, triste o alegre, expresados en forma de canto, con música. (El epitalamio es un poema destinado a cantarse en una boda, reflejando la alegría que reina en esa fiesta).*

e) La Sátira y el Epigrama: *La sátira ridiculiza vicios o defectos ajenos. A veces tiene un mero carácter juguetón y burlesco; otras adquiere un sentido más grave y educador. El epigrama es una composición poética breve que expresa un solo pensamiento principal, por lo común, festivo o satírico.*

f) Copla y Letrilla. Pastorela y Serrana: *Se agrupan por su común origen popular.*

La copla es cualquier composición poética breve que, aislada o en serie, sirve de letra en una canción popular.

La pastorela es una composición poética de origen trovadoresco y provenzal, en la que el poeta describe el encuentro del caballero con una pastora, a la que requiere de amores.

La serrana es un cantar lírico cuyo asunto era el encuentro de un caminante con una moza bravía, que le ayudaba a encontrar el camino en la sierra.

g) La Epístola: Composición en la que el autor se dirige a un receptor bien determinado, real o fingido, que se considera ausente, por ejemplo, para referir circunstancias personales a un amigo ausente.

h) Jitanjáfora: Texto lírico cuyo sentido reposa en el significante (plano de la expresión), constituido desde valores puramente sonoros.¹⁵

1.4 CONCLUSIONES

He considerado de gran importancia, incluir en este primer capítulo, los principales elementos de los conceptos que a mi juicio son destacables en la novela “El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha”.

Solo pudieron ser la astucia y la aguda inteligencia de Cervantes, lo que nos pone en contacto con una realidad que con muchos tropiezos le tocó vivir, por lo que él mismo se presenta ante nuestros ojos no como un simple historiador, al mostrarnos la visión de una España decadente y con grandes conflictos sociales, que por añadidura se encontraba aun dentro de la vorágine producida por cambio de la Edad Media al Renacimiento, y las evidentes influencias de las culturas extranjeras, sino que además, nos muestra su vena historiográfica, al darnos su propia interpretación de lo sucedido en todos los ámbitos sociales de los siglos XVI y XVII.

Su punto de partida y apoyo en la obra del Quijote, desde luego que lo fueron los libros de caballerías, a los cuales (dentro de la misma obra), criticó y responsabilizó por haber hecho perder el buen juicio a don Alonso Quijano, sosteniendo (muy veladamente), que eran una imitación de la falsa concepción del honor que predominaba en la Edad Media, nublando el juicio de cuantos se aficionaban a sus lecturas, y que al final de cuentas, llevaron al protagonista y a su escudero, a pasar por todas las desgracias en su peregrinar.

Estos elementos (Historia, Historiografía y Libros de Caballerías), son magistralmente manejados por Cervantes, merced a su destreza literaria, la cual se nos presenta materialmente en el propio contenido del Quijote, el cual aparece abundantemente salpicado de juegos lingüísticos, refranes, y sobre todo, de una melódica sintaxis que a la vez le sirve para ocultar comentarios de burla y crítica, que en muchos momentos nos llevan al cambio brusco de nuestros estados de ánimo.

En un capítulo posterior, señalaré el manejo que tenía Cervantes respecto de diversos géneros literarios.

¹⁵ *Idem.*

CAPITULO 2

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

(1547-1616)

De Cervantes se ignora mucho, por no decir que casi todo lo más importante de su vida. Da la impresión de que, una vez que hubo traspasado los límites de la juventud, Miguel de Cervantes tuvo un especial cuidado en pasar desapercibido, sin hacer excesivo ruido, sin hacerse notar, sin molestar demasiado y procurando que el mundo que lo vio nacer, no se percatara mucho de su existencia.

Se pudiera pensar que muchos de estos silencios en su vida, son obra de una confabulación entre la desidia de Cervantes y el tiempo, cuya fatal labor destructora opera, sin excepción, sobre la totalidad de las cosas y de los propios hombres, sin importar linajes, conocimientos o posiciones políticas.

Y seguramente será así, pero al leer a Cervantes, uno tiene la impresión (nadie lo negará), de que el autor del Quijote escribe con la clara voluntad de ocultamiento y, a la vez, de novelar todo cuanto ve. En efecto, Cervantes llevó una vida que, exceptuando Lepanto, quiso (y logró) discurrir siempre en un segundo plano de la gran historia de su tiempo, de la cual no se conformó con ser testigo, sino que supo decorar muy artísticamente, para criticarla y evidenciarla a las generaciones futuras.

Miguel de Cervantes, el gran perseguidor de sueños, hombre de acción y adelantado a su tiempo, soñó y creyó que un mundo mejor era posible. Su pensamiento ha llegado hasta nuestros días con tal vigencia que las ideas cervantinas impregnan la filosofía, la literatura y el pensamiento en general.

"No mires la vida como es, sino como debería ser" (Miguel de Cervantes).

2.1 BIOGRAFIA

Poeta, novelista y dramaturgo español, considerado como el más grande escritor español de todos los tiempos, y uno de los mejores escritores universales. Su obra más conocida, la Historia de El Quijote de la Mancha, ha trascendido todas las fronteras y todas las culturas.

El retrato más fidedigno que se conoce de Miguel de Cervantes se debe a su propia pluma, con la que trazó su "rostro y talle" en el prólogo a las "Novelas Ejemplares":

"Éste que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y éstos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande, ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies; éste digo que es el rostro del autor de La Galatea y de Don Quijote

*de la Mancha, y del que hizo el Viaje del Parnaso, a imitación del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas y, quizá, sin el nombre de su dueño. Llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra. Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlo Quinto, de felice memoria”.*¹

Miguel de Cervantes fue bautizado el 9 de octubre de 1547, en la iglesia parroquial de Santa María la Mayor, en Alcalá de Henares, Madrid España, donde nació posiblemente el día 29 de septiembre anterior, día de San Miguel.

Era el cuarto hijo de los seis que tuvo el matrimonio Rodrigo de Cervantes y Leonor de Cortinas. El padre era cirujano-barbero, profesión de escasos ingresos y baja consideración social. Las estrecheces económicas, en las que sin duda se crió nuestro autor, forzaron a su padre a emprender un vagabundeo por Valladolid, Córdoba y Sevilla en busca de mejor suerte, nunca conseguida, y sin que se sepa a ciencia cierta si su prole lo acompañó en sus viajes o no, aunque si lo hizo, Miguel pudo haber aprendido sus primeras letras en un colegio de la Compañía de Jesús de esas localidades, e incluso haberse aficionado al teatro - una vocación que no abandonaría jamás-, bajo la tutela del padre Acevedo.

Desde 1566 el cirujano-barbero se estableció definitivamente con su familia en Madrid, iniciando por esos años el joven autor su carrera literaria: primero, en 1567, con un soneto dedicado a la reina (“Serenísima reina, en quien se halla”), con motivo del nacimiento de la infanta Catalina, la segunda hija de Felipe II. Después, en 1569, con cuatro poemas de corte garcilacista dedicados a la muerte de Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II, que le pidió Juan López de Hoyos, rector del Estudio de la Villa -tratándolo de “caro y amado discípulo”-, para incluirlos en la “Historia y relación de las exequias reales”. Es posible que Cervantes se iniciara en la literatura bajo la supervisión y en la amistad del humanista y gramático López de Hoyos. Lo que sí es seguro es que Cervantes entró al mundo literario de la mano de la poesía.

Esos tempranos inicios poéticos se vieron truncados casi en sus comienzos, pues a finales de 1569, encontramos al joven escritor instalado en Roma como camarero del cardenal Giulio Acquaviva, al que serviría durante un tiempo para iniciar pronto su carrera militar. Allí tuvo Cervantes ocasión de familiarizarse con la literatura italiana del momento, tan influyente en su propia obra.

Abandonó el ambiente pontificio en 1570, para entrar en el servicio militar, entonces absolutamente voluntario, en el que desde luego no le sonreiría nunca la fortuna. Se alistó primero en Nápoles a las órdenes de Álvaro de Sande, para sentar plaza después, con toda seguridad, en la compañía de Diego de Urbina, del tercio de don Miguel de Moncada, bajo cuyas órdenes se embarcaría en la galera Marquesa, junto con su hermano Rodrigo, para combatir, el 7 de octubre de 1571, en la batalla naval de Lepanto. Aunque en aquellos días sufría de fiebres, luchó con valor, pues recibió dos arcabuzazos en el pecho y uno en la mano izquierda, que se la dejaría inutilizada para siempre. A cambio, quedaría inmortalizado como “El manco de Lepanto” y conservaría hasta su muerte el

¹ **CERVANTES** Saavedra, Miguel de.- *“Novelas Ejemplares”*.- Editorial Espasa-Calpe.- Madrid, 1969.

orgullo de haber participado en “la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros”.

Ya recuperado de sus heridas en Mesina, en 1572 se incorporó a la compañía de don Manuel Ponce de León, del tercio de don Lope de Figueroa, dispuesto a seguir como soldado, pese a tener una mano lisiada. Participó en diversas campañas militares en los años siguientes, pasando gran parte de su tiempo en los aburridos cuarteles de invierno de Mesina, Sicilia, Palermo y Nápoles.

Cansado de tal modo de vida, unos tres años después Cervantes decide regresar a España, no sin obtener antes cartas de recomendación del propio don Juan de Austria, reconociéndole sus méritos militares, con intención de utilizarlas en la Corte española para obtener algún cargo oficial. Así, en 1575 se embarca en Nápoles, junto con su hermano Rodrigo, en una flotilla de cuatro galeras que parten rumbo a Barcelona, con tan mala suerte que una tempestad las dispersa y precisamente *El Sol*, en la que viajaban Cervantes y su hermano, es apresada, ya frente a las costas catalanas, por unos corsarios berberiscos al mando del renegado albanés Arnaut Mamí.

Los cautivos son conducidos a Argel y Miguel de Cervantes cae en manos de Dalí Mamí, apodado *El Cojo*, quien, a la vista de las cartas de recomendación del prisionero, firmadas por el gran capitán mediterráneo Juan de Austria, fija su rescate en 500 escudos de oro, cantidad prácticamente inalcanzable para la familia de su padre el cirujano-barbero.

Así se inicia el período más terrible de su vida: cinco largos años de cautiverio en las mazmorras o baños argelinos, que dejarían una huella indeleble en la mente del escritor -normalmente traducida en una continua exaltación de la libertad-:

“La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres”,²

a la vez que alimentarían numerosas páginas de sus obras, desde *La Galatea* al *Persiles*, pasando por *El capitán cautivo del primer Quijote*, y sin olvidar *El trato de Argel* ni *Los baños de Argel*. Intentó escaparse en varias ocasiones sin éxito, y al final fue liberado gracias al rescate pagado por el fraile trinitario Juan Gil, con las monedas obtenidas de sus recorridos pedigüenos por la geografía española. El 27 de octubre de 1580, llega a las costas españolas y desembarca en Denia (Valencia): su cautiverio ha durado cinco años y un mes.

Pretendió largo tiempo algún puesto oficial, especialmente en América, a donde quería viajar. En 1581 fue a Orán, en misión desconocida, y luego a Lisboa, a dar cuentas al gobierno de Felipe II. Sigue empeñado en un puesto en América, y así en 1582, dirige una solicitud a Antonio de Eraso, que le es denegada. Nunca le fueron recompensados sus méritos militares.

Dedicado de lleno a las letras, en el mundo literario del Madrid de finales del siglo XVI, mantiene relaciones amistosas con las más altas plumas de la época

² **CERVANTES** Saavedra, Miguel de.- *“El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha”*.- (Parte II, Cap. 58).-Edición conmemorativa del IV Centenario.- Editorial Espasa-Calpe.- Madrid, 2004.

(Layne, Figueroa, Padilla, etc.), y se dedica a redactar La Galatea -donde figuran como personajes buena parte de estos autores-, que vería la luz en Alcalá de Henares, en 1585. Sigue también muy de cerca la evolución del teatro, acelerada por el nacimiento de los “corrales de comedias”, y se empapa de las obras de Argensola, Cueva, Virués, etc., llevando a cabo una actividad dramática muy fecunda no ajena al éxito: “compuse en este tiempo hasta veinte comedias o treinta, que todas ellas se recitaron sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza; corrieron su carrera sin silbos, gritas ni barahúndas” dice en el Prólogo a Ocho comedias.

De ellas se conservan hoy El trato de Argel, La Numancia y, si se admite su paternidad, la recién atribuida Conquista de Jerusalén. También se conoce un contrato firmado en 1585 con Gaspar de Porres, referente a dos piezas perdidas: El trato de Constantinopla y La Confusa.

Se casó en Esquivias (Toledo), con Catalina de Salazar y Palacios, en 1585, y poco después siguió con sus viajes y movimientos por el ancho mundo, que le llevaron a tener esposa de modo sólo nominal, pues hasta principios del siglo XVII no volverá a verse con ella.

En 1587 le vemos instalado en Sevilla, donde, al fin, obtiene, por mediación de Diego de Valdivia, el cargo de comisario real de abastos para la “Armada Invencible”. Más tarde sería encargado de recaudar las tasas atrasadas en Granada, habiéndosele denegado una vez más el oficio en Indias que había vuelto a solicitar en 1590. Tan miserables empleos lo arrastrarían a soportar, hasta finales de siglo, un continuo vagabundeo mercantilista por el sur (Écija, La Rambla, Castro del Río, Cabra, Úbeda, Estepa, etc.), sin lograr más que disgustos, excomuniones, denuncias y algún encarcelamiento (Castro del Río, en 1592, y Sevilla, en 1597), al parecer siempre injustos y nunca demasiado largos. Como contrapartida, el viajero entrará en contacto directo con la gente de a pie, y aun con los bajos fondos, adquiriendo una experiencia humana magistralmente recreada en sus obras.

Como dramaturgo, se compromete en 1592 con Rodrigo Osorio a entregarle seis comedias, que no cobraría si no resultaban de las mejores, entre las cuales se cuentan varias de las incluidas en el tomo de 1615; como novelista, redacta varias novelas cortas (El cautivo, Rinconete y Cortadillo, El celoso extremeño, etc.), y mucho más importante, esboza nada menos que la primera parte del Quijote y, quizá, el comienzo del Persiles. Al comienzo del siglo XVII, Cervantes se despide de Sevilla y sólo sabemos de él que anda dedicado de lleno a la escritura del Quijote. En 1603 se instaló en Valladolid, ciudad declarada nuevamente capital de España por Felipe III.

A principios de 1605, de forma un tanto precipitada, ve la luz “El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha”, en la imprenta madrileña de Juan de la Cuesta, a costa de Francisco de Robles, con un éxito inmediato y varias ediciones piratas, por lo que Juan de la Cuesta inicia la segunda edición al poco tiempo.

Este éxito se vería empañado por un nuevo encarcelamiento, ordenado sediciosamente por el alcalde Villarroel, motivado por el asesinato de Gaspar de Ezpeleta a las puertas de la casa de los Cervantes, en cuyo proceso la familia fue acusada de llevar vida licenciosa (“Las Cervantas”).

Miguel viaja de nuevo y se queda a vivir en Madrid, en 1606. Ya en la recta final de su vida, aún vive dos nuevas mudanzas: primero a la calle Huertas y luego a la de Francos; asiste a las academias de moda, como la del conde de Saldaña, en Atocha, y tramita su ingreso en la Orden Tercera de San Francisco.

*Reconocido como prestigioso novelista y escritor, Miguel de Cervantes va redactando gran parte de su producción literaria, aprovechando títulos y proyectos viejos. Tras ocho años de silencio editorial desde la publicación de la novela que lo inmortalizaría, publica una verdadera avalancha literaria: *Novelas Ejemplares* (1613), *Viaje del Parnaso* (1614), *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos nunca representados* (1615), y *Segunda parte del “Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* (1615 también). La lista se cerraría, póstumamente, con la aparición, gestionada por su mujer Catalina, de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, historia setentrional (1617).*

*Enfermo gravemente de “hidropesía” (accidente vascular con posible parálisis), en 1616 se le vio morir: el 18 de abril recibe los últimos sacramentos; el 19 redacta, “puesto ya el pie en el estribo”, su último escrito: la sobrecogedora dedicatoria del *Persiles*; el 22 de abril de 1616, el autor del *Quijote* fallece y es enterrado al día siguiente, con el sayal franciscano, en el convento de las Trinitarias Descalzas de la actual calle de Lope de Vega. Sus restos mortales se perdieron, y hoy permanece en la memoria de todos los que aman la buena literatura y el idioma castellano en su más puro acento.³*

2.2 LA EXTRAÑA FIGURA DE MIGUEL DE CERVANTES

De la anterior biografía, bien podemos confirmar que la figura de Cervantes ha resultado siempre desconcertante a los historiadores, debido a la tremenda sutileza e ironía desplegada por él a lo largo de su obra.

Ciertamente que Cervantes no fue siempre el mismo, pues resulta evidente que no pensaba lo mismo el joven soldado que disfrutaba de la buena vida en Italia, o el dramaturgo que intentaba abrirse paso en la escena teatral, durante la época de esplendor de Felipe II, que el arruinado pero sabio novelista que supo aprovechar sus últimos años de vida y dejar constancia de sus grandes habilidades literarias.

*Pero las contradicciones y ambigüedades siguen estando presentes incluso en su última obra, “*Los trabajos de Persiles y Sigismunda*”, una obra que ha suscitado diversidad de opiniones, desde los que la han considerado como un modelo de obra contrarreformista, hasta teorías muy recientes que sostienen justamente lo contrario; una profunda irreverencia y una crítica al fanatismo de la época se ocultan tras los misteriosos episodios de la novela.*

Hemos visto que Cervantes fue un joven de su época, se hizo soldado en busca de fortuna y luchó en nombre del rey de España, convencido de la causa por la que mataba y de las bondades del mundo del que disfrutaba. Pero la primera experiencia trascendental que le hizo cambiar, que tanto influyó en su vida y en

³ GARCIA Calleja, José A./GONZALEZ Martín, F. Javier.- *“Biografía de Miguel de Cervantes”*.- Editorial Edimat.- Madrid, 2004.

su obra, fue el cautiverio de cinco años en Argel, a partir del cual seguramente empezó a modificar sus concepciones.

Su captura cuando se disponía a volver a España, le hizo entrar en contacto con el otro mundo de la época en un momento en que “aunque las comunicaciones se habían globalizado y existía un contacto regular entre todas las regiones del mundo”, esta comunicación y contacto seguían siendo muy lentos.

Cervantes tuvo que conocer a la fuerza el mundo islámico, lo cual no le hizo perder la fe (fue cristiano devoto hasta el final de su vida y en la época de Argel los testimonios de sus amigos le muestran como un perfecto cristiano), por supuesto, pero sin duda le hizo replantearse algunas cuestiones: vio que el gran enemigo era al fin y al cabo humano y, por tanto, se podía llegar a coexistir con él. No se trataba de que desapareciesen las diferencias ideológicas entre musulmanes y cristianos sino que se llegase a aceptar lo inevitable de las mismas y la necesidad de encontrar los puntos en común (que siempre existen entre todos los seres humanos), para establecer una forma de convivencia para todos, al margen de la religión, que al fin y al cabo no era algo humano, de este mundo, sino divino. Pero las leyes sí eran humanas, y por tanto debían estar hechas para los hombres.⁴

Ahora bien, si para Cervantes hubo en todas las épocas de su vida (y sobre eso no puede haber ninguna duda), un valor que se encontraba por encima de todos los demás, ese fue el de la libertad, y coherentemente en Argel trató de alcanzarla en varias ocasiones. También demostró allí una valía personal con su comportamiento intachable respecto a los otros cautivos, prefiriendo siempre la responsabilidad de sus acciones a un aprovechamiento de sus oportunidades individuales.

Volvió cambiado en su actitud hacia el mundo islámico, lo cual era heterodoxo, pero no tanto, en un momento, el de la vuelta de Cervantes a España en 1580, en que el Turco ya había dejado de ser el gran enemigo, el otro titán mediterráneo que trataba de derribar a España, y se había convertido (con todas las salvedades que se quiera, dado lo especial de la negociación con Turquía) en un Estado más con el que se negociaban treguas y acuerdos.

El joven Cervantes, con cinco años de retraso, volvía a España con los mismos objetivos de un hombre de su época: conseguir un puesto en la Corte que solucionase todas sus necesidades. Realizó una breve labor de espionaje-diplomacia (diplomacia y espionaje no estaban demasiado desligados en la época), no demasiado satisfactoria en Orán e intentó también sin éxito obtener un puesto en América.

Cervantes había estado demasiado tiempo al otro lado de la frontera, había tenido demasiado contacto con el otro y, por tanto, a pesar de su irreprochable cristianismo y su heroico cautiverio, ya no era de fiar.

Como podemos ver, no las tenía todas consigo y los años no harían sino acentuar esa tendencia. Así que Cervantes tuvo que buscarse camino a través de la literatura. Lo que producía dinero era el teatro, y allí, a pesar de desarrollar

⁴ **REY** Hazas, Antonio / **SEVILLA** Arroyo, Florencio.- *“Cervantes. Vida y literatura”*.- Alianza Editorial.- Madrid, 1995.

algunas innovaciones técnicas, Cervantes todavía (a través de las obras que nos han llegado, que no son todas ni mucho menos), se mostraba como un español orgulloso de serlo.⁵

No hay que olvidar que se trataba de los primeros años 1580, el momento de mayor esplendor de Felipe II, que había conseguido unificar la península y dos grandes imperios, a la vez que parecía ganar terreno en la eterna guerra de Flandes. Pero el teatro, a pesar del relativo eco que tuvieron estas primeras obras, no iba a ser lo suyo. La irrupción de Lope de Vega alteraría por completo la escena teatral.

Cervantes probó terreno en la novela con una obra que no suponía una gran novedad en el panorama literario a pesar de la calidad técnica de cualquier obra cervantina y de las referencias a su vida y al momento de forma velada, futura marca de la casa. Pero estos ejercicios literarios no servían para ganarse la vida, y Cervantes tuvo que aceptar un incómodo trabajo (inspector de galeras reales), al servicio de la gran empresa del momento: la Gran Armada contra Inglaterra.

El esplendor tocaba a su fin: la empresa fue un desastre colosal, y Cervantes, en concordancia con el momento, volvió a acabar en el cautiverio en 1592. Pero la necesidad seguía siendo apremiante al salir, y aceptó trabajar ahora como recaudador de impuestos, lo que acabaría llevándole a la cárcel otra vez en 1597.

Para entonces, ya se había producido en él, “el gran desencanto ideológico”, el desencanto de un español que veía que su país ya no era lo que creía haber sido en el pasado, y que nunca lo había sido del todo.

Pero lo original de la respuesta cervantina ante el desastre colectivo fue que no pretendió romper con su mundo y huir hacia un lugar donde vivir mejor (y su talento fuese más valorado), sino que buscó expresar su tristeza, su malestar, a través de las rendijas que le ofrecía su época y su circunstancia, España, y sin expresar odios o resentimientos, sino a través de una ironía y un saber reírse de las debilidades y los fallos humanos, actitud propia del profundo humanismo que caracterizaba a Cervantes, un hombre apegado a su tiempo pero que sin embargo, se sabía un adelantado a él. Un hombre que supo darse cuenta de que la clave para resolver los conflictos humanos era aceptar lo imposible de querer aniquilar a los enemigos como solución. Un hombre que supo describir la fantasía en la que se sostenían sus contemporáneos creyendo que nada había cambiado y que no seguían dirigiéndose hacia la catástrofe.⁶

Y al final de su vida, tras varias desgracias personales relacionadas con las mujeres de su familia, cuando ya no tenía nada que esperar o buscar, decidió dedicarse a la tarea de culminar su carrera literaria con el Quijote, una obra hecha sobre la marcha, con variados errores técnicos y estructurales, sin un argumento desplegado de forma deliberada sino a borbotones, pero que, como las grandes obras de arte, es tan grande no por su ausencia de imperfecciones, sino porque es capaz de hacer olvidar estas por completo, porque ha sido capaz de la alquimia de atrapar el soplo de la vida que hace real la ficción y la convierte en perdurable.

⁵ **REY / SEVILLA.**- Obra citada.- (Sólo se han conservado *La Numancia* y *Los Tratos de Argel*, aunque se conoce la existencia de cómo mínimo nueve por el testimonio del propio Cervantes).

⁶ **REY / SEVILLA.**- Obra citada.

La grandeza del Quijote no residía en que hubiera escogido un fragmento de la realidad y la hubiera embellecido con los recursos de la ficción, sino en que el Quijote, como todos los grandes personajes de la literatura, un personaje de ficción creado por la imaginación de Cervantes, había sido dotado de tal vida, de tal fuerza, que había terminado por adquirir carta de realidad, no en cuanto a su existencia, pero sí en cuanto a su importancia para comprender el período histórico.⁷

Desde este momento, Cervantes siguió desarrollando una obra sorprendente por su riqueza y complejidad, con cuidado, mientras participaba en las disputas literarias de la época pero sin acritud, siempre un punto por encima de las miserias humanas y sin perder jamás el humor y la compostura, como tan bien había aprendido en Argel. Y dado que la sociedad en que le tocó vivir era esa sociedad cerrada y estrechamente vigilada, que valoraba por encima de todo la tradición y la ortodoxia como valores máximos para su supervivencia (y no tanto en esta vida como en la siguiente), Cervantes, amante de la libertad y la tolerancia, fue tan sutil como pudo en expresar su punto de vista y siempre a través de la ficción, el único ámbito en que se permitía una mayor libertad de expresión dado su carácter; y procurando dejar siempre claro, no ya que no hablaba él sino sus personajes, sino que era un irreprochable católico que no cuestionaba los dogmas.⁸

Habiendo nacido y vivido en España, Cervantes vivió y murió sin ver reconocido su talento como merecía, pero sabiendo que su verdadero tiempo era el porvenir. La obra que escribió como quiso, a pesar de todas las circunstancias, se ha conservado como su testimonio para que nos comuniquemos con él, a pesar del notable esfuerzo de análisis e interpretación que eso supone.

Al parecer, Cervantes no pudo expresar su pensamiento de forma clara a través de ninguna tribuna y prefirió hacerlo recurriendo a la ficción, por lo que, para llegar a comprenderle en su compleja realidad, su obra nos espera.

2.3 LA OBRA DE CERVANTES

Miguel de Cervantes cultivó los tres grandes géneros literarios (poesía, teatro y novela), con el mismo empeño, aunque con resultados bien distintos. La historia literaria ha respetado siempre la evaluación adelantada por sus contemporáneos: fue menospreciado como poeta, cuestionado como dramaturgo y admirado como novelista.

2.3.1 Poesía.

La producción poética cervantina ocupa un espacio considerable en el conjunto de su obra, se halla diseminada a lo largo y ancho de sus escritos y recorre su biografía desde sus inicios literarios hasta el Persiles. Esto responde a una vocación cultivada ininterrumpidamente, aunque no siempre con la inspiración

⁷ KAMEN, Henry.- *"Felipe de España"*.- Siglo Veintiuno de España.- Madrid, 1997.

⁸ Idem.

necesaria. Su obra poética está integrada por numerosas composiciones sueltas, normalmente de circunstancias (conmemorativas, fúnebres, laudatorias o satírico-burlescas), y por un largo poema con perfiles auto biográficos: “El Viaje del Parnaso”.

Este es el único poema narrativo extenso de Cervantes. Hecho a imagen y semejanza del Viaggio di Parnaso (1578), de Cesare Caporali di Perugia, como declara el propio autor, se inscribe en la tradición satírico-alegórica menipea, de ascendiente clásico, medieval y erasmista. Narra autobiográficamente, en ocho capítulos, un viaje fantástico al monte Parnaso, a bordo de una galera capitaneada por Mercurio, emprendido por muchos poetas buenos con el fin de defenderlo contra los poetastros. Reunidos allí con Apolo, salen victoriosos de la batalla y el protagonista regresa mágicamente a su morada. La aventura se completa con la “Adjunta al Parnaso”, donde Pancracio de Roncesvalles entrega a Miguel dos cartas de Apolo con las que se cierra la addenda.⁹

2.3.2 Teatro.

Comedias y tragedias.

También el teatro fue cultivado por Miguel de Cervantes con asiduidad y empeño vocacional. Desde sus inicios literarios, tras volver del cautiverio y hasta sus últimos años, se dedicó a escribir teatro: la cronología de sus piezas abarca desde comienzos de los 1580 hasta 1615, dejando escasos períodos inactivos.

Por orden de antigüedad, abren la serie las dos piezas sueltas representadas en la primera época. La más antigua, el Trato de Argel, es una tragicomedia de cautivos, ambientada en un trasfondo histórico y costumbrista, de cuño autobiográfico, que se ve animado por la doble intriga amorosa de Aurelio-Silvia e Yzuf-Zahara. Mucho más relevante es la Tragedia de Numancia, acaso la mejor del género por aquellos años, donde las fuentes históricas (Apianno, Morales, Valera), sobre el cerco se adoban con motivos literarios (Farsalia, Laberinto de Fortuna, Araucana), y se enriquecen ya con vivencias individuales ficticias (madre e hijos, pareja de enamorados, dos amigos), ya con proyecciones alegóricas como el Duero o España.¹⁰

2.3.3 Entremeses.

Son excelentes y Cervantes los aborda en absoluta libertad, tanto formal como ideológica, desplegando por entero su genialidad creativa para ofrecernos auténticas joyitas escénicas, cuya calidad artística nadie les ha regateado. Logra ocho “juguetes cómicos”, protagonizados por los tipos ridículos de siempre (bobos, rufianes, vizcaínos, estudiantes, soldados, vejetes, etc.), y basados en las situaciones convencionales, pero enriquecidos y dignificados con lo más fino de su genio creativo (ironía, vida-literatura, apariencia-realidad...), de modo que salen potenciados hasta alcanzar cotas magistrales de trascendencia ilimitada. Entre burlas y veras, con la permisividad inherente al cuadro bufo, “el manco de Lepanto” no deja de poner en solfa las más sólidas ocurrencias de la mentalidad áurea.

⁹ REY / SEVILLA.- Obra citada.

¹⁰ Idem.

Hay que destacar de ellos El juez de los divorcios, El rufián viudo, La guarda cuidadosa, La cueva de Salamanca, El viejo celoso, El vizcaíno fingido, La elección de los alcaldes de Daganzo, y el Retablo de las maravillas, que se alza como la pieza maestra indiscutible de la serie por su interés tanto estético como ideológico: el mayor de los puntales de la sociedad barroca, la pureza de sangre, o si se prefiere, la condición de cristiano viejo, se echa por tierra, y aun se reduce a la nada, cuando de ella depende la contemplación de un fantástico retablo, fabricado por el sabio Tontonelo, donde no hay más espectáculo que el representado por los espectadores, víctimas estúpidas de sus prejuicios casticistas, aunque no por ello dejan de anular los límites entre realidad y ficción.¹¹

2.3.4 Narrativa.

Cervantes está considerado por todos como el creador de la novela moderna. En este campo logró cuajar sus títulos más grandiosos: tras la concesión a la moda pastoril de La Galatea (1585), El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha (1605), las Novelas ejemplares (1613), la Segunda parte del ingenioso caballero (1615), y póstumamente, la Historia de los trabajos de Persiles y Sigismunda (1617).

Fue capaz de renovar todos los géneros narrativos de su tiempo (caballeresca, pastoril, bizantina, picaresca, cortesana, etc.), y esto lo hizo con su indudable genio creativo, pues la novela se entendía por entonces a la italiana, como relato breve, y no estaba contemplada teóricamente en las retóricas. La fórmula novelesca empleada por Cervantes, hay que ir a buscarla a sus propias obras, y no pasa de unas cuantas claves que han sido inteligentemente sistematizadas: verismo poético de los hechos, admiración de los casos, verosimilitud de los planteamientos, ejemplaridad moral, decoro lingüístico, etc. Son los mismos principios, por otro lado, que rigen en el resto de sus creaciones, siempre situadas en esa franja mágica que queda a caballo entre la vida y la literatura, la verdad y la ficción, la moral y la libertad...¹²

2.3.5 Las Novelas ejemplares.

Los “doce cuentos” incluidos en el tomo de las Novelas ejemplares de 1613, recogen una tarea narrativa que arranca muy de atrás; al menos algunos de ellos, Rinconete y Cortadillo y El celoso extremeño, estaban ya escritos hacia 1600, pero el Cervantes que los agrupa, retoca y completa, cuatro años antes de su muerte, es ya el autor del Quijote.

Seguro de su talla como prosista de creación, despliega en ellos un muestreo novelesco de lo más variopinto que nos ofrece -no sin alardes- con aires de primicia desde su prólogo: “yo soy el primero que he novelado en lengua castellana, que las muchas novelas que en ella andan impresas todas son traducidas de lenguas extranjeras, y éstas son mías propias, no imitadas ni hurtadas: mi ingenio las engendró, y las parió mi pluma”. La obra comprende doce títulos (La Gitanilla, El amante liberal, Rinconete y Cortadillo, La española inglesa, El licenciado Vidriera, La fuerza de la sangre, El celoso extremeño, La ilustre fregona, Los dos doncellas, La señora Cornelia, El casamiento engañoso y

¹¹ *Idem.*

¹² *Idem.*

La de los perros Cipión y Berganza), pero el último de ellos está engastado en el anterior de forma indisoluble: el Coloquio se inserta como lectura llevada a cabo por uno de los personajes del Casamiento, de modo que éste se cierra una vez terminado aquél.

Los títulos incluidos están pensados como muestreo genérico dentro de la tradición italiana del relato breve. En sus páginas se recrea y se pasa revista a la práctica totalidad de las modalidades propias de esa corriente: bizantina, picaresca, gnómica, cortesana, lucianesca, etc. Aparentemente, son relatos independientes, escritos al margen de la colección, que suelen clasificarse por sus planteamientos idealistas o realistas, por sus temas (amor, matrimonio, picaresca), o por su lenguaje más o menos culto. Las novelitas parecen estar presididas por un marco implícito que establece múltiples interrelaciones (simetrías, variaciones o contrastes) entre ellas, ya sean genéricas, temáticas, ambientales, lingüísticas, etc. Todas ellas se verán recapituladas en el Coloquio de los perros, al que llegan ecos de La Gitanilla, del Rinconete, de la Ilustre, etc., para hacernos volver a considerar la “mesa de trucos” que supone la colección y su compleja organización laberíntica.¹³

2.3.6 El Persiles.

Aunque publicados póstumamente (1617), Los trabajos de Persiles y Sigismunda bien pudieran ser empresa novelesca iniciada por Cervantes en la última década del siglo XVI.

La novela se cierra en el lecho de muerte, lo que viene a significar que está acabada por quien se sabe y autoestima como el primer novelista de su tiempo; sin duda, Cervantes pretendía desquitarse de la fama de “novelista cómico” que le había deparado el carácter risible del Quijote y se adentra en el “género bizantino” dispuesto a colmarlo de gravedad y trascendencia. Es este un “romance” nítidamente cristiano, tridentino, basado en la figura central del peregrino que se purifica moralmente en su continuo deambular viajero; precisamente el modelo más próximo a la “novela ideal”.

El resultado es la azarosa peregrinación llevada a cabo por Persiles y Sigismunda: dos príncipes nórdicos enamorados que, haciéndose pasar por hermanos bajo los nombres de Periandro y Auristela, emprenden un viaje desde el Septentrión hasta Roma con el fin de perfeccionar su fe cristiana antes de contraer matrimonio. Como era de esperar, el viaje está entretejido de multitud de “trabajos” (raptos, cautiverios, traiciones, accidentes, reencuentros, etc.), enriquecidos y complicados hasta el delirio por las historias de los personajes secundarios que van apareciendo en el trayecto (Policarpo, Sinforosa, Arnaldo, Clodio, Rosamunda, Antonio, Riela, Mauricio, Soldino, etc.) y por las jugosas descripciones de los escenarios -particularmente de los nórdicos- geográficos.

No obstante, la novela está perfectamente unificada tanto estructural como semánticamente. Por una parte, el viaje responde a un itinerario bien preciso que arranca de la Isla Bárbara y termina en Roma, pasando por Irlanda, Portugal y España; se nos ofrece distribuido en cuatro libros, claramente agrupables en dos grandes bloques, con la llegada a Lisboa como eje central: primero, las andanzas por los países nórdicos (I y II); después, las correrías por

¹³ *Idem.*

el centro (III y IV). Por otra, el recorrido que conduce a los personajes desde la Isla Bárbara hasta Roma no es sólo geográfico, sino que está concebido simbólicamente como peregrinación purificadora, en lo humano y en lo amoroso, que pasa por distintos eslabones en la cadena del ser: desde el barbarismo salvaje de los nórdicos, hasta el pontífice romano; desde la lujuria brutal, hasta el matrimonio cristiano. En definitiva, todo se integra literariamente en un “camino de perfección” que no puede terminar sino en Dios: “Nuestras almas [...] siempre están en continuo movimiento y no pueden parar sino en Dios, como en su centro”. Ello explica la alta estima en que Cervantes tuvo al Persiles.¹⁴

2.4 EL PENSAMIENTO DE CERVANTES

Cuando muchos recurren a decir que Cervantes “sólo” era un gran lector (en El Quijote dice de sí mismo que leía hasta los papeles rotos de las calles: Parte I, capítulo 9), piensan que le quitan méritos intelectuales y le asignan méritos de genial hilvanador de ideas huera dispersas en historias, nada más. Pero llevando esto a mayores extensiones, también tendríamos que afirmar que Cervantes escoge desde el principio el contar, y en el contar, pensar, pero pensar contando, y por boca de personajes.

Las grandes obras tienen la virtud de no quedar del todo cerradas, y ofrecer al lector la posibilidad de ser lector, pero también de ser algo más: ser intérprete y ser exegeta. Y esto no por ser grandes obras, sino por mostrarnos en ellas vidas e ideas plasmadas en esas vidas, que en la novela denotan también otros mundos más cercanos, los del autor, los de la época, y denotan algo más cercano a los ojos del lector, pero más lejano en el fondo: una filosofía del decir, que sólo el buen lector e intérprete pueden desentrañar.

La técnica narrativa de Cervantes manifiesta y esconde, muestra y vela. He ahí su gran dificultad. Esta misma dificultad es la que lleva a muchos cervantistas a intentar empaquetar un conjunto de ideas que constituya “el pensamiento de Cervantes”, pero continuamente se estrellan porque nunca acaban de empaquetar, o porque cuando parece que lo han logrado, el paquete vuelve a abrirse, estallando ellos -y el mismo lector-. Y así, ni abren ni cierran ni encajan.

Por este motivo, resulta muy difícil intentar realizar una filosofía o pensamiento en Cervantes, porque al hablar Cervantes por boca de sus personajes y ser estos innumerables, la labor es parecida a contar las estrellas. Si bien es cierto que puede decirse que los personajes cervantinos responden a un modelo, no lo es menos que el autor se deja también llevar por la vida de sus propias criaturas, y estas, aunque parezcan prototípicos, acaban justificando su existencia ante su propio creador.

La filosofía de la palabra que hay dentro del contar -del concreto contar cervantino- es lo que sí puede apresarse, pero lo que es tarea ensoñadora es empaquetar y sistematizar el contenido de un pensamiento expresado en historias, porque siempre aparecerá un personaje, una actitud, una declaración que haga tambalear lo que ya se cree sistematizado.

¹⁴ *Idem.*

Teniendo presente esta “doble verdad” no es de extrañar que en nuestras lecturas de Cervantes, podamos ver en ellas un misterio que nos conduce hacia algo más que “entretener y no hacer daño”, y se desvele ante nuestros ojos el combate contra una moral castrante, al modo como ya se reveló en la primera parte del Quijote, que a los oídos de castizos y cristianísimos viejos quizás hicieran el inevitable daño que causa el verse acusado uno de sus propias vilezas. Bien es cierto que no podemos esperar luchas enconadas contra gigantes y tampoco arremetidas directas contra frailes benitos, pero quizás encontremos muchas heridas proferidas con esos “seis dientes mal acondicionados y peor puestos” del anciano Cervantes, y encontremos en él, lejos de un sentido acomodaticio y ortodoxo, unas últimas arremetidas sociales y quizás un recuerdo más sereno, pero fiero al fin y al cabo, de sus años mozos.¹⁵

En este punto, bien vale la pena mencionar uno de los más sonados comentarios de Américo Castro, respecto de los velados contenidos de la obra de Cervantes, y con los que se pretende romper con la intencionalidad que se creía, existía en las letras cervantinas, a fin de mejorar al género humano: “Cervantes no podía menos de terminar su grandiosa creación con una meditación sobre la sabiduría; [La sabiduría en el pobre está asombrada; que la necesidad y miseria son las sombras y nubes que la escurecen, y si acaso se descubre la juzgan por tontedad y la tratan con menosprecio]. Sólo a quien se cubre con el poder del dinero, de la posición social o de la hipocresía enmascarada como acción virtuosa, le está permitido el acceso a la “sabiduría”, es decir, puede expresarse siendo oído. De aquí se infiere que la mayor parte de las creaciones humanas, las que se han considerado prudentes, honestas y dignas de cambiar el mundo, responden a la apariencia del tener, y encubren un interés manifiesto de control sobre aquellos que no pueden expresarse, tengan o no sabiduría. Si Cervantes hubiera expuesto por sí mismo, sus ideas utópicas y soñadoras, quizás hubiera recibido un mal mayor que el del apaleamiento, quizás hubiera recibido el mal que recibe el sabio pobre, la risa y el desprecio de los que rigen. Así, que el indulgente Cervantes, que ya había fustigado bastante a Don Quijote a través del juicio que las masas proferían contra la acción y el lenguaje del caballero andante, levanta su mano y sólo le permite ser vilipendiado con la violencia física. Pero al levantar Cervantes su mano, no la levanta contra la sociedad, más bien al contrario, la presenta desalmada, y aprovecha el lenguaje como un don, procurando superar el mal de la murmuración inherente a la condición humana, construir pensamiento, ya teológico, ya moral, que acaba erigiéndose en el método más humano. Aquí se trata de un humanismo que trabaja sin grandes elucubraciones sobre el ser, desde aspectos muy concretos de momentos sociales y, si se eleva a abstracción, no lo hace respecto del ser, sino respecto de la condición humana, condición de la que resulta casi imposible liberarse. De esta forma, la sabiduría es tenida por nada en nuestro mundo, y la gente sólo oye a los favorecidos, que precisamente se adelantan a ofender a los que valen más que ellos”.¹⁶

¹⁵ CASTRO, Américo.- *“La ejemplaridad de la novela cervantina en la Obra reunida”*.- Vol 1.- Editorial Trotta.- Madrid, 2002. Américo Castro ha insistido, con mucho fundamento, en que “el tono justificativo y defensivo es propio de quienes viven preocupados e inseguros, y temen no ser interpretados como ellos quieren y necesitan serlo”. Se refiere a que Cervantes necesita ser interpretado en el sentido de aleccionamiento moral.

¹⁶ Idem.- Han insistido, tanto Américo Castro como Marcel Bataillon, acerca de que el Quijote no tenía la intención de hacer mejor al género humano. Esta carencia de intención de mejorar al género humano es aplicable igualmente a *El coloquio de los perros*. Y en esto Cervantes no sigue tanto a Erasmo como al mismo Séneca, quien afirma en innumerables ocasiones la imposibilidad de mejorar los vicios, ya

El esfuerzo de leer y entender la obra cervantina, tiene como recompensa el saber que lo narrado recae sobre la realidad, que es precisamente lo que intenta decir el lenguaje. Una realidad no entendida al modo entitativo, escolástico, donde la realidad se acopla al pensamiento, sino una realidad humana y social. Y como esta realidad es lo que intenta decir en primer lugar el lenguaje, por eso no puede dejarse de murmurar. Este es el motivo por el cual su novela está impregnada de una indagación y de una crítica social extremas, gracias a la libertad con la que hablan sus personajes y su aprovechamiento del lenguaje como instrumento de decir la realidad -humana y social-.

Partir de la realidad humana y hablar de ella es también ejercitarse en el cuidado de sí mismo a través del lenguaje. Con ello estamos ante un problema de filosofía práctica. Casi toda la filosofía práctica arranca del análisis respecto de la realidad social y política en la que el hombre se encuentra. A través de la indagación en lo humano y en sus variaciones, el hombre se cuida e intenta ascender en el camino de la virtud. Es un cuidado prudente y caballeresco, pero que en Cervantes se somete a un doble juego, convirtiéndose a veces simplemente en la carcaza moral que adorna todo lo contrario, es decir, un saber murmurador, pero que va más allá de la murmuración, y a través de ella y de los pasos atrás que la prudencia hace dar al murmurador, se muestra toda una honda crítica respecto de la realidad social.

Así que Cervantes indaga en esas variaciones humanas que son todas las ciencias que salen de la misma raíz que es la realidad humana, entre ellas la teología y la moral. El enlace de este pensamiento con otras filosofías prácticas es obvio. Así, el estoicismo, el cinismo, el erasmismo, todos estos modos de saber práctico se hallan presentes. Muchas veces por influencias directas, otras porque, pese a diferencias de época, el hombre se encuentra en encrucijadas atemporales que tienen mucho de común. Sea por unas cuestiones o por otras, el cuidado de sí a través del lenguaje es evidente, y tiene que ver con el concepto de aprovechamiento del tiempo, que aparece en el estoicismo y especialmente en Séneca.

También hay que reconocer que en Cervantes, ese cuidado del lenguaje, evitando la murmuración, se queda tan sólo en una intención, puesto que, como ya se ha apuntado, anteriormente, es inevitable la murmuración al partir de hechos humanos: “En el coloquio de los perros por ejemplo, cuando proponen contarse sus vidas, le dice Cipión a Berganza: “porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias que en procurar saber las vidas ajenas”). Intención que resulta imposible, pues en las cosas humanas, apenas si existe algo propio que no roce lo ajeno; por lo que la actitud estoica de Cipión de acudir al lenguaje tan sólo desde un aspecto “puro”, de cuidado de sí mismo, queda pronto frustrado. Cipión se corrige más adelante, hablando de la ambición: “Pocas o ninguna vez se cumple con la ambición que no sea con daños a terceros”. La palabra dice, señala y denota; cuando se trata de realidades más allá de sillas o mesas, las palabras se labran en confrontación con otras realidades, y cuando se trata de vidas humanas, la misma realidad de la vida exige un decir y un saber en confrontación, en comparación y en combate, por lo que el “murmurar” es condición primera. Y el murmurar se gesta en diálogo. El mismo Séneca, cuyos Diálogos no eran

adquiridos (Séneca: Epístolas morales a Lucilio, Gredos, Madrid, 2001, Epístola 25), ya naturales (Epístola 11).

tales, sino auténticos monólogos -del mismo modo que sus Cartas a Lucilio- se ve necesitado de acudir a las tragedias, donde la confrontación y la lucha del decir es más evidente para mostrar la realidad humana".¹⁷

Todo pensamiento hondo que pretenda, no ya cambiarnos, sino decirnos algo, se enfrenta con otro pensamiento al que combate. No olvidemos la sintonía de Cervantes con movimientos reformadores dentro del catolicismo, entre otros el humanismo erasmista. Espiritualidad que surge combatiendo un modo anquilosado, y sobre todo injusto, de entender y vivir en la realidad. Pero no olvidemos tampoco la esencia de la novela, y en especial de El Quijote, que se nos muestra en el diálogo entre dos amigos opuestos en casi todo, y la realidad (tanto en sí misma, como la de Don Quijote y de Sancho), acaba mostrándose en la confrontación de un diálogo permanente, pues no olvidemos que el pensamiento de Cervantes también combate en todo momento.

El novelista emplea muchas veces los sucesos personales como espejos de problemas históricos. También Don Quijote reprocha a Sancho los rodeos innumerables y baladíes que emplea el escudero en contar sus historias, la mayoría de ellas acabadas en sentencias refranescas. Sancho es radical tanto en los rodeos, ciertamente innecesarios, como en los refranes, por lo que es corregido por Don Quijote en su pretensión de minuciosidad. Sin embargo, Cervantes cuenta, tanto por boca de murmuradores como de los que pretenden no murmurar, y así el contar es ya abrir la puerta a inquirir en los medios antes que en los principios, es decir, en los rodeos y en la casuística de las historias.

Y el que Cervantes cuente inevitablemente por boca de unos y otros no tiene sólo un motivo de aleccionamiento moral o de crítica literaria, sino que lleva implícita la necesidad del murmurar, para concluir de forma más sintética, estilística y aparentemente pulcra, como siempre.

Cada lengua dice de un modo determinado. Pero decir de un modo determinado no significa que se digan cosas distintas. La poesía y la novela nos dan quizás lo más propio, pero eso propio se ha convertido en lo más abstracto y ese ha sido el defecto fundamental de la ontología tradicional y de la ciencia.

Cervantes, a quien muchos han pretendido ver como un mero contador de historias, sabe que los antiguos murmuraban, y mucho; el ejemplo que trae en El Coloquio no es el del teórico Heráclito, sino el empleado por las sátiras. Así comenta por boca de Cipión: Por haber oído decir de un gran poeta de los antiguos que era difícil cosa el no escribir sátiras, consentiré que murmures un poco de luz y no de sangre; quiero decir, que señales y no hieras ni des mate a ninguno en cosa señalada; que no es buena la murmuración, aunque haga reír a muchos, si mata a uno; y si puedes agradar sin ella te tendré por muy discreto".

Espantarse de lo que se deja por decir, de lo que dejo de hablar, es en el fondo considerar a la realidad que dice el lenguaje desde aspectos no sólo casuísticos, sino ampliamente conectados. La realidad se va hilvanando en el contar cada

¹⁷ *Idem.* - Se sabe de la influencia de las tragedias senequistas en el siglo de oro español, así como varias de las ediciones de las obras de Séneca, traducidas al romance, que manejó con toda probabilidad el mismo Cervantes (Américo Castro: obra citada).

aspecto de la vida, pero como esto es una tarea imposible, hay que hablar de seleccionadas cuestiones para desde ellas ver también su otra cara, el polo negativo, que el lenguaje no puede abarcar. Por este motivo, sabemos de la vida de hidalguía de Don Quijote, no porque Cervantes nos la cuente de forma directa, sino indirecta, a través de la locura y los anhelos de Don Quijote.

Cervantes no deja de contar con gracia algunos asuntos que esconden una crítica más amarga que otra, y sabe muy bien que las utopías renacentistas son de una absoluta irrealización; ese es el motivo por el que nunca habla de las Indias como tierra para realizar sueños humanistas, sino como tierra en la que el mal humano de la avaricia se sacia de todos modos.¹⁸

La realidad social contemplada por Cervantes en su vida de servicio, está sustentada en los continuos cambios a que se ve sometido; muchos de los cambios no puede evitarlos, pero otros dependen de su toma de decisiones; y hay veces que decide sin más probar suerte en otros oficios, sin prosperar en los que ya tenía. Muchos de estos vaivenes son la excusa que esgrimen los que gustan de someterse a cambios, con el propósito de ser compadecidos por aquellos que están más altos, cuando los primeros caigan. En muchas de sus obras, Cervantes se muestra estoico al decir a través de sus personajes, que no hay que quejarse ante los vaivenes de la Fortuna, pero no desde la existencia de un destino superior que hace desaparecer la Fortuna, sino desde el motivo psicológico de que es más cómodo acusar a la fortuna de las caídas que tienen su origen en nosotros. Por eso en cada momento en que se habla de la Fortuna en las obras de Cervantes se hace con unos matices muy particulares que tienen que ver con el microcosmos que constituye la obra en la que se hace dicha reflexión.¹⁹

Ahora bien, la intención de Cervantes al teologizar no es tanto mostrarse a favor o en contra de la ortodoxia, sino alcanzar el corolario perfecto para la desmitificación de la brujería, corolario que se hace desde la manifestación de

¹⁸ **MARAVALL, J. A.**- *“Utopía y reformismo en la España de los Austrias”*.- Editorial Siglo XXI de España. Madrid, 1982.

¹⁹ **CASTRO, Américo.**- *Obra citada.*- Parece algo martirizante devanarse los sesos a propósito de la diferencia filosófica entre la Fortuna y el Destino en Cervantes. Está claro que Cervantes habla más de destino como de un orden establecido, pero en el fondo se refiere a lo que se refiere, azar y destino vienen a ser el mismo concepto. En el azar el individuo no interviene, en el destino tampoco. Tanto uno como otro son fuerzas superiores al hombre. El primero es visto como desordenado, fluyente; el destino, en cambio, en una línea más ordenada. Ahora bien, al hombre le cabe asumir sabiamente esa posición de ser “insignificante” dentro del universo. Es cierto que ciertos hombres pueden luchar contra ese destino. Don Quijote lucha contra su destino, pero el destino de hidalgo. Su destino no es ser caballero, sino hidalgo. Por eso aquella afirmación de Cervantes según la cual “uno puede labrarse su propio ventura”, significa que uno puede arremeter contra el destino, el cual es casi imposible de modificar, ya que el carácter individual está sometido al carácter social. En esto hay en Cervantes una clara intención antiestoica, manifestada no sólo en la acción de don Quijote, sino en la necesidad de hablar murmurando porque el estatismo estoico acaba uniéndose a las fuerzas de poder, y todavía hay algo de ilusión erasmista en Cervantes. Dice Castro que el pensamiento de Cervantes sobre el destino se resume así: “las cosas pasan porque tienen que pasar” (la naturaleza gobierna), pero en el fondo, esto es lo mismo que decir que el azar gobierna, dado que la naturaleza no es algo inmóvil, completamente preestablecido, sino algo también cambiante y azaroso. Cuando se dice al final de *El Quijote* que “don Quijote viene vencedor de sí mismo”, Castro ve en estas palabras un modelo estoico. Sin embargo, hay en estas palabras una honda crítica al estoicismo, pues don Quijote viene vencido de su lucha contra el destino por el destino mismo. Una fuerza superior a él le ha vencido.

una teología encubierta. Si pensamos en que de acuerdo con la religión, todo lo que existe en este mundo es obra de Dios, entonces podemos concluir que ni el demonio ni las brujas pueden hacer nada sin el consentimiento de Dios, es decir, sin su permiso. Así que los males del mundo no los realizan seres “malos”, sino que, puestos a indagar en lo que dice la ortodoxia, sería el mismo Dios el causante. Así pues, el mal de ciudades....viene de Dios por permisión, y lo permite por nuestra condición de pecadores. Cervantes, gracias a sus personajes, es todo menos inocente e ingenuo. Tendríamos que según la teología ortodoxa, Dios sería la causa del mal, no por acción directa, sino por omitir una intervención que se encauzaría a evitar el mal. Para el hombre existen pecados por omisión, ¿para Dios no? Parece que este no intervenir es lo que en aplicación al hombre sería el pecado de omisión.

Pero la ironía de Cervantes supone muy claramente que la propia exposición de la teología es a la vez una crítica a la Iglesia y al Dios que defiende. Cervantes deja sin solución la mayoría de los problemas morales, precisamente porque “lo moral deja de estar gobernado por el ideal religioso y trascendente y se torna un producto casi biológico”. Dice Américo Castro: “Piénsese en las consecuencias morales de tal actitud. Si el carácter y su secuela, la conducta, son inmutables, la razón podrá darse cuenta de ese estado, pero no lo podrá variar. La moralidad se convertirá en un hecho positivo, que en lo sensible nos contentará o nos amargarará, pero que en realidad no merecerá censura o elogio; el individuo experimentará automáticamente los resultados de su conducta. Lo moral deja de estar gobernado por el ideal religioso y trascendente, y se torna un producto casi biológico”.²⁰

Qué interesante, sopesando estas palabras pensar igualmente en el “brujo” Don Quijote, y sus “viajes” acaecidos en la cueva de Montesinos. Él mismo, firmaría en la segunda parte estas palabras, pues le confiesa su escepticismo a Sancho respecto de lo por él “vivido” en la cueva de Montesinos, al decirle a su escudero que creará sus visiones del cielo a lomos de Clavileño, si Sancho está dispuesto a creer las del propio Don Quijote en la cueva de Montesinos.

La clave está en que si se da realidad es porque se da fantasía, la clave está aquí: todo lo que nos pasa en la fantasía es tan intensamente que no hay por qué diferenciarlo de cuanto vamos real y verdaderamente. Las posiciones oficiales de la Iglesia católica a este respecto son sorprendentes. Alrededor del año 1000 la Iglesia sostenía que el “vuelo” de las brujas era una ilusión provocada por el diablo. Quinientos años más tarde, la Iglesia sostenía oficialmente que quienes afirmaban que el viaje era simplemente una ilusión estaban asociados con el diablo.

La crisis de la brujería se sitúa en España a comienzos del siglo XVI, crisis en el sentido de que aparecen desmitificaciones de la brujería, tanto por parte de filósofos, como de religiosos. La forma de desmitificar la brujería en Cervantes se da la mano con la risa. Uno de los momentos más divertidos de todo “el Coloquio de los perros”, es la descripción que Berganza hace de la bruja: “Ella era larga de más de siete pies; pues toda era notomía de huesos, cubiertos con una piel negra, vellosa y curtida; con la barriga, que era de badana, se cubría las

²⁰ CASTRO, Américo.- “El pensamiento de Cervantes y otros estudios cervantinos”.- Editorial Trotta. Madrid, 2002. Este pensamiento coincide plenamente con el de Cervantes, para quien los actos buenos o malos son fruto del temperamento, lo que Castro llamaría “lo biológico”.

partes deshonestas, y aún le colgaba hasta la mitad de los muslos, las tetas semejaban dos vejigas de vaca secas y arrugadas; denegridos los labios, traspillados los dientes, la nariz corva y entablada, desencajados los ojos, la cabeza desnegrada, las mejillas chupadas, angosta la garganta, y los pechos sumidos, finalmente, toda era flaca y endemoniada...”

Esta descripción resulta graciosa porque mezcla lo real con lo grotesco. Berganza siente miedo de la bruja, pero a la vez, asco, mientras que a cualquiera de nosotros nos causa singular diversión. En efecto, nos reímos precisamente por la desmitificación de lo que se consideraba serio e incluso tenebroso. Nos causa diversión el saber que esas brujas no eran muy distintas de aquellos personajes borrachos y socarrones que nos pinta Velázquez en “Los borrachos”. Las brujas eran pecadoras sin más, bebedoras, seductoras de hombres, murmuradoras, hipócritas...; de algún modo son el anti-orden representado por Dionisos, contra todo orden y espíritu apolíneo. Normalmente, cuando un gran imperio cae, sus habitantes o se vuelven pesimistas o báquicos, y una tendencia arrastra a la otra.

Para Cervantes, los vicios de las brujas, la hipocresía, acaban siendo los de la misma Iglesia y sociedad españolas. Y son las brujas las que los desvelan.²¹

2.5 CONCLUSIONES

Tratando de obtener el mayor número de datos posibles, y sin que desde luego este sea un trabajo que se centre en el estudio de la biografía de Miguel de Cervantes, podemos concluir que este personaje, vivió realmente una vida azarosa, gracias a la cual pudo desarrollar las destrezas que le permitieron manejar las herramientas que la literatura y la lengua castellana pusieron a su alcance, para obsequiarnos con diversas obras que magistralmente desarrolló en los distintos campos literarios que cultivó.

Su pensamiento podemos resumirlo en cuatro ideas clave:

1. La búsqueda de un mundo mejor.- *Supo adelantarse como nadie a su tiempo y creer que otro mundo era posible, en el que la razón y la imaginación podían cabalgar juntos y viajar a través de la vida; que la realidad es precisamente eso, una mezcla de esa doble visión del mundo. Cuando escribe “El Quijote” ha vivido mucho y su grado de madurez le lleva a reflexiones de gran profundidad y a un planteamiento de vida que defiende la revolucionaria idea de que un mundo mejor siempre es posible.*

2. Practicó un Cristianismo crítico.- *Aunque no existen testimonios que lo puedan confirmar, casi todos los estudiosos cervantistas coinciden en que el cristianismo de Cervantes es, por lo menos, un cristianismo crítico de base erasmista. Hay quien señala abiertamente que seguía la corriente de Erasmo y que precisamente este sentimiento religioso está presente tanto en el fondo como*

²¹ **MENENDEZ** Pidal, Ramón.- *“El siglo del Quijote”*.- Vol.1.- Editorial Espasa-Calpe.- Madrid, 1996.

en la forma de toda su obra; de hecho hace en este sentido permanentes guiños al lector.

3. Fue casi un declarado feminista.- *Es un gran defensor de las mujeres, tanto en su vida real como en su obra. Vive con sus hermanas, su sobrina, la hija que tuvo de una mujer casada y con su esposa; de hecho, su hogar es conocido como “la Casa de las Cervantas”. A sus personajes femeninos los trata con mucho respeto, cosa inusual en la época. Son mujeres fuertes, que se revelan a los deseos paternos y toman sus propias decisiones, lo que es absolutamente revolucionario para la época.*

4. Siempre puso a la Patria por delante.- *“¡Oh España, madre nuestra! / ve que tus hijos vuelven a tu seno, / dejando el mar de sus desgracias lleno...”. Siempre estuvo presente su amor a España y así lo demuestra en múltiples ocasiones, como en estos versos de la canción segunda a la Armada Invencible. Una de las etapas de su vida de la que se sentía más orgulloso, fue su participación en el ejército de Juan de Austria y daba por bueno haber perdido el uso de su mano izquierda en ese trance, llevando toda su vida con mucho orgullo el sobre nombre de “El manco de Lepanto”.*

CAPITULO 3

EL QUIJOTE

3.1 LA LITERATURA EN LA EDAD MEDIA

Hasta la edad media, con la aparición del Cantar de mio Cid, no se puede hablar de literatura española propiamente dicha. Hasta ese momento, se sospecha de la existencia de una poesía románica popular en aquellos estratos que no fueron totalmente asimilados por al-Andalus; de hecho, una jarcha, una de las composiciones más antiguas dentro del territorio español, no es más que la última estrofa de las moaxajas o muwassahas, unos largos poemas escritos en árabe o hebreo en España. La literatura medieval española se caracteriza por ser un crisol en el que se desarrollaron temas profanos y religiosos en diversos géneros literarios con claras influencias de las ricas culturas judía e islámica, que florecieron en la península Ibérica en aquel periodo.

3.1.1 Los siglos XI y XII

Como se señaló en el punto anterior, las obras más antiguas en lengua española son unas breves composiciones líricas de tema amoroso denominadas jarchas (composiciones escritas en lengua romance que datan de mediados del siglo XI).

A continuación, en el tiempo se sitúan los poemas épicos compuestos por los juglares, quienes los recitaban o cantaban en las plazas públicas o en los castillos. Los temas principales de estas epopeyas eran las luchas en que se enfrentaban los caudillos de los diversos reinos cristianos de la península Ibérica, contra los moros que la habían conquistado desde comienzos del siglo VIII, así como las rivalidades suscitadas entre los nobles castellanos y los de los otros reinos cristianos.

La épica española reflejaba la influencia de la poesía germánica, árabe y sobre todo francesa, pero se distingue de sus modelos en que aborda los acontecimientos históricos de la época, en lugar de temas antiguos o mitológicos. Tanto en las jarchas como en los poemas épicos se encuentran ya algunos de los rasgos característicos de lo que será la literatura castellana: la ausencia de elementos maravillosos y el realismo de los temas que trata; el ejemplo más antiguo que se conserva del arte de los juglares es el anónimo “Cantar de mio Cid” (1140), que narra las fortunas y adversidades de Rodrigo Díaz de Vivar, “El Cid Campeador. Esta composición —verdadera obra maestra del arte narrativo que exalta las virtudes del coraje, la lealtad y la entereza—, destaca por el realismo y la fuerza de sus personajes. “La leyenda de los infantes de Lara, El cerco de Zamora y El poema de Fernán González”, son otros cantos épicos importantes.¹

3.1.2 Siglos XIII y XIV

En el siglo XIII los escritores cultos comenzaron a refundir en verso castellano las vidas de los santos, las leyendas moralizadoras y otros relatos antiguos, comunes

¹ VALBUENA Prat, Angel.- “Historia de la Literatura Española”.- Alianza Editorial.- Barcelona, 1981.

en latín. Esta actividad poética, conocida como “mester de clerecía”, se desarrolló primero en los monasterios, caracterizándose, a diferencia del “mester de juglaría”, por una estricta observancia de la métrica.

El poeta más representativo del mester de clerecía es Gonzalo de Berceo, poeta riojano que desarrolló su actividad como miembro del monasterio de San Millán de la Cogolla, y que recreó las narraciones piadosas dándoles forma de poemas y confiriéndoles una frescura y fervor renovados. Entre sus obras destaca “Los Milagros de Nuestra Señora”, pequeña colección de 25 narraciones en verso, que cuenta diferentes milagros de la Virgen con carácter alegórico y de gran calidad literaria.

La prosa literaria castellana surge con fuerza en la persona de Alfonso X “el Sabio”. Castilla fue uno de los primeros estados europeos en desarrollar este tipo de literatura, muy diferente a los poemas que venían escribiéndose hasta entonces. Una multitud de jurisconsultos, historiadores, traductores y especialistas en diversos campos del saber trabajaron bajo su supervisión en un formidable intento de recopilar todo el conocimiento de la época en la Escuela de traductores de Toledo. Para ello, recurrieron a fuentes islámicas, judías y cristianas, pues el reino de Castilla era en aquella época un punto de encuentro para las personas doctas de las tres culturas. Este trabajo en conjunto estimuló el flujo de la cultura oriental hacia el occidente europeo. La prosa castellana, que con Alfonso X se convirtió en un poderoso medio de expresión, alcanzó la madurez artística en la obra de su sobrino, el infante Don Juan Manuel, quien escribió la colección de relatos didácticos “El conde Lucanor” (1335). Hacia 1305 apareció el primer libro de caballerías español de cierta longitud “El caballero Zifar”.

La poesía de Juan Ruiz, también llamado “El Arcipreste de Hita”, forma parte de lo más selecto de la literatura española. Sus ideales y recursos estilísticos eran en principio los de la Edad Media, pero supo expresar su individualidad de una manera que se asemeja más a los escritores renacentistas que a los medievales. Su “Libro del Buen Amor”, es una colección de poesías escritas en forma de autobiografía satírica y contiene ejemplos de prácticamente todas las formas y temas poéticos de la Edad Media. La fama de que gozó el “Libro del Buen Amor”, desde el momento en que fue escrito, hizo que los juglares comunicaran de forma oral los pasajes más divertidos, para divulgarlos entre el pueblo llano. Al igual que su contemporáneo Geoffrey Chaucer, Juan Ruiz contempla la vida con un aguzado sentido del humor, semejante a los textos de la literatura goliárdica.²

3.1.3 Siglo XV

Durante el siglo XV la producción literaria española aumentó de un modo espectacular. Los poetas más destacados de este periodo fueron Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, Juan de Mena y sobre todo Jorge Manrique, quien en las “Coplas a la muerte de su padre” dio expresión perfecta a la aceptación cristiana de la muerte. Las historias de los poemas épicos estaban reunidas en los romanceros (colecciones de romances que se cantaban con acompañamiento instrumental). Con las modificaciones introducidas por los juglares, el romancero adoptó su forma definitiva, ocupándose también de narrar los acontecimientos de cada época.

² Idem.

Durante el siglo XV floreció la literatura satírica e histórica. Con el reinado de los Reyes Católicos comenzó una nueva etapa en la literatura española, que se caracterizó por el pleno desarrollo del humanismo y la lectura directa de los textos clásicos de Roma y Grecia. El humanista más destacado de la época fue el gramático y lexicógrafo Antonio de Nebrija, autor de la Gramática de la lengua castellana (1492). En este periodo cobró también forma definitiva la novela de caballerías española más famosa e imitada, el “Amadís de Gaula” (1508). A semejanza suya se publicaron muchas novelas de caballerías durante el siglo XVI.

“La Celestina o Tragicomedia de Calisto y Melibea” (1499), escrita por Fernando de Rojas, es otra de las obras más significativas de la literatura española. “La Celestina” es una novela dialogada que combina elementos narrativos y teatrales. Las fuentes literarias de esta obra, que ejerció una influencia considerable en la literatura posterior, son latinas y medievales, pero expresan un concepto de la vida que difiere con radicalidad del espíritu religioso de la Edad Media.

El argumento desarrolla una historia de amor apasionado: el joven Calisto busca la ayuda y la complicidad del siervo Sempronio y la trotaconventos o alcahueta Celestina, para convencer a Melibea de que le entregue su amor. Las vidas de estos personajes se entrelazan de tal manera, que el amor es la causa de su perdición. Nunca hasta entonces se había presentado la tragedia de la vida en la literatura española con tal profundidad psicológica y tanta maestría en el manejo de los medios de expresión. La madurez artística y el dominio de los registros estilísticos de Fernando de Rojas fueron un modelo valiosísimo para los escritores del “Siglo de Oro” español, que se inició poco después de la publicación de esta obra pionera.³

3.2 LA LITERATURA EN EL RENACIMIENTO Y EL SIGLO DE ORO

Bajo el reinado de Carlos I, España dominó gran parte de Europa y estableció un imperio colonial en América. Durante este período los escritores españoles siguieron las tendencias filosóficas y artísticas del renacimiento. En el campo de las ideas, Erasmo de Róterdam fue quien ejerció mayor influencia. Las obras de algunos de sus discípulos españoles, entre los que se encontraban el filósofo Luis Vives y el teólogo Juan de Valdés, fueron muy leídas y se tradujeron a diversas lenguas europeas. Lo mismo cabe decir de las obras de su contemporáneo Antonio de Guevara, divulgador e historiador franciscano. Durante este periodo se escribieron diálogos humanísticos, especialmente por parte de los seguidores de Erasmo, y se cultivó la historiografía. Los historiadores más importantes del Renacimiento y del Siglo de Oro español fueron Diego Hurtado de Mendoza y el jesuita Juan de Mariana.

Siglo de oro de la literatura española, es el término que implica una época de esplendor literario, político y militar. Los escritores españoles del siglo XVI y de comienzos del XVII fueron conscientes muchas veces de estar viviendo una época de esplendor en todos los ámbitos, pero sólo ocasionalmente se sirvieron de la expresión “Siglo de oro” para referirse a ella.

³ Idem.

El ejemplo más notable del uso de este término, lo ofrece de forma tardía, aunque con un sentido político, Bartolomé de Góngora en “El corregimiento sagaz” (1656): “Dejando yo ahora los varones heroicos en todo género de aquel siglo del prudente Rey don Phelipe, baste decir que en él floreció el mismo Rey en quien hago epílogo del talento más escogido (en su modo), de aquella edad a mi parecer Siglo de Oro”.

El término “edad de oro”, mucho más frecuente, sobre todo hasta Miguel de Cervantes, sirvió en este momento una vez más para recrear, con nostalgia, el mito de una era de felicidad y paz, a la que habían seguido otras de plata, cobre y hierro, que recorría la cultura occidental desde Hesíodo.

Será hasta la segunda mitad del siglo XVIII cuando llegará a arraigarse el concepto de “Siglo de oro” para designar a la literatura del siglo XVI, en especial a la poesía (la novela, a pesar del creciente interés por Cervantes que se produce en esta época, fue menos apreciada y el teatro apenas tenido en cuenta). En 1713, el Diccionario de autoridades todavía define así el Siglo de oro: “Fue el espacio de tiempo que fingieron los poetas haber reinado el dios Saturno, en el que decían habían vivido los hombres justificadísimo, y por extensión, se llama así cualquier tiempo feliz”. “Antes que acabase el dorado siglo XVI había ya producido España muchos épicos, líricos y dramaturgos comparables a los más célebres de la antigüedad. Casi se puede decir que estos bellos días anochecieron con el siglo XVI. Los Góngoras, los Vegas, los Palavicinos, siguiendo el impulso de su sola imaginación, se extraviaron del buen sendero que habían seguido sus mayores”.

José Cadalso, en sus “Cartas marruecas” (número XXI), afirma que Alonso García Matamoros, maestro de Retórica de la Universidad de Alcalá de Henares, era “uno de los hombres mayores que florecieron en el siglo nuestro de oro, a saber, el decimosexto”.

Para los ilustrados, esta época dorada, de la que además se destaca la grandeza militar y política, a la que había seguido una de decadencia que se prolongaba hasta el presente (finales del siglo XVIII), constituía un ejemplo para sus deseos de reforma literaria y un arma en la competencia cultural, ya iniciada en 1672 por Nicolás Antonio, con Italia y Francia —la historiografía italiana, desde las Vidas de Giorgio Vasari, había situado su época áurea en el pontificado de León X-

Los españoles, con igual razón que los italianos, pueden gloriarse de tener el siglo XVI por su siglo de oro. Es innegable que el espacio comprendido entre los últimos decenios del siglo XVI y los del XVII forman el periodo más rico y más brillante de su historia. Los reinados de los tres Felipes abrazan la verdadera Edad de Oro de la literatura española y, principalmente, de la poesía. Si no, ¿qué significan las aisladas, aunque preciosas producciones de la época anterior, cuando se comparan con la multitud de obras maestras que se escribieron desde Cervantes hasta Calderón?”.

Marcelino Menéndez y Pelayo, deseoso de demostrar la existencia de un verdadero renacimiento en los diversos campos de las ciencias, las artes y las letras, se sirve, al menos en una primera época, del mencionado término: “Entramos en el siglo XVI, época de mayor esplendor para nuestras letras, siglo de oro de nuestra poesía lírica”. Después, cuando amplía sus estudios a la

centuria siguiente, prefiere referirse, quizá debido a su poco aprecio por el gongorismo, a los siglos XVI y XVII o a la edad de oro.⁴

3.2.1 Temas y estilos poéticos

La poesía bucólica o pastoril, que pinta la vida y costumbres de pastores o de personajes que se hacen pasar por pastores, es otro de los géneros que florecieron durante el siglo de oro. Los temas y ambientes de la poesía pastoril, junto con formas métricas italianas como el soneto, la octava, la canción, el terceto y el verso libre, fueron utilizados por primera vez de manera habitual por Juan Boscán y Garcilaso de la Vega. Garcilaso fue no solo un innovador en el uso de la métrica italiana y los temas bucólicos, sino también un excelente poeta capaz de transmitir sentimientos auténticos en versos de una serenidad clásica. Curiosamente siempre se le ha considerado modelo de lengua y métrica y no sufrió el ostracismo de los neoclásicos y románticos, que sí padecieron, como Góngora y otros poetas del siglo de oro.

En la literatura española, más que en la de otros países, la innovación rara vez sustituye por completo a las tradiciones establecidas. De este modo, los usos poéticos antiguos y nuevos coexistieron durante el siglo XVI. La vida religiosa en España se intensificó a mediados del siglo XVI, en parte como consecuencia de la preocupación que sentían los católicos españoles por la Reforma protestante. El nuevo estilo poético se acomodó a la expresión de actitudes espirituales muy alejadas de la poesía pastoril. El primer gran poeta de este género fue fray Luis de León, en cuyos versos la devoción cristiana se conjuga con el culto a la belleza, el amor a la naturaleza y la búsqueda de la serenidad clásica característica del Renacimiento. Fray Luis de León, inspirado por Petrarca, Virgilio y Horacio, compuso “Vida retirada”, “Oda a Salinas” y numerosos textos en prosa. Se le acusó de haber traducido al castellano, a partir del texto hebreo, el “Cantar de los cantares”, lo que violaba el Concilio de Trento que prohibía traducir los textos a una lengua vulgar; el proceso, en el que finalmente fue declarado inocente, duró cinco años.

San Juan de la Cruz, contemporáneo de fray Luis, compuso lo que para muchos críticos son los versos más intensos y radiantes de la lengua española. En estos poemas intenta expresar —en términos de amor humano— la inefable experiencia mística de la unión del alma humana con Dios. Otro poeta importante de esta época es Fernando de Herrera, quien cultivó el estilo barroco característico del siguiente periodo de la literatura española.⁵

3.2.2 Prosa religiosa

Durante los dos últimos tercios del siglo XVI, diversos autores místicos y ascéticos escribieron obras de considerable importancia. Entre ellos cabe destacar al dominico fray Luis de Granada —cuyos escritos reflejan tanto su ascetismo como su profundo amor a la naturaleza— y sobre todo, a la mística santa Teresa de Jesús, que creó una nueva simbología para expresar sus experiencias místicas. En sus tratados, santa Teresa de Jesús alcanza la espontaneidad y la frescura de la lengua coloquial y reclama para la literatura la misma sencillez que defiende para su vida en la Tierra. El teólogo más

⁴ Idem.

⁵ Idem.

importante del Siglo de oro fue el filósofo escolástico Francisco Suárez, cuyas obras están escritas en latín.⁶

3.2.3 Nuevos géneros literarios

Hacia 1550 surgen varios géneros literarios hasta entonces desconocidos. Entre ellos se encuentran la novela pastoril, la novela morisca y la novela picaresca.

La novela pastoril, que narra las aventuras y desventuras amorosas de pastores idealizados, es un género que ya había florecido con antelación en Italia y Portugal. El ejemplo más notable de novela pastoril en lengua española es “La Diana”, del portugués Jorge de Montemayor.

La novela morisca fue una invención española que combinó las tendencias literarias de los siglos anteriores con las del siglo XVI, presentando los relatos caballerescos de la guerra contra los moros en forma de novela. Su primer ejemplo es el relato anónimo “Historia de Abencerraje y la hermosa Jarifa” (1598).

Tanto las novelas pastoriles como las moriscas presentan imágenes idealizadas de la naturaleza humana. Por el contrario, la novela anónima “El Lazarillo de Tormes” (1554), muestra una visión pesimista de la sociedad a través de los ojos de un pícaro que sirve a diversos amos. Esta obra es el prototipo de la novela picaresca que floreció a comienzos del siglo XVII. “El Guzmán de Alfarache”, de Mateo Alemán, y la “Historia de la vida del Buscón”, de Quevedo, son los ejemplos más sobresalientes del género picaresco. Este género literario alcanzó un gran éxito en España y en el extranjero, influyendo de manera determinante en la novela europea del siglo XVIII.

Los escritores de novela picaresca presentan una visión sombría de la humanidad, no menos distorsionada a su manera que la imagen idealizada de la literatura bucólica o de caballerías. En contraposición a esa visión deformada de la naturaleza humana, la obra de Miguel de Cervantes Saavedra, y en especial “Don Quijote de la Mancha” (1605-1615), presenta una imagen completa de la humanidad, reflejando tanto su grandeza como sus debilidades.

Es probable que Cervantes comenzara a escribir el Quijote con la única intención de tramar una historia divertida y burlarse de la moda de los libros de caballerías, que constituían la literatura de evasión en aquella época. Sin embargo, desde las primeras páginas el libro presenta una historia cuya naturaleza multidimensional alcanza un grado al que hasta entonces ninguna narrativa europea se había aproximado.⁷

Loco y sabio, grotesco y admirable, Don Quijote se muestra ante el lector como un ser humano verosímil y creíble, a pesar de su compleja naturaleza y de los vaivenes a que lo somete el enfrentamiento de su mundo onírico con la realidad. Igual de creíble y complejo es el personaje de su escudero Sancho Panza, cuyo prosaico punto de vista, contrasta con las ilusiones de su señor, moderándolas; y lo cómico es que Sancho, al mismo tiempo, las comparte. El libro ofrece un

⁶ Idem.

⁷ Idem.

cuadro completo de la sociedad española y universal en una asombrosa diversidad de temas, personajes, ideas y técnicas narrativas.

La influencia de “Don Quijote de la Mancha” se extiende a lo largo de los siglos. Cada periodo sucesivo de la cultura europea ofrece su propia interpretación de la novela y la considera un modelo para nuevos tipos de narrativa. Los doce relatos que componen las Novelas ejemplares (1613), obra también de Cervantes, tienen una gran fuerza narrativa, y su imaginativa novela bizantina, “Los trabajos de Persiles y Segismunda” (1619), es una de las obras maestras de la prosa barroca española.

3.3 PARA EL MEJOR ANALISIS LITERARIO DEL QUIJOTE

El presente apartado, viene a ser la maravillosa llave para todos aquellos interesados en el texto de “Don Quijote de la Mancha”, a fin de que puedan adentrarse en el estudio detallado de la combinación resultante de la intencionalidad de Cervantes y de la estructura de su cuatro veces centenaria novela del Quijote.

Desde luego que al tratarse la presente tesis, de un trabajo totalmente ajeno al estudio integral de la Literatura Castellana, me limitaré a señalar de manera enunciativa, cuales son los elementos más significativos que deben ser considerados por el lector analítico, interesado en esta maravillosa novela, para involucrarse en un mejor y mayor conocimiento del texto del ingenioso Hidalgo.

Antes de iniciar, quisiera señalar como un punto que llama la atención, el hecho de que en el año de 1611, el humanista y filólogo español Sebastián de Covarrubias (1539-1613), publicó el diccionario de su autoría “Tesoro de la lengua castellana o española”.

Este autor, nació en Toledo de una familia ilustre; estudió hebreo, griego, latín y teología en la Universidad de Salamanca. Fue canónigo y maestrescuela de la catedral de Cuenca, capellán de Felipe III, y consultor de la Inquisición. Aunque escribió “Emblemas morales” (1610), un libro de literatura simbólico-moral, su gran obra fue su diccionario, reeditado con apéndices en 1943 por Martín de Riquer.

El libro parece a primera vista un centón, es decir, una obra compuesta con materiales de otros textos; en él se recoge información sobre mitos, usos y costumbres, etimologías, comentarios literarios y misceláneas culturales varias; pero es un auténtico tesoro por ser el primer diccionario monolingüe del castellano y porque recoge un léxico amplísimo, ya que no hay que olvidar que se publicó en un momento de máximo esplendor de las letras hispanas, precisamente entre la primera y segunda parte de Don Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes. A la hora de seleccionar el léxico de su diccionario, acepta tanto extranjerismos como voces dialectales y en desuso, y además señala usos diciendo si se trata de una acepción grosera, rústica o poética. Está considerado como el mejor diccionario español anterior al de Autoridades de la Real Academia Española, y resulta curioso que el lenguaje que utiliza Cervantes en la redacción del Quijote, se encuentra apegado fielmente a las consideraciones filológicas incluidas por Covarrubias, lo que, de acuerdo con los críticos de

Cervantes, convierte a su inmortal novela en un verdadero compendio histórico lingüístico.⁸

3.3.1 Comentario del texto literario

Consiste en la valoración de un texto para comprobar, por medio de diversas técnicas, su carácter literario.

Comentar un texto no es glosar su contenido. Sólo si se abarca su totalidad, y cada una de sus ideas se relaciona con las demás, el texto tiene sentido, y se percibe la función de todas las palabras. El lector espera reconocer en el texto unos rasgos que responden al género en que se inscribe. Los límites del texto, que marcan estrofas y rasgos de los diferentes géneros, encuadran su diseño interior. Para que el texto alcance todo su sentido, hay que conocer los instrumentos manejados por el escritor, las figuras retóricas, las referencias culturales. Sólo así se puede vincular la obra al contexto literario.

El lector recibe del autor un mensaje, cuyo fin es este mensaje como forma; percibe en sus interrelaciones, la actitud, el tema, la estructura y el mensaje del texto, y concibe su esencia simbólica, su función histórica y su valor poético.⁹

3.3.2 Procedimientos de análisis

Cada texto exige una técnica de análisis que ponga de relieve sus rasgos más significativos, por lo que es necesario, en primer lugar, situar el texto en su marco histórico-literario. El modo de actuar varía según se trate de una obra completa, de un texto completo o de un fragmento, e igualmente si se conoce el nombre del autor, el título y la fecha de la obra. Si se sabe el nombre del autor, se utilizan los medios de consulta necesarios para situar la obra en la etapa del autor a la que ésta pertenezca. Si todos los datos aparecen en el texto, no hay mayor problema que la consulta en un manual de Literatura con el fin de obtener una mayor información sobre el autor, obra, fecha, periodo, características generales de la época y movimiento al que pertenece el texto, relación con otros movimientos artísticos y culturales del momento, características del autor, característica de la obra o fragmento, objeto del análisis.¹⁰

3.3.3 Características literarias

Para analizar las características literarias de un texto, hay que determinar:

Género literario y forma de expresión: Identificación del género y subgéneros, señalando su originalidad y características del autor; la forma de expresión (narración, diálogo, descripción...), y por último, si se trata de un texto en prosa o verso con sus características.

Análisis del contenido (relación del autor con la obra): Actitud ante la realidad (externa/interna); postura del autor (objetiva/subjetiva, irónica, crítica...);

⁸ **CASTRO**, Américo.- *“Los prólogos del Quijote”*.- Revista de Filología Hispánica.- Universidad Complutense.- Madrid, 1925.

⁹ **ELUA**.- *“Estudios de Filología y Lingüística”* 3ª edición.- Universidad de Alicante.- Alicante España, 2004.

¹⁰ *Idem.*

punto de vista (estilo directo/indirecto, utilización de primera, segunda o tercera persona), e implicación del autor en el texto.

Argumento y tono: Tipo de argumento y esquema argumental. Hay que observar las características (descriptivo, narrativo, digresivo), y el tono (optimista, pesimista...).

Estructura del contenido: Estructura del texto (núcleos y sub-núcleos estructurales, sus relaciones y características), y modelos estructurales (analizante, sintetizante, paralela, atributiva...).

Tema e idea central. Precisar el tema: Características y cualidades.¹¹

3.3.4 Análisis de la forma

Es el momento culminante del análisis, cuando afloran los niveles literarios utilizados por el autor; para eso hay que analizar todos los recursos del lenguaje literario y su función poética.

En el análisis formal, se deben analizar los diferentes planos: Plano fonético-fónico, peculiaridades: figuras retóricas basadas en el sonido (onomatopeyas, aliteración, paronomasia, asonancia, aféresis).

Acento y entonación. Ritmo de la prosa (ritmo lingüístico, de pensamiento, de intensidad, cuantitativo, silábico, tonal...). Análisis métrico del texto en verso. Medida (cómputo silábico). El acento: tipo de versos (octosílabo, endecasílabo...). Rima (total o parcial). Tipos de estrofas (cuarteto, serventesio, quinteto, octava real, soneto...). Poema (romance, silva, letrilla...).

Planos morfológico y sintáctico. Interpretación de las diferentes posibilidades expresivas que ofrece el texto en relación con el contenido. Análisis de las categorías gramaticales y sus conexiones. Comentario de texto lingüístico. Análisis y estructura del texto (simetrías, paralelismo, diálogo, descripción). Figuras retóricas: por adición de palabras (paráfrasis, pleonismo, sinonimia...); por omisión de palabras (elipsis, asíndeton); por repetición de palabras (anáfora, reduplicación, concatenación, polisíndeton); por analogía (derivación, dilogía, calambur, hipérbaton).

Plano semántico, determinar las peculiaridades del texto que se comenta, relacionándolo con el contenido; características del léxico, elementos emotivos y afectivos. El significado de las palabras en el texto. La connotación, como característica del lenguaje literario (polisemia, antonimia, homonimia...). Los cambios semánticos: tropos (sinécdoque, metonimia, metáfora, alegoría, símbolo...). Figuras retóricas (prosografía, retrato, enumeración, hipérbole, prosopopeya, apóstrofe, paradoja...), y finalmente, valoración del texto, reconocer el sentido histórico-social y apreciar el valor poético del texto como realización de un artista en un género.¹²

¹¹ *Idem.*

¹² *Idem.*

3.3.5 Género literario

El género literario es una entidad del sistema que permite la clasificación de obras literarias, de acuerdo a criterios semánticos, sintácticos, fónicos, discursivos, formales, contextuales o situacionales afines, y al cual puede aplicarse la siguiente clasificación:

Los géneros literarios se clasifican en mayores y menores.

Los géneros mayores son:

- **Lírica.**- *Es la expresión de los sentimientos del autor, 'yo subjetivo', está escrito en prosa o verso.*
- **Épica.**- *Es la narración del mundo exterior observado por el autor. Escrita en prosa puede ser: novela, cuento y leyenda; escrita en verso son: cantares de gesta, romances, etc.*
- **Dramática o género teatral.**- *Analiza las vivencias de los personajes del mundo exterior, y puede ser: tragedia, comedia o drama.*

Los géneros menores son:

- **Oratoria.**- *La cual pretende persuadir por medio de la palabra: discurso, arenga, conferencia, charla, etc.*
- **Didáctica.**- *Es el género con fines formativos y educativos: ensayo, artículo, conferencia, etc.*
- **Historia.**- *Es la narración de acontecimientos pasados: crónicas, reportajes, etc.¹³*

3.3.6 Tipo de escrito y naturaleza del texto

Un texto puede pertenecer a uno de estos cuatro tipos de escritos básicos:

A) Narración.- Se cuentan acciones: predominio de dinamismo; frases cortas, abundancia de verbos...

B) Descripción.- Se expresan circunstancias: cualidades, ambientes, paisajes; texto de acción lenta, predominio de sustantivos, adjetivos...

C) Exposición.- Escrito en el que se pretende comentar objetivamente un tema: se comunican ideas y opiniones; predominio de lenguajes técnicos especializados...

D) Argumentación.- Es la exposición de un tema, pero sometido a debate, aportando datos que sustenten lo que se afirma. Es más subjetivo que la exposición...

Los textos, por su naturaleza y contenido temático, se pueden clasificar en: periodísticos, científicos, publicitarios, humanísticos, jurídicos, literarios... Además, hay circunstancias espaciales que también se deben considerar en un comentario, como la fecha en que el texto fue escrito; si la fecha no aparece expresada, se intenta deducir por el contenido significativo del texto, analizando el contexto histórico-social al que el texto responde. Conviene destacar: el tiempo

¹³ *Idem.*

externo, en el que está escrito el texto, y el tiempo interno al que se refiere su contenido.¹⁴

3.3.7 Comentario explicativo del texto

En esta fase se considera lo que el autor dice y cómo lo dice: Explicación del contenido, comentario de los términos usados, datos, conceptos básicos del texto, asociándolos, si es posible, con los conocimientos que se tengan. Señalar también el plan ideológico del texto, así como el pensamiento del autor. Análisis de la forma, valoración general del estilo y de las características formales del texto: la estructura: analítica, sintética, encuadrada, paralela... y caracterización del lenguaje: culto, popular; normativo, incorrecto..., y rasgos que presenta: rasgos fónicos: grafías, reducción de grupos consonánticos, acentuación, entonación...; rasgos morfosintácticos, categoría gramatical dominante: sustantivos, adjetivos, verbos...; presencia o ausencia de determinantes; coordinación o subordinación; periodos largos o periodos cortos... rasgos léxico-semánticos, clases de palabras: simple, compuesta, derivada...; connotación, denotación y uso figurado del lenguaje.¹⁵

3.3.8 Comentario crítico

Surge de la respuesta razonada, que el texto sugiere al lector, y se deben puntualizar varios aspectos: Juicio crítico es asentir, disentir o matizar el contenido del texto, expresando el grado de precisión, objetividad o subjetividad manifestados por el autor. Asociación y relación del texto, con otras tendencias, movimientos o temas conocidos. Interés del texto, con relación a su época, como representación de una corriente de pensamiento, por su relación o vigencia actual, por su originalidad de contenido de enfoque o forma.¹⁶

3.3.9 El género de Don Quijote

Tanto autores como lectores inevitable y necesariamente usan el concepto de género literario; es imposible entender una obra sin situarla en un contexto genérico. El examen del género de una obra es, pues, un paso hacia su interpretación, por lo que “el desacuerdo en la interpretación de una obra es generalmente debido a un desacuerdo acerca de su género”.¹⁷

Es particularmente oportuno estudiar el género de Don Quijote porque a Cervantes le importaban los géneros. Tener interés por la teoría literaria, como evidentemente él tenía, significaba en su época sentir interés por los géneros, que tenían un papel importantísimo en la teoría literaria del Siglo de Oro (como también las clasificaciones tenían importancia fundamental en la lingüística y en la ciencia de la época).

Las nociones genéricas eran requisito previo para la formulación de las reglas literarias por las que evidentemente Cervantes tenía un extraordinario interés.

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ *Idem.*

¹⁶ *Idem.*

¹⁷ **ALASTAIR, Fowler.**- “Kinds of Literature” Capítulo 14.- Cambridge, Massachusetts.- Harvard University Press, 1982. Se señala que “la actividad en la teoría de los géneros, generalmente ha precedido o ha coincidido con períodos en que se han escrito grandes obras, y ha despertado el interés de los mejores escritores”.

Aunque la clasificación de sus obras no está en ningún caso exenta de problemas, puede verse como cada una se ajusta a una categoría genérica existente. “La Galatea” es una égloga,¹⁸ las “Novelas ejemplares” introdujeron en España y depuraron la “novella italiana”, el “Persiles” es una épica en prosa y “El Viaje del Parnaso” un libro de viajes. Evidentemente Cervantes concebía a Don Quijote dentro de alguna categoría literaria.

Desgraciadamente, las categorías literarias no son eternas. Varían mucho de una época a otra, y peor aún, el significado de los nombres que se les dan tampoco es estable (En contraste con las obras de la naturaleza, cuya clasificación es menos difícil porque cambian lentamente, la literatura cambia rápidamente, a veces como reacción a clasificaciones establecidas previamente. No hay dos obras literarias que se parezcan tanto como dos miembros de la misma especie vegetal o animal. Nunca se ha llevado a cabo el sueño de los clasificadores, un esquema permanente que ponga orden en el anárquico mundo de la literatura).

Rematando el problema, con una obra tan esencial e influyente como Don Quijote, la historia de la literatura cambia de dirección. Parece una cosa cuando se ve desde el presente, y algo distinto cuando se examina en su propio contexto. Igual que la Plaza de la Cibeles en Madrid, o el Arco del triunfo en París no están en una sola calle, Don Quijote no tiene una sola categoría genérica, válida tanto en el siglo XVII como hoy.

Mi objetivo en este capítulo es tratar de identificar el género de Don Quijote en los términos del mismo Cervantes, como un paso para entender la interpretación de la obra, sus fines y los elementos que le sirvieron de influencia dentro del contexto histórico general en el que se escribió.

Desde el punto de vista de Cervantes, no podía ser ni una novela ni un romance (“Novela”, un italianismo, significaba “narración corta”, y “romance” una “narración en verso”, en el siglo XVI generalmente de contenido histórico. Incluso el sentido moderno de estos términos puede ser problemático: “cada crítico o teórico ve el ‘novelismo’ central de la novela Don Quijote de forma distinta”), pues aunque estas palabras existían, su significado en el Siglo de Oro era completamente distinto del que tienen las categorías modernas descritas con estos términos.¹⁹

Sin embargo, disponemos de una ayuda, que no es sólo una guía a la teoría genérica aurisecular, sino también el libro que influyó a Cervantes más que cualquier otra obra de erudición literaria: la “Philosophía antigua poética” de Alonso López Pinciano, el tratado sobre los géneros más completo que se ha escrito en español, y uno de los pocos tratados teóricos de conjunto que se publicaron en todo el Renacimiento.²⁰ En contraste con las categorías modernas, que se basan en la forma, para López Pinciano el criterio clave para la clasificación literaria es la historia o el tema tratado, que es el “alma”; mientras

¹⁸ **SALVAT.**- “Diccionario enciclopédico”.- Salvat Editores.- Barcelona España, 1998. “La égloga es una composición poética típica de la poesía bucólica; usualmente es de reducidas dimensiones y de carácter artificioso. La égloga suele adoptar la forma de diálogo o soliloquio de significación alegórica”

¹⁹ **ALLEN, J. John.**- “Don Quixote and the Origins of the Novel”, en *Cervantes and the Renaissance.*- ed. Michael D. McGaha.- Easton, Pennsylvania: Taller Juan de la Cuesta, 1980.

²⁰ **RICO Verdú, José.**- “Obras completas de Alonso López Pinciano” Vol. 1.- Universidad de Alicante para la fundación José Antonio de Castro.- España, 1998.

que la forma es simplemente el “cuerpo”. Podría pensarse que la cuestión del género literario de *Don Quijote*, tal como lo veía Cervantes, está resuelta con el término “historia”, usado para describir el libro en el título y varias veces en el texto.

Esto es solamente un punto de partida lógico para un examen del género de Don Quijote. ¿Qué quiso decir Cervantes al llamar Don Quijote una historia, o más específicamente, una verdadera historia? “Historia”, para comenzar, no era un género literario, aunque su sentido era más amplio que el del término actual “historia” y podía referirse a obras literarias. En su sentido más amplio significaba contar acontecimientos: “cuenta la historia”, “la historia cuenta”, fórmulas corrientes en la prosa española de épocas tempranas, son usadas frecuentemente en Don Quijote.

Una historia podía ser de dos clases: podía ser verdadera, -una narración histórica-, que es la única forma en que López Pinciano usó el término; o podía ser fingida, en cuyo caso es literatura, lo que ahora llamaríamos ficción en prosa y que Cervantes también llama fábula.²¹ Es más fácil entender la distinción entre los dos tipos de historia si imaginamos que una historia es como una pintura en palabras, comparación que se encuentra explícita en las obras de Cervantes.²²

Se ha dicho con frecuencia que Don Quijote es una “historia verdadera”, y al final del libro se utiliza este término favorablemente y sin ironía; “mi verdadero don Quijote contrasta con el falso de Avellaneda”. A veces sólo se ha dicho que el libro es verosímil, como se discute más adelante, aunque sin embargo, debemos entender que la insistencia en que el personaje principal del libro es verdadero, es a menudo irónica.

Si nos preguntamos: ¿iban a engañar a alguien las repetidas declaraciones de que personaje y libro eran verdaderos? Creo que Cervantes confiaba en que no; los lectores sabrían que ningún Alonso Quijano manchego había dejado su casa para ser caballero andante, pues este suceso tan increíble se habría comentado por toda España. Desde la primera frase del prólogo, donde se llama a la obra “hijo del entendimiento”, es evidente que se trata de una historia fingida, pues nadie se habría hecho una armadura de cartón o habría escogido a Sancho Zancas (llamado a lo largo de la novela como Sancho Panza), como escudero, y habría atacado a molinos de viento y ovejas.

La reacción primera del lector es que eso no podía haber pasado, ya que la postura que se le propone es que los libros de caballerías no podrían considerarse verdaderos, sin importar lo que en ellos se relatara para fingir veracidad. No importa tampoco que haya un personaje llamado historiador y que se nos den detalles de su manuscrito, dónde se encontró, cómo fue traducido, e incluso lo que se pagó al traductor. Todas estas cosas no significan nada. Alguien las ha inventado y no significan que Don Quijote realmente existiera.²³

Desde el reconocimiento de la ficción como un tipo legítimo de literatura, un autor puede afirmar que escribe una historia verdadera, aunque sea una

²¹ *Idem.*

²² **LEVISI**, Margarita .- “La pintura en la narrativa de Cervantes” *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*.- Madrid, 1956.

²³ **LATHROP**, Thomas.- “Cide Hamete Benengeli y su manuscrito”, en *Cervantes. Su obra y su mundo*.- ed. Manuel Criado de Val .- Madrid, 1981.

invención. En la época de Cervantes, los autores que escribían “mentiras” y luego negaban haberlo hecho, podían llegar a engañar a los ignorantes, pues muchos de los lectores eran crédulos hasta el punto de creer que todo lo que estaba impreso era verdadero (el equivalente moderno es un nuevo tipo de relato, la telenovela; es común que los personajes ficticios reciban cartas con regularidad).

¿Cómo se podía, pues, en aquella época distinguir lo verdadero de lo falso, y determinar si un libro describía acciones y personajes imaginarios o verdaderos? En *Don Quijote* este problema no se plantea nunca directamente, pero sí indirectamente, ya que solo nos cuesta analizar si: ¿son todos los adornos lingüísticos realmente evocadores de una historia antigua encontrada en anales, archivos y en la memoria de la gente; que estaba enterrada en una caja de plomo; en un manuscrito árabe (una lengua de la Edad Media española), y si esto era coherente con una biblioteca que contenía libros recientes y con las demás referencias a la España contemporánea de ese momento?

El razonamiento de *Don Quijote* es especialmente falaz y lleno de desafortunados disparates, a los que solamente un bárbaro inculto, alguien “del todo bárbaro e inculto”, o un loco no pondrían objeciones, pero como los lectores de Cervantes no se identificarían ni con bárbaros incultos ni con locos, tendrían que admitir que no podían creer ni creían estos disparates.

Don Quijote intenta constantemente ayudar a los lectores ignorantes a convertirse en lectores críticos, capaces de distinguir la verdad de las mentiras. El número de observaciones que se hacen es impresionante. El hecho de que todos digan que una bacía es un yelmo y una albarda jaez (capítulo 45 de la *Primera Parte*)²⁴, o que Amadís existió, no lo hace cierto.

A esto podemos decir que las pruebas físicas que no estén presentes para ser comprobadas no son fiables, como es el caso de “Clavileño” (Capítulo 41 de la *Segunda Parte*),²⁵ pues aunque parezca que las distintas partes de un argumento se apoyen mutuamente, formando una “máquina”, una parte puede ser correcta, y el resto erróneo: el hecho de que hubiera caballeros andantes históricos no significa que los caballeros literarios existieran, aunque se tolera la publicación de las aventuras e historias de aquellos, incluso las ficticias, toda vez que la función de estos libros es entretener.

En el *Quijote* se anima al lector a examinar la credibilidad del narrador y la coherencia de la narración, para ver si puede aceptarse todo en la misma línea de creación (como el “apócrifo” capítulo 5 de la *Segunda Parte*),²⁶ y a la vez se le permite libremente juzgar el relato que cuenta el veraz *Don Quijote* de sus imposibles aventuras en la cueva de Montesinos, permitiéndole concluir que el Hidalgo tuvo un sueño.

Retomando el desviado hilo de este capítulo, *Don Quijote* no es una historia verdadera, y aunque sea una historia fingida, ese término no es una categoría genérica; es demasiado general y alude a la forma más bien que al contenido. Por lo tanto, si *Don Quijote* no era genéricamente una historia, ¿qué era

²⁴ CERVANTES Saavedra, Miguel de.- *“El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha”*.- Edición conmemorativa del IV Centenario.- Editorial Espasa-Calpe.- Madrid, 2004.

²⁵ *Idem*.

²⁶ *Idem*.

entonces? A continuación expondré un resumen de las distintas propuestas que se han hecho acerca del género de *Don Quijote*, de acuerdo a los análisis realizados por José Rico Verdú en las “Obras completas de Alonso López Pinciano”.²⁷

En primer lugar aparece la propuesta de Anthony Close, la cual se refiere a que *Don Quijote* pertenece al género burlesco. A este respecto se dice que aunque la naturaleza burlesca de la obra es evidente, el problema de “burlesca” como etiqueta genérica para *Don Quijote*, es que burlesca, como historia, no era una categoría genérica en la España del Siglo de Oro y no es mencionada por López Pinciano. Close reconstruye un punto de vista inglés del siglo XVIII. “Burlesca” no es siquiera un sustantivo en español, ni se puede usar como si lo fuera. En el Diccionario de autoridades por ejemplo, encontramos comedias, romances y sonetos burlescos, pero no burlesca a solas, de tal forma que Cervantes no podía haber llamado *Don Quijote* a “una burlesca”.

López Pinciano menciona la parodia como una clase de literatura: “La Parodia no es otra cosa que un poema que a otro contrahace, especialmente aplicando las cosas de veras y graves a las de burlas”. Sin embargo, López Pinciano considera que la parodia se basa en una obra, no la ve como género como los libros de caballerías; el ejemplo que da el poema de *Matrón*, el cual aplicó los metros graves de Homero a las burlas de la cocina, implica que la parodia toma una obra seria, distinguida y famosa como base, y éste no es el caso de *Don Quijote*.

Pero vale la pena aclarar que la parodia por sí misma, también es un tipo de literatura que es esencialmente respetuoso, y no intenta rebajar su objeto. Así pues, Homero no fue menos respetado porque *Matrón* lo parodió, ni tampoco lo es Shakespeare a pesar de las numerosas parodias del soliloquio de *Hamlet*. La parodia es incompatible con la discusión seria y franca de los defectos del objeto de la parodia, y con la intención de proscribirlo. De esta forma, *Don Quijote* tampoco es una parodia.

También se puede descartar la Sátira como el género de *Don Quijote*, pues una sátira ataca y nombra a algunas personas determinadas, y siempre suele hablar el poeta reprendiendo a quien le parece. Aunque la obra contiene ataques contra unas personas determinadas, a todos los modelos de los personajes mencionados les hacía falta ser reprendidos. Entre ellos están el bandido Roque Guinart; Diego de Miranda, basado en un adúltero del mismo nombre, encarcelado con Cervantes y exiliado de la corte; Ginés de Pasamonte, cuyos delitos son tan grandes que no se nos dice cuáles eran; Ricote, que no es del todo cristiano, que además está en España ilegalmente, y que está a punto de cometer el delito de sacar metales preciosos clandestinamente; y quizás también la prostituta Maritornes, el mesonero Juan Palomeque, y Angulo el Malo, director teatral. Todos ellos, no obstante, son personajes secundarios; la crítica está, como mínimo, amortiguada; Cervantes dijo en su “*Parnaso*” que nunca había escrito sátira, y ataca repetidamente este tipo de literatura.

¿Es *Don Quijote*, quizás, una comedia? Esta no es una sugerencia tan absurda como podría parecer, ya que se han observado similitudes entre ésta y las obras dramáticas de Cervantes y su prosa.

²⁷ **RICO** Verdú, José.- “*Obras completas de Alonso López Pinciano*”.- Universidad de Alicante para la fundación José Antonio de Castro.- España, 1998.

El prólogo de la continuación de Avellaneda empieza con la observación de que “casi es comedia toda la historia de don Quijote de la Mancha”, y llama a su propia obra “la presente comedia”, que continuando con la terminología dramática, va a “entremesar” con las ridículas observaciones de Sancho. Si una época puede escribirse en prosa, ¿por qué no una comedia? Avellaneda, igual que Suárez de Figueroa, llamó a las “Novelas ejemplares” de Cervantes “comedias en prosa”.

Durante mucho tiempo se ha considerado que los comentarios acerca de la comedia, contenidos en el capítulo 48 de la Primera Parte del Quijote, son enigmáticos cuando se aplican a las obras de teatro contemporáneo en ese momento, y a las del mismo Cervantes, pues inducen a que se atribuyan los textos a otros tipos de literatura. En el mismo capítulo se establece un paralelismo entre la comedia y los libros de caballerías: “ambos pueden admirar, alegrar y suspender, y así neutralizar los peligros de la ociosidad, proporcionando honesta recreación”.

Para conseguir estos fines, ambos deberían guiarse por “arte y reglas”; ambos deberían ser verosímiles y libres de “absurdos” y “disparates”, sin embargo muchos autores fracasan en este aspecto. Por esta razón se recomienda un crítico oficial; la misma persona podría juzgar los dos tipos de obras.

Los comentarios de López Pinciano sobre la comedia, también son pertinentes en el caso de Don Quijote: “la comedia no debería atacar a unas personas determinadas, sino más bien a la “especie de hombres malos y viciosos”, enseñando con sus risas, “prudencia para se gobernar el hombre”. La comedia es “imitación activa hecha para limpiar el ánimo de las pasiones por medio del deleite y la risa”. Como en Don Quijote, la comedia también trata de personas comunes, no graves, y aunque hay más cosas que provocan risa que lágrimas, la principal causa de la risa es lo feo, “alguna fealdad y torpeza”. Es fascinante ver que el ejemplo que da López Pinciano a propósito de una acción ridícula, es una caída, en especial una caída de caballo, de la que encontramos numerosos ejemplos en Don Quijote.

No obstante, debe rechazarse la clasificación de Don Quijote como comedia. Avellaneda vio diferencias entre el Quijote de Cervantes y la comedia, pues califica su descripción con el adverbio “casi”, y aplica esta etiqueta sin reservas sólo a las “Novelas ejemplares”, que son más cortas. Incluso si concluyéramos que al Quijote de Cervantes le falta, para ser una comedia, solamente el humor que Avellaneda reclama para su propio libro, su poco interés por la teoría literaria le convierte en una fuente menos fiable.

López Pinciano cita algunas características de la comedia, mismas que Cervantes no sigue en Don Quijote; la comedia, por ejemplo, tiene que “enseñar la vida...que se debe seguir”, mientras que Don Quijote, de acuerdo con su concepto de la tragedia, “enseña la vida de la que se debe huir”. La comedia requiere un estilo bajo, y Don Quijote tiene varios estilos; la comedia no debe tener “tristes y lamentable fines”, y Don Quijote los tiene en ambas partes. También, a pesar del énfasis teórico en el contenido, los ejemplos de las comedias que se dan en el capítulo 48 de la Primera Parte, y todos los que Cervantes publicó, son ejemplos de lo que llamaríamos teatro, y todos son mucho más cortos que Don Quijote.

L. D. Salingar y Luis Murillo han relanzado recientemente otra propuesta sobre el género de Don Quijote, señalando que esta obra es una épica,²⁸ lo cual evidentemente cae dentro de la categoría general de poesía heroica de López Pinciano, y que es el tema de su undécima epístola.

Sin embargo, aquí tenemos que contestar la misma pregunta: ¿es Don Quijote un poema épico en prosa o una subcategoría, un libro de caballerías? También puede aplicarse uno de los mismos argumentos: ya que el “Persiles” pertenece a la épica, y era costumbre de los escritores escribir sólo una, es poco probable que Don Quijote, que era totalmente distinto, también lo fuera.

¿Se parece Don Quijote a las obras épicas de López Pinciano, Heliodoro, Aquiles Tacio, Homero y Virgilio, o se parece más a libros como Amadís, Belianís y Cirongilio? Claramente las semejanzas con los libros de caballerías son mucho más acusadas. Las acciones, la filosofía y en ocasiones los discursos de Don Quijote, están inspirados en los libros de caballerías y no en los poemas épicos. Hay naturalmente, características épicas ocasionales en Don Quijote, como las listas de combatientes que constituyen los rebaños, la historia de Cardenio y Dorotea, y la bajada a la cueva de Montesinos y su eco, la caída de Sancho en una sima.

En un libro de caballerías, observa el canónigo, “el autor puede mostrarse épico, lírico, trágico y/o cómico”, aludiendo a las cuatro categorías generales de la literatura; el uso ocasional de elementos épicos es, pues, lícito en un libro de caballerías. De hecho, la misma variedad de materiales, estilos y formas literarias que se encuentran en Don Quijote es por sí misma un poderoso argumento a favor de que sea un libro de caballerías. En contraste con la épica, en opinión de Cervantes, en un libro de caballerías se podía tratar material caballeresco de la forma que uno quisiera, consecuencia de la famosa afirmación del canónigo acerca de la libertad que tiene el escritor de libros de caballerías, de la cual se ha tomado la cita anterior (los lectores, naturalmente más conservadores que los autores, no estaban de acuerdo con Cervantes en que la forma de los libros de caballerías fuera excepcionalmente libre. Una significativa innovación de Don Quijote con respecto a los libros de caballerías anteriores fue el uso de “novelas y cuentos”, siendo una característica que recibió comentarios negativos). Este rechazo, en términos de López Pinciano, resultaba “extravagante”, ya que las únicas reglas que se deben seguir, además de la necesidad de deleitar aprovechando, son los principios literarios generales de verosimilitud y proporción; si se siguen, se puede escribir “sin empacho alguno”.²⁹

Don Quijote no tiene todas las características del libro de caballerías ideal del canónigo, aunque como ya se dijo, tiene muchas, por lo que en su “desatada” estructura, sí se ajusta a la descripción del canónigo. Ciertamente tiene “lamentables y trágicos sucesos”, “alegres y no pensados acontecimientos” y muchas “hermosísimas damas”, aunque debe notarse que no son a la vez “honestas, discretas y recatadas.

²⁸ **SALINGAR, L.D. y MURILLO, Luis.**- “*Don Quijote es una Prosa Epica*”, (1978), y “*Don Quijote en el Renacimiento épico*”, (1980).- Editorial Michael D. McGaha.- Easton, Pennsylvania. (Citados por José Rico Verdú).

²⁹ **RICO Verdú, José.**- Obra Citada.

El “caballero cristiano” es representado de manera burlesca por el protagonista, cuya religión se discute en el texto, y el “príncipe cortés” y sus vasallos por el gobernador Sancho, y Don Quijote es también en muchas ocasiones un “elocuente orador”.

De acuerdo a los anteriores libros de caballerías, más que a la opinión que tiene el canónigo sobre uno ideal, podemos ver que Don Quijote se parece a ellos mucho más que a la épica. En primer lugar se parece a ellos por su forma; como ellos, es una biografía ficticia, contada lineal y cronológicamente; al igual que los libros de caballerías, Don Quijote es largo y complejo, con un gran número de personajes y de incidentes; la Primera Parte está dividida a su vez en cuatro partes, como Amadís, Belianís, Cirongilio y otros.

Don Quijote también se parece a los libros de caballerías por su función. Se dirige, en el prólogo de la Primera Parte, al ocioso lector, y es descrito como un pasatiempo y un entretenimiento (en Don Quijote como fuera de él, eran los ociosos quienes leían libros de caballerías para pasar el tiempo). Nadie menciona esto como motivo para leer poesía épica. Al igual que los libros de caballerías, Don Quijote destierra la melancolía.

Don Quijote también se parece a los libros de caballerías en la presentación de la naturaleza como fuerza benévola. La fantasía que tiene Don Quijote acerca de cómo se describirá el amanecer en un libro que trate de sus hazañas, se parece a la bella descripción del amanecer que alguna vez hizo el propio Cervantes después de su cautiverio.³⁰ Aunque el protagonista emprende el viaje en pleno verano, “uno de los calurosos días del mes de julio”, y más tarde hace todavía más calor (el calor era del mes de agosto, que por aquellas partes suele ser de ardor muy grande), hay pocos comentarios acerca del clima. Sancho se queja porque no come, o porque duerme en el suelo, pero no se queja del tiempo, y sólo llueve una vez en todo el libro.

El sol brilla; los pájaros cantan; se encuentra fácilmente agua pura; los árboles proporcionan sombra (como en Don Quijote, también en los libros de caballerías la tierra es alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena. De esto se deduce fácilmente que la naturaleza para Cervantes no es sólo feliz, sino que es auténtica, en contraste con los artificios de los hombres, y como creación de Dios, no podría ser de otra manera); es por esto que no nos debe sorprender que Don Quijote, como los caballeros andantes literarios, prefiera estar en el exterior.

Sin embargo, el criterio clave para la clasificación literaria es la historia o el tema tratado. El tema de Don Quijote son las aventuras caballerescas y no los casos amorosos del “Persiles”, ni las batallas y victorias de los poemas de Homero y Virgilio. La vida del protagonista es la de un caballero andante, y ésta nos es narrada por el sabio encantador e historiador Cide Hamete, imitando a los historiadores ficticios de los libros de caballerías. Después de su primera salida, Don Quijote, como los caballeros andantes literarios, únicamente está solo cuando quiere estarlo. Vaga sin destino por el mundo en la Primera Parte (dejando que su caballo escoja el camino), y con uno no más concreto en la Segunda Parte, que termina en Zaragoza. Don Quijote, como los héroes de los libros de caballerías, se va de su casa en secreto, es armado caballero, y escoge un escudero, una dama, un símbolo heráldico y un nombre por el cual ser

³⁰ NAVARRO, Tomás.- *“Vida y desventuras de Miquel de Cervantes”*.- Editorial Ariel.- Barcelona, 1973.

conocido. Intenta ganar fama y honor, y ser útil en general. Envía presentes a su dama; cuando ella es víctima de algún encantamiento, debe liberarla. Encuentra otros caballeros y lucha con ellos; pasa la noche en castillos, o cree que lo hace. Esta es pues la clave; que la vida caballeresca de Don Quijote es una burla, y su libro es un libro de caballerías burlesco. Los dos sentidos en que Cervantes usa la palabra “burla” ayuda a entender un aspecto central de Don Quijote.³¹ Las “burlas” eran primero lo contrario de las “veras” (Burlas y veras, oposición común en el Siglo de Oro, son contrastadas por Cervantes en Don Quijote; en “La gitanilla” y en Persiles, así como en “El casamiento engañoso”; el engaño también se llama burla).

Algo de las burlas era fingido y contrahecho, y de eso se trata la vida caballeresca de Don Quijote. Su figura está contrahecha; contrariamente a sus afirmaciones no se da verdaderas calabazadas; sus tristezas no son verdaderas; no es realmente un caballero; Dulcinea es una invención suya, etc.

Una burla era también algo que provocaba la risa, con la cual se asocian repetidamente las burlas del texto: “El duque y la duquesa hicieron muchas burlas a don Quixote, y las burlas provocaron a los que las hacían risa, no sólo en aquel tiempo, sino en el de toda su vida; la jabonadura de Don Quijote, dispuesta por sus doncellas, es una burla, al enfrentarse con la cual fue gran maravilla y mucha discreción poder disimular la risa. El manteamiento de Sancho, causa de risa, es también una burla, como lo es su propia burla ante las palabras de Don Quijote después de la aventura de los batanes; todo el encuentro con los batanes, después del cual Don Quijote ríe y Sancho tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los puños por no reventar riendo, es una pesada burla. La duda del yelmo de Mambrino y de la albarda es una burla pensada, materia de grandísima risa. Incluso en la mala burla del encantamiento de Dulcinea, harto tenía que hacer el socarrón de Sancho para disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado”.

Una obra burlesca, llena de falsedades, pretende hacer reír a los lectores, proporcionándoles un agradable pasatiempo. Una obra de burlas, en contraste con una parodia, es compatible con el propósito de atacar algo; el objeto de una burla es humillado, puesto al descubierto o menospreciado (“Por esta razón Don Quijote no debe saber que ser lavado por las doncellas de los duques es una burla. [Don Quijote de la Mancha, Parte II capítulo XXXII], La respuesta a una burla [un ataque simbólico] puede llegar a ser violenta”).

Haciendo burla de tantos caballeros andantes, al crear un libro de caballerías burlesco, Cervantes pudo llegar en su tiempo, a aquellos lectores a los que quería llegar, los que leían los libros de caballerías. Estos lectores que buscaban entretenimiento, seguramente no habrían leído ningún tratado sobre los errores, los absurdos y las contradicciones de los libros de caballerías. El hecho de que no se hubiese procurado atraerlos directamente con tales argumentos, era el motivo por el que las discusiones anteriores sobre los defectos de los libros habían fracasado (Una interpretación más moderna respecto del éxito que tuvo Don Quijote al atacar los libros de caballerías, es que razonamientos y argumentos

³¹ **JOLY**, Monique.- “La Bourle et son interprétation”.- Tesis de la Universidad de Montpellier, 1979, de la cual se publicó un fragmento en el año de 1982, con el nombre en español de “Casuística y novela: de las malas burlas a las burlas buenas en la España de los siglos XVI y XVII”.- Toulouse, Culture France-Ibérie, 1982.

*difícilmente cambian opiniones, y menos frecuentemente aún cambian la conducta; sin embargo, un llamamiento por medio del humor y del ejemplo puede ser más eficaz).*³²

En Don Quijote se da mucha importancia a la imitación de modelos: “cuando algún pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los más únicos pintores que sabe”. Para que nos demos cuenta de la aplicación literaria de este principio, Don Quijote añade que “esta misma regla corre por todos los más oficios o ejercicios de cuenta que sirven para adorno de las repúblicas”. Además, Cervantes vio que Don Quijote no tenía precedentes, pues escribió una “nueva y jamás vista historia”, y por tanto difícil de prologar. Sin embargo es lógico que usara un modelo para su obra, como lo hizo para otras. Hay un libro de caballerías cómico mencionado en Don Quijote, un libro que es también “un tesoro de contento y una mina de pasatiempos”: “Tirant lo blanc” (Tirante el blanco), un libro que Cervantes creía castellano y del siglo XVI, y que aunque representa sólo un precedente parcial, es el más importante (aunque Tirant es en realidad una obra catalana del siglo XV. La traducción castellana de 1511, que usó Cervantes, no indica en ningún lugar los nombres de los autores catalanes, ni tampoco que era una traducción):

“Cervantes encontró que Tirant era un libro divertido, aunque a diferencia de Don Quijote, creía que su humor no era intencionado. Los numerosos elementos de Tirant que llamaron la atención de Cervantes y en los cuales pudo haberse inspirado, son por ejemplo que el libro está lleno de caballeros cobardes y mujeres poco virtuosas. “El valiente Tirante” lucha con un perro, como Don Quijote “luchará” con ovejas. El cura de esta obra también destaca al “valeroso caballero” Quirieleisón, la alabanza al valor, lo cual también es irónico, puesto que en todo el libro no lucha una sola vez; cuando debería hacerlo, al haber desafiado a un duelo para vengar la muerte de su señor, muere de ira (capítulo 80). Los caballeros luchan con escudos de papel (capítulo 65), que quizás inspiraron la celada de cartón de Don Quijote.

Las mujeres de Tirant no son mejores que los hombres. La emperatriz se enamora de una persona por debajo de su condición, como Don Quijote de Aldonza Lorenzo. El cura destaca los dos personajes femeninos más licenciosos, Placerdemivida y la viuda Reposada, incongruente con la caballerescas, esta última quizás reflejada en Doña Rodríguez de Grijalba, y la primera en Altisidora o Maritornes.

El cura también comenta los nombres de los personajes; Fonseca sólo podía haber sido mencionado debido a su nombre, jocosamente “ordinario” para un caballero. Placerdemivida, Reposada, Quirieleisón de Montalbán, incluso Tirante el blanco: los nombres que se encuentran en Tirant son “peregrinos y significativos”, tan hilarantes como los nombres inventados por Cervantes, como Micomicona, Mentironiana, Caraculiambro, Alifanfarrón y Antonomasia.

Además, el cura señala que en Tirant, “comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demás libros de este género carecen”. Califica las características

³² **PFANDL**, Ludwig.- *“Introducción al análisis y estudio del Siglo de Oro”*.- Editorial G.Gilli .- Barcelona, 1952.

del libro que ha enumerado, como “necesidades” y condena a su autor a galeras, por lo tanto podemos estar seguros de que no son tomadas de forma positiva.

En lugar de soportar los rigores de la caballería andante, de lo que Don Quijote presume y con lo que disfruta, los caballeros de Tirant son, en palabras de Don Quijote, dados a “el buen paso, el regalo y el reposo, así como blandos cortesanos”. De todos los protagonistas de los libros de caballerías, Tirant es calificado el más “acomodado”, término que es definido por el Diccionario de autoridades como “el que es muy amigo del descanso, regalo y conveniencias”.

Los personajes de Tirant son divertidos porque actúan de forma poco caballeresca, de tal forma que hay un contraste entre el contexto caballeresco y las acciones poco caballerescas, que el libro tiene en cantidad, por ejemplo el desfile de las prostitutas de Londres (capítulo 42), el emperador persiguiendo un ratón inexistente por su palacio (capítulo 233). Así pues, existe la gran posibilidad de que Cervantes se inspirara en Tirant para crear humor por medio de contrastes, en su caso entre la conducta caballeresca y un contexto mundano”.³³

De esta forma, Don Quijote es un libro de caballerías burlesco, pero primero es un libro de caballerías (sustantivo), y después burlesco (adjetivo). La validación de la clasificación de Don Quijote como un libro de caballerías puede verse en el hecho de que Cervantes evita los defectos que el canónigo encuentra en los anteriores, y en la conformidad de Don Quijote con sus sugerencias para la composición de uno mejor.

Parte del ataque de Cervantes a los libros de caballerías consistió, como en el “Bernardo”, en escribir una obra superior, que soportara el escrutinio de su examinador propuesto. Nadie diría que Don Quijote es “en el estilo duro, increíble en las hazañas, en los amores lascivo, en las cortesías mal mirado, largo en las batallas, necio en las razones, disparatado en los viajes, y ajeno de todo discreto artificio”; al contrario, tiene un estilo admirable y placentero, es contenido en sus actos, honesto en el amor (como nos informan tanto Don Quijote como el narrador), bien mirado en las cortesías, breve en las batallas, inteligente en las razones, verosímil en los viajes, y muy bien dotado de todo discreto artificio.

Don Quijote, a diferencia de los libros de caballerías anteriores, trata sólo de una generación de protagonistas y no termina en medio de una acción. ¿Quién negaría que tiene “un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros”? Sin embargo, la característica teórica más significativa de Don Quijote responde a los múltiples errores de los libros de caballerías. No sólo está repleto de cosas que son posibles, sino que es además una obra que tira lo más posible a la verdad. En este sentido Don Quijote es verdadero, y por esta razón va a dejar atrás y a oscurecer todos los demás libros de caballerías, como el afamado Amadís de Gaula. Cervantes evita no sólo los imposibles mencionados por Juan Palomeque, por el canónigo y por el mismo Don Quijote, sino también los detalles que únicamente dan una apariencia de verdad (como explica Don Quijote, éstos son típicos de los libros de caballerías, pero Cervantes los incluye también en las historias caballerescas burlescas de Micomicona, Trifaldí y Doña Rodríguez).³⁴

³³ **RIQUER**, Martín de .- “Clásicos Castellanos” Traducción .- Espasa-Calpe .- Madrid, 1974.

³⁴ **RICO** Verdú, José.- Obra Citada.

En ningún momento se habla de los padres de Don Quijote y su lugar de origen también es ocultado; incluso su nombre exacto es objeto de duda (aunque en el capítulo 1 de la Primera parte, Cervantes inicia la descripción del atuendo que utilizará el “caballero de la triste figura” durante toda la novela, creo que por alguna razón desconocida -y que hasta el momento no ha sido comentada por ningún autor o crítico-, repentinamente se dejan de seguir describiendo en detalle las partes de su armadura, lo cual hubiese permitido identificar una relación entre ésta y el sobrenombre de “Don Quijote”, mismo que don Alonso Quijano eligió para sí mismo. Quiero hacer notar pues, que precisamente la pieza metálica de las armaduras que utilizaban los caballeros andantes, y que cubría la parte superior del muslo, se llamaba “quijote”, y considero que fue por una omisión involuntaria de Cervantes que no planteó esta posible relación, e ignoro la razón por la cual pudo haber omitido la posterior corrección).³⁵

Hay que señalar que los libros de caballerías estaban llenos de detalles, por lo que para atacarlos y hacer una buena literatura, -según su amigo del prólogo-, Cervantes “sólo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo; que cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere”.³⁶

Como señala el canónigo, sólo con verisimilitud e imitación se puede crear una obra de literatura que, facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, puede “admirar, sorprender, alborozar y entretener” (Que la nobleza no se hereda, que todos deben ser valorados por lo que hacen, y que en algunos casos los que tienen títulos nobiliarios no los merecen, son puntos de vista que surgen de los textos de Cervantes. Comentarios de Teresa Panza en el capítulo V de la Segunda Parte del Quijote”).

Aquí -en el propósito de atacar a los libros de caballerías-, también tenemos la explicación de una de las características del Quijote más atractivas y complejas: el retrato de la España contemporánea y de su gente, lo que vagamente se llama “el realismo de la obra”. Aunque no existen los medios para evaluar el realismo de Don Quijote de modo global, nunca se le ha atacado en serio, y diversos estudios han mostrado la exactitud de Cervantes al tratar la geografía, plantas, caballos y asnos, medicina y otros aspectos del mundo natural de aquel entonces, por lo que no hay motivos para pensar que no habría seguido el mismo principio en sus imitaciones del lenguaje y la conducta de la gente (Cervantes distingue sus personajes por su lenguaje, pero tienden a usar “su propio” lenguaje sólo al principio de un largo discurso, y el habla de todos los personajes de Don Quijote es más similar que distinta. Varios personajes, no sólo Sancho, utilizan refranes, e intentan usar palabras poco corrientes. La mayoría hablan, en resumen, de forma pintoresca, preguntando, exclamando, contando historias, haciendo chistes, escuchando y respondiendo cuidadosamente a lo que se ha dicho. El lenguaje que usa Cervantes en sus prólogos y dedicatorias y el que usan los personajes y narradores en sus demás obras confirma que este núcleo común en el habla de los personajes es del propio autor).

La teoría literaria no explica el realismo de la obra; que la literatura debería representar la realidad era y es un tópico. Tampoco sus elementos cómicos lo explican por completo (La parodia puede explicar el uso de personajes ignorantes, estúpidos o de clase social baja. Pero Don Quijote incluye a gente de todas las clases

³⁵ Nota del autor de esta Tesis.

³⁶ **CERVANTES** Saavedra, Miguel de .- “Don Quijote de la Mancha” .- Obra citada.

sociales -a excepción de la realeza-, con distintos niveles de conocimientos e inteligencia, y con una impresionante variedad de ocupaciones). Una parte considerable debe de haber sido inconsciente y expresa la personalidad del autor; hay un tono realista en todas sus obras, incluyendo el Persiles y, las menos leídas de las Novelas ejemplares. Sin embargo, Don Quijote es, junto con algunas Novelas ejemplares y entremeses, el mayor logro de Cervantes al respecto, y esto puede explicarse, como se ha indicado, como una respuesta a los libros de caballerías.

Estos estaban llenos de gente y lugares increíbles, fantasías, magia; Cervantes intentó combatirlos y sustituirlos descubriendo su falsedad, y ofreciendo en su lugar la verdad, la realidad, o por lo menos mayor verosimilitud.

Más que reyes y nobles, típicos de los libros de caballerías, Don Quijote nos ofrece un corte de la sociedad española, otra vez aprovechándose de la libertad que Cervantes encontró en la forma de los libros de caballerías. La deslumbrante variedad de personajes en Don Quijote, con un mayor predominio de la clase baja, es uno de los aspectos en que más difiere de las obras que ataca. Los vivos diálogos, que dan la impresión de una conversación real, también se explican por este principio.

El uso de estos personajes puede también atribuirse al deseo de mostrar los efectos de los libros de caballerías en distintos lectores contemporáneos, pero es al mismo tiempo parte de un intento consciente de mejorar estos libros, y de exponer sus excesos como innecesarios. Mientras los libros de caballerías estaban situados en tiempos vagos y remotos, así como en lugares que ni siquiera estaban en el mapa, Don Quijote está situado en la España contemporánea de ese momento, precisamente en el país y la época que Cervantes podía describir mejor. Cerca de su casa puede haber encuentros espantosos (el cuerpo muerto y los batanes), así como cosas maravillosas, producto de la naturaleza (las lagunas de Ruidera) o del hombre (los toros de Guisando). También pueden encontrarse lugares relacionados con la caballescía, como la cueva de Montesinos.

La falsedad de la literatura caballescía, sin embargo, se demuestra constantemente por su contraste con la realidad del mundo. En el mundo real los caballos no vuelan (el Quijote, Segunda Parte, capítulo 41); el yelmo de Mambrino no existe, y es ridiculizado por el uso de la bacía del barbero en su lugar. La cueva de Montesinos lógicamente está llena de murciélagos y cuervos, y sus residentes encantados no son más que personajes en el sueño de Don Quijote (La caída de Sancho en la sima, en el capítulo 55 de la Segunda Parte, también contrasta la realidad con las aventuras literarias subterráneas, como por ejemplo la esbozada por don Quijote al principio del capítulo 50 de la Primera Parte).

Puede verse que la “magia”, que no tiene una explicación fisiológica, no es más que el falso producto de la mente de la gente, la cual afirma que la magia existe por varios motivos: para obtener un beneficio económico; para entretenerse y sorprender a los ignorantes; para aprovecharse de la credulidad de Don Quijote y divertirse (la aventura de la Dueña Dolorida, Segunda Parte, capítulos 36-41), para su provecho (la historia de Micomicona, Primera Parte, capítulos 29-30), para disimular lo que han hecho (la desaparición de la biblioteca de Don Quijote, atribuida a Fristón), o lo que no han hecho y no pueden hacer (el encantamiento de Dulcinea). Así pues, los únicos que son engañados con estas fantasías son los ignorantes y los locos.

Debido a que es verdadero, Don Quijote puede proporcionar placer al lector, más que el que proporcionaban los anteriores libros de caballerías. Cervantes aceptaría que distintos tipos de lectores quisieran distintas clases de placer (La afirmación que hace el amigo en el prólogo de la Primera Parte lo da a entender. Sin embargo, no debería interpretarse como un apoyo a la autonomía del lector. De los capítulos 2 y 3 de la Segunda Parte, en que se discute la reacción hacia Don Quijote, se deduce que, aunque los lectores pueden decidir qué episodio del libro prefieren y si quieren tratar al autor con censura o misericordia, la reacción en su conjunto es de grupo: vulgo, hidalgos y caballeros; mozos, hombres y viejos. En los capítulos 4 y 6 de esta Segunda Parte, se discuten con más detalle las distintas repuestas de los lectores a Don Quijote).

En el transcurso de la novela, el canónigo desea el placer que deriva de la apreciación de la belleza: “el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y concordancia que ve o contempla en las cosas que la vista o la imaginación le ponen delante”. Cervantes naturalmente quería la aprobación de los lectores que, como el canónigo o el mismo Cervantes, eran discretos. Éstos podían haber apreciado el arte de su libro, las aventuras cuidadosamente construidas y verosímiles, pero el prólogo de la Primera Parte da a entender que escribía para todos (era especialmente satisfactorio que Don Quijote alcanzara el amplio público que dan a entender los pasajes citados en la nota anterior. Es el mismo amplio público que Don Quijote decía que tenían los libros de caballerías), de esta forma, la mayoría de sus lectores iban a pertenecer, sin que se implique condición social, al vulgo (como dice el mismo Don Quijote, el vulgo no se limita solamente a “la gente plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo”), pues este era principalmente quien leía los libros de caballerías, pero también porque es más el número de los simples que de los prudentes. Estos lectores eran incapaces de apreciar la belleza literaria. Para poder instruirlos, tiene que ofrecer lo que los libros de caballerías no proporcionan: “gusto y maravilla”, o como dice el canónigo, “admiración y alegría” (mientras que el canónigo dice que los libros de caballerías existentes no pueden producir “admiración y alegría”, ese es exactamente el resultado de las hazañas de Don Quijote: “los sucesos de don Quijote, o se han de celebrar con admiración o con risa”. Admiración y risa son las respuestas de la duquesa a Sancho, y Sansón tiene la misma reacción ante ambos. Los ejemplos de los actos y las palabras entre Don Quijote y Sancho que son causa de admiración o risa, son demasiado abundantes para enumerarlos).

Los elementos que en Don Quijote producen estos efectos son naturalmente distintos a los de los libros de caballerías, pero el texto frecuentemente nos avisa cuando produce admiración y alegría. Don Quijote y ocasionalmente Sancho u otro personaje, causan admiración mostrando locura o ignorancia, o combinando estas características con inteligencia y sabiduría. El texto nos dice, por ejemplo, que Diego de Miranda sintió “admiración” por los actos y palabras de Don Quijote; la duquesa “no dejó de admirarse al oír las razones y refranes de Sancho”.

Hay que reconocer que Don Quijote y Sancho, todavía causan admiración, y a pesar de que es el humor, -causa de alegría-, lo que más se ha deteriorado con el paso del tiempo, al mostrarse éste, como siempre, devorador y consumidor de todas las cosas, ha permitido que a pesar de todo se destaque más frecuentemente por la risa que por la elaborada admiración.

Debido a que los libros de caballerías se han perdido para siempre -nadie los lee antes de leer Don Quijote-, nunca podremos leer Don Quijote como lo hicieron los primeros lectores, y gran parte del humor de la obra se pierde.

Un ataque a los libros de caballerías no tenía que suponer necesariamente la composición de una novela. Tampoco tenía que suponer la composición de un libro de humor; hay otras clases de “gusto” que podían haber sustituido al de los libros de caballerías. Es posible que Cervantes escogiera como estrategia, la composición de un libro cómico, salpicado abundantemente con toques de novela melancólica que gira en torno a sueños utópicos irrealizables, porque a él le gustaban los libros cómicos y seguramente llegó a pensar que el mundo necesitaba más de ellos, para que los hombres comprendieran sus absurdos comportamientos dentro del contexto social, llegando al abuso de indefensos, inocentes, ignorantes y soñadores, por el simple gusto de considerarse (aunque fuese momentáneamente), superiores a ellos.

Pero además hay motivos para creer que Cervantes apreciaba el humor en general -las historias graciosas en sus obras muestran su interés por el humor oral- y los libros cómicos en particular. Esta disposición suya y su gusto por el humor, no es incompatible, sino que está en armonía, con la melancolía que también formaba parte de su carácter, como se ve en algunos capítulos de Don Quijote, Segunda Parte, e inclusive en “El Coloquio de los perros”.

3.3.10 El humor en Don Quijote

El humor del Quijote es el aspecto menos estudiado de la obra. Aunque algunos cervantistas han mantenido con firmeza que los primeros lectores la percibieron como una obra cómica, y que tal era el deseo de Cervantes, ha habido poca discusión sobre lo que es o pretendía ser gracioso. Este olvido se explica sólo parcialmente por el hecho de que Don Quijote se ennoblece a medida que el libro avanza.³⁷

Las causas son numerosas. Una es que aunque se examinan muchos temas en Don Quijote, el humor no figura entre ellos. Con frecuencia, en la obra se hace o dice algo gracioso, y los personajes ríen, pero aparte de calificarse el pasaje humorístico de locura, necedad, disparate o algún término similar, apenas ha habido análisis o discusión del humor en la obra. Hay tres explicaciones posibles de esta omisión. En primer lugar, es difícil hablar sobre el humor en presencia de los personajes a cuyas expensas se produce, y uno de estos personajes casi siempre está presente. En segundo, la creación de humor no era un tema importante ni polémico en la España de los siglos XVI y XVII. Era la capa de azúcar o (en otra metáfora del Siglo de Oro), el cebo usado para pescar al lector.

Lo que podía o debía causar risa no era tan importante, pero Cervantes incluyó el humor en el Quijote, así como los valores morales o la instrucción literaria que quería ofrecer a sus lectores. Finalmente, los personajes serios que discuten cuestiones importantes en esta obra, raramente son los que se ríen de Don Quijote o de Sancho; les tratan con respeto, consideran que sus disparates son

³⁷ **HATZFELD**, Helmut.- *“El humor verbal en El Quijote como obra de arte del lenguaje”*.- Anexo 83 de la Revista de filología española, 20ª. edición .- Madrid: CSIC, 1966.

concertados, y distinguen entre sus prudentes palabras y sus disparatadas acciones.³⁸

La falta de consideraciones sobre el humor en el libro -el que nos anime a reír pero no a meditar sobre nuestra risa- es sin duda una razón por la que los especialistas han eludido el tema del humor en Don Quijote. Otra razón bien puede ser el sobrio prejuicio entre los eruditos contra el humor, el cual ni es moderno ni está limitado a los estudios hispánicos (se remonta a las figuras del payaso y del bufón, los cuales siempre fueron considerados de baja condición social, pues se perdieron desde antes de la Edad Media las consideraciones que se tenían sobre los actores y escritores de comedia en la Grecia Antigua). El humor, como señalan los estudiosos, es un tema difícil y se considera poco provechoso, razón por la cual los eruditos inevitablemente prefieren tratar de cuestiones serias.³⁹

Un factor todavía más significativo que influye en el escaso estudio del humor de Don Quijote es el cambio cultural. Los libros de humor, incluso todo tipo de humor verbal publicado, son cosa del pasado. Hoy se compra un libro para informarse, conmoverse, animarse o entretenerse, pero no para reír; no hace falta. Es cierto que en la actualidad el humor abunda, pero son medios distintos los que se encargan de difundirlo: el periódico nos lo trae a la puerta todos los días; la televisión y las películas están llenas de humor, y parece que lo tratan mejor que las cuestiones serias (quizás porque son medios visuales).

El cambio cultural, sin embargo, ha afectado incluso la percepción del humor de una obra. El humor es especialmente propenso a debilitarse con el paso del tiempo. Está unido, quizás inevitablemente, a las circunstancias en que se creó, y cuanto más sofisticado es, también es más efímero. El humor superficial de la farsa es más o menos universal, así pues la escena nocturna en la posada (capítulo 16 de la Primera Parte del Quijote), todavía se la considera divertida.

Para comprender el humor que surge de lo que es incongruente y ridículo, necesariamente hay que saber lo que sería congruente y sensato (en términos de López Pinciano, para saber lo que es feo hay que conocer lo que es bello). De esta forma, si hay que explicar estas cosas, entonces no se entiende el chiste, y por lo tanto se pierde gran parte del humor.

El mejor humor es, por tanto, perecedero, y es tan difícil para el especialista estudiarlo a varios siglos de distancia como para el lector apreciarlo. Sin embargo, si Don Quijote fue considerado durante mucho tiempo un libro cómico, si frecuentemente nos muestra que contiene burlas y que Don Quijote y Sancho hacen reír a la gente hasta que revientan, entonces su humor debe ser un tema de estudio necesario.

Algunos de los pasajes que he comentado anteriormente, sugieren que Cervantes creía que el humor surge del contraste entre lo que ocurre y lo que el lector piensa que sería lo adecuado. Ahora bien, seguramente Cervantes se preocupaba menos por lo que se había hecho que por lo que podía o debía hacerse; en otras palabras, le interesaba la teoría y recamar la realidad (la que el había vivido y la

³⁸ AGOSTINI de del Río, Amelia .- *"El teatro cómico de Cervantes"*.- Boletín 44 de la Real Academia Española de la Lengua.- Madrid, 1964.

³⁹ VEGA, Clementino de la.- *"El secreto del humor"*.- Editorial Nova.- Buenos Aires, 1967.

que percibía en la España de ese momento), con agradables retoques del “arte cómico.

La risa, explica López Pinciano, se encuentra en dos cosas: obras y palabras, en las cuales se encuentra alguna fealdad y torpeza; lo ridículo está en lo feo.⁴⁰ Cervantes encarna esta teoría creando dos personajes físicamente poco atractivos y sin gracia, y hace que uno de ellos, Don Quijote, sea el representante de las acciones cómicas, y el otro, Sancho, el representante de las palabras cómicas. Aquél, émulo de todos los caballeros andantes, hace cosas divertidas porque está loco, y éste, émulo de los escuderos, dice cosas graciosas porque es simple.

La división no está bien definida, pues en ocasiones ambos dicen cosas graciosas y hacen cosas disparatadas, y Don Quijote se vuelve menos loco y Sancho más juicioso (La gradual aproximación de Don Quijote y Sancho es bien conocida; en el texto se señala la influencia de la locura, discreción y cortesía de Don Quijote en Sancho, aunque el texto también señala que Sancho nunca fue tan loco como su amo, ni tan bien hablado). Pero esta distinción entre los dos, el uno hombre de acción, y el otro hombre de palabras, es frecuente en el texto. Así es la locura del amo y la simplicidad del criado; las locuras de Don Quijote y las sandeces de Sancho; las locuras del señor y las necedades del criado (embista Don Quijote y hable Sancho Panza).

Según López Pinciano, es difícil definir el humor; “la risa es risa y sus causas son numerosas”. La división entre “obras y palabras” es en realidad sólo la forma en que están divididas “las más cosas del mundo”. Sin embargo concluye que “lo principal de lo ridículo consiste en la abundancia de palabras”, y eso bien puede ser un motivo por el que el humor verbal y el papel de Sancho, son cada vez más importantes en Don Quijote (“muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras”; es el comentario del duque sobre la locuacidad de Sancho). La evolución de Sancho en la obra, también se explica por la importancia que López Pinciano concede a los “simples”, puesto que son “unos personajes que suelen más deleitar que cuantos salen a las comedias”. El simple, es la persona más apta para la comedia que todas las demás”, pues con semejante personaje puede incluirse todo tipo de discurso ridículo.⁴¹

Podríamos continuar con este análisis de los comentarios de López Pinciano sobre el humor, señalando la presencia en Don Quijote de ejemplos de los tipos de humor que menciona, pero creo que se puede llegar a una conclusión: Don Quijote refleja el pensamiento de Cervantes sobre el humor. El origen de su humor es, por tanto, lo feo, y esto requiere del conocimiento del concepto de lo atractivo, para su cabal entendimiento (recordemos la descripción que de sí mismo hace Cervantes, y que he dejado anotada en el capítulo dos de esta tesis).

Más que analizar el humor de Don Quijote en términos de los recursos específicos de cada personaje, debemos entender los cambios culturales y literarios desde la época de Cervantes, y presentar esta obra como Cervantes quería que se viera: un libro de caballerías burlesco. (Desde esta perspectiva podemos entender que

⁴⁰ **RICO** Verdú, José.- Obra citada.

⁴¹ *Idem.*

los más joviales dijeran “vengan más quijotadas”, cuando su propia obra permitió que se describiera a Cervantes como el autor más festivo de España).⁴²

Ahora bien, centremos nuestra atención en el protagonista Don Quijote, porque es más problemático y elaborado, y demos menos importancia al humor de Sancho, el cual ha sido más estudiado (Amado Alonso, “Las prevaricaciones idiomáticas de Sancho”, *Nueva revista de filología hispánica*, 2 (1948); Charles Vincent Aubrun, “Sancho Panza, paysan pour de rire, paysan pour de vrai”, *Revista canadiense de estudios hispánicos*, 1 (1976); Monique Joly, “Ainsi parlait Sancho Pança”, *Les langues néo-latines*, 69 (1975); Tres estudios de Close sobre los problemas del humor: “Sancho Panza: Wise Fool”, *Modern Language Review*, 68 (1973), y otros estudios, que pueden encontrarse en la bibliografía de Flores sobre Sancho Panza).

El protagonista de un libro de caballerías era siempre joven, apuesto y fuerte. Don Quijote por el contrario es viejo y feo; monta un caballo que no sólo es viejo sino que “parecía de leño”. Su casco, medio hecho de cartón, está sujeto por cintas, y tiene que beber con una paja cuando el nudo no puede deshacerse. Más que de ser hábil con la espada, se precia de saber hacer jaulas y palillos de dientes. En lugar de un rey o un emperador, un ventero le arma caballero, y una prostituta (no una virgen), le ciñe la espada.

Alonso Quijano cree neciamente que basta escoger nombres nuevos para él y su caballo, su dama y sus amigos para convertirse en caballero. Sin embargo, el nombre que escoge, “Don Quijote de la Mancha”, viene a resultar poco digno. El título de “don”, que no le corresponde, es pretencioso, y en el “Quijote” utiliza un sufijo despreciativo y cómico.⁴³ Es en esta parte, en la cual considero que Cervantes bien pudo haber manejado como nombre de su protagonista, el mismo que corresponde a la pieza de la armadura que cubre el muslo, y que en aquellos entonces se llamaba “quijote”,⁴⁴ y no olvidemos que la dicha armadura había pertenecido a los abuelos de Alonso Quijano, razón por la cual es seguro que estuviese no solo vieja y golpeada, sino hasta oxidada y desde luego manchada, pero aunque el autor no hace ningún señalamiento al respecto, bien pudo ser la causa del definitivo nombre de su personaje, al parafrasear el apellido, la armadura, el lugar en que moraba el personaje, resultando “Don Quijote de la Mancha”.⁴⁵ De todas formas hemos de reconocer que la parte final de su nombre, es la más cómica.

Los caballeros andantes literarios eran de reinos extranjeros cercanos (Inglaterra, Gales), o exóticos (Tracia, Hircania). Viajaban por pintorescas partes del mundo como China, África del norte y Asia. A menudo visitaban países como Inglaterra y Grecia, que durante largo tiempo se asociaron con la literatura caballeresca. Como ya he señalado, Cervantes consideraba que España era un escenario muy apropiado para un libro de caballerías, pero Don Quijote es de una de las regiones menos atractivas y viaja por ella: la árida y poco poblada llanura de La Mancha, que da origen a su nombre. “La Mancha” es un chiste constante en Don Quijote; se dice famoso no sólo en España, sino en toda la Mancha, y Dulcinea debe de ser la más bella criatura del orbe, y aun de toda la Mancha”.

⁴² CASTRO, Américo.- “*El pensamiento de Cervantes*”.- Universidad Complutense.- Madrid, 1925.

⁴³ SPITZER, Leo.- “*Perspectivismo lingüístico en El Quijote*”, en *Lingüística e historia literaria*.- Traducción de José Pérez Riesco, 20^a. Edición.- Gredos.- Madrid, 1961.

⁴⁴ SALVAT, *Diccionario Enciclopédico*, tomo XXII.- Barcelona 1998.

⁴⁵ Nota del autor de esta tesis.

Los caballeros andantes de los libros de caballerías iban acompañados de respetuosos jóvenes, aspirantes o admiradores de la caballería. Sin embargo, Don Quijote escoge, como “muy a propósito para el oficio escuderial de la caballería”, a un campesino de mediana edad, infeliz en su matrimonio, cómicamente montado en un asno, quien al principio no es más que un glotón gordo, codicioso, estúpido e ignorante.

El concepto que tenía Don Quijote de la caballería es una deformación de la ya distorsionada caballería andante de los libros de caballerías. Las hazañas son un paso hacia un fin amoroso; quiere ser útil, pero especialmente a las mujeres; la caballería, en resumen, significa para él servir a las damas. Este parecer, que es ahora el estereotipo de la caballería, ha llegado a la cultura moderna por medio de Don Quijote.

Las mujeres que más quiere servir, y por quienes quiere ser servido, son doncellas (vírgenes). Don Quijote está fascinado por la lascivia de algunos libros de caballerías, que están llenos de doncellas que desvisten al caballero, lo bañan desnudo y se entregan a él “rendidas a todo su talante y voluntad”. (El canónigo criticó la ligereza de las mujeres como un ejemplo de la falta de verosimilitud de los libros de caballerías. Cuando Don Quijote realmente cree, “de todo en todo”, que es un caballero andante, es cuando las doncellas le sirven en el palacio ducal. Es la realización de sus sueños, que sólo había podido satisfacer imaginando que unas ramerías eran doncellas. En su fantasía sobre la vida de caballero que cuenta a Sancho, el centro de atención está en la hija del rey, una doncella; en la historia que cuenta al canónigo las únicas personas que encuentra el caballero son doncellas que le reciben, le sirven, se sientan junto a él, y todas son hermosas.

No es extraño que Don Quijote parezca irritarse por su compromiso con Dulcinea que él mismo se ha impuesto. Podría decirse en defensa de Don Quijote que mientras su autor favorito es el lascivo Silva, su caballero favorito y guía de su conducta es el relativamente casto Amadís (Don Quijote dice que Amadís era “grande amparador de las doncellas”, y hace la siguiente pregunta: “¿Quién es más honesto que el famoso Amadís de Gaula?”, y le utiliza mucho más tarde como modelo para protegerse de “ocasiones que le moviesen o forzasen a perder el honesto decoro que a su señora Dulcinea guardaba”). Don Quijote parodia aún más el amor de los libros de caballerías porque no utiliza ningún criterio en su servicio a las mujeres. No le importa a qué clase de mujer sirve; el caballero, según Don Quijote, debe servir a todas las mujeres, “cualesquiera que sean”, ni tampoco es necesario que las mujeres le pidan ayuda, como hacen Micomicona y la condesa Trifaldi.

Impondrá su ayuda a quienes no la necesitan, como la princesa del capítulo 8 de la Primera Parte; después de impedir que los cabreros sigan a Marcela, que no quiere saber nada de los hombres, la sigue él. Es verdad que todos los protagonistas, y la mayoría de los caballeros secundarios, amaron a una o más damas. Sin embargo, si estaban enamorados, amaban a una dama de su misma clase social. Alonso Quijano escoge a una campesina, y piensa para ella un nombre tan ridículo como el suyo, “que no desdijese mucho del suyo”; Dulcinea del Toboso es la pareja apropiada para Don Quijote de la Mancha (en tiempos de Cervantes, la mayor parte de la población de El Toboso era de moriscos, y no había nobles, caballeros ni hidalgos, según un informe de 1576 citado por Diego Clemencín. Pero según dos investigadores recientes, El Toboso no tenía mayor proporción de moriscos que otra comarca: Bernard Loupias, “En marge d'un recensement des morisques

de la Ville de El Toboso 1594”, Bulletin hispanique, 78 (1976), y Annie Molinié, “El Toboso: Mythe et réalité”, en Iberica I. Cahiers ibériques et ibéro-américains de l’Université de Paris-Sorbonne, ed. Haïm Vidal Séphiha Paris: Conseil Scientifique de l’U.E.R. d’Études Ibériques et Latino-américaines, 1991. págs. 203-215).

Aunque se diga al principio que Aldonza es “de muy buen parecer”, pronto nos enteramos de que tiene una voz fuerte y de que huele y se porta como un hombre, pero sin embargo Don Quijote esboza solamente dos cosas que le incitan a amar más que otras, y que son la mucha hermosura y la buena fama. La mujer que elige para idealizarla no sólo carece de lo primero, sino que también carece, mucho más desastrosamente, de la otra atracción femenina. La virtud de Aldonza Lorenzo, cuyo nombre ya es vulgar, es frecuentemente puesta en duda.

No tenemos que creer a Don Quijote cuando dice que los padres de Aldonza la han educado, como a Marcela, con “recato y encerramiento”; el propio Don Quijote confirma los fallos de Aldonza en este aspecto básico. Compara el amor que siente por ella con el de una alegre viuda por un “hombre soez, bajo e idiota”. Alaba ridículamente, junto con las partes visibles de su cuerpo, sus partes íntimas. Dice que para él es suficiente pensar que es honesta, aunque sus apreciaciones no borran el impacto que produce su comparación con las dos mujeres que, para los españoles del Siglo de Oro, eran, después de Eva, las peores de todos los tiempos: Helena, cuyo adulterio provocó la destrucción de Troya (Helena, aunque estaba casada con Menelao, oyendo decir de la gran hermosura y majestad del infante Paris, vino al templo de Venus para verle, y en ese momento ambos se enamoraron, llevándola consigo para casarse con ella, siendo esta la causa por la que sucedió después la destrucción de Troya; más tarde Helena hace la declaración oficial de que desea quedarse con Paris antes que volver a Grecia), y La Cava (“La Cava” significaba en árabe mujer mala; es decir, puta. Aun cuando Rodrigo, el rey cristiano, quiso resistirse, las crónicas caballerescas culpan de la derrota de España a una mujer de vida disoluta que lo tenía enamorado), por cuyo comportamiento sexual los moros ganaron España. De esta forma El Toboso será famoso por Dulcinea.

No es nada sorprendente que para Don Quijote, la honestidad sea su principal virtud, ni que él sea “el más casto enamorado que de muchos años a esta parte se vio”; “al cabo de mis años”, reflexiona para sí, “nunca he tropezado”. Convierte su incapacidad en una virtud con una nueva distorsión: que su amor, necesariamente casto, es platónico.

Hay muchas otras formas en que Don Quijote embrolla y parodia a los caballeros andantes literarios y sus seguidores. Siguiendo insensatamente lo que ha leído en sus libros, ilustra una de las características de la caballería literaria que Cervantes más desaprobaba: sólo luchará con los que él cree que también son caballeros, de acuerdo con lo que incluso él llama “las leyes del maldito duelo”. Se ridiculiza su clasificación de los caballeros como un grupo aparte. El ataque es clarísimo cuando no quiere ayudar a alguien que ha sido atacado por “gente escuderil” (el ventero Juan Palomeque capítulo 44 de la Primera Parte).

Sin embargo, los protagonistas de los libros de caballerías consideraban el combate como último recurso. El combate ineludible tenía unos fines similares a los que Don Quijote esboza en el discurso sobre las armas y las letras y en el pronunciado a los rebuznadores: restablecer las reinas a sus tronos, ayudar a los reyes a rechazar a los enemigos, eliminar las amenazas al orden público. Los soberanos que necesitaban ayuda, pedían los servicios de los caballeros.

A finales del siglo XVI, España y especialmente Castilla, era tierra pacífica, pues lo único que perturbaba la paz eran los bandidos catalanes, y en la costa, los corsarios moros.⁴⁶ A pesar de que el propio Cervantes emprende muy adecuadamente, actividades caballerescas de importancia nacional fuera de la península, Don Quijote nunca considera una empresa semejante, y al quedarse en España debe buscar ocasiones de combate, y forzar inocentes a luchar.

Deseoso de “meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras”, ataca ejércitos de ovejas, molesta a mercaderes pacíficos y libera a criminales, lo que da como resultado el que tenga que huir de la “Santa Hermandad”. En su loco afán de gloria también ataca a molinos de viento, cueros de vino y títeres; sus simulacros de actividades caballerescas no son inocentes: deja a un personaje con una pierna rota, a otro herido, y a un arriero con la cabeza en cuatro pedazos. Andrés ruega a Don Quijote que no le complique la vida con más ayuda.

Los caballeros literarios no tenían miedo. Don Quijote se asusta por el ruido de maquinaria accionada por agua, y el texto sugiere que no sólo teme a la Santa Hermandad, sino que miente acerca de su temor.

Los caballeros, e incluso los cabreros sabían hacer medicinas con sustancias corrientes. La del cabrero es eficaz, pero el remedio que prepara Don Quijote le hace vomitar y produce diarrea a Sancho.

Los caballeros andantes eran humildes y no buscaban la gloria, más bien la evitaban, y como todos los soldados, solamente la conseguían con sus numerosas hazañas. Don Quijote quiere que su fama sea eterna, quiere conseguirla rápida y fácilmente, y le gusta alardear (Don Quijote en la Primera Parte se siente muy frustrado porque el mundo no valora suficientemente sus “hazañas”, y no puede descansar y disfrutar la fama que cree que se merece).

Mientras los caballeros a menudo ocultaban su identidad, Don Quijote anuncia la suya a los que no la piden; el narrador nos especifica que era vanaglorioso. Los caballeros se alojaban en castillos. Don Quijote duerme en ventas y no paga. Roba la bacía de un barbero, se la pone en la cabeza y afirma que es un yelmo famoso (el encantado yelmo de Mambrino del capítulo XXI de la Primera Parte), dejando además que Sancho se apropie de la silla del barbero.

Es en este momento cuando Don Quijote proclama su honradez, una reivindicación en conflicto tanto con sus acciones como con sus palabras. Se esperaba que un caballero se adhiriera a unas normas morales tan altas, que no pudiera mentir nunca (“las órdenes de caballería nos mandan que no digamos mentira alguna”); incluso la palabra acusatoria “mentís”, significaba un desafío a duelo. Sin embargo, las normas de conducta de Don Quijote, no son tan altas; desvirtúa el propósito de la caballería cuando la entiende como medio para adquirir bienes materiales.

Los caballeros andantes recompensaban a sus escuderos con algún territorio obtenido por herencia, y en segundo lugar por matrimonio; de esta forma, la lucha por el afán de lucro es la antítesis de la caballería. El entusiasmo de Don Quijote por los criminales, es una ridícula deformación de los principios de la

⁴⁶ MAINEZ, Ramón L. - “Cervantes y su época”.- Sopena.- Jerez de la Frontera España, 1901.

caballería. Además de los galeotes, con quienes hace amistad, encuentra un alma gemela en Roque Guinart, un ladrón conocido que era buscado por el virrey. Con él, prendido de su caballerescas “nueva manera de vida” e impresionado por la fama de Roque y por sus “buenas y concertadas razones y buen discurso”, Don Quijote se olvida de su propio principio, “que cada uno es hijo de sus obras”. Las obras de Roque no concuerdan con sus palabras; además de robar, mata ante los ojos de Don Quijote, y no se contenta con vengarse, sino que quiere vengar a los demás.

Los argumentos y explicaciones de Don Quijote, son otra fuente de humor, así como de admiración. Presenta la naturaleza de la bacía del barbero como si fuera una cuestión de gustos: “eso que a ti te parece bacía de barbero me parece a mí el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa”. Si está en una jaula en un carro de bueyes, y no podía ser un encantamiento, “podría ser que con el tiempo se hubiesen mudado los encantamientos de unos en otros”.

Creyendo que está cuerdo, dice que es mucho más virtuoso volverse loco un caballero andante con causa, que desatinar sin ocasión”, y así lo encontramos cabeza abajo, con sus ropas cayendo, “descubriendo (en las palabras correctas de Cervantes), cosas que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda a Rocinante”.

¿Acaso no son todas estas las más extrañas locuras que se pueden imaginar? ¿No son suficientes para dar gusto a cualquiera que las leyere? ¿No es, con su casco de cartón, bebiendo con una paja, la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar? Seguramente Cervantes creía que podía abrirse el libro al azar y siempre encontrar algo cómico.

No sólo es Don Quijote un héroe burlesco, toda su historia es un libro burlesco. Los sabios autores ficticios de los libros de caballerías españoles, eran hombres juiciosos, cristianos o simpatizantes con la cristiandad. Sus manuscritos se habían conservado cuidadosa y honorablemente, como las obras de Homero. Sin embargo, la historia de Don Quijote es contada por un moro, hecho que le entristece cuando lo sabe, pues de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos eran considerados como embaucadores, falsarios y quimeristas.

Don Quijote teme que su historiador morisco incluya “alguna indecencia” que perjudique “la honestidad de su señora Dulcinea”. Podemos observar en la novela, cómo se conocía y cómo se trataba a Aldonza/Dulcinea, pero hay muchos más elementos ofensivos. En la historia de Don Quijote hay abundantes referencias al cuerpo, de larga tradición en el humor; la gente huele igual que los animales, tienen chinches, orinan y defecan. Las mujeres tienen la menstruación, o más bien, “no la tienen las mujeres encantadas”, de la misma manera que “los encantados no hacen sus necesidades”. Las mujeres solteras que no son honestas quedan embarazadas, resultado lógico de la lujuria que no vencen ni los animales ni algunos personajes menos refinados. El asno de Sancho suspira “per anum”, lo que su dueño y Don Quijote interpretan como un buen augurio. La inclusión de todo este material en un libro de caballerías, en cuyo noble mundo nunca se encontraba, evidentemente vino a resultar muy cómica.

Al leer Don Quijote, los lectores de aquella época tuvieron una experiencia que nosotros no podemos tener: estuvieron diez años con sólo la Primera Parte, no identificada como tal y dividida en cuatro partes, suponiendo que era una obra

completa, más que parte de una más amplia. Estos primeros lectores no sabían que habría una continuación, pues la promesa al final de la Primera Parte de que habría una, era convencional y significaba poco.

En los diez años que separaron la publicación de la Primera y Segunda Parte, Don Quijote había entrado a formar parte de la cultura española. Tanto Don Quijote como Sancho se habían representado en festivales populares. Los lectores llegaban a la Segunda Parte con una orientación hacia la Primera Parte, y no esperaban ni deseaban un cambio en los personajes, concepto literario con el que estaban poco familiarizados.

Puede que fuera eso lo que Cervantes quería; es Cide Hamete, alabando a Alá, quien quiere que los lectores olviden la Primera Parte. Las palabras de Sansón, “nunca segundas partes fueron buenas” y “de las cosas de don Quijote bastan las escritas” (es decir, en la Primera Parte), parecen mucho las opiniones de Cervantes. Ataca continuamente las innumerables e infinitas continuaciones de Amadís. En el “escrutinio de la librería”, además de atacar las obras de Feliciano de Silva, continuador de Amadís, el cura también condena la Diana segunda y las continuaciones de Ariosto.⁴⁷

Al final de la Primera Parte, Cervantes prometió a sus lectores que si era bien recibida, escribiría no una continuación, sino otras obras, y trata con humor la posibilidad de escribir una continuación de la Primera Parte. Además de la queja que hay al principio del capítulo 44 de la Segunda Parte, porque no podían incluirse “novelas sueltas ni pegadizas” (limitación que encontraba molesta), y la aparente convicción de que un “puntualísimo escudriñador” se había encargado de que no se encontraran incoherencias, no hay pruebas de que Cervantes considerara la Segunda Parte muy distinta de la Primera, y mucho menos superior.

Cervantes nos dice en la Segunda Parte de Don Quijote, que lo que tenemos en ésta, es un “Don Quijote dilatado”. En el prólogo añade que la segunda parte está “cortada del mismo artífice y del mismo paño que la primera”. La respuesta de los lectores de Cervantes—como se ve por la historia de la publicación—sugiere que consideraban la Segunda Parte inferior. Hubo ocho ediciones de la Primera Parte anteriores a la publicación de la Segunda Parte, pero sólo cuatro de la Segunda Parte sin la Primera. Robles, el editor oficial, publicó tres ediciones de la Primera Parte, pero sólo una de la Segunda, y no publicó nunca una edición de las dos partes juntas. En el inventario que se hizo al fallecer Robles, ocho años más tarde, aparecieron muchos ejemplares sin vender de esta única edición de la Segunda Parte.⁴⁸

Por supuesto, el interés por criticar las obras de Cervantes se diluyó por la publicación casi simultánea del “Parnaso”, las “Comedias”, o incluso más por el “Persiles”, que aunque transitorio, fue un gran éxito, y especialmente por las “Novelas Ejemplares” (la obra de Cervantes que en la España del siglo XVII fue más popular que Don Quijote). Pero quizás la reacción de los lectores era simplemente que la Segunda Parte no les gustaba tanto como la Primera; querían más humor, querían ver “embestir” a Don Quijote, y en la Segunda Parte lo hace menos.

⁴⁷ MENENDEZ y Pelayo, Marcelino.- *“Orígenes de la novela, Tomo 1”*.- Espasa-Calpe .- Argentina, 1946.

⁴⁸ RICO Verdú, José .- Obra citada.

Efectivamente, la Segunda Parte no es tan divertida como la Primera. Desde el principio hasta la llegada al castillo de los duques, tiene muchas características de la Primera Parte. Todavía se trata la veracidad de la literatura caballeresca, y todavía se encuentran los motivos y arcaísmos caballerescos, tan comunes en la Primera Parte. Don Quijote continúa con sus acciones disparatadas, atacando títeres, entrando en una cueva llena de murciélagos, buscando a Dulcinea y suponiendo, sin el menor fundamento, que el mundo le ofrece aventuras a cada paso. Don Quijote, con suero bajándole por la cara y preguntándose si su cerebro se está fundiendo, es el mismo ridículo Don Quijote que conocemos de la Primera Parte.

Naturalmente que al final de la Segunda Parte, Don Quijote es pocas veces divertido. De modo significativo, en los pasajes que hablan de la Segunda Parte de Avellaneda, se nota que Sancho aparece nada gracioso, pero la distorsión de la que don Quijote se lamenta es que se le describía “ya desenamorado de Dulcinea del Toboso”. Don Quijote en estos capítulos finales es desde luego “el más valiente, el más enamorado y el más comedido señor que tiene el mundo”, el cual había sido testigo de las andanzas del más gracioso loco que hay en él”.

Hace pocas cosas; sus aventuras son poco geniales (o en términos de Cervantes, carentes de invención), como ser atropellado por toros y después por cerdos, accidentes de los cuales nadie se ríe. Ahora su castidad es consecuencia no de incapacidad sino de la virtud (En el capítulo final Don Quijote dice que fueron sus costumbres las que le dieron el “renombre de Bueno”), y su cuerpo pero no su espíritu es derrotado por el Caballero de la Blanca Luna.

No es sólo la perspectiva de Don Quijote la que se derrumba en estos capítulos finales. Sancho, habiendo aprendido humildad al ser gobernador de su isla, quiere ser de nuevo gobernador, mandar y ser obedecido, y habiendo superado anteriormente su codicia, le interesa de nuevo el dinero. Aunque Sancho ha llegado a poseer una gran sabiduría natural, estamos de nuevo ante el Sancho original, cuya sabiduría proviene de lo que le han enseñado (“Muy filósofo estás Sancho, pues muy a lo discreto hablas; no sé quién te lo enseña”, es el comentario de Don Quijote cuando Sancho dice “he oído decir que esta que llaman por ahí Fortuna, es una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo, ciega”).

Los duques, cuando proyectan una nueva burla, son censurados por Cide Hamete, quien se ha transformado de moro mentiroso en paladín de Don Quijote y “flor de los historiadores”. Sansón se ha portado de forma censurable en toda la Segunda Parte, burlándose del protagonista, de su ama de llaves, de Sancho, y compartiendo con Roque Guinart un reprochable deseo de venganza. Muestra una falta de aprecio por Don Quijote cuando lo llama, en un epitafio, “el espantajo y el coco del mundo”. Sin embargo, pretende estar lleno de “buenos pensamientos” y movido por la “lástima” para ayudar a Don Quijote a recobrar su cordura, que sin embargo, de alguna forma ya no es deseable.

Roque Guinart es un asesino proscrito, pero rehúsa tomar dinero para sí mismo, y lleva a cabo el deber más importante de un líder: proporciona justicia a sus hombres. Finalmente, tenemos en el último capítulo un ataque gravísimo a los libros de caballerías, que sorprende y desconcierta al lector, pues no habían sido criticados en cuarenta capítulos.

La confusión de la sección final de la Segunda Parte tiene una explicación obvia. Cervantes estaba sorprendido y dolido por la continuación de Avellaneda y su ataque contra él en el prólogo. Se refiere repetidamente al libro de Avellaneda en los últimos capítulos (La discusión de las personalidades de Don Quijote y Sancho en el capítulo 58 de la Segunda Parte da a entender que Cervantes conocía el libro de Avellaneda. En el capítulo 30 se refiere a la posibilidad de que Sancho hubiera sido trocado en la estampa. Sugiere, aunque ciertamente no prueba, que Cervantes, aunque no lo hubiera visto, sabía algo del libro que estaba a punto de ser publicado, y por esta razón reanudó la composición de la Segunda Parte de Don Quijote, que había dejado a un lado hacía algún tiempo. -La discusión en el capítulo 14 entre Don Quijote y Sansón Carrasco disfrazado como el Caballero del Bosque acerca de si el Caballero había derrotado a Don Quijote o a "otro que le pareciese", probablemente no se refería a Avellaneda-), dándole, irónicamente, una vitalidad que nunca hubiera tenido sin los ataques cervantinos.

En estos capítulos parece que los principales propósitos de Cervantes fueron defender su concepción de Don Quijote y Sancho e insistir, en contra de cierta evidencia, en que Avellaneda no los representaba como él lo había hecho. También quería poner al descubierto que Avellaneda era un historiador falso e impedir que escribiera más. Estos factores, junto con una gran prisa por completar y publicar su continuación y desplazar la de Avellaneda, explican suficientemente su confusión.

¿Y la sección central de la Segunda Parte, la visita al castillo de los duques? Ésta es la sección más larga de la Segunda Parte y de toda la obra, con "las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen". En ella Don Quijote y Sancho todavía son cómicos, aunque menos; y los lectores nos preguntamos si es conveniente reírse de ellos. El que todos los personajes menos uno se rían del protagonista, y que éste (el eclesiástico) se presente en términos tan negativos, es una clara prueba de que la intención de Cervantes era que riéramos en estos episodios, considerados como las mejores aventuras del libro. Sin embargo son "mejores" sólo en el sentido de que están más elaboradas, pues la verdad es que no son las más divertidas.

Su humor no está tan logrado por dos motivos. El primero es que no es creado por sus víctimas, y los fallos propios son mucho más divertidos que cualquier cosa que alguien pueda hacernos. Es divertido que una persona haga algo ridículo, pero es más divertido que alguien sea ridículo sin que se dé cuenta. Cuando hay un autor de la burla, la víctima no es ridícula, sino ridiculizada. En términos de Cervantes, se han separado la admiración y la risa. Los duques y sus empleados consiguen aquélla; Don Quijote queda sólo para provocar la risa como blanco de sus bromas.

Los incidentes más divertidos en el palacio de los duques son los que provocan Don Quijote y Sancho. Entre ellos están las sorprendentes interpretaciones erróneas de las aventuras creadas para ellos: el que Don Quijote no se diera cuenta que no era un honor que le lavaran la barba; que las damas barbudas, una de las cuales utiliza un final de palabra masculino, son en realidad hombres; que el caballo que se mueve tan suavemente que parece que no se mueve, en verdad no se mueve, y la absurda descripción que hace Sancho de lo que había visto montando a Clavileño. También incluyen la conducta de Sancho que molesta a su amo: su impropia preocupación por su asno y la historia que narra, ambas en el capítulo 31.

Un segundo motivo por el que estos episodios no son tan humorísticos como Cervantes creyó que serían es que la corrección exige que la víctima del humor de algún modo se lo merezca (Una excepción sería el humor que el payaso u otro cómico profesional producen a su propia costa. Precisamente porque el público sabe que es una diversión artificial por la que ha pagado dinero, no se viola el sentido del decoro).

En la Primera Parte, el orgullo y los errores de Don Quijote, y la codicia de Sancho, hacen que sus infortunios y apuros sean consecuencias satisfactorias. Pero aquí es distinto. Sancho es menos codicioso, más modesto y más prudente. Don Quijote ya no causa daño a los demás, y si no es humilde, por lo menos no es tan ridículamente vanidoso. Los duques son de diversas maneras, unos personajes menos admirables que él. Viven a costa de dinero prestado y de trampas. Por este motivo pedir al duque que desempeñe el deber más importante de un gobernante, el de hacer justicia, es “pedir peras al olmo”; la justicia que el duque afirma administrar claramente es de burlas. El duque es vanidoso y le gusta el poder, lo cual indica su imperfección moral. Su mujer es presumida y vengadora; confunde a Sancho acerca de la realidad (La duquesa, naturalmente, no es el primer personaje que juega con la realidad para engañar a otro personaje; el mismo Sancho engañó a Don Quijote. Sin embargo, en un caso Sancho lo hace por un motivo caritativo, el impedir que Don Quijote tiente a Dios acometiendo a lo que se descubre que son batanes. En el segundo miente porque Don Quijote le ha pedido algo imposible, encontrar a Dulcinea. La mentira del cura y del barbero acerca de la desaparición de la biblioteca de Don Quijote fue “uno de los remedios para el mal de su amigo”, y ellos y Dorotea se valieron de un engaño sólo para persuadir a Don Quijote de que abandonara Sierra Morena. Los engaños de Sansón, aunque emprendidos con un entusiasmo realmente sospechoso, son para ayudar a Don Quijote. La disputa del yelmo y de la albarda, aunque no tuviera otro propósito que el de divertir, fue iniciada por el propio Don Quijote, y no puede compararse con el engaño de la duquesa a un simple, inventando encantadores y distorsionando la realidad).

A pesar de todo esto, los duques tratan a Don Quijote y a Sancho con gran cortesía. Don Quijote pasa con ellos sus días más agradables, y Sancho recibe su “ínsula” y como consecuencia gana algo mucho más precioso, el conocimiento de sí mismo. Los duques tienen cuidado de que Don Quijote no se dé cuenta de que es objeto de sus burlas.

Sus burlas son correctas, sin dolor o daño a terceros (así es exactamente como termina la aventura de Clavileño: sin daño alguno. Se manda dar los 3,300 golpes a Sancho (un número exageradamente grande), pero previendo que no se darán, porque sólo los reciben los árboles), cuidan de no dañar a Don Quijote, y lo sienten cuando una burla termina mal, un “mal suceso”. Cuando Don Quijote los deja está bien alimentado, descansado, más rico que cuando llegó, y en posesión de un método para deshacer el imaginario encantamiento de Dulcinea. Incluso Teresa ha recibido valiosos regalos, y lo que valora más, es el prestigio en su pueblo.

Lo que tenemos aquí es ambigüedad, que no era ninguna virtud en la época de Cervantes. Si centramos nuestra atención en la complicada estructura de las aventuras creadas por los duques, y dejamos a un lado la cuestión de si Don Quijote merece ser ridiculizado -es decir, si interpretamos los episodios superficialmente- no hay ningún problema; éstas son las mejores aventuras del libro y deberíamos reír. Pero en el fondo son, en el mejor de casos, inquietantes, y pueden ser muy perturbadoras.

Esta ambigüedad se remonta a mucho antes de la visita a los duques. Don Quijote es en todo el libro un personaje más interesante, más sabio y más digno, que la gente cuerda con la que se relaciona. Incluso en la Primera Parte, Don Quijote es moralmente superior a los que se divierten con él, como Maritornes y la hija del ventero. También hay ambigüedad en la primera salida, ya en los capítulos 2 y 3, cuando inspira temor al ventero y a los arrieros, y logra ganarse el respeto y el tratamiento apropiado de las ramerías de la venta.

En la primera mitad de la Segunda Parte, mientras el texto nos dice que Don Quijote era “un loco de atar”, también nos dice que era extremadamente prudente, más que ningún otro personaje. Le mueven nobles principios, por los cuales está dispuesto a sacrificarse. En la Segunda Parte, Don Quijote tiene éxitos en su misión caballeresca. Ayuda a un personaje que realmente lo necesita, Basilio. Derrota a Sansón Carrasco, y es más feliz estando loco que Sansón cuando está cuerdo.

Como lo hace en toda la Segunda Parte, Don Quijote se encomienda correctamente primero a Dios, y después a su dama (también lo hace antes de la batalla con Tosilos; antes, con el Caballero de la Blanca Luna, y antes de entrar en batalla con el Caballero de los Espejos, dice que ganará “si Dios, si mi señora y mi brazo me valen”). El narrador nos cuenta, sin ironía, que Don Quijote tenía “maravilloso desnudo y corazón valiente.

Muchos de los estudiosos del Quijote, hubiesen querido solucionar el principal problema interpretativo de Don Quijote y conciliar la orientación textual hacia la risa, con las cualidades positivas y los verdaderos logros del protagonista, pero creo que esto representa una gran dificultad, pues bien se entiende que la intención del autor es que los lectores se rían de Don Quijote en todo el libro, excepto en el último capítulo. Sin embargo, antes del final y mucho antes, va convirtiéndose en un personaje más digno, menos loco, más virtuoso, y menos gracioso.

Hasta cierto punto se va sacrificado el humor para dar paso a comportamientos de provecho, pero sin embargo, es difícil identificar en conjunto algún plan que rija la irregular evolución de Don Quijote, o pruebas de que Cervantes se preocupara por las contradicciones en el texto que publicó, o incluso que fuera consciente de ello.

Es posible, sin embargo, explicar en términos generales los orígenes del problema. Resulta difícil mantener un personaje negativo, y sobre todo a un protagonista negativo, y la dificultad es mayor cuanto más largo es el libro; los autores, especialmente uno tan preocupado por la caridad como Cervantes, llegan naturalmente a sentir simpatía por sus personajes, a quererlos o por lo menos a entenderlos. Don Quijote, además, no era un personaje cualquiera; era uno que guardaba extraordinarios paralelismos con el autor, uno que, más que ningún otro personaje de La Galatea o el Persiles encarnaba las propias fantasías de Cervantes.

Había, naturalmente, diferencias fundamentales entre ellos: Don Quijote era soltero y Cervantes estaba casado; Don Quijote era un terrateniente rural y Cervantes un burócrata viajero, pero esencialmente urbano; Cervantes era un patriota cristiano y Don Quijote veía la caballería como una ayuda a particulares; Cervantes era al mismo tiempo autor y lector, mientras que Don

Quijote nunca se guió por sus fantasías de autor, y Cervantes era cuerdo mientras Don Quijote se comportaba como loco.

Sin embargo, los paralelismos sorprenden. Los dos eran discretos e ingeniosos; no eran jóvenes; habían leído mucho y conocían una gran variedad de temas. Ambos eran hidalgos de medios modestos; ambos eran de Castilla la Nueva. Ambos montaban rocines y ninguno de los dos tenía todos los dientes. Ambos tenían “bigotes grandes” y “nariz corva”; Cervantes tenía un “rostro aguileño” y Don Quijote una “nariz aguileña”.

Ambos estaban favorablemente dispuestos a la vida de armas, y cada uno se veía a sí mismo “más valiente que estudiante”. Viajaban por España, y creían que eran líderes incomprendidos, y se alababan a sí mismos y a la humildad simultáneamente. Cada uno se consideraba “artífice de su ventura”, pero ambos habían aprendido a cultivar la paciencia en las adversidades; ambos recibían dinero de la nobleza. Sabían un poco de italiano y podían citar a Ariosto; tenían nociones de árabe. Ambos vivían con mujeres, pero no con su esposa, en sus respectivas casas (en Valladolid, en el caso de Cervantes). Ambos, naturalmente, conocían bien los libros de caballerías.

Algunas otras similitudes que no están documentadas, pero que pueden ser consideradas como conjeturas verosímiles, pueden ser: Tanto Cervantes como Don Quijote creían en la importancia de la honestidad. A ambos les gustaba el silencio, y cada uno creía que era “cortés y amigo de dar gusto a todos”. Ambos simpatizaban con el sacerdocio, y admiraban la vida ascética. Ambos creían que Amadís de Gaula era el mejor libro de caballerías, y que Belianís de Grecia tenía muchas partes buenas; ambos eran “algo curiosos”, y fieles a sus “deseos de saber cosas nuevas”; los dos tenían dificultades para dormir. Ambos tenían una “memoria grande”, y ambos aprendían acerca de sí mismos y acerca del mundo, observando y meditando sus observaciones.

Ambos padecían algo de melancolía y disfrutaban con la literatura que la hacía desaparecer; ambos tenían gran afición por los libros. Ambos disfrutaban con la naturaleza, pero no tenían ningún interés por la agricultura. Ambos preferían viajar a quedarse en casa, y tenían más contacto con los caballos y los mulos que con perros y gatos; ambos preferían el campo a la ciudad. Ambos querían ayudar a su país, y deseaban autoridad para poder poner sus ideas en práctica; ambos sentían nostalgia por tiempos pasados. Ambos admiraban la caballería y creían que su resurgimiento era deseable. Los dos creían que eran excelentes, y deseaban la fama, pero tenían dudas, fomentadas por la indiferencia o la hostilidad de la sociedad.

Algunos de estos paralelismos pueden ser accidentales o sin importancia, pero no todos. Estos nos permiten llegar a la conclusión de que Don Quijote, más que ningún otro personaje, refleja al autor. Si dejamos a un lado sus acciones locas y destructivas, las cuales se concentran en la Primera Parte, Don Quijote es un personaje totalmente admirable. Sólo tendríamos que añadir algunos calificativos a su auto-descripción de “valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos” (ésta es la respuesta de Don Quijote a la relación dada por el canónigo, de los beneficios intelectuales que obtendría si leyera libros de historia), y cuestionar si todas estas características pueden atribuirse a su “reencarnación en un caballero andante,

como cree”. El verlo de esta forma explica en gran parte el aumento de su talla y sus ingeniosos razonamientos. Está loco, pero también es inteligentísimo.

En verdad, mientras que en la Primera Parte la sabiduría de Don Quijote es fuente de sorpresas, en la Segunda Parte sus dos facetas son tema de comentarios explícitos. Muy al principio se cuenta la historia del hombre de la casa de los locos de Sevilla, que creía que estaba cuerdo, que hablaba y escribía con gran sensatez, pero “al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban a sus primeras discreciones”; lo mismo puede decirse de Don Quijote. La descripción del personaje secundario más sabio de la Segunda Parte, el Caballero del Verde Gabán, es bien conocida: Don Quijote era “un cuerdo loco y un loco que tiraba a cuerdo”. Los que lo encontraron en la venta “quedaron admirados de sus disparates, así como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenían por discreto, y allí se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse qué grado le darían entre la discreción y la locura”.

El texto por sí mismo, nos ofrece una explicación: el vínculo entre el humor y la inteligencia. Uno de los elementos que podemos considerar como más importante para la creación de la faceta extremadamente buena de Don Quijote, era provocar la risa y la admiración, con su contraste con la faceta extremadamente loca. Podemos entender que en la idea de Cervantes, es el contexto positivo de un personaje admirable y agradable lo que hace destacar la palabra o la acción que producen humor.

En el texto se presenta el contraste de las personalidades de Don Quijote y Sancho en términos muy similares, por lo que podemos llegar a la conclusión de que las facetas opuestas de los dos personajes tienen la misma función. Lo que podemos sacar en claro de todo esto, es que Don Quijote es un personaje sumamente positivo, no sólo “el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha”, sino también un hombre de acción culto y sensato, el personaje más positivo que Cervantes podía crear, un personaje muy parecido a él mismo.

Al mismo tiempo, el texto nos recuerda muchas veces que en el tema de la caballería, Don Quijote está “rematadamente loco”, “el mayor loco del mundo”, una combinación que asombra a los lectores porque un hombre tan admirable tenía el más extraño pensamiento de sentirse “caballero andante”, lo cual expresaba con tantas locuras que “llegaron a ser las mayores que pudieran imaginarse” y que lo convertirían en “el más gracioso hombre conocido”.

En Don Quijote existe cierta coherencia, por más contradictoria que sea su personalidad. Es coherente en su visión de sí mismo como caballero andante, sometido a ciertas reglas, amando a su dama, intentando ser útil, y cerrando los ojos ante el conflicto entre el mundo fantástico de sus libros y el mundo real en el que vive. Coherentemente basa su vida y su filosofía en lo que ha leído, y como ya se ha dicho, está loco hasta el último capítulo, aunque su locura va disminuyendo lenta y sutilmente.

Sancho sin embargo, es mucho menos coherente, pues seguramente Cervantes pretendía que fuera más gracioso. Podemos concluir por la manera como Sancho es tratado, que Cervantes prefirió el humor a la coherencia en la caracterización. Lo modifica fácilmente, mucho más que a Don Quijote, haciéndolo juicioso o estúpido, entendido o ignorante, según como le convenga para el humor. Descrito en la misma forma superlativa que su amo, es “uno de

los más solemnes mentecatos de nuestros siglos”. Sancho no ha leído nunca un libro de caballerías; desconoce la caballería, tanto que cree que hay arzobispos andantes y que un soberano puede vender a sus súbditos. Sin embargo, de repente habla con su amo utilizando un bello lenguaje caballeresco; sabe citar romances a Doña Rodríguez de Grijalba y a Don Quijote (es verdad que en la España del Siglo de Oro la gente corriente conocía los romances, pero este hecho no explica el uso que Sancho hace de ellos. Más que cantarlos por placer, como el labrador de El Toboso, los cita para aclarar algunos puntos en sus discusiones, exactamente como lo hace Don Quijote, Maese Pedro y el narrador); contar historias muy adecuadas y rivaliza con Don Quijote en comparaciones, pero utiliza proverbios “a troche y moche” (o como Dios le da a entender), aunque algunas veces los usa genialmente. De hecho, sólo los emplea excesivamente o mal con los personajes que los encuentran graciosos (la duquesa) o fastidiosos (Don Quijote).

Al contrario que otra gente de su pueblo, Sancho sabe en la Primera Parte que una ínsula está rodeada de agua. Es más gracioso, sin embargo, si la ínsula que en realidad gobierna está en tierra firme, y así en la Segunda Parte ignora este elemental hecho geográfico. Sancho servirá a Don Quijote “fiel y legalmente”, pero seis capítulos más adelante encontramos que sus servicios durarán sólo hasta que lleguen a Zaragoza, y entonces nos enteramos que le servirá hasta la muerte. Aunque sea analfabeto, sabe tanto que parece que hubiera estudiado, y tiene conocimientos de la composición de libros y de teatro, pero es tan ignorante que cree que si fuera noble, sería adecuado que su propio barbero le siguiera en público. Es lo bastante estúpido para que la duquesa le convenza de que el encantamiento que él mismo ha inventado es real, y acceder a darse 3,300 golpes para darle fin.

Gracioso, desde luego. Coherente, no mucho. Naturalmente, hay cierta coherencia en Sancho. A lo largo de todo el libro le interesa la comida, desea el bienestar físico, y nos divierte con sus palabras. Sin embargo Cervantes nos muestra que prefiere el humor a la coherencia del personaje, poniendo en boca de los personajes palabras que nunca dirían, si quisiera que fueran coherentes. Don Quijote, que cree que Dulcinea es la mujer más maravillosa que se haya creado, “nunca” la compararía con Helena y La Cava. Sancho, que no tiene ninguna razón para hacer enojar a su amo y teme su cólera, debería saber que no se deben comparar sus pensamientos con el estiércol o inventar detalles tan ofensivos sobre Dulcinea. Doña Rodríguez, la “dueña de honor” de la duquesa, es llamada “veneranda” por Don Quijote y “reverenda” por el narrador. Sin embargo, Cervantes no sólo la presenta sorprendente y cómicamente ignorante, sino que pone en su boca la línea más obscena de toda la novela, le hace discutir su falta de virginidad, y comparar lo que cubre su cuerpo con lo que cubre un muladar.

3.3.11 La Literatura en el Quijote

Cuando hablamos de literatura, entramos de lleno en el terreno inclemente de las definiciones circulares, aquellas en que la pregunta por un concepto, dimana de la propia entidad que se define, pues involucra no solamente el lenguaje escrito, sino los elementos históricos, las costumbres, los contextos temporales, políticos, económicos, etcétera, y nos sucede como en el caso de la definición del concepto de cultura, del cual dimanan todas las definiciones de los entes que forman parte de la condición humana como tal, y no creo que hasta el momento exista un

método que haya logrado una definición que rompa con esta necesaria inclusión lógica.

A pesar de esto, el problema principal no es el de las grandes definiciones, sino el deslinde de un asunto radical y que consiste en que de manera general, los lectores ordinarios y que carecen de una destacada cultura literaria, le atribuyen a la literatura la condición de ficción, lo cual implica que la literatura es mentira, y que aun la literatura realista es una alegoría probable, pero no literalmente cierta. La literatura sería, parafraseando a Machado, una mentira que no engaña, pues aun la más fantástica representa algún sistema simbólico probablemente fundamental para el hombre.⁴⁹

Sabemos que muchos autores, falsean los argumentos de sus obras y los hacen pasar como supuestamente reales, pero ello no significa que los hechos que son sustento de sus novelas, no hubiesen sucedido realmente, y como ejemplo debemos recordar que el famoso Shakespeare narra diversos acontecimientos en su obra Ricardo III, y que no ocurrieron en el lapso que refiere, lo cual en realidad no nos importa, ya que cuando queremos cerciorarnos de lo que pasó realmente, recurrimos a los libros de historia. La verdad es que cuando leemos la obra de Shakespeare, realmente buscamos otra cosa de fondo, no menos importante que la historia, pero si tal vez más estratégica y reveladora sobre la condición humana.

Los grandes literatos, sea cual fuere el género que cultiven, nos permiten en muchas ocasiones ver la historia o su actualidad, desde la perspectiva mágica de su mirada, pues mediante el adecuado manejo del lenguaje pueden entretejer la cruda realidad del hombre, con las idealizadas situaciones de su imaginación, convirtiéndolos en “abundantes fuentes” de creatividad. Pero las cosas no son tan simples. Por una parte la literatura no siempre es una metáfora o una versión indirecta de la realidad, aunque si es una ventana transparente abierta a la valoración y al juicio del mundo, ya que lo mismo se nos presenta con un lenguaje dulce y sonoro, que romántico o cruelmente dramático y hasta tendencioso y manipulador; pero muchas veces la literatura es más verificable que la propia historia, pues nos expone y propone una mayor verdad simbólica, metafórica e indirecta, sobre la realidad de muchas obras literarias que se configuran como certezas, pero cuyo trasfondo tiene una mayor importancia.

Por todo esto, podemos afirmar que así como la realidad ha invadido la literatura, no pocas veces la literatura invade la realidad. No ha sido Alonso Quijano el único que se ha creído lo que lee y sale por ahí llamándose “Don Quijote de la Mancha”, pues ha existido mucha gente que se ha tomado los libros en serio y por leerlos ha terminado haciendo revoluciones y conmociones históricas de gran monta. El contrato social, El capital, El espíritu de las leyes, La Biblia, El Corán, el Talmud, la Suma teológica, La república, La política o El Príncipe, son solamente algunos ejemplos ya que la lista es interminable.

Cómo no creer en los libros si ellos:

1. Comenzaron siendo sagrados: los poetas griegos, inspirados por los dioses, La Biblia, El Corán, El Capital, el Libro de Mormón... etcétera. El

⁴⁹ **TOLEDANO** Soto, Felix.- *“Antonio Machado. Poeta, mito y caminante”*.- 4ª. Edición.- Editorial Santillana.- Madrid, 2000.

libro nos da la ilusión de contenerlo todo. Así, todo libro es en sí mismo una enciclopedia, o un trozo articulado de una “enciclopedia virtual”, que encierra una parte de los amplios conocimientos de su autor.

2. En ellos se atesora lo que corresponde conservar: porque es valioso y porque es importante. A veces sabemos (o creemos), que algo es importante solo porque lo declara un libro.
3. Destruir un libro es un acto vandálico que nos “desciviliza”, nos excluye de la civilización y nos hace agrestes y brutales, salvajes, bárbaros, como el que quemó la Biblioteca de Alejandría.

Don Quijote enloqueció porque leía libros que creía ciertos, la ficción de esos libros de caballería guía a Don Quijote para hacerla realidad. Cuando leemos *El Quijote* lo creemos cierto también. *El Quijote* es un “libro de libros”, hecho de otros libros, una ficción realizada en la ficción, que se vuelve realidad involucrándonos a nosotros, los lectores, en la ficción, o involucrando la ficción en nosotros, articulándola en nosotros como elementos representados por palabras.

Hacemos lo mismo cuando entablamos relaciones a través de Internet. Es decir, lo único que sabemos el uno del otro son palabras escritas y sitios y sucesos, ya fueren estos reales o no. A veces nos hacemos pasar por lo que no somos, asumiendo personalidades diferentes. Se ha dicho que vivimos detrás de máscaras; Internet es la más moderna de ellas. Las palabras despliegan su poder mágico, encantador, capaz de crear pequeños universos en el seno del único gran universo.⁵⁰ Ocurre cuando el niño aprende a hablar y descubre que puede invocar realidades de un modo más efectivo que su llanto de recién nacido. Y algo más radical: que puede inventar realidades cuando miente. Es una magia que de tan cotidiana hemos olvidado percibirla en detalle.

Uno de los asombros de “*El Quijote*”, por ejemplo, es que de todos los libros que lo han intentado, es el que mejor ha logrado irrumpir en la realidad. En el capítulo setenta y dos de la segunda parte, varios personajes reconocen a Don Quijote y a Sancho, quienes además se encuentran con Álvaro Tarfe, un personaje de la versión apócrifa de la segunda parte, escrita por un tal Alonso Fernández de Avellaneda, que se publicó aprovechando el éxito de la primera y la tardanza de Cervantes en escribir la segunda. Esta versión apócrifa, la cual aún los eruditos ignoran quién escribió realmente, es pésima y Cervantes se refocila en burlarse reiteradamente del tal Avellaneda, el cual Cervantes sí sabía quién era, o en todo caso, hace como si lo conociera.

Pues bien, Tarfe reconoce a Don Quijote y este le hace firmar un documento notarial en el cual Tarfe declara que el verdadero Don Quijote y el verdadero Sancho son los que acaba de conocer en el libro de Cervantes. Aquí quiero destacar el notable manejo literario que “el manco de Lepanto” hace en su novela, al señalar que un personaje apócrifo de una segunda parte apócrifa de la novela, ha leído la primera parte, se vuelve personaje de la segunda parte genuina, reconoce en esta que el Quijote y el Sancho que conoció en la parte apócrifa son falsos, y que los verdaderos son estos de la legítima, lo que le confiere un estatus de realidad, la realidad de un loco que “vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo” (capítulo I de la primera parte).

⁵⁰ ROSENBLAT, Angel.- *“El sentido mágico de la palabra. La lengua del Quijote”*.- Editorial Gredos.- Madrid, 1971.

Un personaje apócrifo recusa a un personaje apócrifo y da fe, certificando la realidad de un personaje de la parte genuina, como si esta no fuera menos ficción. Las dos partes legítimas tienen de tales lo que tienen de originales, no porque narren una historia cierta, que de real solo tiene la declaración arbitraria de Cervantes, que forma parte del contrato de lectura según el cual el lector se aviene a creer lo que le cuenten siempre que sea verosímil. Este contrato se rescinde cuando el lector suspende la lectura, sea porque el cuento es fastidioso, increíble, carente de interés, tonto o incomprensible, de modo que cuando se la califica de legítima o genuina, creo que se comete un abuso, porque con tales títulos la versión de Avellaneda debe tener tantos derechos como la de Cervantes.

A este respecto, considero que la verdad es un elemento que le toca decidir al lector, según se sienta comprometido o identificado con uno u otro texto. Valorar cual Alonso Quijano eligió comprometerse realmente con los principios y los valores de la caballería; en fin, todo depende de qué loco prefiera, el de Cervantes o el de Avellaneda.

Es más, por el texto no sabemos quién escribe las dos partes del Quijote de Cervantes, porque Miguel de Cervantes aparece como personaje cuando el cura y el barbero comentan una obra de don Miguel, que Don Quijote ha leído, y además porque Cervantes dice que sacó la “verdadera historia” de Don Quijote de un libro que accidentalmente halló escrito en árabe por un tal Cide Hamete Benengeli, que de paso, según algún exegeta de estas cosas, significa en árabe “ciervo antes”, es decir “Cervantes”. De esta forma podemos apreciar que el texto cervantino convoca este tipo de interpretaciones, perfectamente congruentes con su voluntad de mentir con verdades o de decir verdad con mentiras.

Al interrumpir la relación de “la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron”, el narrador dice:

Pero está el daño de todo esto que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito destas hazañas de don Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, la cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte (capítulo VIII de la primera parte).⁵¹

Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como yo soy aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía, y vile con caracteres que conocí ser arábigos. Y puesto que aunque los conocía no los sabía leer, estuve mirando si parecía por allí algún morisco aljamiado que los leyese, y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua, le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que, diciéndole mi deseo y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él, se comenzó a reír.

⁵¹ Don Quijote de la Mancha.- Obra citada.

Preguntéle yo de qué se reía, y respondiome de una cosa que tenía aquel libro escrita en el margen por anotación. Díjele que me la dijese, y él, sin dejar la risa, dijo:

—Está, como he dicho, aquí en el margen escrito: “Esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra mujer en toda la Mancha”.

Cuando yo oí decir “Dulcinea del Toboso”, quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de don Quijote. Con esta imaginación, le di prisa que leyese el principio, y, haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía: Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo. Mucha discreción fue menester para disimular el contenido que recibí cuando llegó a mis oídos el título del libro; y, salteándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real; que si él tuviera discreción y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la Iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de don Quijote, en lengua castellana, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad; pero yo, por facilitar más el negocio y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje a mi casa, donde en poco más de mes y medio la tradujo toda, del mismo modo que aquí se refiere.

[...]

Si a esta (historia de Cide Hamete Benengeli) se le puede poner alguna objeción cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos; aunque, por ser nuestros enemigos, antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado. Y así me parece a mí, pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio: cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rancor ni la afición, no les hagan torcer el camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En este sé que se hallará todo lo que se acertare a desear en la más apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fue por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto. En fin, su segunda parte, siguiendo la traducción, comenzaba desta manera: (capítulo IX de la primera parte).⁵²

Quien narra el libro constantemente hace alusiones al “otro autor” y finalmente el lector se extravía porque no sabe quién alude a quién ni quién está escribiendo. En las últimas palabras el narrador dice que el que comienza la historia, y no quiere acordarse de cierto lugar de La Mancha, no es el que termina la novela. Además, en esta aparecen novelas incrustadas, como la del Curioso impertinente. Y a medida que uno lo examina encuentra que aquello es cada vez más intrincado y deliberadamente confuso.

⁵² *Idem.*

Cervantes cuenta de Benengeli, que a su vez cuenta de Cervantes. Cervantes es el último que narra, luego Benengeli es el primero, que a su vez interrumpe su narración en el capítulo VIII de la primera parte, para decir en el IX, de la misma parte, que es Benengeli el que la continúa... Avellaneda aparece enmarcado entre ambos, “como una moneda que ha falsificado otra moneda falsa y ha ocultado su identidad, que nadie ha identificado, para convertirse en un ser de papel, más que el propio Cervantes, que se niega y se cita y se transfigura porque, además, se habla de Cervantes en tercera persona, como si no fuera Cervantes quien escribe, en el donoso y grande escrutinio de la biblioteca de Don Quijote”.

Todos los que leemos El Quijote automáticamente devenimos personajes virtuales de la novela, con título mucho más firme que Álvaro Tarfe, pues él es ficción de ficción y no una ficción tomada de la realidad. Y porque, de paso, el sentimiento de los personajes de Cervantes, bien puede ser el mismo que el de los lectores. Al final, cuando Don Quijote se cura de su demencia, todos, personajes y lectores, podemos coincidir en deplorar esa curación porque echamos de menos la dulzura de un personaje que quiere ser bueno de verdad, poniendo en práctica las bondades que lee en los libros de caballerías, y queremos que Don Quijote se vaya de nuevo a acometer sus hazañas.

Por cierto, el modo que tienen de volverlo a su casa es otra ficción dentro de la ficción: el Bachiller Sansón Carrasco, amigo de Don Quijote, se disfraza de caballero andante, “El Caballero de la Blanca Luna”, lo derrota en singular combate en Barcelona y le impone volver derrotado a su “no recordado lugar de La Mancha”, cosa que Don Quijote, hombre de honor, cumple, para gran tristeza de todos los personajes, incluyéndolo a quienes lo leemos. De esta forma, la curación de Don Quijote es producto de una derrota y ocurre después de un largo sueño, una cura de sueño...

Eliseo Verón⁵³ analizó una telenovela venezolana en la que dos actores se casan, pero también eran los protagonistas, que a su vez se casan en la telenovela. La televisora decidió entonces que ambos matrimonios se realizaran conjuntamente, en el contexto de la novela, y entonces las preguntas que surgen son: ¿quién se casó? ¿Los actores en la vida real o los personajes que esos actores representaban en la ficción? ¿Los personajes en la realidad? ¿Los actores en la ficción? ¿Todo eso junto? ¿Tiene sentido una distinción entre ficción y realidad en este caso y en todos los casos en los que el convenio del autor-editor-espectador o lector, es el engaño, es decir, la confusión entre ficción y realidad?

Considero que el deslinde entre lo que es ficción y lo que es realidad en la literatura, es algo en lo que jugamos minuto a minuto todos los que gustamos de la lectura, como la vida, y no solo la biológica, sino la que queremos vivir ónticamente. El pretender delimitar los campos o los géneros específicos dentro de los cuales se debe mover un literato, es negarle el derecho a hacer literatura, y por lo tanto, coartarle su libertad para escribir sobre hechos reales, imaginarios o ambos a la vez, según le dicten su sensibilidad y creatividad. Con esto me refiero a los escritores que como Cervantes, buscan en su genio literario la mejor forma de hacer una ficción legítima, para ilustrar o exponer un concepto o un hecho real, con la posible intención de no llegar a ser el blanco de las represalias de todos aquellos que pudieran verse reflejados en los personajes de una

⁵³ VERON, Eliseo.- *“Telenovela. Ficción popular y mutaciones culturales”*.- Editorial Gedisa.- México, 1997.

determinada obra; o para poder exponer verdades ya sea de su vida personal o de su cotidianidad, presentando públicamente a seres reales como si fueran fantásticos.

3.4 CONCLUSIONES

1.- La instrucción literaria que *Don Quijote* contiene, aunque sea importantísima para el especialista que quiera entender a Cervantes y sus obras, lamentablemente tiene poca validez en la actualidad para el lector común. Los vagos comentarios literarios de café tienen interés, sólo mientras lo tenga la literatura que se lee de momento. La mayoría de los libros e incluso de los géneros mencionados en *Don Quijote* sólo interesan hoy al historiador literario, y algunos sólo al cervantista.

2.- En general, los problemas derivados de un profundo análisis literario, y sobre todo de aquellas obras como *Don Quijote de la Mancha*, han quedado actualmente bajo la responsabilidad tanto de los consumidores como de los creadores, dedicados bien sea a la Historia de la Literatura, o a la Lingüística y la Filología.

3.- *Don Quijote de la Mancha* ha sido aceptada en muchos momentos, como una novela inclusiva, pues se han llegado a identificar en ella elementos propios de diversos géneros literarios, como la narración histórica, el cuento, la novela pastoril, la novela picaresca, la literatura bucólica, la parodia, la comedia, la sátira, la épica, etcétera; siendo la clasificación más aceptada la que lo define como una novela de caballerías burlesca.

4.- Es posible que Cervantes hubiese querido escribir un libro que quedara abundantemente salpicado de humor, mismo que en gran parte ya es imperceptible en nuestros días, y no precisamente porque ya no necesitamos humor. Nuestros tiempos son, seguramente, no menos “calamitosos” que los suyos, y el humor es una forma efectiva de aliviar la tensión resultante. Sin embargo, no necesitamos acudir a un libro del siglo XVII para encontrar humor, puesto que éste nos rodea, y aunque la mayoría de los lectores encuentran en *Don Quijote* algunos pasajes que les hacen reír, una parte importante del humor sólo pueden descubrirlo los expertos, y es posible que otra parte haya desaparecido para siempre.

5.- Un motivo por el cual el libro ha interesado a sucesivas generaciones de lectores, y que no ha sido suficientemente valorado, es sin duda el dominio que Cervantes tenía del lenguaje. Debido a ello, *Don Quijote* es uno de los libros más citados, y ha tenido una gran influencia en el español culto. Su vocabulario amplio y pintoresco, su uso de estructuras sintácticas variadas e igualmente pintorescas, los distintos y opuestos niveles de lenguaje que se encuentran en el libro, y hasta el humor verbal, contribuyen en gran manera a que esta obra sea una continua delicia y a involucrarnos en las vidas y los problemas de los personajes.

Aunque las ideas lingüísticas y la influencia de Cervantes todavía tienen que estudiarse en profundidad, en sus obras hay muchas muestras de su interés por la lengua y de un concienzudo empleo de las palabras. Sin embargo, tener interés por la lengua y conocerla no es lo mismo que usarla con maestría. No hay otras explicaciones de su habilidad más que las generales de inteligencia, esmero y

práctica. Éste es uno de sus dones. Seguramente a Cervantes le hubiera encantado que encontráramos su estilo ejemplar y atractivo. Sin embargo, en la actualidad predominan las consideraciones en cuanto a que el estilo toma un papel secundario con respecto al contenido de Don Quijote.

6.- *Cervantes creía firmemente que la literatura tenía que ser didáctica, que no solamente tenía que entretener y producir un placer estético, sino que también tenía que educar. “Era el provecho lo que el deleite debía de facilitar”. Uno de los mayores defectos que Cervantes veía en los libros de caballerías anteriores, era que no ayudaban al lector a ser mejor y no le aportaban ninguna cultura literaria. Naturalmente, Don Quijote iba a ofrecer lo que faltaba en esos libros.*

7.- *Una lección que Cervantes quería que el lector aprendiera de Don Quijote era que no leyera más libros de caballerías, o por lo menos que los leyera adecuadamente, dándose cuenta de que son sólo un entretenimiento, no historias verdaderas o guías de conducta. Además de incluir largas discusiones sobre los defectos del género y comentar las deficiencias de muchos libros y las excelencias de muy pocos.*

8.- *La estructura que siguió Cervantes respecto de la autoría y la narración del Quijote, siguen siendo tema de profundos estudios, pero no debemos dudar que en gran parte se pudo deber a su intención de no llamar la atención como responsable directo del contenido de esta obra, y por tal razón involucró a un autor ficticio (Cide Hamete Benengeli), y a un “moro aljamiado” como traductor.*

CAPITULO 4

LA VIDA EN LA ESPAÑA DE CERVANTES

Una razón del éxito de Don Quijote que no habría sido una virtud significativa en tiempos de Cervantes, es que lo que describe es precisamente esa época y su país. Aunque la teoría de la novela estaba entonces en un estado demasiado embrionario para incluir este principio, un autor que describe el mundo que mejor conoce tiene cierto carácter que falta en la novela basada en la fantasía o en la investigación. Los detalles, la nota inesperada que nos convence de que el autor estaba realmente “allí”, aparecen con naturalidad o no aparecen.

El gusto moderno prefiere el mundo real; de aquí el gradual aumento de las obras que no son de ficción, en detrimento de la literatura y el declive de la poesía. Se aplican los mismos valores en la selección de los clásicos: actualmente se prefiere leer a Petronio¹ que a Heliodoro²; el Lazarillo³, que a La Diana⁴. Por el contrario, los lectores del siglo XVII se interesaban menos que los lectores posteriores, y mucho menos que los lectores modernos, por el mundo real; cualquier examen de las publicaciones del “Siglo de Oro” revela que se prefería la fantasía a la realidad, la poesía a la novela, Dios a la ciencia.

¹ *Escritor latino. Supuesto autor del Satiricón, se le suele identificar con un aristócrata citado por Tácito que vivió en Roma en el siglo I de la era cristiana y que fue gobernador y procónsul en Bitinia. Famoso por su elegancia, se ganó el sobrenombre de Árbitro porque ejerció de «árbitro de la elegancia» en la corte de Nerón, que lo había nombrado su consejero en «cuestiones de buen gusto». Se suicidó tras ser condenado a muerte por haber conspirado contra el emperador. Conservado sólo fragmentariamente, el Satiricón de Petronio es una obra en prosa con algunos pasajes en verso que narra las aventuras de unos jóvenes libertinos. Estructurada en episodios y repleta de novedosos recursos estilísticos, constituye una sarcástica descripción de la sociedad romana de la época.*

² *No se sabe nada con seguridad sobre su vida, que se data de forma variable entre los siglos III y IV d. de C, pero se lo ha identificado con un obispo cristiano de Tesalónica llamado así, según la noticia que aparece por primera vez en Historia de la Iglesia de Sócrates (siglo V), llegando a ser obispo de Trica y quien había introducido el celibato en Tesalia. Dos particularidades asignan a la novela de Heliodoro un puesto especial. En primer lugar, el inusitado virtuosismo en la técnica narrativa; por otra parte, constituye un relevante testimonio de que nuevas fuerzas religiosas penetran esta época. En esta novela de Heliodoro, como en las demás, se percibe con especial claridad que la lengua es producto artificioso. Todos los recursos del arte retórico y apoyaturas poéticas no pueden desmentir el carácter pobretón de este estilo. Se construyen pero no se redondean grandes períodos. La manía, sobre todo, de recargar las oraciones amontonando participios conduce a la formación de cláusulas monstruosas.*

³ *Más conocida como Lazarillo de Tormes; es una novela española anónima, escrita en primera persona y en estilo epistolar (como una sola y larga carta), cuya edición conocida más antigua data de 1554. En ella se cuenta de forma autobiográfica la vida de un niño, Lázaro de Tormes, en el siglo XVI, desde su nacimiento y mísera infancia hasta su matrimonio, ya en la edad adulta. Es considerada precursora de la novela picaresca por elementos como el realismo, la narración en primera persona, la estructura itinerante entre varios amos y la ideología moralizante y pesimista. Lazarillo de Tormes es un esbozo irónico y despiadado de la sociedad del momento, de la que se muestran sus vicios y actitudes hipócritas, sobre todo las de los clérigos y religiosos.*

⁴ *La Diana de Jorge de Montemayor, apareció publicada por primera vez en Valencia, probablemente entre 1558 y 1559. Encontró su público más abnegado en las damas y los caballeros cortesanos que hallaron en sus páginas un delicado entretenimiento y un modo de aprender a conversar. Como ocurriera con el Amadís, la Diana se leyó como un manual de urbanidad (Chevalier, 1974), circunstancia bien ilustrada por la anécdota —procedente de la edición lisboeta de la Diana de 1624— que hace irrumpir a Montemayor en medio de una merienda de damas amigas de la duquesa de Sessa, que arden en deseos de conocer al autor de libro tan admirado. De estas lectoras arrojadas y de las doncellas que pueblan los libros de su afición se burló también Mateo Alemán en el Guzmán de Alfarache: «...que so a estas hermosas les atasen los libros tales a la redonda y les pegasen fuego, que no sería posible arder, porque su virtud lo mataría». La misma virtud incombustible de la Cariclea de Heliodoro, la misma burla que llevó a Cervantes a compadecerse risueñamente de aquellas doncellas de la caballería, “que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad a cuevas de monte en monte y de valle en valle” (Quijote, I, 9). Lo cual nos da alguna medida de la simbiosis de lo peregrino y lo pastoril, de la mezcla de elementos propios de formas narrativas con nombres distintos pero coincidentes en la voluntad idealista de la ficción en prosa del siglo XVI.*

Cuando los lectores desean una representación exacta del mundo, se prefieren obras en las que el autor describe su propio mundo. Éste es un factor significativo en las variaciones de la estimación de las obras literarias y en la “canonización” de algunas de ellas como clásicas; cuando la época de un autor se hace más lejana, el valor literario de una descripción exacta de estos tiempos -su poder de entretenernos e informarnos, de alejarnos de nuestras propias circunstancias- aumenta. Después de todo, la única época y lugar que un autor del pasado puede conocer mejor que nosotros son su propia época y lugar. Con el progreso de la ciencia nosotros podemos conocer mejor los países y las épocas alejadas del autor, con claras consecuencias estéticas.

Para citar un ejemplo referente a Cervantes, hoy conocemos mucho mejor la historia medieval española, y una novela que tratara de este período, por verosímil que fuera en su época, hoy sería mucho menos convincente, pero nunca podremos mejorar la descripción que hizo Cervantes de su propio mundo. Además, quiso centrar su atención y describir precisamente aquella parte de su mundo que hoy es menos accesible: la gente común y su medio, las carreteras de Castilla la Nueva, las ventas. Puede que haya sido, como se ha especulado a menudo, porque sentía admiración y simpatía por ellos y creía que eran un tema adecuado para la literatura, y que los lectores podrían aprender mucho de ellos.

Aunque no desconocida, fue una actitud innovadora y poco corriente en su día, cuando la literatura, incluida una gran parte que está totalmente olvidada, se centraba mayoritariamente en la nobleza. Ya que ahora se acepta que la virtud no se hereda y que los accidentes del nacimiento no convierten necesariamente a las personas en temas apropiados para la literatura, el retrato convencional de una clase alta feliz y virtuosa ya no atrae. Pero raramente podemos conocer bien a la gente corriente de siglos anteriores, y su retrato literario es a la vez interesante y valioso, pues sus vidas llenas de problemas están más próximas a las nuestras.

El mundo descrito en la novela de Cervantes es también muy detallado, una ventaja más en la “ficción realista”. Don Quijote es un libro muy largo y denso. No importa cuántas veces se lea, es imposible conocerlo por completo; todo lector serio cree que nunca se termina su estudio. Don Quijote “cubre un amplio territorio”, trata de una forma u otra “el universo humano todo”, y tiene un gran número de personajes distintos. Sin embargo, esta variedad se mueve alternadamente dentro de un marco tranquilizador y cómodo.

Este marco lo conforman naturalmente, Don Quijote y Sancho, sus viajes y sus aventuras. Una razón adicional del éxito de Don Quijote es que a pesar de su realismo y su atención al mundo de Cervantes, es una obra con un contenido esencialmente humano. Don Quijote nos presenta a la gente de la España de Cervantes, destacando abundantes detalles de su vida diaria. Además, en la novela destaca su formato, el cual consiste en gran parte, en la conversación, “una sabrosa conversación”, y los lectores modernos coinciden en que las secciones en que no hay conversación son las menos satisfactorias, las aventuras más monótonas y el humor más superficial. En el libro vemos a dos personas (los protagonistas), interactuando e influyéndose mutuamente, y su relación es la más compleja que haya existido, pues cambia, desde el estatus que cada uno tiene, y los lleva de ser superior y subordinado, o de ser líder y seguidor, hasta convertirlos en dos compañeros que son inseparables, puesto que no sólo aprenden uno del otro, sino que se necesitan y complementan, por lo que no es

ninguna distorsión hablar del amor entre ellos, su cercano amor filial que viven a lo largo de la novela. El libro sin los dos es inconcebible.

La singularidad y la importancia de la relación amorosa pero no sexual entre los dos protagonistas, reflejada también en el “buen amor” de sus monturas (la estrecha “amistad” que se va creando entre el rucio y Rocinante), no ha sido suficientemente estudiada y reconocida. Antes de Cervantes, no hubo ningún otro autor que manejase con tal influencia, todos estos elementos como parte integrante de la novela.

Don Quijote es pues, un libro que se centra en las personas y lo hace con cariño. Sus personajes no sólo tienen las mismas emociones que todos compartimos, sino que además parecen reales. Es muy probable que Cervantes se hubiera propuesto crear una ilusión de realidad, incorporando en su libro comentarios sobre otros libros, e intercalando en su narración otras narraciones, algunas llamadas por él como ficticias y otras verdaderas; sin embargo, la verosimilitud de sus personajes no deriva de estas técnicas, sino que puede atribuirse parcialmente a sus detalladas descripciones y a la gran cantidad de información que se nos da en un libro muy largo.

Más importante es hasta qué punto Don Quijote y Sancho se parecen a nosotros. Igual que nosotros, tienen ambiciones y problemas. También son imperfectos; Cervantes los dotó de defectos, debido a su intención burlesca y a su deseo de verosimilitud. Don Quijote y Sancho tienen dos lados; sus innegables virtudes son contrarrestadas por graves defectos. Además, cometen errores, se sienten incomprendidos, y pierden su ecuanimidad, enfadándose y discutiendo. Ninguno de los dos se entiende a sí mismo o al otro completamente.

La ilusión de realidad que el libro y sus personajes proporcionan, también es resultado de las sorpresas que el libro constantemente nos presenta. La acción no puede predecirse, y los presagios son escasos. El que Sancho decida manejar el caballo de Don Quijote o inventar el encantamiento de Dulcinea, que no concluya la historia que cuenta en el capítulo 20 de la Primera Parte, que su amo decida visitar la cueva de Montesinos o ir a Barcelona en lugar de ir a Zaragoza, todo eso y mucho más, es inesperado. Con sus constantes sorpresas el libro también es como la vida misma.

Otra nota realista e innovadora del libro, aunque desagradable pero sin duda interesante, es su retrato de la condición humana. En contraste con los libros de caballerías, cuyos héroes eran jóvenes, los protagonistas de Don Quijote no lo son. Aunque la muerte se presente abiertamente ya al final, precedida por la derrota física ante un hombre más joven, subyace en gran parte del libro. Las discusiones sobre la fama, especialmente la póstuma, sacan a relucir la hostilidad de Cervantes, ligeramente encubierta, hacia algunos aspectos del catolicismo contemporáneo, y todo sugiere que la convencional promesa de una vida después de la muerte no le proporcionaba mucho consuelo. En las obras de Cervantes, el pensar es frecuentemente asociado con la desdicha; los sueños, como dice Don Quijote después de salir de la cueva de Montesinos, pueden ser mucho más agradables que la realidad, y la locura también.

Quizás éste sea uno de los motivos por los que las reacciones de los lectores han sido tan diversas. Los lectores mayores, que tienen más influencia y que determinan la fama definitiva de un autor, han reaccionado a un aspecto que

para los más jóvenes es algo más distante. Como el mismo Cervantes ha dicho acerca de su obra, “los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran”. No obstante, no es ésta la única explicación de la diversidad de interpretaciones.

En algunos aspectos importantes, el mundo ficticio de Don Quijote se parece al mundo real, y aunque sea el mundo de una España desaparecida, es aún de interés para muchos lectores, y tiene mucho en común con el mundo que habitamos todos nosotros. Es inevitable que tal obra sea objeto de interpretaciones contradictorias, y por lo tanto, es justificable que no se esté de acuerdo sobre Don Quijote, como no se puede estar de acuerdo sobre la vida.

El Don Quijote que sufre alucinaciones debe permanecer en casa, y si no vuelve por voluntad propia, se le debe llevar a la fuerza, tal como se hace en el capítulo 46 de la Primera Parte. Pero el hecho de que el relativamente cuerdo Don Quijote de la Segunda Parte haga bien en continuar su misión, depende de valores acerca de los cuales ni hay ni puede haber consenso, por mucho que se desee alcanzarlo.

Don Quijote, a semejanza del mundo, es un gran rompecabezas literario, que resulta atractivo para los lectores modernos, a los que les gusta “descifrar” un libro. Aunque sin embargo, bien podemos decir que es un rompecabezas que no tiene solución.

Podría creerse que los primeros lectores, cuyas interpretaciones eran principalmente, aunque no exclusivamente, “duras”, habrían sido los mejores intérpretes. Su visión del mundo estaba más próxima a la del autor que la de los lectores posteriores. Estos primeros lectores no tenían que enfrentarse a la historia de las interpretaciones del Quijote, notable pero confusa; los lectores españoles también tenían en común con Cervantes la lengua y la cultura. Sin embargo, los primeros lectores centraron su atención esencialmente en la Primera Parte.

Los lectores posteriores, aunque parten con la desventaja de su distanciamiento de los tiempos y de la cultura de Cervantes, la han compensado de sobra con un mayor esfuerzo. A diferencia de los primeros lectores, no solamente lo han leído sino que lo han releído, tomando notas, investigando las alusiones y el lenguaje; muchos de ellos, incluidos naturalmente los traductores, han leído el libro en castellano. Se han beneficiado de los progresos en el análisis literario y en la historia literaria, y son lectores más atentos y competentes. Incluso valores éticos más elevados han afectado la interpretación del libro: si debe escogerse entre reírse de alguien o compadecerse de él, debería preferirse la segunda postura.

Los lectores posteriores, en contraste con los primeros, han profundizado en todo el libro, y se supone que el final de un libro representa el propósito final del autor y su efecto, la impresión que debería dejar en el lector. Finalmente, Don Quijote casi nos grita que las cosas pueden no ser lo que parecen, que deberíamos mirar bajo la superficie, y que no siempre se dice la verdad. Incluso si Cervantes no lo quería -y creo que no lo quería- no debe culparse a nadie por usar esta información en la interpretación del libro.

¿Pero que es lo que sucedía en la vida diaria de esos primeros lectores del Quijote?

¿Cuáles son los elementos sociales que eran comunes tanto a ellos como a Cervantes?

Aquí valdría la pena preguntarnos: ¿de qué está formado el contexto en el que se vive? Y es evidente que al menos de elementos básicos como: una lengua, una nacionalidad, una cultura, una época, la idiosincrasia, la familia, las ideologías, los padres, la economía... etc. Dicho contexto nos recibe y acompaña desde el nacimiento hasta el momento de nuestra muerte y aún más.

Al nacer, se nos asignan nombres y apellidos, y a partir de ese momento se han iniciado los procesos de subjetivación: quien se es (identidad), que hacer (leyes) y en última instancia, que desear en la vida (sentido). Dichos enunciados están planteados de forma positiva: quién se es, qué hacer y qué desear; pero como todo polo, estos enunciados requieren de su opuesto para existir, lo cual en este caso sería: quién no se es, qué no hacer y qué no desear.

Desde hace mucho tiempo, la forma de enseñarlos ha sido mediante el uso de uno de los primeros organizadores: “el No”. ¡No hagas esto!, ¡No toques eso!, ¡No digas eso otro!, ¡No!, ¡No!, ¡No! y más ¡No! De esta forma van a la par lo que no debe de hacerse junto a lo que sí se debe hacer. Bien vale decir en este punto, que es aquí en donde más funciona socialmente el principio jurídico del “contrariu sensu” que señala: “si algo no está prohibido, luego entonces está permitido”.

Desde la tradición judeo-cristiana, en el libro del Génesis se enuncia el mandato divino de todo lo que se puede hacer: comer de los frutos, pasear por el jardín, etc. junto a lo que no debe de hacerse: no comas del fruto del árbol del bien y del mal, o llamado también del conocimiento; pues estas simples diferencias si sabría cualquier humano identificarlas.

Ha sido en ese sentido que en el caso de occidente, las ideologías que han dado forma a las apreciaciones de lo que es “la realidad circundante”, han estado basadas en tradiciones religiosas cristianas: católicas y protestantes; Conservadores y Demócratas (o liberales); de Derecha y de Izquierda, etc. Antiguamente, los grupos nativos conquistados y colonizados, recibieron abruptamente y con violencia una lengua y una fe, -no por carecer de propias- así como organizaciones sociales, según las costumbres e ideas de progreso y desarrollo de los conquistadores, y este fenómeno es el que se suscitó durante muchos años en la península ibérica, con el dominio de las tribus bárbaras, el dominio de los emperadores romanos, los godos, los moros, etc., hasta que a mediados del siglo XVI, España (la que conoció Cervantes al nacer), se encontraba convertida en un gran mosaico polifacético que luchaba por la posesión definitiva de una identidad social, cultural y política ante Europa y el mundo, tratando de imponer su fuerza militar en las nuevas tierras conquistadas apenas unos años antes.

Esa sociedad española, independientemente de que era movida y controlada por una élite gobernante, trataba a toda costa de vivir el día a día de la mejor forma posible, y en ese intento, hombres y mujeres se topaban continuamente con imposiciones absurdas, arbitrariedades y obstáculos insalvables, que evidentemente los llevaban al sentimiento de fracaso, a la angustia y a la frustración, tal y como sucedió al propio Miguel de Cervantes (ver el capítulo 2 del presente trabajo), y no podemos negar que todo ello era el detonante no solo

de la inconformidad social, sino de que se engendrara en muchos ciudadanos, un malsano sentimiento de dolor.

Este dolor –seguramente inexplicable y sobre todo in entendible en nuestra actualidad- quedaba fuertemente anidado en la sociedad; un dolor social ante la incomprensión, ante el rechazo, ante las inexplicables conductas de otros miembros de la sociedad, y ante los sordos oídos de muchas autoridades.

Siempre he tenido la idea de que en gran parte, fue el dolor generado por la sociedad en la que le toco vivir, lo que hizo que Cervantes escribiera tan magistralmente la novela del Quijote, sin importar le la apariencia de sus protagonistas, y sin importar que la mayoría de sus hazañas, dieran lugar más a la burla o a la lástima, que a la sincera admiración y respeto de los demás personajes.

Es pues este dolor social que creo que sufría Cervantes, el que podemos adivinar en las páginas de su obra, leyendo entre líneas, entre párrafos y escondido entre muchos de los capítulos. Un dolor que por sí mismo, como un motor intangible de su creatividad, no podemos identificar, ya que no existen palabras para expresarlo pues resulta indefinible, y que como todo sentimiento, viene a resultar en su esencia mucho más grande y significativo que cualquier definición que se le pudiera dar con un limitado y convencional grupo de letras o palabras.

De la misma manera, Cervantes maneja magistralmente otros muchos sentimientos dentro del Quijote, y como estos son el complemento y/o el resultado de las vivencias diarias en la España de los siglos XVI y XVII, nos pueden resultar a los lectores posteriores más difíciles de identificar, pero no imposible; y aunque esto les dio una ventaja a los primeros lectores, no por ello resultaron los mejores jueces, pues el fantasma de la ignorancia, los convencionalismos literarios, y la sombra de la tan arraigada cultura medieval, los hacían reacios al entendimiento de esta obra.

Así pues, aunque como ya lo he mencionado con antelación Cervantes pretendía con su obra del “Ingenioso Hidalgo” llevar diversos elementos de cultura a sus lectores, proporcionándoles a la vez momentos de buen humor, también se convirtió (no solamente con este texto, sino con su obra en general), en un gran historiógrafo al exponer abundantes datos de la vida diaria predominante en la España de su existencia, dejándonos ver su punto de vista personal, sus críticas y sus tendencias hacia una sociedad que en mucho limitó sus libertades personales y ante la que considero que desarrolló ese sentimiento de dolor a que me he referido previamente.

Este elemento del dolor, fecundado y crecido dentro de una sociedad que no le comprendía como él lo hubiera deseado, -a pesar de su continua lucha dentro de ella-, bien pudo servir como acicate para que Cervantes desarrollara su creatividad literaria.

Ahora bien, estimo pertinente en este punto, explicar a que me refiero con esta idea del dolor de Cervantes, para posteriormente exponer los elementos más destacables dentro de la sociedad que le tocó vivir al “Manco de Lepanto”.

No hay nada más cierto, como que el ser humano es un ser sociable por naturaleza, y es dentro de los grupos sociales –sean éstos grandes o pequeños-,

en donde todo hombre (y me refiero a ambos géneros evidentemente), encuentra su real desarrollo personal, familiar y grupal, pudiendo conseguir el tan anhelado éxito. Pero esto muchas veces viene a resultar un poco menos que imposible, ya que a pesar de la tan trillada frase de “querer es poder”, pueden ser muy diversas circunstancias las que le impiden a muchos hombres y mujeres conseguir lo que en los mejores sueños se ha deseado para sí mismo, y es en el intento en donde van siendo víctimas de los imposibles, los cuales irremediablemente llevan a cualquiera a padecer el gran dolor de la frustración.

También es cierto que la época de Cervantes fue muy distinta a la nuestra, pero sin embargo –y guardadas sean las proporciones-, las sociedades llevan una dinámica que envuelve a los ciudadanos, que los absorbe en el trajín de diario vivir, y que los obliga a cumplir con las normas y obligaciones previamente establecidas, las cuales han quedado a la discreción de quienes en las distintas esferas sociales detentan el poder político, económico, cultural, etc., por lo que romper con ellas representa una labor titánica y sobre todo si a esto se agrega el imperio de la fuerza, que limita, coarta e imposibilita que cualquier persona ajena a estas esferas de poder pueda destacar.

A todo esto, es necesario agregar otro elemento, el cual puede parecer menor pero que sin embargo no admite recurso legal o lógico en contrario, permitiéndole plantarse en toda sociedad para beneplácito de los gobernantes y de los poderosos, y este es la “ignorancia”. Amiga y enemiga de toda sociedad. La misma ignorancia a la que se refiere Cervantes en la segunda parte del Quijote, y a la cual le permite ocupar un destacado lugar junto a la locura, para (según dice), poder ser feliz.

En la época de Cervantes como ahora, los seres humanos convivimos e interactuamos dentro de una sociedad, pero la mayoría de los hombres, dentro del grupo social, de tanto que miramos, no vemos; de tanto que nos hablan no oímos; de tanto que poseemos estamos insensibilizados para buscar (e insisto en que guardadas sean las proporciones entre ambas épocas). Pero nos queda el dolor como el sentido que en algún momento nos despierta de nuestro inconsciente sueño. Siempre se teme al dolor, es cierto; pero es el temido dolor el que muchas veces nos puede acercar a nuestra verdadera humanidad. Aunque nosotros lo neguemos, él está ahí. Es más, aunque incluso en determinados círculos sociales (por más altos que estos sean), o que nos resulten más cercanos e íntimos, nos parezca “incorrecto demostrar la debilidad de padecer el dolor”, él tercamente, siempre estará presente.

Del dolor no se quiere hablar porque provoca, porque nos enfrenta, porque nos intranquiliza. Pero si pudiéramos medir el nivel de dolor que durante muchos siglos el ser humano ha producido a otros y se produce a sí mismo, es probable que el experimento hiciera saltar por los aires el supuesto laboratorio, ante el grito concentrado que se encierra en las entrañas del alma de este planeta.

El dolor es, pues, una realidad cuya aceptación los seres humanos tratamos continuamente de postergar, pero que a la altura de una conciencia social saturada, engañada, burlada, o en el mejor de los casos muy osada, su existencia impide que nos durmamos en la inconsciencia que nos anula, que nos insensibiliza: el dolor viene a ser la metáfora extrema de nuestra capacidad de sentir.

Se habla del dolor causado por la frustración, la soledad, la renuncia, la humillación, el desprecio, la incomprensión. También se habla del dolor de los que no tienen nada, de los que emigran, de los que abandonan a los hijos, de los que torturan y de los que son torturados; de los delincuentes, de los que no tienen trabajo, de los que no poseen asistencia médica para sí mismos o para sus seres queridos; de los que se ven arrastrados por guerras que ni comprenden ni les van, de los desplazados, de los sometidos por epidemias mientras los que tienen las soluciones contra ellas no están interesados en erradicar.

Y ese dolor que es “estéticamente feo” no lo asumimos como realidad humana cuando se manifiesta como pobreza, dependencia, enfermedad, injusticia, violencia, ignorancia, desamparo... atreviéndonos a negar o a omitir la verdad que en él se esconde: el dolor está ahí porque lo producimos en nuestra fábrica de mentiras y de imágenes aparentes que alimenta la máscara social, aunque se diga que son efectos no deseados, incontrolados.

Tanto en la época de Cervantes como en la nuestra, esos efectos no deseados también se reciclan y se vive de ellos, ya que sirven como normas no escritas dentro del sordo y mudo entendimiento entre las clases dominantes de la sociedad y los ciudadanos. Para eso es para lo que se utiliza el dolor -el ajeno claro-; se utiliza el sufrimiento físico y psíquico como espectáculo, nutriendo con el morbo el vacío que dejan las frustraciones en los proyectos, las dificultades para conseguir los sueños, las injusticias justificadas con discursos cargados de confusión y mentiras.

Ante todo esto, los seres humanos de diversas épocas se han atrevido a dudar y a criticar los aspectos de la civilización que les tocó vivir, civilización que ha buscado llegar a altas cotas de riqueza a costa de anular el espíritu de los hombres, nutriéndolo con los productos de su propia insensatez, mientras que los pequeños grupos de políticos, de aristócratas, de ricos, de religiosos y hasta de militares, han pasado cínicamente sin asumir los efectos o las responsabilidades de sus actos.

Tal parece que los dominantes han querido consolidar la sociedad a base de construir un espectáculo con todo lo que (según ellos), pudiera hablar de trascendencia humana, frivolizando y despersonalizando cualquier experiencia real y opacando las grandes inteligencias de todas las épocas, aunque para ello se degrade a los protagonistas.

Hoy podemos entender que las imágenes históricas de hombres frustrados, científicos incomprendidos, libertadores callados por la vileza del homicidio, artistas ignorados, etc., al final dejan de conmover porque de tanto proyectarse ya no se ven ni se oyen, y terminan por ser ignoradas. Los sentidos han perdido sensibilidad y reflejo porque ya no es novedad el dolor del mundo y porque nunca se terminan de explicar las causas últimas de esa realidad-espectáculo.

También porque la información que esconde la historia contada, deja de ser importante porque el protagonismo termina teniéndolo quien a su antojo y conveniencia “modifica los hechos históricos arbitrariamente, deformando la realidad, quitando y poniendo protagonistas a voluntad y alterando el contexto en el que se dieron”.

Considero que Cervantes entendió que el dolor no se puede convertir en un espectáculo porque éste nos insensibiliza por su propia naturaleza como entretenimiento. No se puede hablar del dolor que experimentan los desposeídos, los desplazados, los heridos, los hambrientos, etc., sin despertar en los lectores un sentimiento de tristeza frustrante que solamente los llevaría a apoltronarse más firmemente en la comodidad del conformismo, pues el dolor social tiene muy variados orígenes que se pierden en el marasmo de múltiples acontecimientos.

De esta forma, no podemos negar el hecho de que Don Miguel de Cervantes supo manejar tanto en el “El Quijote”, como en toda su obra, que el dolor de la sociedad tiene múltiples causas y hablar de ellas abierta y francamente, pondría en peligro no solo su seguridad personal, sino también el “orden” establecido o inducido en ese momento. Por eso se cuidó de esconder las causas del dolor que originaba el poder legitimado por un modelo político, religioso, económico, cultural, moderno o tradicional, que no se revisaba nunca y que se constituía dogmáticamente como única fórmula de interacción social, ocultándose las responsabilidades tras la fuerza de las armas, la amenaza inquisitorial de la iglesia, y en las sombras de los abusos de la monarquía.

Por eso resulta interesante descubrir como “entre líneas”, Cervantes nos hace ver en “El Ingenioso Hidalgo” la forma en la que indignamente se señalaba por el “dedo largo de los poderosos” al dolor de los anatematizados, de los marginados, de los que eran excluidos o que se auto excluían, de los revoltosos, de los inconformes, etc., todos los cuales nunca accederían a la “domesticación” y de quienes se ofrecían, para diversión y gusto de las clases altas, todas las imágenes posibles que hablaran de su degradación y de su “locura”.

Sobre las débiles espaldas de estos seres, cae la culpa y la responsabilidad de todo un sistema que no funciona, pero que sí permite los privilegios de una minoría de intocables, aunque también degradados, humanamente hablando, tanto o más que los que han resultado ser las víctimas propiciatorias.

Otro aspecto importante que quiero destacar aquí es lo que podríamos llamar la tendencia del día siguiente. Después de un dolor, la receta bien podría ser alentar la recuperación de la normalidad con el olvido de lo pasado, y cuanto más pronto mejor. Recuperar la normalidad, ¿qué es eso? Todo dolor requiere de un duelo.

El duelo es, también, un proceso natural por el cual los seres humanos asimilan las experiencias vividas y se fortalecen a través de ella. El esfuerzo por llegar a la “normalidad” es un esfuerzo contra-natura; la normalidad es el duelo, es el dolor, es la experiencia del dolor, es la renuncia a la frivolidad y a la simpleza, es la asunción de todas las facetas del vivir.

La normalidad pues, no existe. Existen nuevas circunstancias siempre, cuánto más después de un dolor. Lo que se produce es un proceso social de readaptación a las nuevas circunstancias; a una realidad social nueva que resulta extraña a la pasada “normalidad” en que antes se vivía. Nada es igual después del sufrimiento. Nada es igual tras la invasión de un país; tras un terremoto; tras un accidente; tras la muerte de un ser querido.

Todo tipo de dolor merece y requiere un duelo. Un duelo supone vivir un proceso de aceptación de la pérdida (por enfermedad, por muerte, por catástrofe natural

o provocada); un proceso de reflexión y asimilación de la vivencia; no una huída para “quitarla de encima”, lo más pronto posible, pues toda vivencia deja una impronta, una huella de la que hay que sacar sabiduría y fuerza. Si no se las tiene en cuenta, las experiencias dolorosas y traumáticas se distorsionarán y emergerán con nuevas manifestaciones y sufrimientos, porque “se cicatrizaron sus heridas en falso”.

No digo que el dolor haga falta para ganar méritos y lograr el reino de los cielos, digo que el dolor social viene a ser una fuente de energía que empuja a los hombres a la creación. El dolor nos informa y nos pone en contacto con la realidad que vivimos y que tenemos que superar. El dolor nos habla de las creencias que nos condicionan, pero que también nos dan sentido. El dolor nos informa de las injusticias que cometemos y que padecemos. El dolor es la forma en que se manifiestan aquellos gritos del alma que no queremos escuchar. El dolor no es fealdad ni despropósito, el dolor es uno de los medios para encontrar el verdadero sentido de nuestras vidas.

Considero que hay que valorar la presencia del dolor social desde el punto de vista de la sensibilidad propia, como efecto de nuestra capacidad de amor, como consecuencia de la empatía que tenemos con todo lo que nos rodea y con todos los que nos rodean; el dolor como impulso para la solidaridad, como razón para la acción social que no siempre tiene que ser acción experta o de profesionales. Porque al que vive el dolor y sabe que es un síntoma que anuncia la posibilidad de muerte (del tipo que sea), no le consuelan las explicaciones técnicas de los expertos, le confortan la solidaridad humana, la compañía cercana, la mano amiga.

Perder el sentido del dolor es perder un radar poderoso cuya incómoda presencia nos empuja a tratar de encontrar respuestas a la pregunta que nos provoca: ¿por qué esta realidad está siendo así? Esta cualidad humana impide que nos perdamos eternamente en el universo de lo fácil, de lo pueril, de la mentira, de lo falso, de lo aparente, de la muerte sin sentido de lo físico, y sobre todo impide que nos desconectemos del aliento que permite la continuidad de la vida en sociedad.

Muy cierto es también que el dolor es una experiencia individual, ya que nadie vive el dolor de la misma manera, aunque las vivencias o las circunstancias sean las mismas. Cuando se pretende vivir el dolor ajeno, se le arrebató al otro la oportunidad de fortalecimiento y maduración personal que el dolor le produce.

No hablo del que provoca dolor al otro: esa responsabilidad ha de ser perseguida por la justicia humana. Hablo del que va al duelo de la sociedad oprimida y tiene que ser consolado por los propios afectados, porque siempre hay quien busca protagonismo gracias a ese dolor de los demás. Me refiero a las aparentes muestras de conmoción de los gobernantes, de los poderosos, de los jerarcas de la iglesia y de los políticos impasibles, frente a una previsible catástrofe social, cuando la visión de sus consecuencias no les lleva a preguntarse ¿qué hice yo para evitar que esto sucediera? O ¿cuánta responsabilidad tengo en el dolor de esta gente? Llevándoles estas preguntas a actuar en consecuencia mediante poses falsa y con una muy estudiada consternación.

Es seguro que todas estas visiones despertaron en el ingenio creador de Miguel de Cervantes la inquietud de dejar plasmadas para la posteridad todas las evidencias posibles del desarrollo diario en la España que le tocó vivir, de

diversos personajes sociales, que como él, eran el producto de una cultura muchas veces mezclada con intereses de dominio bélico, económico y controlada por el yugo de una religión que disponía a su antojo de haciendas, mujeres y toda clase de beneficios terrenales, bajo la continua amenaza del castigo (y hasta de la muerte), para quienes no se sometían a sus “divinas disposiciones”.

El propio Cervantes se muestra en su obra, influenciado por la marginación y devaluación de las mujeres, a las que, como los niños, los débiles o los incapaces, se les consideraba ineptas hasta para emitir un juicio lógico (Capítulo XXXII de la segunda parte “. . . los niños y las mujeres no sienten”; así como en el Capítulo XXXVII de la segunda parte “. . . donde intervienen dueñas no podía suceder cosa buena”; . . . porque según dice Sancho, son enfadosas e impertinentes”).⁵

Considero que este es el momento de pasar a ver como era la España que conoció Cervantes durante su vida y que fue testigo de su genio creador, mismo que ha sido reconocido como parte identificadora del llamado Siglo de Oro de las letras españolas.

4.1 LA SITUACION POLITICA DE ESPAÑA

Se denominó Imperio Español al conjunto de territorios conquistados, heredados y reclamados por España o por las dinastías reinantes en España; aunque en algunos de ellos tales como las grandes praderas de América del Norte o la parte más austral de América del Sur, la presencia estable española fue muchas veces más teórica que real. Alcanzó casi los 20 millones de kilómetros cuadrados para finales del siglo XVIII. No fue exactamente un imperio colonial, más bien creó una estructura propia (algo así como una mera prolongación del territorio, ésta estructura está explicada a continuación), durante los siglos XVI y XVII. Es en el siglo XIX cuando adquiere una estructura puramente colonial.⁶

No existe una postura unánime entre los historiadores sobre los territorios concretos poseídos por España porque, en ocasiones, resulta difícil delimitar si determinado lugar era parte de España o formaba parte de las posesiones del rey de España, especialmente en una época en la que no estaba clara la diferencia entre las posesiones del rey y las del país donde residía, como tampoco lo estaba la hacienda o la herencia.

El español fue el primer imperio global, porque por primera vez un imperio abarcaba posesiones en todos los continentes, los cuales, a diferencia de lo que ocurría en el Imperio Romano o en el Carolingio, no se comunicaban por tierra los unos con los otros.

Durante los siglos XVI y XVII, España llegó a ser la primera potencia mundial, en competencia directa fundamentalmente con Portugal.

Castilla, además de Portugal, estaba en la vanguardia de la exploración europea y de la apertura de rutas de comercio a través de los océanos (en el Atlántico

⁵ CERVANTES Saavedra, Miguel de.- “*El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*”.- Obra citada.

⁶ HERNANDEZ Sánchez-Barba, Mario.- “*Historia General de España y América: La crisis de la Hegemonía Española*” Tomos VII y VIII.- 2ª. ed.- Editorial Rialp S. A.- Madrid, 1989.

entre España y las Indias, y en el Pacífico entre Asia Oriental y México, vía Filipinas).

Los conquistadores españoles descubrieron y dominaron vastos territorios pertenecientes a diferentes culturas en América y otros territorios de Asia, África y Oceanía. España, y especialmente el reino de Castilla, se expandió, colonizando esos territorios y construyendo con ello el mayor imperio económico del mundo de entonces.

Entre la incorporación del Imperio portugués en 1580 (perdido en 1640), y la pérdida de las colonias americanas en el siglo XIX, fue uno de los imperios más grandes por territorio, a pesar de haber sufrido bancarrotas y derrotas militares a partir de la segunda mitad del siglo XVII.

España dominaba los océanos gracias a su experimentada Armada, sus soldados eran los mejor entrenados y su infantería la más temida. El Imperio español tuvo su Edad de Oro en el siglo XVII.

Este vasto y disperso imperio estuvo en constante disputa con potencias rivales por causas territoriales, comerciales o religiosas. En el Mediterráneo con el Imperio Otomano; en Europa, con Francia, que tenía un poder semejante; en América, inicialmente con Portugal y más tarde con Inglaterra, y una vez que los holandeses lograron su independencia, se convirtieron también en contendientes.

Las luchas constantes con otras potencias emergentes de Europa (a menudo simultáneamente, durante largos períodos y basadas tanto en diferencias religiosas como políticas, con la pérdida paulatina de territorios, difícilmente defendibles por su dispersión), contribuyeron al lento declive del poder español.

4.1.1 Los inicios del Imperio

“La unificación de España y el fin de la Reconquista”

El matrimonio de los Reyes Católicos (Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón), unió las dos Coronas cuando, tras ganar a Juana «la Beltraneja» en la Guerra Civil Castellana, Isabel ascendió al trono. Sin embargo cada reino mantuvo su propia administración bajo la misma monarquía. La formación de un estado unificado solo se materializó tras siglos de unión bajo los mismos gobernantes. De esta forma, se puede decir que España fue creada por el Imperio, y no el Imperio por España. Los nuevos reyes introdujeron el estado moderno absolutista en sus dominios, que pronto buscaron ampliar.

Castilla había intervenido en el Atlántico, en lo que fue el comienzo de su imperio extrapeninsular, compitiendo con Portugal por el control del mismo desde finales del siglo XIV, momento en el cual fueron enviadas varias expediciones andaluzas y vizcaínas a las Islas Canarias. La Conquista efectiva de dicho Archipiélago comenzó durante el reinado de Enrique III de Castilla, cuando en 1402 Jean de Béthencourt solicitó permiso para tal empresa al rey castellano a cambio de vasallaje. A lo largo del siglo XV exploradores portugueses como Gonçalo Velho Cabral colonizarían las Azores, Cabo Verde y Madeira. El Tratado de Alcaçovas de 1479, que supuso la paz en la Guerra de Sucesión Castellana, separó las zonas de influencia de cada país en África y el Atlántico, concediendo a Castilla la soberanía sobre las Islas Canarias y a Portugal las islas que ya poseía, “la

Guinea y en general todo lo que es hallado e se hallare, conquistase o descubriere en los dichos términos”. La conquista del Reino de Fez quedaba también exclusivamente para el reino de Portugal. El tratado fue confirmado por el Papa en 1481, mediante la bula Aeterni Regis. Mientras tanto los Reyes Católicos iniciaban la última fase de la Conquista de Canarias asumiendo por su cuenta dicha empresa, ante la imposibilidad por parte de los señores feudales de someter a todos los indígenas insulares: en una serie de largas y duras campañas los ejércitos castellanos se apoderaron de Gran Canaria (1478-1483), La Palma (1492-1493) y finalmente de Tenerife (1494-1496).

Como continuación a la Reconquista castellana, los reyes católicos conquistaron en 1492 el reino taifa de Granada, último reino musulmán de Al-Andalus, que había sobrevivido por el pago de tributos en oro a Castilla, y su política de alianzas con Aragón y el norte de Africa.

La política expansionista de los Reyes Católicos también se manifestó en el Africa continental: con el objetivo de acabar con la piratería que amenazaba las costas andaluzas y las comunicaciones mercantes catalanas y valencianas, se realizaron campañas en el norte de África: Melilla fue tomada en 1497, Villa Cisneros en 1502, Mazalquivir en 1505, el Peñón de Vélez de la Gomera en 1508, Orán en 1509, Argel y Bugía en 1510 y Trípoli en 1511. La idea de Isabel I, manifiesta en su testamento, era que la reconquista habría de seguir por el norte de África, en lo que los romanos llamaron “Nova Hispania”.

4.1.2 La política europea

Los Reyes Católicos también heredaron la política mediterránea de la Corona de Aragón, y apoyaron a la Casa de Nápoles aragonesa contra Carlos VIII de Francia y, tras su extinción, reclamaron la reintegración de Nápoles a la Corona. Como gobernante de Aragón, Fernando II se había involucrado en la disputa con Francia y Venecia por el control de la Península Itálica. Estos conflictos se convirtieron en el eje central de su política exterior. En estas batallas, Gonzalo Fernández de Córdoba (conocido como «El Gran Capitán»), crearía las compañías (base de los futuros tercios), como organización básica del ejército, lo que significó una revolución militar que llevaría a los españoles a sus mejores momentos.

Después de la muerte de la Reina Isabel, Fernando, como único monarca, adoptó una política más agresiva que la que tuvo como marido de Isabel, utilizando las riquezas castellanas para expandir la zona de influencia aragonesa en Italia, contra Francia, y fundamentalmente contra el reino de Navarra al que conquistó en 1512.

El trono castellano lo asumió su hija Juana I «la Loca», declarada incapaz de reinar, manteniendo su padre la regencia (aunque en todos los documentos oficiales aparecían Doña Juana y Don Fernando como reyes, era Fernando quien detentaba el poder).

La primera prueba de la fuerza española del rey Fernando fue en la guerra de la Liga de Cambrai contra Venecia, donde los soldados españoles se distinguieron junto a sus aliados franceses en la Batalla de Agnadello (1509). Sólo un año más tarde, Fernando se convertía en parte de la Liga Católica contra Francia, viendo una oportunidad de tomar Milán —plaza por la cual mantenía una disputa

dinástica— y Navarra. Esta guerra no fue un éxito como la anterior contra Venecia y, en 1516, Francia aceptó una tregua que dejaba Milán bajo su control y de hecho cedía al monarca hispánico el Reino de Navarra, dejando aislados internacionalmente, de forma temporal, a los reyes navarros Juan III de Albret y Catalina de Foix.

Con el objetivo de aislar a Francia, se adoptó una política matrimonial que llevó al casamiento de las hijas de los Reyes Católicos con las dinastías reinantes en Inglaterra, Borgoña y Austria. Tras la muerte de Fernando, la inhabilitación de Juana I, hizo que Carlos de Austria, heredero de Austria y Borgoña, fuera también heredero de los tronos españoles.

4.1.3 La conquista del nuevo mundo

Sin embargo, la expansión atlántica sería la que daría los mayores éxitos. Para alcanzar las riquezas de Oriente, cuyas rutas comerciales bloqueaban los otomanos, portugueses y españoles compitieron por hallar una nueva ruta que no fuera la tradicional a través de Oriente Próximo. Los portugueses, que habían terminado mucho antes que los españoles su Reconquista, empezaron entonces sus expediciones con el objetivo de circunnavegar Africa, lo que les daría el control de islas y costas del continente, poniendo el germen del Imperio Portugués. Más tarde, precisamente cuando Castilla terminó su reconquista, los Reyes Católicos, apoyaron a Cristóbal Colón quien, creyendo que la circunferencia de la Tierra era menor que la real, quiso alcanzar “Cipango” (Japón, China, las Indias, el Oriente), navegando hacia el Oeste. Para suerte de Colón, a medio camino estaba el continente americano y, sin saberlo, “descubrió” América, iniciando la colonización española del continente.

Las nuevas tierras descubiertas fueron reclamadas por los Reyes Católicos, con la oposición de Portugal. Finalmente el Papa Alejandro VI medió, llegándose al Tratado de Tordesillas, que dividía las zonas de influencia española y portuguesa a 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde (el meridiano situado a 46° 37') longitud oeste, siendo la zona occidental la correspondiente a España y la oriental a Portugal. Así, España se convertía teóricamente en dueña de la mayor parte del continente con la excepción de una pequeña parte, la oriental —lo que hoy día es el extremo de Brasil—, que correspondía a Portugal. En adelante, esta cesión papal, junto a la responsabilidad evangelizadora sobre los territorios descubiertos, fueron usadas por los Reyes Católicos como legitimación en su expansión colonial.

La colonización de América continuó mientras tanto. Además de la toma de La Española, que se culminó a principios del siglo XVI, los colonos empezaron a buscar nuevos asentamientos. La convicción de que había grandes territorios por colonizar en las nuevas tierras descubiertas produjo el afán por buscar nuevas conquistas. Desde allí, Juan Ponce de León conquistó Puerto Rico y Diego Velázquez, Cuba. Alonso de Ojeda recorrió la costa venezolana y centro americana. Diego de Nicuesa ocupó lo que hoy día es Nicaragua y Costa Rica, mientras Vasco Núñez de Balboa colonizaba Panamá y llegaba al Mar del Sur (Océano Pacífico).

Años después, bajo Felipe II, este “Imperio Castellano” se convirtió en una nueva fuente de riqueza para los reinos españoles y de su poder en Europa, pero también contribuyó a elevar la inflación, lo que perjudicó a la industria

peninsular. En lugar de afianzar la economía española, la riqueza del Imperio hizo que España comenzase a depender de las materias primas y manufacturas de países más pobres, con mano de obra más barata, lo cual facilitó la revolución económica y social en Francia, Inglaterra y otras partes de Europa. Los problemas causados por la inflación fueron discutidos por la Escuela de Salamanca, lo que creó un nuevo modo de entender la economía que los demás países europeos tardaron mucho en comprender.

Además, debido a la expulsión de los judíos decretada por los Reyes Católicos, España apenas disponía de administración bancaria, ya que esta estaba en su mayor parte en manos judías. De este modo, el oro español que llegaba a Cádiz era derivado a los bancos de Ámsterdam, por aquellos tiempos, parte de la Corona Española. Debido a esto, no se procuró en España la creación de bancos, así que, al liberarse Flandes, este oro siguió llegando a los Países Bajos, enriqueciendo a sus comerciantes. Una política bancaria y comercial bastante nefasta hizo que el enriquecimiento que pudo tener la Corona fuera mucho menor que el que obtuvieron países con intereses coloniales similares, como Inglaterra y posteriormente Holanda.

4.1.4 El Siglo de Oro (1492–1681)

Documentalmente, el periodo comprendido entre la segunda mitad del siglo XVI y la primera del XVII es conocido como el Siglo de Oro, por el florecimiento de las artes y las ciencias que se produjo.

Históricamente y desde el punto de vista cultural, por Siglo de Oro se entiende la época clásica o de apogeo de la cultura española, esencialmente el Renacimiento del siglo XVI y el Barroco del siglo XVII. Ciñéndose a fechas concretas de acontecimientos clave, dicho período abarcaría desde la publicación de la Gramática castellana de Antonio de Nebrija (1492), hasta la muerte de Calderón (1681). El punto más alto de este apogeo se encuentra en la obra de Miguel de Cervantes y Lope de Vega.

La elección de 1492 no es casual: en ese año termina el poder político musulmán en la Península con la conquista del Reino de Granada, aunque una minoría morisca seguirá siendo tolerada en Castilla, Aragón y Andalucía hasta el reinado de Felipe III; por otra parte se expulsa a los judíos que no se cristianizan y éstos fundan colonias hispanas por toda Europa, Asia y Norte de África, donde siguen cultivando su lengua y escribiendo literatura en castellano y produciendo figuras notables.

Fue un periodo de gran florecimiento político y económico en España, que alcanzó un gran renombre y prestigio internacional; durante esta época todo lo “nuevo” en Europa venía de España y era imitado con gusto y aplicación; se puso de moda saber la lengua española. Se desarrollan en especial la literatura, las artes plásticas y la música. En el terreno de las humanidades la erudición fue extensa y en el terreno científico hubo avances importantes en Lingüística, Geografía, Cartografía, Antropología y Ciencias naturales (Botánica, Mineralogía etc.), como consecuencia del descubrimiento de América. Hubo también figuras eminentes en Matemáticas (Sebastián Izquierdo, Juan Caramuel, Pedro Nunes, Omerique, Pedro Ciruelo, Juan de Rojas y Sarmiento, Rodrigo Zamorano), Física, Medicina, Farmacología (Andrés Laguna), Psicología (Juan Luis Vives, Juan Huarte de San Juan) y Filosofía (Francisco

Suárez). Igualmente se desarrollaron, a causa del gran impacto que tuvieron los descubrimientos de nuevos pueblos, el derecho natural y el derecho de gentes, con figuras como Bartolomé de las Casas, influyente precursor de los derechos humanos y defensor del ius naturalismo en su De regia potestate.

El Siglo de Oro abarca dos periodos estéticos, que corresponden el primero al Renacimiento; del siglo XVI (reinados de Fernando el Católico, Carlos I y Felipe II), y el segundo al Barroco; del siglo XVII (reinados de Felipe III, Felipe IV y Carlos II). El eje de estas dos épocas o fases puede ponerse en el Concilio de Trento y la reacción contrarreformista.

Durante el siglo XVI, España llegó a tener una auténtica fortuna de oro y plata extraídos de “Las Indias”. Se decía durante el reinado de Felipe II que “el Sol no se ponía en el Imperio”, ya que estaba lo suficientemente disperso como para tener siempre alguna zona con luz solar. Este imperio, imposible de manejar, no fue controlado desde Madrid, sino desde Sevilla.

Como consecuencia del matrimonio político de los Reyes Católicos y de los casamientos estratégicos de sus hijos, su nieto, Carlos I heredó la Corona de Castilla en la península Ibérica y un incipiente Imperio Castellano en América (herencia de su abuela Isabel); las posesiones de la Corona de Aragón en el Mediterráneo italiano e ibérico (de su abuelo Fernando); las tierras de los Habsburgo en Austria, Bohemia, Silesia, Hungría y otros territorios centroeuropeos junto a la corona del Sacro Imperio Romano Germánico y el título de Emperador con el nombre de Carlos V de Alemania (heredado de su abuelo Maximiliano de Austria); además de los Países Bajos y el Franco Condado, herencia de su abuela María de Borgoña). Este imperio estaba compuesto por territorios heredados y no conquistados.

La dinastía Habsburgo gastaba las riquezas castellanas y, a partir de Felipe II, las americanas, en guerras por toda Europa que obedecían a intereses dinásticos. Todo ello produjo el impago frecuente de deudas y dejó a España en bancarrota. Los objetivos políticos de la Corona eran varios:

- *El acceso a los productos americanos (oro, plata) y asiáticos (porcelana, especias, seda).*
- *Minar el poder de Francia y detenerla en sus fronteras orientales.*
- *Mantener la hegemonía católica de los Habsburgo en Alemania, defendiendo el catolicismo contra la Reforma Protestante.*
- *Defender a Europa contra el Islam, sobre todo oponiéndose al Imperio Otomano.*
- *Además, se buscaba neutralizar la piratería berberisca que asolaba las posesiones mediterráneas españolas e italianas.*

Carlos I decidió apoyar la mayor parte de las cargas de su imperio en el más rico de sus reinos, el de Castilla, lo cual no gustó a los castellanos, que no deseaban contribuir con oro, plata o caballos a guerras europeas que sentían ajenas y comenzaron una sublevación que aún se celebra cada año. Tras derrotar a los sublevados en la Guerra de las Comunidades de Castilla, Carlos I era el hombre más poderoso de Europa, con un imperio europeo que sólo sería comparable en tamaño al de Napoleón. El Emperador intentó sofocar la Reforma Protestante en la Dieta de Worms, pero Lutero renunció a retractarse de su herejía. No obstante,

Carlos I ordenó saquear la Santa Sede, después de que el Papa Clemente VII se uniera a la Liga de Cognac contra él, en lo que se llamó “el Saco de Roma”.

Pese a que Carlos I era flamenco y su lengua materna era el francés, vivió un proceso de españolización o más concretamente, de castellanización. Así, cuando se entrevistó con el Papa, le habló en español y más tarde, cuando recibió al embajador de Francia, el diplomático se sorprendió de que no usara su lengua materna, a lo que el emperador contestó: “No importa que no me entendáis. Que yo estoy hablando en mi lengua española, que es tan bella y noble que debería ser conocida por toda la cristiandad”. Esta frase ha calado bastante en los españoles y, siglos después, aún se utiliza el dicho “Que hable en cristiano”, cuando un español quiere que se le traduzca lo dicho.

En América, la colonización del Nuevo Mundo había pasado a ser encabezada por una serie de guerreros-exploradores conocidos como “los conquistadores”. Algunas tribus nativas estaban a veces en guerra unas con otras y muchas de ellas se mostraron dispuestas a formar alianzas con los españoles para derrotar a enemigos más poderosos como los aztecas o los incas. Este hecho fue facilitado por la propagación de enfermedades comunes en Europa (p.ej. la viruela), pero desconocidas en el Nuevo Mundo, y que diezmaron a los pueblos originarios de América.

El conquistador más exitoso fue Hernán Cortés, quien entre 1519 y 1521, con alrededor de 200.000 aliados amerindios, derrotó al poderoso Imperio Azteca, en momentos que este era arrasado por la viruela y entró en México, que sería la base del virreinato de Nueva España. De una importancia comparable fue la conquista del Imperio Inca, en 1531 por Francisco Pizarro, cuando estaba gravemente desorganizado por efecto de la epidemia de viruela de 1529, y que más tarde se convertiría en el Virreinato del Perú.

Tras la conquista de México, las leyendas sobre “ciudades doradas” (Cíbola en Norteamérica, El Dorado en Sudamérica), originaron numerosas expediciones, pero muchas de ellas regresaron sin encontrar nada, y las que encontraron algo dieron con mucho menos valor de lo esperado. De todos modos, la extracción de oro y plata fue la principal actividad económica del Imperio Español en América, estimándose en 850.000 kilogramos de oro y más de cien veces esa cantidad en plata durante el período colonial.

Fernando de Magallanes (sustituido tras morir en la expedición por Juan Sebastián Elcano), mandó la primera expedición que completó la circunnavegación del globo en 1522.

En Europa, sintiéndose rodeado por las posesiones de los Habsburgo, Francisco I de Francia invadió en 1521 las posesiones españolas en Italia e inició una nueva era de hostilidades entre Francia y España, apoyando a Enrique II de Navarra a recuperar el reino arrebatado por los españoles. En la guerra de Navarra los navarro-gascones sufrieron una severa derrota en la Batalla de Noáin, dejando el control de Navarra en manos de España. Por otra parte, en el frente de guerra de Italia, fue un desastre para Francia, que sufrió importantes derrotas en Bicoca (1522), Pavía (1525), —en la que Francisco I y Enrique II fueron capturados— y Landriano (1529), antes de que Francisco I claudicase y dejase Milán en manos españolas una vez más.

La victoria de Carlos I en la Batalla de Pavía, 1525, sorprendió a muchos italianos y alemanes, al demostrar su empeño en conseguir el máximo poder posible. El Papa Clemente VII cambió de bando y unió sus fuerzas con Francia y los emergentes estados italianos contra el Emperador, en la Guerra de la Liga de Cognac. La Paz de Barcelona, firmada entre Carlos I y el Papa en 1529, estableció una relación más cordial entre los dos gobernantes y de hecho nombraba a España como defensora de la causa católica y reconocía a Carlos I como Rey de Lombardía, en recompensa por la intervención española contra la rebelde República de Florencia.

En 1528, el gran almirante Andrea Doria se alió con el Emperador para desalojar a Francia y restaurar la independencia genovesa. Esto abrió una nueva perspectiva: en este año se produce el primer préstamo de los bancos genoveses a Carlos I.

La colonización americana seguía mientras imparable. Nueva Granada fue fundada durante la década de 1530 y Juan de Garay fundó Buenos Aires en 1536. En la década de 1540, Francisco de Orellana exploraba la selva y llegó al Amazonas. En 1541, Pedro de Valdivia, continuó las exploraciones de Diego de Almagro desde Perú, instauró la Capitanía General de Chile. Ese mismo año, el Imperio Muisca, que ocupaba el centro de Colombia, fue finalmente conquistado.

Como consecuencia de la defensa de los nativos, que la Escuela de Salamanca y Bartolomé de las Casas hicieron, España se dio relativa prisa en hacer leyes para proteger a los nativos de sus colonias americanas, la primera de ellas se tramitó en 1542; sin embargo, a menudo la teoría no fue llevada a la práctica, una pauta que siguieron otras naciones europeas.

En 1543, Francisco I de Francia anunció una alianza sin precedentes con el sultán otomano Solimán el Magnífico, para ocupar la ciudad de Niza, bajo control español. Enrique VIII de Inglaterra, que guardaba más rencor contra Francia que contra el Emperador Carlos I, a pesar de oponerse a su divorcio, se unió a este último en su invasión de Francia. Aunque España sufrió sonoras derrotas como la de Saboya, Enrique VIII consiguió que Francia aceptara sus condiciones. Los austriacos, liderados por el hermano pequeño del Emperador Carlos, continuaron luchando contra el Imperio Otomano por el Este. Mientras, Carlos I se preocupó de solucionar un viejo problema: la Liga de Esmalcalda.

La Liga tenía como aliados a los franceses, y los esfuerzos por socavar su influencia en Alemania fueron rechazados. La derrota francesa en 1544 rompió su alianza con los protestantes, y Carlos I se aprovechó de esta oportunidad. Primero intentó el camino de la negociación en el Concilio de Trento en 1545, pero los líderes protestantes, sintiéndose traicionados por la postura de los católicos en el Concilio, fueron a la guerra liderados por Mauricio de Sajonia. En respuesta, Carlos I invadió Alemania a la cabeza de un ejército hispano-holandés.

Confiaba en restaurar la autoridad imperial. El emperador en persona infligió una decisiva derrota a los protestantes en la histórica Batalla de Mühlberg en 1547. En 1555 firmó la Paz de Augsburgo con los estados protestantes, lo que restauró la estabilidad en Alemania bajo el principio de "Cuius regio, eius religio" (Quien tiene la región impone la religión), una posición impopular entre el clero italiano y el español. El compromiso de Carlos I en Alemania otorgó a España el

papel de protector de la causa católica de los Habsburgo en el Sacro Imperio Romano.

Mientras el Mediterráneo se convirtió en campo de batalla contra los turcos, que alentaban a piratas como Barbarroja, Carlos I prefirió eliminar a los otomanos a través de la estrategia marítima, mediante ataques a sus asentamientos en los territorios venecianos del este del Mediterráneo. Sólo como respuesta a los ataques en la costa de Levante española se involucró personalmente el Emperador en ofensivas en el continente africano, con expediciones sobre Túnez y Bona (1535), y Argel (1541).

4.1.5 De San Quintín a Lepanto (1556–1571)

El Emperador Carlos I, repartió sus posesiones entre su único hijo legítimo, Felipe II, y su hermano Fernando (al que dejó el Imperio de los Habsburgo). Para Felipe II, Castilla fue la base de su imperio, pero la población de Castilla nunca fue lo suficientemente grande para proporcionar los soldados necesarios para sostener el Imperio. Tras el matrimonio del Rey con María Tudor, Inglaterra y España fueron aliadas.

España no consiguió tener paz al llegar al trono el agresivo Enrique II de Francia en 1547, que inmediatamente reanudó los conflictos con España. Felipe II prosiguió la guerra contra Francia, aplastando al ejército francés en la Batalla de San Quintín, en Picardía, en 1558 y derrotando a Enrique de nuevo en la Batalla de Gravelinas. La Paz de Cateau-Cambrésis, firmada en 1559, reconoció definitivamente las reclamaciones españolas en Italia. En las celebraciones que siguieron al Tratado, Enrique II murió a causa de una herida producida por un trozo de madera de una lanza. Francia fue golpeada durante los siguientes años por una guerra civil que ahondó en las diferencias entre católicos y protestantes, dando a España ocasión de intervenir en favor de los católicos y que le impidió competir con España y la Casa de Habsburgo en los juegos de poder europeos. Liberados de la oposición francesa, España vio el apogeo de su poder y de su extensión territorial en el periodo entre 1559 y 1643.

La bancarrota de 1557 supuso la inauguración del consorcio de los bancos genoveses, lo que llevó al caos a los banqueros alemanes y acabó con la preponderancia de los “Fugger” como financiadores del Estado español. Los banqueros genoveses suministraron a los Habsburgo crédito fluido e ingresos regulares.

Mientras tanto la expansión ultramarina continuaba: Florida fue colonizada en 1565 por Pedro Menéndez de Avilés, al fundar San Agustín y derrotar rápidamente un intento ilegal del capitán francés Jean Ribault y 150 hombres para establecer un puesto de aprovisionamiento en el territorio español. San Agustín se convirtió rápidamente en una base estratégica de defensa para los barcos españoles llenos de oro y plata que regresaban desde los dominios de las Indias.

En Asia, el 27 de abril de 1565, se estableció el primer asentamiento en Filipinas por parte de Miguel López de Legazpi, y se puso en marcha la ruta de los Galeones de Manila (Nao de la China). Manila se fundó en 1572.

Después del triunfo de España sobre Francia y el comienzo de las guerras de religión francesas, la ambición de Felipe II aumentó. En el Mediterráneo el Imperio Otomano había puesto en entredicho la hegemonía española, perdiéndose Trípoli (1531), y Bugía (1554), mientras la piratería berberisca y otomana se recrudecía. En 1565, sin embargo, el auxilio español a los sitiados “Caballeros de San Juan” salvó Malta, infligiendo una severa derrota a los turcos.

La muerte de Solimán el Magnífico y su sucesión por parte del menos capacitado Selim II, envalentonó a Felipe II y éste declaró la guerra al mismo Sultán. En 1571, la Santa Liga, formada por Felipe II, Venecia y el Papa Pío V, se enfrentó al Imperio Otomano, con una flota conjunta mandada por Don Juan de Austria, hijo ilegítimo de Carlos I, que aniquiló la flota turca en la decisiva Batalla de Lepanto.

La derrota acabó con la amenaza turca en el Mediterráneo e inició un periodo de decadencia para el Imperio Otomano. Esta batalla aumentó el respeto hacia España y su soberanía fuera de sus fronteras, y el Rey asumió la carga de dirigir la Contrarreforma.

4.1.6 El Reino en problemas (1571–1598)

El tiempo de alegría en Madrid duró poco. En 1566, los calvinistas iniciaron una serie de disturbios en los Países Bajos, provocando la llegada del Duque de Alba a la zona. En 1568, Guillermo I de Orange-Nassau lideró un intento fallido de echar al Duque de Alba del país. Estas batallas son consideradas como el inicio de la Guerra de los Ochenta Años, que concluyó con la independencia de las Provincias Unidas. Felipe II, que había recibido de su padre la herencia de los territorios de la Casa de Borgoña (Países Bajos y Franco Condado), para que la poderosa Castilla los defendiese de Francia, se vio obligado a restaurar el orden y mantener su dominio sobre estos territorios. En 1572, un grupo de navíos holandeses rebeldes conocidos como los “watergeuzen”, tomaron varias ciudades costeras, proclamaron su apoyo a Guillermo I y renegaron del gobierno español.

Para España la guerra se convirtió en un asunto sin fin. En 1574, los Tercios de Flandes, bajo el mando de Luis de Requesens, fueron vencidos en el Asedio de Leiden, después de que los holandeses rompieran los diques, causando inundaciones masivas.

En 1576, abrumado por los costes del mantenimiento de un ejército de 80.000 hombres en los Países Bajos y de la inmensa flota que venció en Lepanto, unidos a la creciente amenaza de la piratería en el Atlántico y especialmente a los naufragios que reducían las llegadas de dinero de las colonias americanas, Felipe II se vio obligado a declarar una suspensión de pagos (que fue interpretada como bancarrota).

El ejército se amotinó no mucho después, apoderándose de Amberes y saqueando el sur de los Países Bajos, haciendo que varias ciudades, que hasta entonces se habían mantenido pacíficas, se unieran a la rebelión. Los españoles eligieron la vía de la negociación y consiguieron pacificar la mayor parte de las provincias del sur con la Unión de Arras en 1579.

Este acuerdo requería que todas las tropas españolas abandonasen aquellas tierras, lo que fortaleció la posición de Felipe II cuando en 1580 murió sin descendientes directos el último miembro de la familia real de Portugal, el cardenal Enrique I de Portugal. El Rey de España, hijo de Isabel de Portugal y por tanto nieto del rey Manuel I, hizo valer su reclamación al trono portugués, y en junio envió al Duque de Alba y su ejército a Lisboa para asegurarse la sucesión. El otro pretendiente, Don Antonio, se replegó a las Azores, donde la armada de Felipe terminó de derrotarle.

La unificación temporal de la Península Ibérica puso en manos de Felipe II el imperio portugués, es decir, la mayor parte de los territorios explorados del Nuevo Mundo además de las colonias comerciales en Asia y África. En 1582, cuando el Rey devolvió la corte a Madrid desde Lisboa, donde estaba asentada temporalmente para pacificar su nuevo reino, se produjo la decisión de fortalecer el poderío naval español.

España estaba todavía renqueante de la bancarrota de 1576. En 1584, Guillermo I de Orange-Nassau fue asesinado por un católico trastornado. Se esperaba que la muerte del líder popular de la resistencia significara el fin de la guerra, pero no fue así. En 1586, la reina Isabel I de Inglaterra envió apoyo a las causas protestantes en los Países Bajos y Francia, y Sir Francis Drake lanzó ataques contra los barcos mercantes españoles en el Caribe y el Pacífico, además de un ataque especialmente agresivo contra el puerto de Cádiz.

En 1588, confiando en acabar con los entrometimientos de Isabel I, Felipe II envió la "Armada Invencible" a atacar Inglaterra. Una serie de fuertes tormentas e importantes fallos logísticos en los aprovisionamientos que la flota había de hacer en los Países Bajos, provocaron la derrota de la Armada española.

No obstante, la derrota del contraataque inglés contra España, dirigido por Drake y Norris en 1589, marcó un punto de inflexión en la Guerra anglo-española a favor de España. A pesar de la derrota de la Gran Armada, la flota española siguió siendo la más fuerte en los mares de Europa durante años.

España se involucró en las guerras de religión francesas tras la muerte de Enrique II. En 1589, Enrique III de Francia, el último del linaje de los Valois, murió a las puertas de París. Su sucesor, Enrique IV de Francia y III de Navarra, el primer Borbón rey de Francia, fue un hombre muy habilidoso, consiguiendo victorias clave contra la Liga Católica en Arques (1589), y en Ivry (1590). Comprometidos con impedir que Enrique IV tomara posesión del trono francés, los españoles dividieron su ejército en los Países Bajos e invadieron Francia en 1590.

Pese a que actualmente sabemos que la economía española estaba gravemente minada y que su poderío se debilitaba a grandes pasos a partir del último tercio del siglo XVI, el Imperio seguía siendo con mucho el poder más fuerte. Tanto es así que podía librar enfrentamientos con Inglaterra, Francia y los Países Bajos al mismo tiempo. Este poderío lo confirmaban el resto de pueblos europeos; así el hugonote francés Duplessis-Mornay, por ejemplo, escribió tras el asesinato de Guillermo de Orange a manos de Balthasar Gérard:

La ambición de los españoles, que les ha hecho acumular tantas tierras y mares, les hace pensar que nada les es inaccesible.

Se ha mostrado en varias obras literarias el agobio causado por la continua piratería contra sus barcos en el Atlántico y la consecuente disminución de los ingresos del oro de las Indias. Sin embargo, investigaciones más profundas indican que esta piratería realmente consistía en varias decenas de barcos y varios cientos de piratas, siendo los primeros de escaso tonelaje, por lo que no podían enfrentarse con los galeones españoles, teniendo que conformarse con pequeños barcos o los que pudieran apartarse de la flota. En segundo lugar está el dato según el cual, durante el siglo XVI, ningún pirata ni corsario logró hundir galeón alguno; además de unas 600 flotas fletadas por España (dos por año durante unos 300 años), sólo dos cayeron en manos enemigas y ambas por marinas de guerra no por piratas ni corsarios. Cosa muy diferente era la piratería mediterránea, perpetrada por berberiscos, que tenía un volumen diez o más veces superior a la atlántica. Los expertos mantienen que fueron las fuertes tormentas quienes bloquearon en más de una ocasión todo el comercio entre América y Europa.⁷

Pese a todos los ingresos provenientes de América, España se vio forzada a declararse en bancarrota en 1596.

El sucesor de Felipe II, Felipe III, subió al trono en 1598. Era un hombre de inteligencia limitada y desinteresado por la política, prefiriendo dejar a otros tomar decisiones en vez de tomar él mismo el mando.

Los españoles intentaron librarse de los numerosos conflictos en los que estaban involucrados, primero firmando la Paz de Vervins con Francia en 1598, reconociendo a Enrique IV (católico desde 1593), como Rey de Francia, y restableciendo muchas de las condiciones de la Paz de Cateau-Cambrésis. Con varias derrotas consecutivas y una guerra de guerrillas inacabable contra los católicos apoyados por España en Irlanda, Inglaterra aceptó negociar en 1604, tras la ascensión al trono del Estuardo Jacobo I.

La paz con Francia e Inglaterra implicó que España pudo centrar su atención y energías para restituir su dominio en las provincias holandesas. Los holandeses, liderados por Mauricio de Nassau, el hijo de Guillermo I, salieron exitosos de la toma de algunas ciudades fronterizas en 1590, incluyendo la fortaleza de Breda. A esto se sumaron las victorias ultramarinas holandesas que ocuparan las colonias portuguesas (y por tanto españolas) en Oriente, tomando Ceilán (1605), Batavia y otras islas de las especias (entre 1605 y 1619).

Actualmente la opinión de los historiadores es casi unánime respecto al error de involucrarse en guerras europeas por la única razón de que los reinos heredados debían transmitirse íntegros. Sin embargo esta postura también existía en aquellos años.

4.1.7 La decadencia política y militar

En la realidad, a partir de la segunda mitad del siglo XVI y el propio siglo XVII fue para España un período de grave crisis política, militar, económica y social que terminó por convertir el Imperio Español en una potencia de segundo rango dentro de Europa. Los llamados Austrias menores -Felipe III, Felipe IV y Carlos

⁷ Idem.

II- dejaron el gobierno de la nación en manos de ministros de confianza o validos entre los que destacaron el duque de Lerma y el conde-duque de Olivares.

En política exterior, el duque de Lerma, valido de Felipe III, adoptó una política pacifista y logró acabar con todos los conflictos heredados del reinado de Felipe II. Por el contrario, el conde-duque de Olivares, valido de Felipe VI, involucró de lleno a España en la guerra de los Treinta Años, en la que España sufrió graves derrotas militares.

Durante la segunda mitad del siglo, Francia aprovechó la debilidad militar española y ejerció una continua presión expansionista sobre los territorios europeos regidos por Carlos II. Como consecuencia de esta presión, la Corona española perdió buena parte de sus posesiones en Europa, de modo que ya para principios del siglo XVIII, el Imperio español en Europa estaba totalmente liquidado.

En política interior, la crisis no fue menos importante. El duque de Lerma procedió a la expulsión de los moriscos (1609), con lo que se arruinaron las tierras de regadío del litoral levantino, y permitió la generalización de la corrupción administrativa. Posteriormente, la política centralista del conde-duque de Olivares provocó numerosas sublevaciones en Cataluña, Portugal, Andalucía, Nápoles y Sicilia

4.1.8 La crisis social y económica

De la misma forma, a partir de la última década del siglo XVI, España sufrió una grave crisis demográfica, consecuencia de la expulsión de casi 300.000 moriscos y de la mortalidad provocada por las continuas guerras, el hambre y la peste.

De esta manera, la sociedad española del siglo XVII era una sociedad escindida: la nobleza y el clero conservaron tierras y privilegios, mientras que los campesinos sufrieron en todo su rigor la crisis económica. La miseria en el campo arrastró a muchos campesinos hacia las ciudades, donde esperaban mejorar su calidad de vida; pero en las ciudades se vieron agregados al ejercicio de la mendicidad cuando no directamente a la delincuencia.

Por otra parte, la jerarquización y el conservadurismo social dificultaban el paso de un estamento a otro, y sólo algunos burgueses lograron acceder a la nobleza. La única posibilidad que se ofrecía al estado llano para obtener los beneficios que la sociedad estamental concedía a los estamentos privilegiados, era pasar a engrosar las filas del clero. Este hecho, unido al clima de fervor religioso, trajo como consecuencia que durante el siglo XVII se duplicara el número de eclesiásticos en España.⁸

4.2 CERVANTES Y EL QUIJOTE EN LA VIDA DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

Por una concepción meramente nacionalista respecto a los diversos momentos vividos en la historia de un país, podemos ver que en la actualidad se han multiplicado los apelativos y las divisiones basadas en referencias culturales (p. ej. “el siglo del Barroco”, “la España de la Ilustración”, etc.). Por ello se habla hoy

⁸ Idem.

corrientemente de “la España del Quijote”, título adoptado entre otras obras dedicadas a la cultura del “Siglo de Oro”, por los dos volúmenes de “la gran historia de España” que patrocinó Menéndez Pidal.

La España del Quijote y la España de Cervantes son expresiones sustancialmente idénticas, pues si bien la composición de la inmortal novela coincide con la década final de la vida del escritor, no es menos cierto que en ella vertió las experiencias de toda una vida. El Quijote apareció a comienzos del siglo XVII, durante el reinado Felipe III, pero Cervantes fue un hombre del XVI: su “circunstancia” fue la España de Felipe II, aunque viviera lo suficiente para contemplar el tránsito de un siglo a otro, de un reinado a otro, con todos los cambios que comprendía ese tránsito.

Decir que los años situados al rededor del 1600 fueron de transición, parece una banalidad, pues en el curso de la historia todas las épocas son de transición, porque el devenir humano es una mezcla de continuidad y cambio permanentes; pero hay épocas en que las transformaciones se aceleran y los contemporáneos experimentan la sensación de cambio, ya sea para bien, ya para mal, y entonces surge la nostalgia del “viejo buen tiempo”.

Ambos sentimientos se mezclaban en el sentir de los españoles en aquellas fechas; en 1598, al recibirse la nueva del fallecimiento del solitario del Escorial, España experimentó la sensación de alivio de toda persona liberada de una tensión insoportable, aunque las suntuosas exequias y las ampulosas oraciones fúnebres no podían desvanecer los sentimientos penosos que se habían acumulado en los últimos años del reinado del viejo monarca: las guerras incesantes, las demandas de hombres y dinero, el carácter poco accesible de un soberano que dirigía el mundo más bien a través de papeles que de contactos humanos, habían engendrado en Castilla un temor reverencial y un mal solapado disgusto entre sus súbditos, que, al conocer su desaparición, se sintieron a la vez apesadumbrados y ligeros, como los escolares tras la ausencia del severo dómine.

Por desgracia, el caudal de confianza que se otorgaba a cada nuevo soberano se agotó pronto, al comprobar la inoperancia del tercer Felipe, así como la inmoralidad y avidez del favorito del Rey y de la cohorte de familiares y amigos que lo acompañaba. Y si estas eran las encontradas sensaciones de la generalidad del pueblo, más críticos aún, eran los miembros de la alta administración imperial (generales, embajadores, consejeros de Estado), que temían que la nueva política internacional, tachada de pacifista y abandonista resultara fatal para el prestigio del mayor imperio del mundo, prestigio conquistado al precio de tantos sacrificios.⁹

Estos temores eran exagerados. El nuevo equipo gobernante se hizo cargo de la necesidad de aliviar el peso que soportaba España, en especial Castilla; circunstancias favorables, como la desaparición de Isabel de Inglaterra y de Enrique IV de Francia, y la coincidencia con un equipo gobernante en Holanda inclinado también a la paz o, al menos, a una tregua (firmada en 1609), dieron la impresión de que iba a cesar el estrépito de las armas. Los hechos demostraron que, en el fondo, la política del gabinete de Madrid permanecía inmutable. Quería la paz, pero no a cualquier precio; no al precio del triunfo del protestantismo sobre el catolicismo y la humillación de la casa de Austria; por

⁹ VALBUENA Prat, Angel.- *“La vida española en el Siglo de Oro”*.- Editorial Apolo.- Barcelona, 1943.

eso, cuando la rama austriaca de los Habsburgo se vio acosada, el hermano mayor, o sea, la rama española, entró con todo su poder, con el oro de América y los soldados de los tercios, nuevamente en liza.

En lo sustancial, pues, no hubo cambio en la política de España. Pero ¿qué era España? Hay palabras que usamos continuamente y que nos ponen en un aprieto si tratamos de definir las. ¿Era entonces España una nación, un estado, un ámbito cultural o meramente una evocación de la antigua Hispania, sin contenido sustancial? Las controversias nacionalistas de hoy han agudizado el problema; se cuestiona que los Reyes Católicos fundaran un verdadero Estado, que los habitantes de la Península se sintieran solidarios, miembros de una entidad superior a la de su pueblo, comarca o región y, aunque en estas afirmaciones hay mucho de exageración y prejuicio, no puede negarse que el concepto España estaba entonces lleno de ambigüedad. De un lado, lo desbordaba una entidad más vasta, el Imperio, o, como entonces se decía, la Monarquía; de otro, se descomponía en una serie de unidades diversas y mal engarzadas: Castilla de una parte y los reinos integrantes de la Corona de Aragón de otra tenían sus leyes, instituciones, monedas, fronteras aduaneras, como también las tenía Navarra y, a mayor abundamiento, Portugal, reunido en 1580 a este vasto conglomerado. Dentro de cada una de estas partes, la autoridad real tenía más o menos fuerza, mayores o menores atribuciones. Especialísima era la situación de Canarias y más aun la de las tres provincias vascongadas, a pesar de que en muchos aspectos se consideraban incluidas dentro de la Corona de Castilla.¹⁰

Esas variedades, esas ambigüedades, esa herencia de un pasado medieval, que aún tenía mucha vigencia, exigía de los gobernantes un conocimiento muy detallado de las peculiaridades de cada reino, de cada provincia, y un tacto exquisito para no herir susceptibilidades, porque el privilegio no era la excepción sino la norma. Es poco exacto dividir la España del siglo XVI en países forales y no forales, porque fueros y privilegios tenían todos. La diferencia consistía en que en unos se trataba de una realidad viva, con la que había que contar, mientras que en Castilla, después del fracaso de las Comunidades, la balanza del poder se había desequilibrado de modo irreversible en favor del poder real y, entonces, la solemne jura de los privilegios de una ciudad de un reino, como hizo Felipe II al entrar en Sevilla el año 1570, era una mera ceremonia que no le comprometía a nada, mientras que la jura de los fueros de Aragón sí tenía un hondo significado; tan hondo y tan anclado en el corazón de los aragoneses que, aún después de los gravísimos sucesos de 1591, el monarca solo se atrevió a introducir leves modificaciones en un sistema ya totalmente anquilosado.

La diversidad de los pueblos que componían España se manifestaba también de modo espontáneo en las naciones o bandos que se formaban en las universidades, en los colegios, en ciertas órdenes religiosas y que no eran formaciones sólidas, institucionales, sino agrupaciones ocasionales que delataban afinidades y preferencias; así ocurría que con la nación vasca se agrupaban otras gentes del norte, y con la andaluza, los extremeños y murcianos, y en los castellanos puros se decantaban a veces los manchegos de un lado y los campesinos, o sea, los de la Tierra de Campos, por otro.

¹⁰ **HERNANDEZ** Sánchez-Barba, Mario.- obra citada.

No llegaron estos bandos a tener la virulencia que en América tuvieron las divisiones entre peninsulares y criollos, que preocuparon seriamente a las autoridades de las órdenes religiosas y obligaron a establecer la alternativa, o sea, un turno en la provisión de cargos. El caso de los portugueses es distinto: no tuvieron reparo en usar ampliamente el castellano y en llamarse españoles mientras España fue concebida como un ámbito cultural (en el sentido amplio, antropológico, de esta palabra). Pero al transformarse, en 1580, en una entidad política, este sentimiento de pertenencia, de integración, fue sustituido por un rechazo total, expresado con más violencia en las clases populares que en las altas, y más en el bajo y medio clero que en las altas jerarquías.

Es fácil distinguir las raíces históricas de esta diversidad de planteamientos: cuando la gran crisis del siglo XVII puso a prueba el entramado íntimo de la Monarquía, aquellas regiones con un pasado aún vivo de autogobierno reaccionaron de forma muy distinta a aquellas otras englobadas en el complejo castellano; es lógico que no fuera igual el comportamiento de Andalucía, que tenía una acusada personalidad cultural pero nunca fue una entidad política como Navarra o Cataluña. Ahora bien: mientras Portugal rechazó la integración plena, en las demás partes de aquel conjunto sí fue posible la integración gracias a la herencia medieval de las fidelidades múltiples, tan alejadas de los nacionalismos excluyentes, y que hacía posible que una persona conjugara un apego intenso a su pueblo, a su patria chica (era muy intenso el patriotismo local), con el sentimiento de pertenecer a una región, a una nación, a un imperio y, por encima de todo, al orbe cristiano. La verdadera frontera, más bien un foso profundo, era la que separaba esta comunidad cristiana del Islam y de la infidelidad.

Dentro de la Cristiandad, la multiplicidad de fronteras estaba atenuada por ese sentimiento de pertenecer a una patria común; sentimiento quebrantado por la disidencia religiosa que marcó un hito en las relaciones de los pueblos europeos. Razones religiosas, políticas y humanas se mezclaban en dosis variables en los sentimientos de los viajeros extranjeros en España y en los españoles, tan numerosos, que salían del recinto de su patria. Al alejarse de España, aquellas diferencias regionales se difuminaban; el viajero no se declaraba extremeño o aragonés, sino español. Percibía en los países extraños una gradación, unas sensaciones diversas de alejamiento o cercanía: el país más cercano, Italia, por razones evidentes. Cervantes, como tantos de sus compatriotas, se sentía allí como en su casa. Sus elogios a las ciudades italianas revelan el afecto de quien habla de cosa propia. No se puede comprender bien la España renacentista ni barroca sin tener en cuenta estos influjos italianizantes que se infiltraban en la vida española por mil caminos y de mil maneras.

Más notable era la fidelidad a la Monarquía hispana de países muy diversos, como Flandes y el Franco Condado. Fidelidad al Príncipe-Símbolo, a una entidad supranacional en la que cabían muchas personalidades nacionales bajo la égida de un poder moderador, de un árbitro imparcial al que se denominaba Rey de España sin desmenuzar la multitud de títulos jurídicos que encerraba este nombre. Los tratadistas podían polemizar sobre el alcance y significado de esa titularidad; el pueblo sabía de qué se trataba, y porque en esta fase aún incompleta del Estado era la Monarquía la figura jurídica que lo representaba y el motor de aquel múltiple organismo. Es por eso que el carácter personal de los reyes tuvo tanta importancia.

De un reinado a otro las leyes cambiaban poco, pero su aplicación cambiaba mucho; de ahí que una división de la historia moderna de España por reinados (comunidades autónomas), aunque tenga cierto olor rancio a conceptos pasados de moda, no deja de tener efectividad. El talante personal de Felipe II dejó una profunda huella; por ejemplo, él fue responsable del ensoberbecimiento del tribunal de la Inquisición hasta límites increíbles; los gobernantes del siglo XVII tuvieron que aplicarse, con paciencia, a limar las garras de aquel “monstruo” que se había hecho temible desde el siglo XVI no solo a los herejes, sino a todos los organismos e instituciones, y que decir del pueblo en general.

Unidad y variedad eran también las características de la sociedad española de la época. Ciertamente, el panorama social de Galicia tenía numerosas peculiaridades, aún más acentuadas en el caso de Vasconia. En los países de la Corona de Aragón los gremios tenían un vigor institucional del que carecían los castellanos, y había un estrato situado a medio camino entre la nobleza y la burguesía comerciante, los “ciudadans honrats”, que no tenía equivalente en otros países peninsulares. El clero patrimonial, con visos de mayorazgos sacerdotales, estaba mucho más arraigado en el norte que en el sur, y así se podrían ir señalando una serie de diferencias incompatibles, sin embargo, con una sustancial unidad; unidad basada en la herencia ideológica del Medioevo y reforzada por el interés de sus beneficiarios para que no se alterase de forma esencial. De hecho, solo fue demolida, y no por completo, hasta el siglo XIX.

Ese modelo de sociedad era muy simple en teoría y muy complejo en la realidad. La teoría se asentaba, como es bien conocido, en el reconocimiento de dos clases privilegiadas, la nobleza y el clero, y un tercer estado que solía llamarse general o llano. A veces se usaban otras denominaciones, como “estado de los buenos hombres pecheros”, porque el distintivo común de los privilegiados, aparte de otras preeminencias, era no pagar pechos, o sea, impuestos directos, personales, símbolo de sumisión y servidumbre. Este concepto estamental de la sociedad era, por decirlo así, el oficial y reconocido; aparece a través de toda la legislación, de la literatura jurídica, de los arbitrios, memoriales y producciones de tipo político, tan abundantes en aquella época; por ejemplo, en el llamado Gran Memorial que don Gaspar de Guzmán dirigió a Felipe IV a comienzos de su privanza, en el que, para dar una información al joven rey del pueblo que tenía que regir, utiliza el esquema estamental. Esto, por supuesto, aparece constantemente en la amena literatura, porque era el molde en que se configuraba la realidad social; el Quijote usa constantemente estos conceptos: nobles, plebeyos, señores, vasallos... etc.¹¹

Las insuficiencias del esquema estamental eran, sin embargo, notorias, y de ahí que hallemos también una multitud de expresiones y conceptos para designar las solidaridades y los enfrentamientos que latían en el seno de aquella sociedad que, en teoría, parecía inmóvil, hecha de una pieza. Además de la dualidad fundamental, hombre-mujer, tema eterno, argumento y raíz de innumerables disquisiciones, hallamos también expresadas y, a veces, largamente comentadas y debatidas, otras oposiciones y conjunciones, individuo y linaje, campo y ciudad, armas y letras y, como tema recurrente —verdadero bajo continuo de aquella sinfonía inacabable—, la distinción que, en muchos aspectos, aparecía como fundamental: ricos y pobres.

¹¹ VALBUENA Prat, Angel.- Obra citada.

De esta manera, la simplicidad de la división tripartita se complicaba y el paisaje social se enriquecía con infinitos matices; riqueza relacionada con el carácter de transición que tenía la época en que se forjó el Quijote.

Así pues, creo que debemos tener cierta reserva respecto al concepto de “transición” en la historia, porque algunas escuelas históricas han abusado de él para intentar persuadirnos de que los tiempos modernos carecen de sustantividad, y que al final no son más que el resultado de una gran transición que se dio entre el feudalismo y el capitalismo.

Por fortuna, esta deformación de realidades evidentes se halla en franco retroceso, pero antes de continuar quiero hacer constar que no se puede negar que haya épocas de transición: en el curso histórico todo es transición, porque en toda edad hay una combinación de elementos heredados y otros que van surgiendo del inagotable manantial de la creatividad humana. Pero así como en ese curso hay remansos, tramos tranquilos que pueden dar una idea engañosa de inmovilidad, hay otros turbulentos, en los que aparecen “rápidos y cascadas”; épocas en que los antagonismos se exacerban y pueden desembocar en situaciones críticas, revolucionarias, tomando la palabra revolución en un sentido amplio, no necesariamente violento.

La época en que vivió y escribió Cervantes sin duda fue crítica, aunque los cambios se espaciaron lo suficiente como para no dar la sensación de estar ante una época revolucionaria. Aquellos hombres se daban cuenta, por ejemplo, de que la moneda perdía valor adquisitivo; el ritmo de la inflación era muy modesto; un uno o dos por ciento anual, que hoy haría las delicias de cualquier ministro de economía, pero que, por el efecto acumulativo, acababa por hacer insuficientes los sueldos y dotaciones que veinte o treinta años antes se consideraban suficientes; de ahí las frecuentes peticiones de aumento de salarios, de reducciones del número de misas a que obligaba la fundación de una capellanía, de quejas de los que vivían de rentas fijas, etc. Causa importante, aunque no única, de esta inflación era la gran cantidad de plata americana que se acuñaba en las Casas de Moneda y cuya abundancia disminuía su valor; pero los contemporáneos reaccionaban como nosotros, y en vez de hablar de pérdida del valor de la moneda, se referían obsesivamente a la “carestía general”¹².

Era este uno de los factores del choque entre dos sistemas económicos, con repercusiones de todo género, incluso morales: la economía dineraria sustituía parcialmente a la economía cerrada, con gran proporción de autoconsumo y de pagos en especie. La economía urbana era de preferencia monetaria y la rural se atenía más a los moldes tradicionales, pero hay que tener cuidado ante engañosas simplificaciones. El triunfo de “don dinero” sobre los valores tradicionales era algo que estaba en la atmósfera, y lo mismo se expresaba en tratados magistrales que en frases proverbiales: “Dineros son calidad”; “Dos linajes solos hay en el mundo, que son el tener y el no tener” (Don Quijote, Segunda parte, capítulo 20), etc. La misma relación entre don Quijote y Sancho expresa esta ambigüedad: Sancho aspiraba a una relación laboral, un salario, idea rechazada con indignación por don Quijote, que solo concebía entre caballero y escudero una relación vasallática, premiada con mercedes (véanse los primeros capítulos de la Segunda parte del Quijote, esenciales para el conocimiento de este y otros aspectos de la sociedad española coetánea).

¹² *Idem.*

Otro aspecto de la transición, cambio o ruptura, según la importancia que se dé a las transformaciones operadas en aquella época, es el relativo al significado político-institucional en gran parte como reacción a los cambios que se producían en una Europa convertida en un hervidero de pasiones. Para la evolución en el interior de España, el historiador catalán Juan Reglá introdujo el concepto de “viraje filipino”, que durante algún tiempo fue ampliamente adoptado. En esencia, su tesis era la siguiente: a un Carlos V moderado y ecuménico, empeñado en resolver las diferencias de la Cristiandad por medio de un concilio general, sucedió un Felipe II que, tras unos años de vacilación, dio un giro brusco hacia la incomunicación y la intolerancia, en gran medida como reacción contra la situación de la frontera pirenaica, a través de la cual se filtraban predicantes calvinistas del sur de Francia. Este viraje culminaría en 1570 con medidas entre las que Reglá destacaba tres: impermeabilización de la frontera pirenaica, rigor antimorisco que provocaría la revuelta de los granadinos y actitud intransigente frente a los flamencos, origen de las interminables guerras de Flandes¹³.

Desde comienzos del reinado de Felipe II, hallamos un apoyo total al Santo Oficio, los grandes autos de fe de Valladolid y Sevilla, la persecución al arzobispo Carranza, los primeros “índices de libros prohibidos”, el famoso decreto prohibiendo estudiar en universidades extranjeras, la ratificación del estatuto de limpieza de sangre de la catedral de Toledo; pruebas de que ya antes de 1560 reinaban en España los “tiempos recios” que tanta amargura causaron a varios de los más destacados representantes de la espiritualidad: Carranza, Luis de León, Teresa de Jesús, Arias Montano, los primeros jesuitas, etc., que eran objeto de sospechas cuando no de persecución declarada. Cervantes, por lo tanto, no presenció el tránsito; las huellas erasmianas detectables en su obra las recibió a través de una difusa tradición, no de vivencias personales. En todo caso, hay que hacer constar que la Inquisición solo borró en el “Quijote” una corta frase relativa al valor de las buenas obras y dejó indemnes párrafos de indudable sabor anticlerical, como la pintura del “religioso grave” que amonestó al caballero y al escudero por sus locuras (don Quijote, Segunda parte, capítulo 31).

En el ámbito político-social es importante destacar también la contraposición entre los dos reinados: en el de Carlos V aún tenían los magnates suficiente fuerza e independencia para oponerse con éxito a las propuestas del emperador en las Cortes de Toledo de 1538. Frente a Felipe II aparecen totalmente sometidos; su máxima aspiración era ser admitidos en el estrecho círculo que rodeaba al monarca y formar parte de su servidumbre: organizar su casa, vestirle la camisa, servirle los platos, acompañarlo en sus cacerías, autorizar su Corte, serían las máximas aspiraciones de los hijos y nietos de quienes, no mucho tiempo antes, habían hecho temblar a los reyes. Paso decisivo en el afianzamiento de un poder real absoluto del que los Reyes Católicos habían diseñado las piezas maestras sin poder perfilar los detalles.

La contaminación de los valores estamentales por los monetarios, produjo una terminología no oficial pero muy extendida, para designar a los que, sin tener privilegios legales, tenían una situación real de privilegio; eran los poderosos, las personas principales, casi siempre nuevos ricos, encumbrados por los tratos, por la usura, que aunque prohibida, era frecuentísima, sobre todo en el ámbito rural; eran los que especulaban con los granos, acumulándolos en las épocas de

¹³ *Idem.*

baratura y vendiéndolos en las de escasez a precios muy superiores a la tasa. Una tasa de granos esporádica en la Edad Media que en el siglo XVI se hizo general sin grandes resultados. La Corona favoreció indirectamente la ambición de estos parvenus con las ventas de cargos, de tierras, de oficios, de pueblos, títulos y señoríos. Aparentemente, el edificio estamental no se vino abajo, porque lo que pretendían estos intrusos no era derribarlo sino instalarse cómodamente en él.

Los que no tenían dinero para comprar señoríos o altos cargos y los que querían subir peldaños en la escala social por medios más honrosos, utilizaban otros procedimientos que la sabiduría popular resumía en esta frase: “Iglesia, Mar o Casa Real”. El ascenso por los cauces eclesiásticos era el más fácil, porque la Iglesia admitía a todos y en ella podían hacerse carreras magníficas. El antes mencionado fray Luis de Granada, hijo de un emigrante gallego a quien la miseria obligó a buscar nueva patria en tierras andaluzas, llegó a ser, gracias a su profesión monástica, escritor cimero y figura de ámbito internacional, amigo y consejero de altos personajes, incluyendo el propio rey de España.

El segundo término, Mar, es ambiguo: lo mismo puede indicar la alta mercadería, que incluía tanto a los cargadores a Indias, en primer lugar, como a los armadores de buques, mercantes o de guerra (las naos bien construidas servían para ambas cosas), y a los altos cargos de las flotas y galeones. La gran fortuna de don Álvaro de Bazán provenía a la vez de sus hazañas navales y de sus actividades mercantiles. En el norte, muchos marinos cántabros y vascos se enriquecieron con la arriesgada profesión del corso marítimo, admitida y regulada por las leyes.

El tercer término, Casa Real, puede indicar a los que desempeñaban oficios palatinos: el mayordomo mayor, el caballero mayor, los gentiles hombres y otros miembros de la servidumbre regia tenían buenos sueldos y facilidades para obtener hábitos de Órdenes Militares y otras prebendas. Pero en la selección de estas personas se ponía mucho cuidado, de tal forma que no era un medio para introducirse en la nobleza, sino un cauce para acercarse a los que ya la disfrutaban. La verdadera vía de promoción era la del alto funcionariado: secretarios reales, magistrados, consejeros. Aquí sí podían deslizarse y trepar individuos de dudoso origen, como Antonio Pérez, como aquel Mateo Vázquez de Leca, ministro de la mayor intimidad de Felipe II, sobre cuyo origen gravitan pesadas incógnitas.¹⁴

El desarrollo de la burocracia estatal estaba en todo su apogeo en la época cervantina, y en la obra del Príncipe de los Ingenios hay multitud de alusiones a esta realidad. A pesar del estruendo de las incesantes guerras, declinaba en España la vocación militar y se multiplicaban las vocaciones hacia la carrera de las letras. El Siglo de Oro provenía de una sociedad violenta, militar, fruto de unas condiciones especiales: el permanente estado de guerra en la frontera granadina, los bandos urbanos, la ausencia de una fuerza de orden público, todo se conjuntaba para que cada señor tuviera necesidad de poseer una fortaleza, una armería y una hueste. Después de la pacificación interna operada por los Reyes Católicos, la situación cambió de modo radical; todavía en la época de Carlos V, los tutores de sus hermanas Juana y María cuidaban de elegir como residencia lugares bien fortificados, pero con Felipe II tales precauciones estaban

¹⁴ *Idem.*

de más: en Castilla no se movía una mosca; los señores abandonaban sus castillos o los mantenían sólo como lugares residenciales.

También fueron desapareciendo paulatinamente las milicias privadas de los señores y aquellos contingentes en paro forzoso que integraron, en buena parte, las huestes que conquistaron el Nuevo Mundo, así como los tercios que combatieron en todos los campos de batalla de Europa. Era un medio de ganarse la vida, de enriquecerse si había suerte y también de correr mundo y vivir aventuras. Los caballeros aventureros, con frecuencia segundones de casas hidalgas que se enrolaban voluntariamente, fueron numerosos en el siglo XVI; algunos iban movidos por nobles ideales, respondiendo al tipo del “caballero andante”.

Todo este mundo estaba en crisis al finalizar el siglo XVI y por eso Felipe II instituyó una Milicia General, porque la nación que fuera de sus fronteras ostentaba la primacía militar, en su propio territorio estaba casi indefensa, como lo demostró el vergonzoso episodio de la toma y saqueo de Cádiz por los ingleses en 1596. Ya antes, con motivo de la sublevación de los moriscos granadinos, y en 1580, la invasión de Portugal hubo que traer tropas profesionales de Italia. En adelante, la situación sólo empeoró; la nación que había sido semillero de soldados ya apenas producía vocaciones militares; la sociedad seguía siendo violenta pero no guerrera y una de las causas que continuamente se aducían era “ser tan cortos los premios de las armas en comparación con las letras”.

La contienda entre las armas y las letras, que en el Quijote aparece desarrollada en dos ocasiones, era un tema clásico; ya Quintiliano, entre los ejercicios escritos que proponía a sus alumnos, incluía este: “¿A quién se debe conceder la preeminencia, a los juristas o a los militares?”. Porque no hay que imaginarse que por letras se entendía la bella literatura; esta no salió nunca de la indigencia económica ni constituía una profesión. En el siglo XVI, las letras eran los estudios superiores, universitarios, centrados en el conocimiento utriusque iuris, el Derecho Canónico y el Derecho Civil. El primero abría la puerta a las prelacías, el segundo, a la Magistratura, los Tribunales, los Consejos, el gobierno de la Monarquía. Formaban los togados, los garnachas, un enorme grupo de presión, muy corporativista, con sus raíces bien afincadas en los colegios mayores. La inexistencia de una separación de poderes permitió que una casta de juristas sin especial preparación para los aspectos técnicos del gobierno llegara casi a copar los altos puestos, con gran disgusto de la clase militar, a la que se identificaba, sin mucha razón, con la clase noble. En teoría, las armas disponían de más premios que las letras, porque les pertenecían importantes reconocimientos y la totalidad de los hábitos y encomiendas de las Órdenes Militares. En la práctica, la alta burocracia cobraba puntualmente sus sueldos, tenía muchas posibilidades de enriquecimiento y ascenso social y fue acaparando las prebendas de las Órdenes. Todavía en los tiempos en que escribía Cervantes, no se había llegado a los abusos de la época posterior, cuando los hábitos se dieron a mercaderes enriquecidos y las más sustanciosas encomiendas se atribuían a los burócratas, a sus mujeres y a sus hijos. No se había llegado a tales extremos, pero ya se barruntaban.¹⁵

Otra dualidad de aquella época y que es digna de mención, es la que se establecía entre individuo y linaje. Un consejo muy sensato da don Quijote a Sancho sobre

¹⁵ SALCEDO Ruiz, Angel.- *“Estado económico y social reflejado en el Quijote”*.- Alianza.- Madrid, 1965.

este punto: “Jamás te pongas a disputar de linajes” (Don Quijote, Parte II, capítulo 43). Era una obsesión general, alimentada por las informaciones de nobleza y limpieza de sangre, necesarias para obtener cargos honrosos, a veces para ingresar en una cofradía e incluso en algunos gremios. Las rencillas, las enemistades y los sobornos a que daban lugar eran conocidos y lamentados, aunque no se les pusiera remedio.

Es muy clara la contradicción con la idea, muy extendida, de que el Renacimiento ensalzó las virtudes individuales, el principio de que “cada uno es hijo de sus obras (Don Quijote, Parte I, capítulo 4), y no pueden serle imputables los méritos o deméritos de su parentela”. Lo cierto es que en este punto, como en otros, se había producido una simbiosis de elementos de origen diverso, una síntesis en la que se fundían ideas caballerescas de raíz pagana y otras procedentes del cristianismo medieval. Ante Dios, el hombre solo es responsable de sus obras, pero la idea de premiar o castigar a un hombre en sus descendientes “hasta la cuarta generación” también la aceptó el Cristianismo a través de la Biblia.

La solidaridad familiar expresada en los bandos medievales no se disipó en la Edad Moderna, sino que tomó otras formas y el ansia innata de inmortalidad también tomó dos direcciones: la prolongación de la vida en un mundo mejor, en el paraíso, y la pervivencia a través de la fama, de la memoria de los hombres. Dos direcciones entre las que se tendieron numerosos puentes, consiguiendo fundirlas en una sola. Su representación tangible, el monumento funerario rara vez individual; por lo común, panteón familiar que recogía la cadena generacional. Los sufragios colectivos quedaban asegurados por medio de la institución de capellanías, mandas, memorias y otras instituciones que destinaban a los muertos una parte importante de la renta total de que gozaban los vivos. La devoción a las ánimas del Purgatorio, que por entonces experimentó extraordinario auge, respondía a esta misma idea de solidaridad entre la sociedad de los muertos y la de los vivos. Las disposiciones testamentarias reforzaban este sentimiento de colaboración y corresponsabilidad. La fundación del panteón escurialense; la obsesión de Felipe II por las reliquias; detalles como las “retenciones, descuentos y los juros” consagrados al culto de las ánimas del Purgatorio, subrayan el enorme papel que en la mentalidad colectiva desempeñaron estas ideas.¹⁶

Una visión global de la sociedad española resultaría incompleta sin dedicar, al menos, unas alusiones a los elementos que con ella coexistían sin fundirse, como cuerpos extraños, ya por razones étnicas, religiosas o de otro orden. El interés actual por los grupos marginados de aquella época, se explica no solo por el considerable volumen de algunas de estas minorías y los conflictos a que dieron lugar, sino porque a través de ellas y del trato que recibieron es posible adentrarse en el estudio de los comportamientos y mentalidades de la sociedad dominante en la España de los siglos XVI y XVII. Los criterios que regían la integración o exclusión de individuos y grupos no eran económicos; los pobres no eran marginados, sino un estrato muy amplio y muy respetado, con lugar propio en la “Res publica Christiana”. La pobreza era un valor, no un oprobio, y lo mismo los que la elegían voluntariamente que los que caían en ella por azares de la adversa fortuna tenían derecho a una solidaridad fraternal expresada en multitud de donaciones e instituciones benéficas. Eran muy dadivosos los

¹⁶ VALBUENA Prat, Angel.- Obra citada.

españoles de la época y no solo los naturales, sino que también muchos extranjeros se beneficiaban de su generosidad.

Los abusos en cuanto a la infinidad de falsos pobres, produjo disputas acerca de las medidas que sería prudente adoptar en relación con el problema de la mendicidad. Múltiples discusiones teóricas se dieron entre los grupos de beneficencia, ya que tropezaban en la práctica con la dificultad de distinguir al inválido, al desempleado o al desgraciado, del truhán y del vagabundo. Había una gradación muy matizada que comenzaba con el pobre vergonzante, persona de buena familia que había caído en la indigencia y a la que había que socorrer a domicilio, de forma que no se lastimara su honor, y terminaba en el transeúnte anónimo al que no rara vez se hallaba en la calle muerto de hambre y frío una noche invernal. A los primeros dedicaban los prelados sumas importantes y trato decoroso. Los últimos solo tenían a su disposición alguna casilla a la entrada del pueblo, que se decoraba con el título de hospital aunque no contuviera alimentos ni medicinas.

Tampoco deshonraba ni excluía de la comunidad la dependencia personal en sus variadas formas: señor-vasallo, amo-criado, maestro-aprendiz, etc. Formas de dependencia que no tienen equivalente exacto en la actualidad. La servidumbre no era un estigma, aunque revistiera formas que hoy nos parecen humillantes, como los castigos corporales. El lacayo Tosilos refiere a Sancho con toda naturalidad que el duque su señor había mandado que le dieran cien palos por una falta en el servicio (Don Quijote, Parte II, capítulo 66). La servidumbre doméstica con frecuencia generaba afecto mutuo; los rasgos de fidelidad que a veces descubren los documentos nos sorprenden; Rodríguez Marín, en su introducción a Rinconete y Cortadillo, cuenta su estupefacción ante el testamento de una pobre criada que en el preámbulo encomendaba su alma a Dios y su cuerpo a la tierra “con licencia del señor marqués mi amo”. El aprendizaje, tenía aspectos detalladamente descritos en los contratos, que mezclaban rasgos familiares y laborales.¹⁷

La auténtica marginación tenía aspectos muy variados. En unos casos era irremisible, en otros no. El no creyente, el no católico, estaba fuera de la comunidad; se toleraba en los extranjeros defendidos por tratados internacionales. La conversión los integraba plenamente, sin que quedaran máculas de su anterior condición. Las prostitutas podían redimirse y lavar sus culpas; pero no los homosexuales: perseguidos en la época de Cervantes con ensañamiento, no pocos acabaron en la hoguera. Tampoco el bautismo, por más sincero que fuera, restituía su honor a los musulmanes y judíos. Esa fue la tragedia de los conversos. La esclavitud también dejaba secuelas. España era entonces el único país de la Europa occidental con un elevado número de esclavos; sus fuentes, la trata de negros y las luchas contra turcos y berberiscos. Eran frecuentes los casos de manumisión, pero, como ocurría en la antigua Roma, el liberto sufría limitaciones y restricciones no menos duras por el hecho de no ser legales. Había también oficios viles, que no hay que confundir con los oficios mecánicos.

Estos últimos eran todos los que necesitaban un esfuerzo físico, un trabajo manual, que llevaba aparejada cierta descalificación; por eso, aquellos artífices que tenían interés en proclamar la legitimidad y calidad de su arte, se esforzaban

¹⁷ *Idem.*

por dejar bien claro que ellos ejecutaban solo la labor magistral, dejando a sus ayudantes los aspectos materiales de su tarea; los farmacéuticos tenían mancebos que pulverizaban, calentaban y mezclaban los ingredientes, los pintores se valían de su sirviente para preparar los lienzos y los colores (el caso de Juan Pareja respecto a Velásquez), etc. Pero si bien las actividades mecánicas se reputaban incompatibles con la hidalguía, no descalificaban al artesano, que tenía su puesto señalado en la escala social y en los cortejos se agrupaba tras la enseña de su gremio. En cambio, la profesión vil, envilecía a quien la practicaba, por ejemplo el matarife, el pregonero, el verdugo. Los precedentes clásicos incluían en esta reprobación a cuantos se ganaban la vida divirtiendo al público, como los comediantes, aunque la práctica atenuase mucho este juicio tan severo. Este fue un argumento muy usado en las polémicas sobre la licitud, la categoría y la calidad cultural del teatro.¹⁸

Y de los pícaros ¿qué diríamos? La picaresca no estaba legalmente definida; sus contornos eran tan vagos que resulta difícil indicar si estaba dentro de los límites tolerables o se calificaba de vulgar y se situaba fuera del sistema admitido. Cervantes, que conocía a la perfección aquel ambiente, no lo incluyó en el Quijote, y la razón es clara: la picaresca era un fenómeno urbano, crecía en los bajos fondos de ciudades cosmopolitas, mal gobernadas, con una policía deficiente. No tenía lugar en el Quijote, cuyo escenario es puramente rural.

4.3 LA VIDA DIARIA

Como ya hemos visto hasta aquí, el tiempo que vivió Miguel de Cervantes fue un periodo difícilmente definible, pero marcado por una brillantez incomparable pues se dieron fuertes contrastes en los terrenos artístico y literario. En lo artístico, España brillaba con más fuerza que nunca gracias a maestros como El Greco, Velásquez, Góngora, Calderón, Cervantes, Lope de Vega o Quevedo. Sin embargo, el vivir cotidiano de la gente del pueblo transcurría en medio de la más sórdida de las miserias.

Uno de los dramas más terribles que sufría aquel imperio en decadencia en el que “nunca se ponía el sol” era la falta de natalidad. Por aquel entonces, la población española rondaba los seis millones de personas, cifra que quedaba muy por debajo de las registradas en el resto de Europa.

Entre los siglos XVI y XVII, periodo en el que se sitúa esta edad dorada, la vida urbana experimentó un profundo cambio. Mientras en el primero se produjo un importante desarrollo de las ciudades, en el segundo la crisis se cebó en muchas poblaciones. Así urbes de pasado glorioso como Burgos, Segovia o Sevilla sufrieron un importante retroceso económico y de población, mientras que Madrid -cabeza visible de la monarquía- fue creciendo a pasos agigantados.

Lo habitual en aquellos años era que los ciudadanos fueran propietarios de sus domicilios, aunque también había muchos que vivían de alquiler. El mobiliario de la casa de una familia media solía ser bastante austero y se reducía a una mesa, unos bancos y un baúl. La decoración también estaba en consonancia con este ambiente de sobriedad y lo normal es que las paredes no tuvieran más adornos que alguna estampa o cuadros de mala calidad de temas religiosos.

¹⁸ *Idem.*

Lógicamente, la alimentación también era el fiel reflejo de las profundas diferencias sociales existentes, y no sólo en lo referente a la composición de la dieta, sino en los usos y costumbres del comer. El pan era el alimento básico de las clases populares que dedicaban la mayor parte del presupuesto mensual a la compra de trigo.

Durante aquella época de miseria, las dificultades para viajar de un lugar a otro de la península eran muchas, ya que los caminos estaban plagados de bandoleros que acechaban a los comerciantes y señores. Ni siquiera los correos reales y las diligencias de la Hacienda se libraban de las fechorías de estos ladrones. Uno de los puntos más conocidos por su peligrosidad era el paso de la Parrilla, situado en el camino real entre Madrid y Sevilla. En medio de este ambiente sombrío, los estudiantes constituyeron un grupo singular y privilegiado. Las calles de Salamanca, Alcalá de Henares o Santiago eran el escenario habitual de sus correrías nocturnas.

4.3.1 La moda

En esto, como en todo, el vestir dependía mucho de las posibilidades económicas. Sin embargo, en general, en España se preocupaban mucho por la apariencia y se dedicaba gran atención a la indumentaria. Salvo modas pasajeras, los españoles de los siglos XVI y XVII prefirieron el color negro para su vestuario. Tal vez, porque este acentuaba la seriedad que requería este periodo de penurias. Básicamente, la indumentaria masculina constaba de jubón, calzas y sayo, que era una especie de falda. Los zapatos eran de piel y entre las clases populares estuvo muy difundido el uso de alpargatas. En el vestuario femenino, las diferencias entre la clase humilde, las damas y las prostitutas eran tremendas. Eso sí, el elemento más llamativo de los vestidos lo constituyó el guardainfante, un armazón formado por varillas, aros y ballenas que daba una forma acampanada a la enagua. En el peinado, lo que se imponía era la media melena rizada y muy abultada.

Barbas y Perillas.- A lo largo de este periodo histórico, la estética masculina sufrió un cambio radical. Durante el siglo XVI, el pelo se llevó corto y la barba poblada, tal y como puede contemplarse en los retratos de hidalgos castellanos que pintó el Greco. Por el contrario, en el siglo XVII, se impusieron los cabellos largos (tipo conde-duque de Olivares en los cuadros de Velázquez), con numerosos bucles y rizos. Además, las barbas quedaron reducidas a perillas o candados.

Adornos femeninos.- Los artificios barrocos encontraron en las cabezas femeninas un campo muy fértil. Las mujeres se colocaron todo tipo de cintas, plumas y colgantes. Los sombreros, como un aditamento más del peinado, fueron muy corrientes entre las clases adineradas. Mientras las viudas se cubrían la cabeza con tocas de aspecto monjil.

4.3.2 La mujer

La España en la que vivió Cervantes, a pesar de los múltiples descubrimientos y del aparente dominio que sobre gran parte del mundo tenía, presenció una grave marginación para las mujeres, las cuales tenían marcado su destino dentro de cualquier actividad que les era asignada o permitida por los hombres. Claro está, que debemos hacer la distinción entre las mujeres en general, y aquellas

(muy contadas por cierto), que debido a su linaje o a su herencia monárquica, tenían determinado poder sobre los grupos sociales. De esta forma, la vida diaria de las mujeres durante el llamado “Siglo de oro” español, no fue mucho mejor que para la mujer en el Medioevo, ya que además de haberse continuado con hechos de opresión de los “menudos” por un puñado de feudales y de los hombres por la Iglesia, en realidad las mujeres se veían abusadas y oprimidas por todos.

Toda esta situación detalladamente examinada, no parece muy favorable a la mujer; y las circunstancias que rodeaban la vida del ser humano en general: inseguridad, guerras, epidemias, hambres, peso del poder monárquico, y finalmente el poder ideológico de la Iglesia, no podían sino resultar todavía más perjudiciales a la parte femenina de la población. La multa impuesta al asesinato de una mujer hasta la edad de 14 años, era la mitad del precio de la muerte de un chico; superior a la del varón entre los 14 y 20 (época de la fertilidad femenina), y a partir de los 20 años, seis veces inferior.¹⁹

La mujer, sierva o esclava, no podía casarse fuera del dominio de su señor y, si lo hacía, sus hijos serían repartidos entre su señor y su marido. La mujer no elegía marido, pero aceptaba el que hubiese sido escogido por su padre o su linaje, por brutal, viejo o feo que fuese. De todas formas, corría siempre el riesgo de ser violada por algún bandido o por algún señor rebelde o enemigo; de ser raptada, o de ser repudiada y condenada al convento si no a la muerte, según el buen parecer y deseo del hombre en general.

Eternamente menor de edad y sin ninguna capacidad, la mujer pasaba del poder de su padre al de su marido y no podía actuar nunca sin el permiso o la licencia de este varón. Todavía peores eran las condiciones de vida y existencia de la mujer de un labrador, de un miserable artesano en las ciudades, o de las viudas que componían la gran mayoría de la población pobre, socorrida en las ciudades de esa época.²⁰

El hecho de que, desde unos siglos antes se haya presenciado la aparición del culto de la Virgen María (siglo XII); que se haya fomentado la poesía de los trovadores, las “cortes de amor” y el amor cortés; y que hayan sido jalonados por figuras femeninas, reales o ficticias, como las de Eloísa, de Isolda, de María de Molina o de Juana de Arco, no consigue sobreponerse a la “leyenda negra” que desde la edad Media no ve más que cadenas, cinturones de castidad, tornos, potros, “derecho de pernada” y en general, una denigración total de la mujer hasta como ser humano.

Se deduce así, lógicamente, que desde la Edad Media hasta nuestros días, el transcurrir de los años, decenios y siglos ha significado una evolución positiva, continua, ascendente de la mujer, tanto en lo que toca a la visión que de ella tiene la sociedad como la que ella lleva sobre sí misma. A lo largo de esta evolución, que se inicia en la “nada”, en lo que sería el punto cero (la Edad Media), hasta llegar a nuestros días, algunas épocas como el Renacimiento y el Siglo de Las Luces jugarían un papel fundamental en la “liberación” de la mujer, hasta desembocar en la aparición del “feminismo”, que fue el inicio a su vez de los movimientos actuales.

¹⁹ *Idem.*

²⁰ *Idem.*

Para la época de Cervantes, aún se ejercía en muchos lugares de España, una de las costumbres bárbaras más viles que se pudieron crear en contra de las mujeres, y que era llamada como “Derecho de pernada”. Este famoso “ius primae noctis” o derecho de la primera noche, vulgarmente llamado derecho de pernada, existió efectivamente, escrito u oral, desde el corpus jurídico medieval. En el Siglo de oro español, se atestigua que en la práctica se había convertido a menudo en el pago de una cierta cantidad monetaria al señor por el campesino que se casaba; en los casos en que este derecho señorial no era rigurosamente exigido, la “ceremonia” consistía en que el señor -literalmente- franqueaba de una zancada el cuerpo de la novia y recibía a cambio un par de gallinas o un bote de miel.²¹

No olvidemos, por otra parte, que el señor solía vivir dentro de un grupo que incluía a su familia en el sentido amplio, sus criados de ambos sexos y los niños nacidos en el castillo, legítimos o bastardos, y que las novias de sus siervos o campesinos no deben parecernos ahora como siempre guapas y jóvenes; debemos imaginar que en una sociedad rural que padece hambre y epidemias, se las puede más fácilmente encontrar como prematuramente marcadas, sucias, cubiertas de piojos y pulgas y, por lo tanto, seguramente poco apetecibles. Al señor, en general, le debía ser mucho más provechoso convertir esa “obligación” de su parte en una renta más, a pagar por el novio en el momento de la boda.

Otro flagelo que se dio sobre las mujeres, fue la persecución de las brujas por la Santa Inquisición, que después de torturarlas, las enviaba inevitablemente a la hoguera al mismo tiempo que los gatos o gallos negros. La época más negra que ilumina las hogueras de brujas, corresponde a los siglos XVI y XVII, cuya ideología se basa en un “manual del perfecto inquisidor de brujas”, el Malleus Maleficarum, escrito en 1486 por los Dominicos alemanes: extrañamente, fueron raros los hombres a los que se llegó a acusar de brujería, ya que eran las mujeres las que predominaron en las acusaciones como “Siervas del demonio, seres malignos, hechiceras, dueñas de las malas artes, dominadoras de las metamorfosis del aquelarre, preparadoras de elixires de posesión y generadoras de maleficios, etc.”

El estudio de la condición femenina en los siglos XVII y XVIII, nos deja percibir una realidad que, lejos de ser simple en su negatividad, se revela como mucho más compleja. En el proceso de acercamiento a esa realidad de la mujer, hay que señalar en primer lugar el marco jurídico e ideológico en el cual se desenvuelve su vida, antes de detenernos un momento en la realidad social y en la realidad personal de esta vida.

El Derecho vigente en el Siglo de oro español, heredero del Derecho romano y del Derecho germánico, a pesar de sus variedades y divergencias, suele considerar a la mujer como a un ser “menor de edad”, que es incapaz en general. En los países de derecho oral basado sobre las costumbres, quizás más emparentado con la legislación germánica, no se reconoce la tutela paterna sobre la mujer mayor de edad, pero sí la potestad marital. En los países de derecho escrito (que corresponden a la Europa meridional: Italia, Península Ibérica, Sur de Francia), a la “potestad” del padre sigue la del marido. La mujer, en la mayoría de los casos, no puede disponer de su fortuna, administrar sus bienes, o presentarse ante un tribunal; para cualquiera de estas gestiones, la presencia de un hombre (padre, marido, hermano o tutor), es imprescindible. Esta incapacidad jurídica

²¹ *Idem.*

total de la mujer puede parecernos ahora muy arcaica, pero no olvidemos, sin embargo, la gran cantidad de fenómenos sociales y de hechos políticos que hasta hace poco se han venido registrando en diversas partes del mundo de nuestra actualidad, con el fin de que se iguallen los derechos y las oportunidades de las mujeres con los de los hombres.

Junto al Derecho, la ideología dominante en esa época (para utilizar términos actuales), se mostraba más que hostil a la mujer. La Iglesia Romana por ejemplo, basándose en numerosas referencias bíblicas y asimilando la doctrina culpabilizadora de San Agustín, promociona a nivel social lo que se puede considerar como una gran campaña “antifeminista”, pues la imagen que se impone es la de la mujer como tentadora, como ser débil, pecadora, creada del hombre y para él.

A nivel social, conviene destacar la presencia o la ausencia femenina en el acceso a la enseñanza, al trabajo y al poder.

En sentido contrario a lo que suele creerse, en esta época existe, a nivel del saber y de la enseñanza, una relativa pero cierta igualdad. Empezando por las capas bajas de la sociedad, en su mayoría campesinas, se advierte una ausencia generalizada de instrucción, tanto para los hombres como para las mujeres; éstas participan así de las conversaciones y de la vida social en posición de igualdad con sus maridos o hermanos. En un tipo de sociedad en el cual reina el analfabetismo, la transmisión oral de la cultura se realiza tanto a través de la madre o del padre a los hijos, como entre vecinos o vecinas, etc. El discurso femenino por lo tanto está, en este período, tan cargado de sentido y de seriedad como el discurso masculino; de hecho, las campesinas de este tiempo hablan como -o con- sus hombres, de temas que resultan ordinarios y con los que hacen gala de su ignorancia, como de la resurrección final, de catarismo o de catolicismo, tanto como de habladurías sobre el cura del pueblo, un vecino o unas vecinas.

A un nivel social un poco más alto se encuentra ya una mayor diferenciación, ya que los que más estudios prosiguen son generalmente los clérigos, y la clero se mantuvo celosamente reservada a los varones, a pesar de la rebeldía femenina contra ese monopolio, expresada desde el siglo XIII. (Las protestas femeninas a este respecto, dieron lugar a la confiscación de las rentas, de las propiedades y hasta la excomunión de las mujeres que participaban en ellas y que generalmente pertenecían a clases altas).

Sin embargo, vale la pena mencionar que ya desde el siglo VI, se exigía que las monjas supieran leer y escribir. Y se puede así observar que desde los primeros siglos de la Alta Edad Media, los conventos se encargaron de dar educación y cultura no sólo a las que iban a ser monjas sino también a muchas que pertenecían a las clases poderosas (mujeres de la monarquía, Condesas, Marquesas, Duquesas, hijas de ricos, etc.).

Las universidades españolas, estaban convertidas en crisoles de la cultura europea vigente. La mayoría de ellas eran fundaciones eclesiásticas y estuvieron prohibidas a las mujeres. Sin embargo, el ambiente intelectual y el afán de saber existían entre la población femenina, pero la realidad era que en los siglos XVI y XVII, las mujeres se encontraban totalmente “desterradas” de los centros de

*cultura universitarios y para bachilleres, por considerárseles poco capacitadas para adquirir conocimientos clasificados como muy elevados.*²²

Para no exagerar el alcance de la instrucción y de la cultura a nivel de la población femenina, no debemos olvidar que la sociedad española de estos siglos es económicamente subdesarrollada, y a pesar de que con la aparición del libro impreso, la cultura se extendió mucho más rápidamente y se propagó a través de toda Europa, las ideas y los ideales renacentistas excluían definitivamente a la mujer, la cual tenía además la desventaja de no saber leer y por lo tanto, se reducía a la parte masculina de la humanidad la posibilidad de adquirir cualquier tipo de conocimiento. En pocas palabras, “el renacimiento español fue la muerte intelectual y artística de la mujer”.²³

Pero la presencia de la mujer en la sociedad y su papel en ella se manifiestan al mismo tiempo por el grado de acceso al trabajo -al trabajo “productivo”, por oposición al trabajo doméstico o trabajo “improductivo”, así denominado por los que no lo realizan.

En la economía rural la mujer nunca estuvo ausente, compartió con los varones las diversas tareas de la siembra, las mieses o la cosecha, el cuidado de los animales y el mantenimiento de la casa. La situación no ha variado desde hace siglos, si no milenios. Puede ocurrir que ciertas tareas, como la de buscar el agua, cuidar del fuego, cocinar, o incluso llevar el trigo al molino, sean reservadas más específicamente a la mujer, mientras que el hombre ara, se ocupa del ganado y lleva los paños al batán, División del trabajo pues, pero trabajo al fin y al cabo, y duro.

La incorporación de la mujer al trabajo -dividido en “oficios” o “artes”-, se realizó a menudo a través de la asociación familiar: la mujer ayuda a su marido en el oficio de éste, y luego le sustituye o le sucede. En el seno de esta misma asociación familiar, el padre enseña su arte a hijos e hijas. La incorporación femenina al trabajo en las ciudades era una realidad. Los oficios que desempeñan las mujeres y en los cuales tienen un casi monopolio son, principalmente, los textiles y la confección -hilanderas, tejedoras, tintoreras, costureras o sastras y hasta lavanderas-, los relacionados con la alimentación -oficios de panaderas, “verduleras”, o los de “taberneras y mesoneras”-. No obstante, en términos generales -y eso no es para sorprendernos -, los salarios femeninos solían ser inferiores a los masculinos y las más desfavorecidas eran las obreras que trabajaban en su domicilio. El siglo XVI marca así, una vez más, una regresión en lo que hoy día se suele llamar la liberación de la mujer. Este “renacimiento” mercantilista, que antecede a la era capitalista, significa la muerte de la mujer como entidad económica activa dentro de la sociedad, y el “siglo de oro” la encontrará encerrada en casa, dedicada a la educación de sus hijos pequeños, a la cocina y a los cuidados destinados a un hombre, su hombre, el marido.²⁴

Clausura, matrimonio y prostitución.- A nivel de la vida pública, también es necesario mencionar el papel que tomaron mujeres, ya que estas fueron generalmente vetada para la vida política activa y sobre todo si estaba casada.

²² BELL F.G., Aubrey.- *“El Renacimiento español”*.- Editorial Continuum / Atlas.- Zaragoza, España, 1944.

²³ Idem.

²⁴ Idem.

La desaparición de las mujeres de la vida cívica, empieza a la par que su desaparición en el dominio cultural y profesional, desde los últimos siglos de la Edad Media. (Debemos recordar que en 1431, en Francia, se acusó y se quemó públicamente a una mujer por haberse atrevido a llevar un atuendo masculino, actuar como un varón, participar en la guerra y ser acusada de brujería: se llamaba Juana de Arco).

Desde luego que toda esta influencia y el correspondiente trabajo de la “Santa Inquisición”, hicieron que España fuera la nación representativa que en la Europa de los siglos XVI y XVII, imponía un mayor número de limitaciones y control sobre las mujeres. En cuanto a lo que pudiéramos llamar la “realidad personal” de la mujer de esa época, sus posibilidades de desarrollo se limitaban dentro de un pequeño campo de elección, (hubiese estudiado o no, ejerciera una actividad fuera o dentro de casa y tuviera o no acceso a la vida cívica), y que la llevaba al matrimonio, el convento o la prostitución, En esto, se había adoptado el esquema tradicional de devaluación social de la mujer, el cual era reforzado por la “teoría oficial de la Iglesia Católica”: tomando como punto de partida que “la mujer es naturalmente y por esencia un ser malo y pecador”, por lo que para salir de este postulado se le ofrecía la imagen de “María”, con sus dos facetas: la de virgen (en el convento), y la de madre (en el matrimonio).²⁵

La clausura total, es una opción típica para las mujeres de los siglos XVI y XVII y subsistió hasta finalizado el siglo XIX, lo cual nos indica que en la sociedad española de esos momentos históricos, consiguió imponerse el criterio y los repetidos esfuerzos de la jerarquía eclesiástica.

El matrimonio por su parte, fuese legal (matrimonio de hecho religioso), o ilegal (concubinato), fue también una de las constantes de esos siglos; era socialmente aceptado y no ofrecía características particulares: las mujeres se casan jóvenes con hombres que les llevan diez o quince años; el número de niños nacidos puede ser elevado pero la mortalidad infantil es un factor de regulación del aumento de la población; en fin, en lo que se suele llamar ahora “la tercera edad”, se encontraban más viudas que viudos, tanto por la diferencia inicial de edad en el tiempo de las bodas como por la mayor resistencia física de la mujer en las épocas de hambre o de epidemias. Conviene indicar también que a lo largo de una vida, tanto masculina como femenina, los matrimonios podían sucederse, legales, ilegales o alternados: dos o tres fueron caso corriente.²⁶

La prostitución es anterior por supuesto a los siglos XVI y XVII. Las prostitutas encontraron su lugar en esa sociedad española desde el medioevo, que no excluyó a nada ni a nadie de su seno y abarcó, sin hacer distinciones, tanto a los locos como a los no-locos, a los niños como a los adultos, a los enfermos como a los sanos y a los cristianos ortodoxos como a los heréticos.

La intolerancia que llevaba a quemar a las brujas y a los heterodoxos, a encerrar a los enfermos, a los locos, a los niños o a las prostitutas en la España del siglo de oro, a “no dejar coexistir el orden con el desorden y la razón con la locura (Michel Foucault),²⁷ esa intolerancia que es la marca característica de la “sociedad

²⁵ VALBUENA Prat, Angel.- Obra citada.

²⁶ *Idem.*

²⁷ Término utilizado por Michel Foucault en su “Historia de la locura en la época clásica”.- FCE .- México, 1986.

moderna”, se inicia en el siglo XVI para desembocar en nuestra sociedad contemporánea.²⁸

En el siglo de oro español, la prostitución se encuentra lo mismo en las calles que en casas especializadas, así como en albergues y tabernas. Invariablemente cada ciudad grande tenía uno o más establecimientos con agua fría, caliente y hasta vapor; pero debido a que también se acostumbraban los baños mixtos (como una herencia de la Edad Media), y que los clientes de ambos sexos solieran bañarse desnudos, hizo que poco a poco la jerarquía eclesiástica consiguiera prohibir su uso y hasta su existencia, de tal forma que para el último tercio del siglo XVI, ya habían sido erradicados totalmente. Una vez más, podemos identificar en esto un punto de progreso en el dominio intelectual que sobre la sociedad ejercía la Iglesia, pero también se dio una regresión material e higiénica real, pues los contemporáneos del siglo XVI ya no se lavarán, y sustituirán el uso del agua y del jabón por el de los perfumes, destinados además a ocultar los más diversos olores corporales.²⁹

4.3.3 El amor cortés

A pesar de las tendencias “antifeministas” heredadas desde la Edad Media y mantenidas completamente vigentes en la España de los siglos XVI y XVII, impidiendo cualquier asomo de igualdad entre los varones y las mujeres (ya que era una sociedad de varones y para varones y por ende “no una verdadera sociedad, sino un club exclusivo para hombres), la costumbre fue permitiendo la existencia de un fenómeno gracias al cual, las mujeres eran objeto de determinadas consideraciones y admiración por parte de los hombres, y este es el llamado “amor cortés”, que en esta perspectiva, representaría a la vez un paso adelante en el camino de la civilización y una promoción de la mujer, desde entonces señora y dueña del corazón de su amante.

Así, se llega a oponer la poesía de los trovadores meridionales, basada en el amor, generalmente sin esperanza ni posibilidad de realización efectiva, de acuerdo con las costumbres que reinaban entonces, con la nueva poesía perteneciente ahora a un movimiento literario que significara un refinamiento hacia costumbres más civilizadas. En toda la literatura cortés de estos siglos, la mujer aparece como el “ser amado” al cual rinde su homenaje el amante; “ser amado” que se convierte en un ser pasivo, casi inexistente y etéreo, el cual es objeto del amor del poeta. Un objeto bello, hermoso, dotado de todas las cualidades, hasta la de hacer sufrir al amante, pero objeto al fin y al cabo. A la mujer se la glorifica, se la deifica, se la compara a una flor, a una diosa o a la Virgen María; en resumen, se la coloca en un pedestal: con esto ha dejado de existir como sujeto activo, para convertirse en el objeto pasivo del amor, del odio o de la indiferencia masculina.³⁰

Al varón le bastaban sus propios versos, sus deseos o sus quejas, ya no necesitaba respuesta: él se ha transformado en el único sujeto, en el único ser activo, y la mujer será su creación personal como objeto de sus pensamientos y de sus deseos. Como consecuencia de este panorama del galanteo masculino, no se pudo lograr

²⁸ FOUCAULT, Michel .- “*Historia de la locura en la época clásica*” .- FCE .- México, 1986.

²⁹ VALBUENA Prat, Angel.- Obra citada.

³⁰ Idem.

el cambio de la mentalidad colectiva, de tal forma que la constante ideológica predominante, reducía a la mujer a su papel de madre y ama de casa.

Así pues, se repite este último destino de la mujer, originado y mantenido por la filosofía oficial de la iglesia, consagrándose tanto el triunfo del ideal masculino heredado de la antigüedad, como el triunfo de la moral religiosa, de tal forma que se confirma la reclusión de la mujer en el convento, en su casa o en la cárcel, y se da principio a la tan denigrante represión sexual.

La opresión de la mujer, en estas condiciones, no es más que el resultado de un Medioevo calificado de bárbaro y de una época moderna que se inicia con el auge de las letras, del arte y del intelectualismo, y desemboca en el triunfo de la ciencia.

4.3.4 El medio físico

Los hombres y las mujeres españoles de los siglos XVI y XVII, sufrían con dureza las consecuencias del medio físico. Los rigores del invierno eran muy difíciles de combatir para todas las clases sociales, utilizando tanto los nobles como los humildes el fuego para combatirlo. Gracias a la leña o el carbón vegetal, el frío podía ser soportado, sobre todo cuando se contaba con chimenea, que era en ese entonces uno de los rudimentarios sistemas de calefacción de mayor uso. El refugio más empleado durante los largos y fríos inviernos eran las casas, utilizándose numerosas ropas de abrigo para atenuar los rigores meteorológicos. Las pieles eran el elemento característico del vestido de esa época. Por el contrario, para combatir los rigores del calor sólo se podía recurrir al baño con agua fría y a refugiarse tras las gruesas paredes de las iglesias y los castillos.

La luz fue otro elemento que en esos siglos suponía una importante limitación. Por la falta de una adecuada iluminación, en las noches las actividades se reducían muchísimo. Incluso las corporaciones laborales prohibían a sus miembros trabajar durante la noche. Entre los motivos de estas prohibiciones encontramos la posibilidad de que se provocaran incendios o la imperfección en el trabajo realizado, debido a la escasa visibilidad.

Las horas nocturnas solían servir a la fiesta en castillos y universidades, fiestas que se extendían a toda la sociedad en fechas señaladas como el 24 de diciembre o la noche de difuntos. Sin embargo, las situaciones en las que el hombre lamentaba la falta la luz era cuando las grandes catástrofes se presentaban: pestes, incendios, inundaciones, sequías, etc.

Los incendios eran tragedias habituales en el mundo renacentista, ya que se propagaban debido al uso de la madera para la construcción de las viviendas y como combustible en las cocinas. Un descuido daba lugar a una gran catástrofe, pues también se utilizaba el fuego como arma de guerra. Las casi carentes condiciones sanitarias de la población favorecían la difusión de las epidemias y pestes, especialmente gracias a las grandes aglomeraciones de gente que se producían en las ciudades, en donde además las grandes cantidades de ratas eran los principales agentes transmisores.³¹

³¹ *Idem.*

4.3.5 Comunicación con otras áreas culturales

El espacio de la gente que vivió en estos siglos, era muy limitado. Fuera del ámbito espacial que dominaban dentro de España la Monarquía, la Iglesia y el Islam, todos los demás territorios controlados por la corona española eran bastante mal conocidos, mezclándose por lo tanto la fábula y la fantasía con escasas dosis de realidad. Las noticias del Lejano Oriente seguían llegando a través de la Ruta de la Seda, gracias a contactos muy indirectos y limitados.

África, buena parte de Asia y América, serían casi desconocidas para la mayor parte de la población. El grueso de la población no salía de su entorno más cercano durante toda su vida. La definición de proximidad en la época, está relacionada con la distancia que se podía recorrer a pie entre la salida y la puesta del sol, considerando en ese tiempo transcurrido tanto la ida como el regreso. El ámbito de interrelación sería, por lo tanto, local.

La movilidad aumenta con el transcurso del siglo XVI, cuando se produce un aumento de la seguridad en las vías de comunicación. Entre los culpables del aumento de esta movilidad encontramos el desarrollo de las peregrinaciones, especialmente a Santiago a través de la Ruta Jacobea. La puesta en marcha del Camino de Santiago por el que peregrinos de toda Europa llegaban a la costa atlántica, había traído consigo el aumento de los intercambios tanto económicos como culturales y artísticos. Bien es cierto que viajar en esa época con rapidez y seguridad, no era una empresa fácil.

Los medios de transporte eran tremendamente limitados y los caminos muy precarios. Durante sus viajes, los viajeros podían ser asaltados por bandidos y había que pagar peajes al atravesar por determinados territorios, lo que motivaba que el trayecto alcanzado fuera bastante limitado. Considerando que un viajero utilizara un animal para sus desplazamientos, no recorrería más de 60 kilómetros diarios, por lo que atravesar España le llevaba del orden de 20 a 30 días. Las vías fluviales eran más utilizadas para transportar mercancías.

A pesar de estos inconvenientes los viajeros eran relativamente abundantes. Por ejemplo, Juglares, vagabundos, peregrinos, clérigos, soldados, prostitutas, etc., animaban los caminos y se alojaban en la limitada red de posadas existente. Los hospitales para peregrinos y albergues ampliarán esta oferta asistencial en aquellas zonas del camino por las que el tránsito de viajeros era mayor. La mayoría de los peregrinos procedentes de Francia, pasaban por el hospital de Roncesvalles, en cuyo cementerio descansan los restos de un amplio número de viajeros que no pudieron cumplir su sueño de alcanzar la tumba del apóstol.³²

4.3.6 El tiempo y su medida

En esa época, el tiempo tenía para el hombre dos referentes; el primero, de carácter físico, era el sol; el segundo, de carácter espiritual, eran las campanas de las iglesias. Esto ponía de manifiesto la dependencia del ser humano respecto a la naturaleza. Las relaciones existentes entre el cómputo de la Pascua y el ciclo lunar y entre la Navidad y el solsticio de invierno, los dos hitos del calendario cristiano evidenciaron el papel de la Iglesia en la visión del tiempo entre todos los europeos.

³² *Idem.*

Los tiempos litúrgicos se encontraban acomodados a las grandes divisiones del año, las estaciones. Al inicio del invierno, el Adviento anunciaba el nacimiento de Cristo. Tras él, al comenzar la estación y terminar el año, las fiestas navideñas (Natividad, Circuncisión, Epifanía), estaban seguidas por un tiempo de purificación (de animales San Antón, 17 de enero; de personas: la Candelaria, 2 de febrero; de conciencias: la Cuaresma, recuerdo de los cuarenta días de ayuno de Cristo en el desierto). Con la primavera, llegaba la Pascua (domingo después del primer plenilunio de la estación), la Ascensión y el Pentecostés. Y con el verano, la festividad de San Juan (24 de junio), en pleno solsticio estival, recubriendo ritos cristianos del agua y el fuego, y, tras él, la Asunción de la Virgen (15 de agosto), la gran fiesta de la fertilidad de las cosechas. La llegada del otoño, con la rendición de cuentas y rentas, se puso bajo el título de dos santos mediadores: Mateo, el recaudador (21 de septiembre) y Miguel, el arcángel encargado de pesar las almas (29 de septiembre). Por fin, el año cristiano, pero también el de la actividad agrícola, ganadera y pesquera, concluía en torno a Todos los Santos (1 de noviembre), la conmemoración de los fieles difuntos (2 de noviembre), heredados de la tradición celta, y San Martín (11 de noviembre).

El ritmo semanal, resultado de dividir en siete el mes lunar de veintiocho días, estaba ya en la tradición caldea, pero fue el relato bíblico de la creación el que consagró seis días de trabajo y uno de descanso, en que está prohibido todo trabajo, incluso el viaje, si no es por motivo grave. Así 52 domingos al año y otras tantas fiestas, numerosas sobre todo en mayo y diciembre, constituían los días de guardar, con obligación de oír misa y evitar obras serviles.

De esta forma, por la cristianización de tradiciones previas o imposición de otras nuevas, la Iglesia se convirtió en la gran dominadora del tiempo en la totalidad de la sociedad europea. Incluso, dentro del día, el ritmo de las horas se regulaba por el previsto en las reglas monásticas y las campanadas de los templos se encargaban de recordarlas.

Ya a lo largo del siglo XVI, el ritmo de la vida cotidiana en las principales ciudades de occidente había experimentado una profunda modificación. El tiempo, como un “bien divino” que venía medido por la sucesión de campanadas que anunciaban las horas canónicas, deja de ser elástico y gratuito para convertirse en un elemento mensurable y apreciable. Los negociantes habían descubierto que la medida del tiempo era importante para la buena marcha de los negocios, pues la duración de un viaje, las alzas y bajas coyunturales de los precios o el periodo invertido por un artesano en la elaboración de un producto eran “factores temporales” que intervenían al final en los resultados económicos; es decir, se descubrió que “el tiempo tenía su precio”, por lo que era necesario controlar y medir su discurrir.

En cuanto a lo que podemos llamar “tiempo cotidiano”, la verdad es que el hombre europeo lo vivía sin preocupaciones por la precisión y sin demasiadas inquietudes por su rendimiento; el único sistema de referencia era el señalado por las horas canónicas, que dividían el día en periodos distribuidos por igual entre el día y la noche, registrado por medio de campanadas: maitines (medianoche), laudes, prima, tercia, sexta (mediodía), nona, vísperas y completas; pero ni siquiera esto podía controlarse, porque los toques de prima y completas se hacían coincidir siempre, en cualquier época del año, con el alba y el crepúsculo, y a partir de ellos se computaba el resto de los toques, con lo cual sólo en los equinoccios se conseguía, aproximadamente, delimitar fracciones

temporales homogéneas. Técnicamente, los relojes de agua, arena y sol constituían los únicos medios objetivos para medir el tiempo, pero eran tan rudimentarios y sujetos a circunstancias tan imponderables que no podían tomarse en consideración.

Es necesario señalar, que independientemente de los usos y costumbres bajo las cuales se gobernaba la población en general, para poder llevar un registro del tiempo, también existían en las grandes ciudades algunos relojes mecánicos, los cuales en la mayoría de los casos no tenían ninguna precisión, pues se estropeaban con gran facilidad y dependían de un encargado que lo controlase, diese las campanadas y, en muchas ocasiones, lo ajustase tomando como referencia el viejo reloj de sol, el alba o el ocaso. Lo más importante es lo que históricamente y culturalmente significaron, pues su propagación representó la muerte del "tiempo medieval", un tiempo que era calificado de prolongado, lento y épico. El nuevo tiempo medido por un aparato, ya no era divino ni propiedad exclusiva de Dios, sino que pasa a pertenecer al hombre, a cada uno de los hombres, y se tiene el deber de administrarlo y utilizarlo con sabiduría, pero que puede también comprarse y venderse. Se convirtió en herramienta de primer orden para los humanistas, pero la población común y corriente, la gente de las aldeas y pequeñas poblaciones, no tenían idea de lo que era un reloj y mucho menos sabían leer en él, el paso de las horas.

Se puede decir que se produce la aparición de un carácter laico en el tiempo, en buena medida debido a los relojes. La utilización de sistemas de medición del tiempo en las ciudades será fundamental para el desarrollo de las diversas actividades, siendo tremendamente importante la difusión de relojes a través de pesas y campanas, que serían instalados en las torres de los ayuntamientos. Los relojes municipales aportaban una mayor dosis de laicismo a la vida, al abandonar la medición a través de las horas canónicas. Era una manera de "rebelión" por parte de la burguesía que se vería reforzada con la aparición, posteriormente, de los relojes de pared.³³

4.3.7 La alimentación

El vino, el pan y el queso, serán los elementos fundamentales en la dieta diaria. Carne (de todo tipo), hortalizas, pescado, legumbres, verduras y frutas también formaban parte de la dieta, dependiendo de las posibilidades económicas del consumidor.

Uno de los inconvenientes más importantes para que estos productos no estuvieran en una mesa, eran las posibilidades de aprovisionamiento de cada comarca. Debemos considerar que los productos locales formaban la dieta base en el mundo rural, mientras que en las ciudades apreciamos una mayor variación a medida que se desarrollan los mercados urbanos. La carne más empleada era el cerdo (posiblemente porque el Islam prohíbe su consumo y no dejaba de ser una forma de manifestar las creencias católicas en países como España, al tiempo que se trata de un animal de gran aprovechamiento), aunque también se consumían vacas, ovejas y pollos.

La caza y las aves de corral suponían un importante aporte cárnico a la dieta. Las clases populares no consumían mucha carne, siendo su dieta más abundante

³³ *Idem.*

los despojos como hígados, patas, orejas, tripas, tocino, etc. En los periodos de abstinencia, la carne era sustituida por el pescado, tanto de mar como de agua dulce. Diversas especies de pescados formaban parte de la dieta, presentándose tanto fresco como en salazón o ahumado. Dependiendo de la cercanía con las zonas de pesca, la presentación del pescado variaba. Judías, lentejas, habas, nabos, guisantes, lechugas, coles, rábanos, ajos y calabazas constituían la mayor parte de los ingredientes vegetales de la dieta, mientras que las frutas más consumidas eran las manzanas, cerezas, fresas, peras y ciruelas. Los huevos también serían una importante aportación a la dieta. Las grasas animales servirían para freír en las zonas más septentrionales, mientras que en el Mediterráneo serían los aceites vegetales los más consumidos. Las especias procedentes de Oriente eran muy empleadas, evidentemente en función del poder económico del consumidor debido a su carestía. Azafrán, pimienta o canela aportaban un toque exótico a los platos y mostraban las fuertes diferencias sociales existentes en la época.

Las carnes debidamente especiadas formaban parte casi íntegra de la dieta aristocrática mientras que los monjes no consumían carne, prefiriendo los vegetales. Buena parte del éxito que tenían las especias, estaba en sus presuntas virtudes afrodisíacas. Como es lógico pensar, los festines y banquetes de la nobleza traerían consigo todo tipo de enfermedades asociadas a los abusos culinarios: hipertensión, obesidad, gota, diabetes, etc.

El pan sería la base alimenticia de las clases populares, pudiendo constituir el 70% de la ración alimentaria del día. Bien es cierto que en numerosas ocasiones los campesinos no comían pan propiamente dicho sino un amasijo de cereales (especialmente mijo y avena), que eran cocidos en una olla con agua o leche y sal. El verdadero pan surgió cuando se utilizó un ingrediente alternativo de la levadura. Escudillas, cucharas y cuchillos serían el menaje utilizado en las mesas populares, en las que apenas aparecen platos, tenedores o manteles. La costumbre de lavarse las manos antes de sentarse a la mesa estaba muy extendida.

En los siglos XVI y XVII, se sigue manteniendo en España la división geográfica entre la cocina del norte, donde predomina el uso de la grasa animal y la del sur, mediterránea, que emplea el aceite de oliva; pero también se puede distinguir una cocina aristocrática, en la que se produce una mayor variedad de productos, de técnicas de preparación y de complejidad en la cocción y en la elaboración, con intervención de especias, protagonismo de asados de volatería y de guisos de pescado, todo con adornos y aderezos de salsas y sofritos, así como una notable intervención de la confitería. Frente a esta cocina muy refinada, cara y con fuertes variedades regionales, encontramos una cocina popular, menos cambiante, más unida a las necesidades y a la producción del entorno, con predominio de guisados en olla, donde la carne debía cocer largo rato porque los animales eran viejos y, por tanto, más dura. Se acompañaba de verduras y legumbres y se completaba con elevadas cantidades de pan.

Tanto en las regiones donde ya había una enorme tradición, como en otras, se generaliza la elaboración de morcillas con la sangre del cerdo, con piñones, pasas y azúcar, o las tortas de harina de mijo o de castañas, también con la

*sangre del animal, pudiendo entenderlo como un intento de demostrar su raíz cristiana y alejar cualquier sospecha de judaísmo.*³⁴

4.3.8 Fiestas y diversiones

La celebración de actos festivos suponía la ruptura de lo cotidiano durante los siglos XVI y XVII. Sin embargo, cada grupo social manifestaba sus expresiones festivas de forma diferente, dependiendo de sus condiciones ideológicas, socioculturales, económicas, de las relaciones de clases y de otros factores que incidían en la propia fiesta.

En este periodo histórico, podemos distinguir en España dos grupos de fiestas; las cívico religiosas, que están ligadas al ciclo litúrgico o tienen una razón especial para conmemorar acontecimientos especiales, normalmente de tipo político (matrimonios reales, visitas del rey, victorias militares, etc.), y las que derivan de una contracultura de origen popular o rural.

Las fiestas cívico religiosas comprenden un número elevado de celebraciones, una parte de las cuales pierden el carácter extraordinario para convertirse en parte de la rutina, como es el caso de los domingos, y sirven para marcar el ritmo de trabajo, haciendo del ciclo semanal un rasgo totalmente identificado con la ocupación divina en la creación.

El resto de las celebraciones aglutina fiestas clásicas adaptadas a la concepción cristiana. Conmemoraciones locales, parroquiales, socio profesionales, de las cofradías o las explosiones de júbilo ordenadas por la monarquía para celebrar acontecimientos extraordinarios, son empleadas por la Iglesia y los gobiernos urbanos para imprimir su marca, al mismo tiempo que ven la expresión de un civismo en el que ellos pueden apoyarse. Estas celebraciones, ocupaban una gran parte del año y en ellas la presencia popular es absolutamente necesaria, aunque en la mayoría de las ocasiones sólo como espectadores o comparsas, sometidos a un control de los sentimientos. En este tipo de fiestas todo está controlado y regulado, siguiendo un ritual en el que lo laico y lo religioso se mezcla y complementa perfectamente.

Para la preparación de las fiestas se comienza por ordenar una limpieza y decoración de la ciudad, porque las calles y las plazas son el escenario de la fiesta: con paja y juncos se evita el barro, se cuelgan tapices y paños en las ventanas, se encienden luminarias en las fachadas de los edificios principales, incluso la gente se viste mejor. Los músicos (flautas, tamboriles, trompetas, violas, etc.), contratados y pagados, recorren las calles haciendo bailar a la gente; se representan pequeñas obras teatrales, hay vendedores de objetos y mercancías exóticas, gente que realiza malabares con el fuego o ejercicios de acrobacia.

El núcleo central de la manifestación pública lo constituyen las procesiones (las de Semana Santa, las del santo patrón, las del Hábeas Christi, etc.). Pero también recorrían las calles de las ciudades los cortejos reales, los embajadores extranjeros, los asistentes a las Cortes, etc., y junto a ellos, luciendo sus vestidos oficiales, sus pendones, mazas y enseñas, las jerarquías religiosas, los regidores de la ciudad, los representantes de los gremios, los de las parroquias y cualquiera

³⁴ *Idem.*

que pudiera y quisiera demostrar su proximidad al poder; el orden en una procesión era el orden reconocido en la sociedad. En las orillas de la calle, uniéndose finalmente al cortejo, el pueblo lloraba o cantaba según lo que debía hacer.

No sólo se hacía fiesta pública por sucesos positivos, sino también por lo contrario, entierros y, sobre todo, las ejecuciones de sentencias sumarias tenían un desarrollo similar, con el paseo del reo, que en el caso de que fuese por sentencia de la Inquisición tenía especial parafernalia de advertencia, y su cumplimiento en lugar público suponía acatar la justicia del poder.

Frente a estas fiestas, a través de las cuales el control de la Iglesia y del Estado se fortalecía, se desarrollaban otras celebraciones, que mantenían la espontaneidad y el descontrol, como ocasión de desbordamiento del marco social, sirviendo al mismo tiempo de reunión psicopedagógica colectiva y de periódicas descargas de energía acumulada.

La mezcla de clases y el mantenimiento de un espíritu festivo abierto, coinciden en general con el entorno social y político en el que desarrollan. A finales del siglo XVI estas fiestas comenzarán a reducirse, ya que la cultura oficial tomará la dirección y las dotará de una nueva dimensión más elaborada, menos espontánea, que sin apartarse totalmente del objetivo lúdico, será controlado, y, finalmente, ya en el siglo XVII, las reformas religiosas y la implantación de una cultura burguesa más reprimida, las devolverá definitivamente a la calle, convirtiéndolas en fiestas perseguidas y calladas.

Estas celebraciones festivas populares se caracterizan, por cuatro rasgos principales: por ser exaltaciones colectivas, estar presididas por el exceso, existir una transgresión de las prohibiciones y apoyarse en la inversión del orden social.

Los dos ciclos festivos que mejor se adaptan a este esquema son el de invierno, con las fiestas de los Locos, del Asno y muchas variedades locales, celebradas a comienzo de año, entre Navidad y Epifanía; siempre basadas en la subversión del orden establecido y, sobre todas, el Carnaval, donde predomina el disfraz, las máscaras y la burla, donde los excesos en todo llegaban quizá al máximo en la comida y la bebida, como preludeo al periodo de penitencia y abstinencia que se iniciaba el miércoles de ceniza que clausuraba la fiesta; el carácter de revancha, de lucha entre “Don Carnal y doña Cuaresma”, se celebraba en toda Europa.

El otro ciclo, el de la primavera, con los “mayos” y el solsticio de verano festejado la noche de San Juan, con el fuego, la quema del pasado y la renovación ante el renacer de la naturaleza, constituyen fiestas menos dramáticas que aquéllas y con un mayor componente erótico.³⁵

4.3.9 La práctica de la medicina

La Edad Media fue una de las etapas históricas más pobres para la medicina. Prácticamente sólo sirvió como puente entre la medicina clásica (griega y romana) y la medicina renacentista. Es decir, fueron meros transmisores de una cultura médica que no supieron mejorar, aunque sí conservar. Sin embargo, a España estuvieron llegaron algunos de los conocimientos de los alejandrinos a

³⁵ *Idem.*

través de las invasiones del pueblo musulmán, que tenían un conocimiento más profundo de la anatomía humana.

Hasta fines del siglo XV los conocimientos teóricos en medicina no habían avanzado mucho más que en la época de Galeno. La teoría humoral de la enfermedad reinaba suprema, con agregados religiosos y participación prominente de la astrología. Un individuo saludable, era aquel que tenía un equilibrio interno entre los cuatro humores, concebidas por Galeno, y sus cualidades primarias, lo que conlleva a la seguridad de sus partes físicas. Cuando este equilibrio se perturba, se origina una enfermedad. Un desequilibrio humoral se produce por agencia del hombre mismo o de su ambiente, lo que comprende su forma de vida y de trabajo, su alimentación, bebida y actividad sexual.

Desde principios del siglo XVI, en España, la anatomía estaba empezando a estudiarse no sólo en los textos de Galeno y Avicena sino también en el cadáver, aunque en esos tiempos muy pocos médicos habían visto más de una disección en su vida (la autorización oficial para usar disecciones en enseñanza de la anatomía la había dado el Papa Sixto IV (1471-1484), y fue confirmada por el Papa Clemente VII (1513-1524).

La fisiología del corazón y del aparato digestivo eran todavía galénicas, y la de la reproducción había olvidado las enseñanzas de Sorano. El diagnóstico se basaba sobre todo en la inspección de la orina, que según con los numerosos tratados y sistemas de uroscopia en existencia, se interpretaba según las capas de sedimento que se distinguían en el recipiente, ya que cada una correspondía a una zona específica del cuerpo; también la inspección de la sangre y la del esputo eran importantes para reconocer la enfermedad. La toma del pulso había caído en desuso, o por lo menos ya no se practicaba con la acuciosidad con que lo recomendaba Galeno. El tratamiento se basaba en el principio de “contraria contrariis”, y se reducía a cuatro medidas generales:

1) Sangría, realizada con la idea de eliminar el humor excesivo responsable de la discrasia o desequilibrio (plétora), o bien para derivarlo de un órgano a otro, según se practicara del mismo lado anatómico donde se localizaba la enfermedad o del lado opuesto, respectivamente.

2) Dieta, para evitar que a partir de los alimentos se siguiera produciendo el humor responsable de la discrasia. Desde los tiempos hipocráticos la dieta era uno de los medios terapéuticos principales, basada en dos principios: restricción alimentaria, frecuentemente absoluta, aun en casos en los que conducía rápidamente a desnutrición y a caquexia, y direcciones precisas y voluminosas para la preparación de los alimentos y bebidas permitidos, que al final eran tisanas, caldos, huevos y leche.

3) Purga, para facilitar la eliminación del exceso del humor causante de la enfermedad. Quizá ésta sea la medida terapéutica médica y popular más antigua de todas: identificada como eficiente desde el siglo XI a.C. en Egipto, todavía tenía vigencia a mediados del siglo XX. A veces los purgantes eran sustituidos por enemas.

4) Drogas de muy distintos tipos; la mayoría eran obtenidas de las diversas plantas, a las que se les atribuían distintas propiedades, muchas veces en forma correcta: digestivas, laxantes, diuréticas, diaforéticas, analgésicas, etc.

Al mismo tiempo que estas medidas terapéuticas también se usaban otras basadas en poderes sobrenaturales. Los exorcismos eran importantes en el manejo de trastornos mentales, epilepsia o impotencia; en estos casos el sacerdote sustituía al médico. La creencia en los poderes curativos de las reliquias era generalizada, y entonces como ahora se rezaba a santos especiales para el alivio de padecimientos específicos

Los médicos no practicaban la cirugía, la cual estaba en manos de los cirujanos y de los barberos. Los cirujanos no asistían a las universidades, no hablaban latín y eran considerados gente poco educada y de clase inferior. Muchos eran itinerantes, que iban de una ciudad a otra operando hernias, cálculos vesicales o cataratas, lo que requería experiencia y habilidad quirúrgica, o bien curando heridas superficiales, abriendo abscesos y tratando fracturas. Sus principales competidores eran los barberos, que además de cortar el cabello vendían ungüentos, sacaban dientes, aplicaban ventosas, ponían enemas, practicaban sangrías y hacían flebotomías.³⁶

4.3.10 La muerte en la población

Los siglos XVI y XVII se caracterizan, entre otras cosas, por una mayor conciencia de la realidad de la muerte. Es probable que este fenómeno haya sido acrecentado desde las constantes epidemias que asolaron Europa a mediados del siglo XIV, así como por el aumento de la crueldad de las guerras, por las trágicas noticias que llegaban a España en cuanto a la suerte que corrían los conquistadores en América, desde finales del siglo XV y el aumento de las aglomeraciones urbanas, que favoreció una mayor percepción de los fenómenos más morbosos de la experimentación de la enfermedad y la muerte.³⁷

En la concepción cristiana, la muerte se consideraba como el instante en el que se separan cuerpo y alma. Según esta concepción, el buen cristiano debía estar preparado en cualquier instante para este momento y las voluntades de los mortales se recogían en los testamentos que eran necesariamente guardados y ejecutados por las jerarquías de la iglesia.

Para conseguir la salvación de los difuntos era necesaria la mediación de los clérigos, lo que motivaba el encarecimiento de la muerte. La misa era la fórmula de conectar el mundo de los vivos con el de los muertos, y ahí también encontramos una evidente diferenciación social, ya que los ricos podían ofrecer más misas por sus difuntos al tiempo que tenían más posibilidades de realizar la caridad con los pobres.

La vida terrenal era considerada como un mero tránsito hacia la eternidad. El cielo era el destino deseado por todos, pero por mucho que el individuo preparara el camino para la salvación nada estaba asegurado y el infierno constituía un serio peligro.

³⁶ *Idem.*

³⁷ **GARCÍA DE CORTÁZAR**, José Ángel.- *"Historia de España"*, dirigida por Miguel Artola.- Alianza Editorial.- Madrid, 1988.

García de Cortázar señala que en el seno de la tradición judeocristiana del occidente europeo, los hombres y mujeres, ricos y pobres, urbanos y rurales, jóvenes y viejos que se ven en trance de dictar sus últimas voluntades, califican la vida terrenal con expresiones duras y amargas: miserable, incierta, engañosa, transitoria, como si estuvieran convencidos de que estaban en un "valle de lágrimas", al tiempo que contemplaban la muerte como algo inevitable, destino común del que no se puede escapar y ante una proximidad muestran una resignación natural que les hace más pensar en los que quedan y en la preparación de su tránsito, que en lamentaciones y arrepentimientos.

Existe la convicción entre la población de la existencia de otra vida, la vida eterna tras el tránsito terrenal, por lo que temen fallecer sin aviso, repentinamente, y verse privados de un tiempo precioso para repartir sus bienes, avalar la buena convivencia familiar y arreglar los trámites del "más allá", es decir, asegurarse el arrepentimiento final y el cumplimiento de ritos y ayudas para que su alma se garantice el purgatorio y no el infierno.

En el "más allá", existe el paraíso o el infierno que constituyen los dos destinos extremos, que han sido únicos durante mucho tiempo para los cristianos, si bien a partir del siglo XIII adquiere fuerza la idea de un tercer lugar, el purgatorio, intermedio entre ambos, donde las almas que necesitan un tiempo de expiación para acceder a la gloria aguardan y se benefician de los actos piadosos hechos en la tierra, según la concepción de los santos. También en estos momentos se formula la existencia del limbo como lugar particular para las almas de los niños no bautizados.

Además, existe un convencimiento generalizado en la resurrección tras el juicio final, que se manifiesta en buscar para el enterramiento la compañía de sus muertos, de sus personas más queridas, junto a las cuales se quiere despertar un día. En los pueblos y aldeas, los testadores solicitan ser enterrados en el cementerio de la iglesia parroquial, lo que les "garantizaba" ya una compañía conocida.

Está muy extendido el culto a determinados santos, santa Bárbara, santa Ana o san José, como protectores frente a la muerte súbita, o San Cristobalón, presente en todas las iglesias junto a la puerta de salida, como encargado del tránsito, al que se le pide lentitud en el traslado del alma.

Desde el siglo XV había comenzado a difundirse el "Ars Moriendi", cuyas ediciones impresas y traducidas a las lenguas vernáculas, lo presentan como "Arte del bien morir" y cuya finalidad queda expuesta en este proemio: "La más espantable de las cosas terribles sea la muerte, empero en ninguna manera se puede comparar a la muerte del ánima", para lo cual se da una serie de consejos, acompañados de grabados ilustrativos, que faciliten la confesión completa y ayuden a alcanzar la salvación con una buena muerte. La muerte cristiana en los siglos XVI y XVII no es una muerte solitaria, sino un acto social al que deben acudir amigos y parientes para ayudar a la persona que muere.

La muerte se constituye así en un acto de solidaridad, de ayuda mutua, que no acaba con la expiración, sino que los que todavía permanecen en el mundo deben ocuparse de los muertos a través de mandas piadosas, y muchas misas. Junto a ello se deben dar limosnas a las iglesias y capillas, dar de comer o vestir a los pobres, aliviar penas de cautivos, enfermos o locos, contribuir al casamiento de

huérfanas pobres, etc. Esto dependerá de la capacidad económica del difundo. El dinero se convierte en un pretexto para alcanzar la salvación más fácilmente.

Tal como ocurre hoy en día, la muerte se presentaba aparentemente como la última acción igualitaria sobre la sociedad (lo que no era cierto, en teoría, pues la posición social y la economía condicionaban la salvación). La muerte se presenta como un acto de la vida cotidiana y existe una visión menos temerosa ante ella.

Es testamento se convierte, para la mentalidad de la época, en un auténtico pasaporte para la vida eterna, aunque hay conciencia de que ese documento tiene que ir acompañado de las buenas obras y completado por los correspondientes sufragios.

Las causas para que un hombre se decida a redactar su testamento se pueden dividir en dos planos; el natural y el sobrenatural. Es decir, la transmisión de los bienes temporales en la tierra, y la conciencia de la necesidad de presentarse libre de acusaciones ante el "juicio divino".

Lo habitual era que se testara cuando la enfermedad causase los primeros indicios, aunque su redacción podía hacerse en cualquier momento. Los meses de calor, correspondientes al periodo entre abril y octubre, era la época de mayor número de testamentos debido al aumento de las fiebres y las pestes. Era necesario no retrasar excesivamente el momento de la redacción del testamento porque éste tenía que redactarse en plenas facultades psíquicas, morales y religiosas.

El testamento se constituyó en un auténtico seguro de vida eterna para el testador, siempre y cuando fuera acompañado de las buenas obras y de un verdadero arrepentimiento, que las mismas disposiciones del documento debían acreditar. Era como un pacto que se establecía entre el testador y la iglesia, la cual cubría el ámbito natural y el sobrenatural.

En los testamentos se establece desde el principio una dicotomía bien característica entre las donaciones terrenas (pago de deudas pendientes, establecimiento de donaciones a los familiares, recompensas a los amigos, retribución a los colegas profesionales), y las espirituales (limosnas de todo tipo, donaciones a las parroquias, solicitud de oraciones y, por fin, el confuso mundo del establecimiento y pago de los sufragios que el testador establece para entrar en la vida eterna a la mayor brevedad posible).

Es en los preámbulos de los testamentos donde quizá se muestra de modo más explícito el temor a la muerte y la conciencia de su proximidad que los ciudadanos tienen. Allí el testador suele explayarse, manifestando en algunas ocasiones el estado de ánimo con el que afronta (de un modo inminente o no), la muerte natural. En estas cláusulas es donde se refleja con más hondura la conciencia del hombre ante la magnitud de lo sobrenatural o la idea de la fugacidad de la vida.³⁸

Tras el fallecimiento, el difunto era envuelto en un sudario de tela blanca y era velado por los familiares antes de ser enterrado. El entierro se realizaba de

³⁸ GARCIA DE CORTAZAR.- Obra citada.

manera rápida, no sólo para evitar contagios y enfermedades sino para alejar el fantasma de la muerte de la familia o del pueblo.

En el caso de los más acomodados, o de que el difunto formase parte de una cofradía, el funeral suponía un enorme gasto, ya que incluía un pomposo cortejo con luminarias y la correspondiente procesión de pobres y plañideras contratados para la ocasión.

El entierro para estos afortunados tenía lugar en el cementerio parroquial y conllevaba a menudo la sepultura perpetua, aunque los restos de la mayoría de la población eran inhumados en vastos cementerios comunes (como los de las ciudades), que eran simples descampados junto a los cuales solían realizarse toda clase de actividades profanas (mercado, juegos, etc.).

La solemnidad caracterizaba el traslado del cadáver desde la casa hasta el lugar de enterramiento. Los familiares, compañeros de oficio y las plañideras (en mayor número cuando el finado era de clase social elevada ya que recibían una gratificación), acompañaban al cadáver.

Durante la trayectoria, las campanas de las iglesias tocaban para ahuyentar a los demonios. Cantos, plegarias y llantos eran los sonidos del cortejo durante el viaje. El blanco era el color habitual del duelo, estando el negro reservado para las familias aristocráticas. Cementerios e iglesias eran los lugares de enterramiento. El desarrollo económico de la jerarquía católica durante los siglos XVI y XVII, motivó la proliferación de capillas en iglesias y catedrales, en las cuales se disponía de mayor lugar para los difuntos de las clases adineradas. Tras el entierro la familia debía ofrecer una comida a los acompañantes. Su objetivo era reconstruir la cohesión de la comunidad. Tras el primer aniversario de la muerte, se celebraba una misa con la que se ponía punto final al luto que había guardado la familia.

En las ciudades la gente reclama un lugar concreto, junto a la esposa o esposo, los hijos o los padres, siendo también en esto la capacidad económica y social un factor de diferencia, pues las familias poderosas privatizan espacios sagrados lejos de la fosa común donde yacen los pobres de manera anónima, y se construyen sus propias capillas o criptas familiares.³⁹

4.3.11 Los Hidalgos, el “Don” y el “De”

Bueno ¿y aquello de la hidalguía?

Muchos eran los hidalgos infanzones en España, por lo menos al final del siglo XV y principios del XVI. Pero ¿qué significaba ser "hidalgo infanzón" en aquella época? En general, en la España de los XVI y XVII sí tenía importancia, pues al indicarse las condiciones exigidas para poder entrar en las elecciones como heredero de “alguna cosa”, era el ser “hijodalgo”, y todos los descendientes de un solar conocido lo eran por naturaleza.⁴⁰

El origen de la “hidalgúia” se ha perdido en la historia, pero es evidente que está asociado con la “reconquista”, hecha por los cristianos de todo el territorio de la

³⁹ *Idem.*

⁴⁰ **PEREZ** Bustamante, Ciríaco.- *“Compendio de Historia de España. (Cultura y Costumbres del pueblo español en los siglos XVI y XVII”*.- Editor S. Calleja Fernández.- Madrid, 1957.

península, iniciada por el Rey Don Pelayo, en el año 714, en el norte, y concluida por Fernando e Isabel con la conquista de Granada y la expulsión del último Rey árabe, Boabdil “el Chico”, en el año 1492, en el sur de España.

Infanzón, fue una palabra tomada por los vascos de otros reinos de España, y la hicieron tan suya, como que está grabada en la fachada de la casa solariega de los Iriberry, en Baigorri, provincia de Guipúzcoa; “Infanzón he nacido e Infanzón moriré”.

A los dueños de los solares los llamaban “Infanzones”, y éstos y sus descendientes, fueron los “Hidalgos”. Así comenzaron. Fueron poco a poco creando un nombre con hechos heroicos, según la tendencia general, pero cuando se inició la guerra de la reconquista del territorio español a los moros, algunos dueños de solares se hicieron ricos, ganando tierras a los sarracenos, y especialmente con los despojos de las batallas que ganaban. Sin embargo, la mayoría de los Hidalgos era pobre; su figura viene a ser el arquetipo de todo el sentido de la vida española.⁴¹

Hidalgo es el que tiene un ideal al que ajusta su existencia, sin que las transacciones interesadas, o el temor, le reduzcan el propósito. Hidalgo no es el que habla al exterior con ademanes fingidos y atildados, sino el que vuelca hacia fuera el hondo contenido de su alma. Y es que la hidalguía –expresión suprema de la raza, guarda en esta la alta dignidad de la especie humana.

Hidalgo es el que no vacila en la defensa de la verdad, aunque le vaya en ello la vida o la hacienda. En la historia y en la literatura, ser Hidalgo ha pasado a ser sinónimo de hombre digno pero pobre. El Hidalgo correspondía a una segunda categoría de nobles, o sea que pertenecía a la “nobleza sin títulos”. Era noble por dos razones: una por su linaje que le venía de familia; y la otra porque había participado activamente en la reconquista del territorio español durante casi ocho centurias.

Desde sus orígenes, los que lucharon o actuaron en los primeros años, allá por los siglos VIII a XII, fueron premiados con el derecho de considerarse “Hidalgos, tanto ellos como sus descendientes”. Esto determinó que hubiera muchos más Hidalgos en el norte de España, (especialmente en tierras Vascongadas, y muy específicamente el Guipúzcoa), que en el sur, en Andalucía por ejemplo. Los vascos tomaron muy en serio eso de luchar contra los moros. Los labradores, soldados, censuarios, peones, curas de pueblo, abarqueros y otros que desempeñasen un “oficio vil”, no podían aspirar a convertirse en Hidalgos, “ni aún los de gotera”, según las leyes muy severas dictadas por Don Juan II, Don Enrique IV y los Reyes Católicos.⁴²

Sin duda había muchos Hidalgos en España. Dentro del “estamento noble”, se podían distinguir varias categorías, marcadas por diferencias profundas. Era como una pirámide; en la cúspide se encontraban los “Grandes de España”, que no eran más de diez y que eran seguidos por los “nobles con título”, como los Duques (Comandante en jefe del Ejército), los Marqueses (el que hacía las marcas, viviendo en los nuevos territorios que el Rey conquistaba), los Condes

⁴¹ **BALLESTEROS** y Beretta, Antonio.- *“Historia de España y su influencia en la Historia Universal”*.- Editorial P. Salvat.- Barcelona, 1941.

⁴² **PEREZ** Bustamante, Ciríaco.- Obra citada.

(que significaba “compañero del Rey”, porque le hacía compañía en el gobierno o en la guerra), los Vizcondes (un poco menos), los Condestables (venían después) y finalmente los barones. Desde el Duque a los barones eran unos cincuenta, más diez de “los Grandes”, sumaban no más de sesenta en el primer tercio del siglo XVI, y todos ellos eran dueños del Poder Social, Económico, Político, Religioso y Militar de casi todas las tierras y de gran parte de la riqueza privada.

Después venían los comendadores, que sumaban menos de 190. Seguían los caballeros, que eran bastante más numerosos que los comendadores (comendador es aquel que ostenta una encomienda o condecoración del rey; caballero deriva de caballo, y se aplicaba precisamente al hombre que andaba a caballo, porque desde la Europa de la Edad Media, era muy difícil conseguir una cabalgadura, y ya andar montado era una gran cosa). Y por último, constituyendo el nivel más bajo de la nobleza (pues eran considerados como nobles sin título), venían los hidalgos, que eran nada menos que 133.476 (con sus familias), en la Castilla de fines del siglo XVI (fines del reinado de Felipe II). El gran drama de los hidalgos estaba en mantener legítimamente su calidad de nobles y la imposibilidad absoluta -por falta de dinero- de vivir como grandes señores. Pero siempre tuvieron algunos privilegios, como cualquier noble, o sea, no pagaban impuestos y no estaban obligados a servir a ningún Señor o Rey.⁴³

Tenían mucho orgullo de su condición, y debemos imaginar (pues no se cuenta con una cifra exacta de ello), cual era entonces la cantidad de Hidalgos que había en todas las regiones que constituían el dominio de España, especialmente en el norte de la península y en América, considerando que todo el imperio español suponía una población total que en esa época debe haber superado por poco los diez millones de habitantes. Esto significa que los hidalgos eran muchos.

Se ha calculado que en el siglo XVI, los hidalgos españoles que pasaron al Nuevo Mundo era más del doble de los que quedaron en la península, en relación con la población total. Esto por diversas razones, pero especialmente debido a que tenían muy pocos haberes en España y pretendían aumentarlos luchando en la conquista de las Indias. Los hidalgos que vinieron a Hispanoamérica eran generalmente de estratos modestos, principalmente los “de gotera”. Los de más alta alcurnia y los nobles con título, virtualmente estuvieron ausentes de la conquista, y sólo se les encuentra por rara excepción, como fueron el marqués de Baides; el marqués de Cañete, Don Andrés de Mendoza y su hijo Don García Hurtado de Mendoza, Gobernador de Chile y fundador de la ciudad de Mendoza, en la Argentina actual, quienes eran más funcionarios que típicos conquistadores.⁴⁴

En cuanto a las “Clases de Hidalgos”, desde el reinado de Carlos V se dispuso por “Real Cédula” del 26 de julio de 1529, que había reconocidas cuatro diferentes clases de hidalgos, las cuales eran:

El “**Hidalgo de Bragueta**” -Bragueta era una palabra que se usaba antiguamente, para designar lo que ahora se llama marrueco, o sea, una abertura delantera en el pantalón, tal como se usa hoy día, por donde sale el “piu-piu”. La ley decía así: “Serán considerados hidalgos de bragueta después de procrear siete hijos varones consecutivos”. El padre conseguía la hidalguía por

⁴³ FERNANDEZ y Fernández de Retana, Luis.- “España en tiempo de Felipe II”.- Editorial Espasa-Calpe.- Madrid, 1981.

⁴⁴ Idem.

*haber tenido siete hijos varones en legítimo matrimonio. La prueba era difícil, pero no imposible;*⁴⁵

*El "**Hidalgo de Gotera**" - La ley lo definía así. Con esto se quería decir que el interesado sólo era hidalgo en el pueblo en que nacía y dejaba de serlo apenas salía de él; o sea, que gozaba de los privilegios de su hidalguía en su propio pueblo, o villa, y mudado de domicilio, los perdía. También eran designados así los hidalgos muy pobres;*⁴⁶

*El "**Hidalgo de Privilegio**" - Era el que obtenía esta distinción por voluntad Real (fue el caso de Don Diego de Almagro, para el cual se creó especialmente mediante ella, una destacada Hidalguía, ya que era un aventurero, nacido pobre y lejos de toda influencia palaciega, pero que sin embargo, había conquistado el imperio del Perú para el Rey de España, junto con su amigo y socio Francisco Pizarro, a quien le tocara el nombramiento de Marqués);*⁴⁷ y

*El "**Hidalgo de los Cuatro Costados**" - Eran llamados también hidalgos notorios, o sea, el que tenía por hidalgos a todos sus antepasados, aquél cuyos abuelos paternos y maternos eran hidalgos.*⁴⁸

La hidalguía sólo se adquiría y conservaba por la línea masculina: el hijo de padre villano y madre noble, no era hidalgo, sino villano, pues la mujer seguía la condición del marido, y éste no tenía derecho a la de aquella. Pero en la costumbre vasca, cuando un hombre se casaba con la mayoral de un caserío, éste tomaba el apellido de su mujer.

En todo caso, e independientemente de lo anterior, parece ser que ya en aquellos tiempos se dudaba de la validez de la ufanía de tantos que se decían hidalgos, pues no se sabía si en realidad aquel orgullo correspondía a la verdad de los hechos. Fue hasta el siglo XIX cuando desaparecieron los privilegios y exenciones para este grupo, dejando los hidalgos de constituir un estamento, cuando no tenían título nobiliario (nobles sin título), tal calidad quedó reducida a un recuerdo. Ya para el siglo XX, los hidalgos no son nada como tales, y no significan nada.

*Desde el siglo XV, el "**Don**" en España significaba y significa **Señor**. El primero que usó el Don en el País Vasco, fue Don Zurúa, que para él era un título, pero no quiere decir "de origen noble", como muchos creen. El "Don" significa simplemente "Señor", en castellano. Cambia con los idiomas. En Brasil y en Portugal se usa nada más que para designar a los reyes y príncipes, y a los obispos y vicarios. Los demás reciben el tratamiento de "señor".*⁴⁹

También es erróneo que la preposición "de" revele nobleza. Ella denota lugar de procedencia, nada más. Es ridículo un "de González", porque González es filiación, viene del padre, no de un lugar; en cambio, no lo es un "de Irisarri", o un "de Izurieta", porque tanto Irisarri como Izurieta son toponímicos, indican un lugar, una procedencia.

⁴⁵ **PEREZ** Bustamante, Ciríaco.- Obra citada.

⁴⁶ *Idem.*

⁴⁷ *Idem.*

⁴⁸ *Idem.*

⁴⁹ **FICHTER**, William L. - "Revista de Filología Hispánica, del Centro de estudios Cervantinos".- Julio-Septiembre de 1947.- Universidad de Salamanca España.

El "de" era usado mucho desde la época de las Cruzadas, tanto por nobles, como por criados y escuderos, para denotar su origen o procedencia. Los siervos que habitaban una casa solariega, también usaban el "de" para distinguirse de siervos que habitaban otras casas solariegas. A nadie llama la atención que Don Quijote fuera de la Mancha, y que Dulcinea, fuera Dulcinea del Toboso; porque tanto el Toboso, como la Mancha, eran lugares. En cambio, Panza no era lugar, sino una condición personal, y quedaría fuera de propósito que se llamase Sancho de la Panza, por lo que se llamaba simplemente, Sancho Panza.⁵⁰

Cuando los peninsulares -o los africanos- saltaban de Europa o de Africa para América, suponían que en el nuevo continente encontrarían menos control, y en la mayoría de los casos, para ocultar la bastardía, se recurría a todo género de fraudes y supercherías. Entre otras cosas, la preposición "de" (aunque equivocadamente), presumía cierta limpieza de sangre, cierta ascendencia, y la usaban casi todos los mestizos, mulatos y zambos. Inclusive los esclavos casi siempre adoptaban el apellido de sus amos, porque así maliciaban que subían en la escala social, frente a otros esclavos.

El "de" también va mucho con la época de los siglos XV, XVI y XVII; no quita ni pone nada al apellido, sólo indica origen o procedencia. Se sabe que el "de" se originó especialmente en las cruzadas, al hallarse lejos de su origen, para evitar confusiones y desencuentros, los señores agregaban el "de" a sus apellidos, pero también lo hacían los siervos y criados que iban con ellos. Posteriormente a gran número de apellidos vascos se antepone el "de" porque son toponímicos, como Juan de Garay, Matea de Elorza, Rodrigo Mercado de Zuazola, Ignacio de Loyola, etc.⁵¹

En algunos tratados antiguos de Filología hispánica, se dice que "Don" es la abreviatura de Domine (Señor). Los dominicos y religiosos en general anteponen el "Don" a sus nombres, lo que viene a reforzar el que provenga de Domine. La antigüedad del "Don" es muy remota.

4.4 CONCLUSIONES

Estas someras pinceladas están lejos de agotar la inmensa riqueza y variedad de elementos que constituían y caracterizaban a la sociedad hispana en torno al año 1600 (siglos XVI y XVII); pero a su vez, esa infinita complejidad explica de alguna forma el carácter inestable, susceptible, puntilloso y pleitista de muchos hombres que en esa época, querían dejar bien definido su puesto y lugar dentro de la sociedad que les tocó vivir, para aventajarlo lo más posible ante los demás, por medio de una complicada simbología en la que entraban los tratamientos, las cortesías, el vestido y otros muchos rasgos externos.

1.- *Cervantes no indicó la fecha en que su héroe realizó sus extraordinarias aventuras, pero es evidente que protagonista y autor eran contemporáneos; por lo tanto, la España del Quijote es la de finales del siglo XVI y comienzos del XVII, época de enorme densidad histórica que ha suscitado abundantes investigaciones*

⁵⁰ *Idem.*

⁵¹ **PEREZ** Bustamante, Ciriaco.- Obra citada.

y copiosa historiografía. Como reacción a la herencia positivista del pasado siglo que primaba la historia político-institucional, la de épocas más recientes y más inclinada al estudio de los hechos culturales y sociales sustituye con frecuencia el marco secular (“el siglo XVII”) o dinástico; (“el siglo de Luis XIV”), por la referencia a una figura cultural destacada (“la época de Velázquez”, “de Goya”, etc.). Resulta curioso comprobar que, en este aspecto, Cervantes ha sido “opacado y devorado” por su criatura, pues no se suele hablar de “la época de Cervantes”, sino de “la época o el tiempo del Quijote”. El hispanista Pierre Vilar dice: “Ese libro eterno (el Quijote), sigue siendo un libro español de 1605 que no cobra su sentido más que en el corazón de la historia”.⁵²

2.- *Más allá de 1640, España cayó en una depresión material y moral que ya no corresponde con la atmósfera del Quijote, obra de extraordinaria vitalidad que se desarrolla dentro de un claro ambiente rural, y en cuyo texto se nos muestra una perspectiva histórica-social que expone detalles y datos que se refieren al rechazo popular hacia la unidad política del estado español.*

3.- *Cervantes supo tomar los elementos característicos de las personas reales, y llevarlos a su obra del Quijote, dándoles a sus personajes el toque de realismo que facilita al lector el poder percibir los sentimientos de la sociedad española, y dotarlos inclusive del propio dolor que él mismo llevaba dentro de sí y que era resultado de la incomprensión, de la injusticia, del dominio y hasta de la falta de criterio cultural que mostraban los grupos gobernantes y los que detentaban el poder económico y el control social.*

4.- *A pesar de los grandes avances que caracterizaron al “Siglo de Oro” español, llama la atención que en ese momento (como también lo había sido antes y posteriormente a ese momento histórico), las mujeres carecieran de toda consideración como seres humanos, siendo tratadas como objetos más que como personas, y esto se debió en gran parte al concepto que de ellas se tenía, gracias a las ideas retrógradas impartidas durante siglos por la iglesia católica.*

5.- *Algunos de los muy diversos aspectos que dominaban la vida diaria de la España del “Siglo de Oro”, tales como el clima, el tiempo, el vestido, la alimentación, las festividades religiosas, etc., nos dan una idea de la sociedad que le tocó vivir a Cervantes, y que evidentemente le sirvió de muestra para su obra en general y particularmente para crear el arte novelístico con “Don Quijote de la Mancha”.*

⁵² **VILAR, Pierre.**- *“Crecimiento y desarrollo”*.- Editorial Ariel.- Barcelona, 1964.

A MANERA DE EPILOGO

En la sociedad en que fue escrito el Quijote advertimos una conexión entre las ilusiones y las desilusiones, las creencias y las dudas, los anhelos y las repulsas que se dan en profunda tensión entre las últimas generaciones españolas anteriores al libro. Muchos españoles, entre ellos Cervantes, se dieron cuenta de que en medio de la crisis que se sufría era absurdo levantar la imagen utópica de una sociedad que se juzgaba idealmente como tradicional, frente a la incuestionable sociedad moderna, que se imponía por todos lados, y cuya incompreensión llevaba al país y a sus grupos dominantes a fracasos cada vez más difíciles de reparar. Con este ánimo se escribe el Quijote; revelación del contraste entre un mundo utópico y la aceptación del mundo real.

Es en este punto en el que la Psicología social viene a ejercer una franca función integradora para el logro de sus objetivos de investigación, es decir, que valiéndose de elementos históricos, sociales, culturales, psicológicos y de la estructura literaria de la novela, nos permite identificar el acontecer de hechos y fenómenos, tanto individuales como de grupo, predominantes en la España de los siglos XVI y XVII, que influyeron en la novela del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.

El desenvolvimiento de la novela se encuentra al margen de la cultura literaria de cada quien y como quiera que sea, ya que a pesar de que el proceso narrativo desarrollado en ella, nos muestra una gran diversidad de temas de interés psicológico, entre los que podrían figurar el ser y el parecer; el idealismo y el realismo; el amor platónico; la paranoia; las alucinaciones, etcétera, lo que en verdad me ha conformado en el presente trabajo ha sido la identificación de diversos elementos que caracterizaban a la sociedad, la vida y las costumbres del grupo social dentro del cual se escribió esta obra maestra de la Literatura universal.

Si se pudiera hacer un juicio psicológico de don Alonso Quijano, personificando a Don Quijote, bien podríamos decir que éste respondía al temperamento colérico, con tendencias al melancólico; y seguramente hasta podríamos decir que el desarrollo de estos problemas tenía su origen en una grave anemia que bien pudo padecer por la desnutrición que él mismo se causó debido a las magras y frugales raciones de alimento que rara vez ingería, pero estos elementos vienen a resultar intrascendentes para los objetivos de esta tesis.

De esta forma he de concluir que los elementos destacables en esta investigación, se encuadran dentro del interés psicológico social que representaron los hechos históricos del llamado "Siglo de oro español", o sean las características que determinaron el comportamiento de los individuos y del grupo social dentro del cual hizo su vida diaria Miguel de Cervantes así como de sus propias experiencias, todas las cuales supo manejar diestramente dentro de la narración de su novela, adaptando personajes de la vida real y "disfrazando hechos", para desviar la atención de los organismos represivos y de censura que operaban en la época.

De esto se desprende que en el presente trabajo, la Psicología se atiende al contexto cultural en el que se desenvuelve el Quijote y a su construcción literaria. El contexto cultural nos sitúa de inmediato en la melancolía de Cervantes y de la época y, por su parte, la construcción literaria remite a la teoría de la novela del propio Cervantes. Es precisamente su genial construcción literaria lo que nos permite analizar a los personajes del Quijote como sujetos que desempeñan su propia vida (muy similares por cierto a muchos personajes de la realidad contextual).

Respecto de la melancolía, se puede decir, sin más trámites, que el Quijote fue concebido precisamente desde la melancolía de Cervantes, de acuerdo con toda una dialéctica existencial Cervantes-don Quijote; aunque la melancolía de Cervantes es más “cuestión del alma en la España del Siglo de Oro” que de una supuesta constitución corporal o disfunción cognitiva. La España en tiempos de Cervantes la retrata el propio don Quijote cuando dice que “todo el mundo son máquinas y trazas, contrarias unas de otras” (Segunda Parte, capítulo 29). En efecto, “tentaciones encontradas empujan en sentidos opuestos a la sociedad de la época del Quijote, una sociedad marcada por la gran empresa de poner disciplina en las creencias y los comportamientos, a la vez que por los espacios de libertad cada vez más numerosos que encierra; por la fascinación ejercida por los modelos tradicionales y por su cuestionamiento; por la reivindicación de una sociedad fuerte y por la constante formulación de las dudas que le atañen”.

Lo que importa advertir es que esta imagen del Caballero de la Triste Figura sigue modelos ya dados, por lo que las explicaciones humorales formarían parte de la elaboración cultural de la melancolía, en vez de ser su presunta causa. Esto no significa para nada que la melancolía sea gratuita (sin causa alguna), ni que no sea un hecho real (otra cosa es cómo se ha hecho real en cada época).

Por lo pronto, se diría que la melancolía tiene su causa (causa material o materia prima), en la tristeza debida a las circunstancias de la vida (que ni a Cervantes ni a don Quijote faltaban). El punto es que esta tristeza de partida toma la forma de la melancolía, de acuerdo con el aprendizaje social que modela el estar triste y con toda una estilización culturalmente vigente. Así, Cervantes al escribir el Prólogo está triste (o seguramente siente el “dolor social” a que me he referido en el presente trabajo), de acuerdo con determinada iconografía de la melancolía y, por su parte, la tristeza de don Quijote semeja la imagen de la Triste Figura.

Dentro de todo esto, es claro que Cervantes vivió una época muy importante en la historia mundial: el resquebrajamiento del feudalismo y los procesos iniciales de la transición al capitalismo. Su país natal contribuye poderosamente con el descubrimiento, la conquista y el saqueo de América, bajo el signo o el pretexto de la evangelización, llevándose a Europa principalmente el oro y la plata que en grandes cantidades se repartía muy poco equitativamente.

El Renacimiento, expresión cultural de la burguesía en ascenso, marcará estos agitados tiempos, trayendo consigo una nueva visión del mundo y del hombre. Este hombre, con capacidad crítica que forja su propio destino; este átomo social de libertad individual, tiene en su pensamiento y actitud vital una serie de ideas que van desde la religión (católica o no), hasta la ciencia, la filosofía, y sobre todo un sentido práctico de su existencia. Una gran filosofía (la humanista), cuyo símbolo podría ser Don Quijote, se cambia y a veces se contrapone a un sentido material, utilitario de la vida: Sancho Panza.

El movimiento cultural renacentista se extiende en gran parte debido a la invención de la imprenta, la cual actúa como el importantísimo factor que permite la difusión de la cultura. De la imprenta supo servirse muy pronto la Reforma protestante, cuyo impacto en la vida europea fue fundamental: no sólo restó fuerza a la Iglesia, sino que creó nuevas religiones y un nuevo tipo de creyente utilitario que no despreciaba ni las riquezas materiales ni el trabajo físico. La Reforma, sobre todo con la interpretación calvinista, supo crear la religión que justificaba a la burguesía en su afán de ascenso social.

Como reacción, la Iglesia católica abanderó la Contrarreforma. El Concilio de Trento fijó la doctrina, cerrándola a posibles cambios, estableciendo la idea dogmática de la infalibilidad del Papa, condenando cualquier intento de innovación y sirviéndose como bandera de los Jesuitas. El Papa necesitaba una potencia mundial que apoyara esta propuesta, y la encontró en España, “abanderada de las causas perdidas”. . . ¿Don Quijote otra vez?

España tuvo, en su desarrollo histórico, varias características que la distinguen y le dan un carácter tanto original como especial. Una de estas características es su acendrado regionalismo, no sólo físico, también cultural. Estuvo además invadida durante ocho siglos por los moros, que aportaron innumerables elementos culturales y racionales a la península. Hay pues en los españoles, una innegable influencia mora y judía. El humanismo tomó en ese país características distintivas, y es aquí donde se deja sentir, acaso más que en otros países, la influencia del gran Erasmo de Róterdam.

Las primeras características de un Estado moderno, que se presentaron desde el matrimonio de los reyes Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, no bastaron para que se consolidara adecuadamente dicho Estado, y la fórmula para integrar al país se centró entonces en la religión. Esto dio lugar a que en los soberanos españoles predominara la idea de que había identidad entre ortodoxia católica y solidez española. El instrumento de lucha, desde luego que fue la Inquisición, misma que expulsó a moros y judíos (elementos dinámicos de un capitalismo incipiente), reforzando así a la Iglesia, a la nobleza y por lo tanto a las ideas feudales.

La reconquista española, es decir, la expulsión de los moros, se había apoyado en los nobles y los hidalgos (pequeña nobleza empobrecida), quienes emprendieron una nueva versión de las cruzadas, inflamadas de un verdadero espíritu caballeresco. Estos hidalgos (ya no los nobles), son los que realizan también la conquista de América, con esa mezcla de ideas feudales y recalcitrantemente católicas que los llevarían a cometer atrocidades con los nativos americanos.

En la cúpula del poder español predominaban pues, las ideas feudales: una nobleza parasitaria y un clero poderoso medraron durante siglos, lo que impidió el desarrollo industrial, agrícola, financiero y comercial español. Las riquezas de las Indias a fin de cuentas caían en manos de los piratas o de los banqueros italianos, alemanes u holandeses.

A esto debemos agregar el desastre demográfico, que redujo considerablemente la población de la península a partir de la segunda mitad del siglo XVI; las graves crisis económicas y financieras del país; la política militar de los reyes españoles, que “confundiendo molinos de viento con gigantes”, siempre acababa en desastre. De esta forma, se nos muestra el cuadro de una profunda

decadencia: España, “el país que se sacó la lotería sin comprar boleto”, estaba en bancarrota, se había quedado a la zaga en la carrera hacia el dominio mundial.

Lo que estaba en crisis era el “imperialismo español”, y lo que había conservado de específicamente feudal.

Dentro de este contexto se da el gran fenómeno del “Siglo de Oro”, que no fue precisamente un estallido repentino, sino todo un proceso de florecimiento, acaso iniciado desde el siglo XV con los progresos de la lengua castellana, el desarrollo de los géneros literarios originales, y continuando con la creación y el auge de las universidades, como las de Salamanca y Alcalá de Henares. Este ascenso lo inician los místicos en la literatura, como Santa Teresa o San Juan de la Cruz; y también la pintura se manifiesta con la obra de El Greco. Las ciencias hacen su aporte, y finalmente vienen los grandes genios como Lope de Vega, Cervantes, Quevedo y Tirso de Molina entre otros.

Entre todos ellos hay un hilo conductor que los une pese a sus discrepancias: el acento medieval, nacional y popular. Para entonces había aparecido un “monumento literario” llamado La Celestina, y se habían escrito también algunas obras picarescas y varios autos sacramentales. El idioma se había enriquecido con ellas y dio lugar a que las novelas de caballería, la poesía, las novelas pastoriles, etc., se difundieran por toda España.

Cervantes vivió y escribió en aquel medio social, pero no fue un tipo representativo de aquella sociedad decadente. Si tuviésemos que precisar la posición que ocupó el autor del Quijote en la sociedad de su época, tendríamos que incluirlo en una exigua minoría que no vivía entonces en forma parasitaria: no era noble, ni clérigo, ni militar, ni pícaro. Toda su vida se afanó inútilmente por salir de sus penurias. Fue siempre pobre y tal vez fue la pobreza, compañera inseparable de Cervantes, y su decorosa lucha permanente con ella, uno de los factores que actuaron sobre su talento poético, en calidad de levadura.

La pobreza de Cervantes fue, sin embargo, como su vida y como su obra, andariega y heroica. Acuciado por ella recorrió buena parte de los polvorientos caminos de España; vivió largas temporadas en Italia, primero como criado de un cardenal y después como soldado, y allí respiró las tradiciones literarias del Renacimiento y las tradiciones mercantiles de la Edad Media y de los albores del capitalismo; fue soldado de filas en Lepanto, cautivo en Argel y oscuro funcionario del fisco para la recogida de trigo y para el cobro de las alcabalas.

Compartió la tranquilidad de un hogar modesto con los ajetreos, incomodidades y miserias de ventas, mesones, hospitales y cárceles, y así tomó directamente de toda su vida y de los lugares que conoció, los materiales y la inspiración para la elaboración de toda su obra, pero sobre todo, le imprimió a su creación maestra “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha”, los más profundos rasgos del sentimiento que se había anidado en su alma durante su azarosa existencia, y con el cual regaló a sus personajes representativos de todas y cada una de las clases sociales de la época.

La meta ideal a la que apuntaba con su lanza Don Quijote, no era tan abstracta como su pasión por Dulcinea, sino tan real como los molinos de viento de la Mancha, o como los cueros de vino tinto de cualquiera de las ventas en que Cervantes se alojó; y sus ideas del honor y de la libertad encarnan en realidades

más prácticas, y más profundamente enraizadas en la vida real, que los homenajes jactanciosos y bravucones con que los héroes fantásticos de los libros de caballería, vencen la resistencia esquiva de sus amantes idealizadas. Don Quijote apunta certero a individualidades e instituciones representativas de la injusticia social de que Cervantes fue personalmente víctima. La escena de la liberación de los galeotes del rey, parece una protesta violenta contra los fueros de los jueces y alcaldes de la época, despóticos y bárbaros, con los cuales el mismo Cervantes había tenido amargas experiencias personales.

Si Cervantes no hubiese sido desviado por los azares de su vida que le apartaron de las tendencias a que resueltamente se inclinaba, reduciéndolo a ser lo que no quiso, puede afirmarse con seguridad, que no hubiera sido lo que es; que no hubiera brillado como brilla, o que los destellos de su vida serían diferentes. Porque Cervantes viene a ser acaso, el ejemplo más demostrativo del influjo del medio; el resultado de la “vida diaria que le correspondió vivir” durante el “Siglo de Oro” español.

Desde que abandona la escena, en la que seguramente no tuvo gran fortuna, y busca un modo de vivir que las necesidades de la vida le imponen, y desde que el caballero andante de las armas y de las letras sufre la caída que le precipita desde las cumbres de los ideales puros en los bajos reales de un oficio menudo, sin consideraciones y con impertinencias a diario; desde que se sumerge, al descender, en el ambiente picaresco en que vivió, que es lo mismo que decir en el ambiente nacional, donde tomó cuerpo la literatura española, el cambio que se opera en la personalidad de Cervantes varía sus orientaciones y con ellas su significación en las letras.

Para concluir deseo señalar que, en el amplio contexto de la existencia humana, actualizado por los registros históricos que llegan hasta nuestros días, podemos observar la presencia de múltiples conductas que se han dado en proporción directa con la existencia de fenómenos que han caracterizado un determinado momento y un espacio específicos. Las múltiples relaciones transitivas que han existido entre los hombres y las normas que en toda sociedad histórica civilizada son deseables, no siempre han sido simétricas ni equitativas, lo cual ha originado el enfrentamiento entre ambos elementos, dando lugar al resquebrajamiento del orden social, al quedar neutralizadas las normas como planes colectivos de acción.

Es pues en este momento en el que muchos individuos quedan a la deriva de las normas, ya sea obligados o voluntariamente, y ambos extremos han ejercido cierta presión sobre las relaciones de grupo, las cuales van determinando que el prisma de la convivencia cambie gradualmente, dando lugar a la presencia de otras muchas influencias tanto internas como externas, que necesariamente determinarían el comportamiento de la gran masa social.

Todo este fenómeno, por muy dramático que suene, no lo es tanto, y sin embargo se está dando a cada momento desde que los seres humanos conformamos el primer grupo social. Los intereses, la disposición, el orden de gobierno, las estructuras o niveles sociales existentes, la cultura, etcétera, han sido siempre los factores determinantes de la influencia que el medio social ejerce sobre cada uno de los miembros del grupo, y a la vez regulan el grado de respuesta que cada individuo dará por efecto de esa influencia.

Evidentemente podemos entender que la mejor constancia de los sucedido, la tenemos a través de la narración literaria, la cual nos pone a la vista la evidencia de los múltiples estilos de vida de las sociedades pasadas y nos permite conocer los elementos predominantes en el diario vivir de los individuos que las componían. En este caso, la Literatura no sólo viene a figurar como un elemento artístico característico de un grupo, sino que es el instrumento que nos permite evaluar a través de su contenido, todos los elementos que rodearon cada uno de los momentos históricos que se han vivido.

Pues bien, de esta manera puedo afirmar que es la Psicología Social en cuanto ciencia especializada, la que nos permite conjuntar todos aquellos elementos históricos, jurídicos, religiosos, culturales, literarios, etcétera, que bajo determinadas condiciones de tiempo, modo y lugar, y dentro de un contexto específico predominaron en una cierta etapa histórica, y la influencia que todos ellos ejercieron sobre el comportamiento de los individuos de un determinado grupo social.

De igual manera, la Psicología Social nos permite identificar con el apoyo histórico y literario (como en el presente trabajo), cuales han sido en detalle los distintos tipos de escenarios sociales que han caracterizado tanto a nuestro pasado más lejano como al más reciente, y evaluar la presencia en esos escenarios de ciertos tipos de individuos portadores de determinados arquetipos socio-culturales, de cuyos contactos inter-personales y sociales ha brotado la configuración histórico-psicológica más característica de nuestra modernidad occidental.

A N E X O

Armadura del Siglo XVI



B I B L I O G R A F I A

- Abbagnano, N. (2003). *Diccionario de Filosofía*. México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Agostini, A. (1964). *El teatro cómico de Cervantes*. Madrid, España. Boletín 44 de la Real Academia Española de la Lengua.
- Alastair, F. (1982). *Kinds of Literature*. Cambridge, Massachusetts, USA. Harvard University Press.
- Allen, J. (1980). *Don Quixote and the Origins of the Novel*, (en Cervantes and the Renaissance). Easton, Pennsylvania, USA. Michael D. McGaha.
- Asencio, J.M. (1901). *Cervantes y sus obras*. Barcelona, España. Serna y Cuadros.
- Ballesteros, A. (1941). *Historia de España y su influencia en la Historia Universal*. Barcelona, España. P. Salvat.
- Bataillón, M. (1966). *Erasmus y España* (Estudios sobre la vida espiritual del siglo XVI). México, México. FCE.
- Bell, A. (1944). *El Renacimiento español*.- Zaragoza, España. Continuum / Atlas.
- Bruner, J. (2006). *Actos de Significado*. Madrid, España. Alianza Editorial.
- Castro, A. (1925). *El pensamiento de Cervantes*. Madrid, España. Universidad Complutense.
- Castro, A. (2002). *El pensamiento de Cervantes y otros estudios cervantinos*. Madrid, España. Trotta.
- Castro, A. (2002). *La ejemplaridad de la novela cervantina en la Obra reunida*. (Vol. 1). Madrid, España. Trotta.
- Castro, A. (1925). *Los prólogos del Quijote*. Madrid, España. Revista de Filología Hispánica. Universidad Complutense.
- Cervantes, M. (2004). *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. (Edición conmemorativa del IV Centenario). Madrid, España. Espasa-Calpe.
- Cervantes, M. (1969). *Novelas Ejemplares*. Madrid, España. Espasa-Calpe.
- Duby, G. & Aries, P. *Historia de la vida privada*. (Tomos 4 y 5). Madrid, España. Taurus. (GT2400 H5718 FFL)*
- ELUA. (2004). *Estudios de Filología y Lingüística* (3ª edición). Alicante, España. Universidad de Alicante.
- Fernández, L. (1981). *España en tiempo de Felipe II*. Madrid, España. Espasa-Calpe.

Fichter, W. (1947). *Estudios Cervantinos*. Salamanca, España. Universidad de Salamanca.

Fitz, M. & Kelly, J. (1987). *Miguel de Cervantes Saavedra; reseña documentada de su vida*.- México, México. Dirección de difusión cultural de la UAM. (PQ6337 F56 FFL)*

Foucault, M. (1986). *Historia de la locura en la época clásica*. México, México. FCE.

Fournier, C. (2002). *Análisis Literario*. Buenos Aires, Argentina. Thomson Learning Ibero.

García, J. & González, F. (2004). *Biografía de Miguel de Cervantes*. Madrid, España. Edimat.

García, J. (1988). *Historia de España*. Madrid, España. Alianza Editorial.

Gayangos, P. (1957). *Libros de Caballerías* (Catálogo cronológico razonado de los libros de caballerías que hay en la lengua castellana o portuguesa, hasta el año 1800). (5ª. Edición). Madrid, España. Rivadeneyra.

Hatzfeld, H. (1966). *El humor verbal en El Quijote como obra de arte del lenguaje*. Anexo 83 de la Revista de Filología española. (20ª ed). Madrid, España. Universidad Complutense.

Hernández, M. (1989). *Historia General de España y América: La crisis de la Hegemonía Española*. (Tomos VII y VIII). (2ª edición). Madrid, España. Rialp S. A.

Huizinga, J. (1978). *El otoño de la Edad Media*. Madrid, España. Alianza. (CB353 H852 FFL)*

Icaza, F. (1918). *El Quijote durante tres siglos*. Madrid, España. Clásica española.

Joly, M. (1982). *La Bourle et son interprétation*. (Tesis de la Universidad de Montpellier, 1979, de la cual se publicó un fragmento en el año de 1982, con el nombre en español de "Casuística y novela: de las malas burlas a las burlas buenas en la España de los siglos XVI y XVII"). Toulouse, Francia. Culture France-Ibérie.

Kamen, H. (1997). *Felipe de España*. Madrid, España. Siglo Veintiuno de España.

Lapesa, R. (1981). *Historia de la lengua española*. Madrid, España. Gredos. (PC4075 L34 FFL)*

Lathrop, T. (1981). *Cide Hamete Benengeli y su manuscrito; en Cervantes, su obra y su mundo*. Madrid, España. Manuel Criado de Val.

Levisi, M. (1956). *La pintura en la narrativa de Cervantes*. Madrid, España. Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo.

- Maeztu, R. (1981). *Don Quijote, Don Juan y la Celestina. Ensayos de simpatía.*- Madrid, España. Talleres Calpe. (PQ6623 A48 FFL)*
- Mainez, R. (1901). *Cervantes y su época.* Jerez de la Frontera, España. Sopena.
- Maravall, J. (1982). *Utopía y reformismo en la España de los Austrias.* Madrid, España. Siglo XXI.
- Marín, C. (1988). *Tesis doctoral Edición y Estudio del ciclo español de los Palmerines.* Zaragoza, España. Universidad de Zaragoza.
- Menendez, R. (1996). *El siglo del Quijote. (Vol.1).* Madrid, España. Espasa-Calpe.
- Menendez, M. (1946). *Orígenes de la novela.* Buenos Aires, Argentina. Espasa-Calpe.
- Navarro, T. (1973). *Vida y desventuras de Miguel de Cervantes.* Barcelona, España. Ariel.
- Pérez, C. (1957). *Compendio de Historia de España. (Cultura y Costumbres del pueblo español en los siglos XVI y XVII).* Madrid, España. S. Calleja Fernández.
- Pérez, C. (1943). *La Imprenta en Toledo (Descripción bibliográfica de las obras impresas en la Imperial ciudad, desde 1483 hasta 1887).* (3ª. Edición). Madrid, España. Imprenta y Fundición de Manuel Tello.
- Pfandl, L. (1952). *Introducción al análisis y estudio del Siglo de Oro.* Barcelona, España. G. Gilli.
- Real Academia Española de la Lengua. *Diccionario de la lengua española.* (22ª. Edición). Madrid, España. Editorial Ricardo Soca.
- Rey, A. & Sevilla, F. (1995). *Cervantes. Vida y literatura.* Madrid, España. Alianza Editorial.
- Rico, J. (1998). *Obras completas de Alonso López Pinciano (Vol. 1).* Alicante, España. Universidad de Alicante para la fundación José Antonio de Castro.
- Riquer, M. (1974). *Clásicos Castellanos.* Madrid, España. Espasa-Calpe.
- Rosenblat, A. (1971). *El sentido mágico de la palabra. La lengua del Quijote.* Madrid, España. Gredos.
- Salcedo, A. (1965). *Estado económico y social reflejado en el Quijote.* Madrid, España. Alianza.
- Salvat. *Diccionario Enciclopédico.* (9ª edición, Vols. V y XXII). Barcelona, España. Salvat.
- Sopena. *Diccionario Enciclopédico.* Barcelona, España. Ramón Sopena.
- Spitzer, L. (1961). *Perspectivismo lingüístico en El Quijote (en Lingüística e historia literaria).* (20ª edición). Madrid, España. Gredos.

Toledano, F. (2000). *Antonio Machado. Poeta, mito y caminante*. (4^a edición). Madrid, España. Santillana.

Valbuena, A. (1981). *Historia de la Literatura Española*. Barcelona, España. Alianza Editorial.

Valbuena, A. (1943). *La vida española en el Siglo de Oro*. Barcelona, España. Apolo.

Vega, C. (1967). *El secreto del humor*. Buenos Aires, Argentina. Nova.

Veron, E. (1997). *Telenovela. Ficción popular y mutaciones culturales*. México, México. Gedisa.

Vilar, P. (1964). *Crecimiento y desarrollo*. Barcelona, España. Ariel.